Orsai

Rabik

MINUTO A MINUTO

Hace muchos años en este pueblo había noventa y nueve casas y cada una tenía un televisor que emitía un solo canal. Las empresas no sabían qué programas se veían en los hogares, ni en qué horarios poner sus anuncios. ¿Qué ve la gente? Ni idea. ¿Invertimos en este informativo, en este show o en esta serie? Ni idea. Entonces los empresarios buscaron un sistema de medición: le pidieron a la Compañía de Cloacas los datos del consumo diario de aguas residuales del pueblo. Si en una determinada franja horaria la gente meaba menos o cagaba menos, el programa de la tele había sido interesante. Si la gente no cagaba ni meaba ni se bañaba, el programa de esa franja era un éxito y las empresas ofrecían millones para aparecer en él. Cuando llegó el segundo canal de televisión al pueblo, esa manera de medir la audiencia quedó obsoleta. ¿Estaban viendo el canal uno o el canal dos los que ayer se aguantaron las ganas de ir al baño? Las empresas dejaron de revisar las cloacas y pusieron medidores en las antenas, para saber qué canal miraba cada familia. Esto funcionó muy bien hasta que alguien construyó la casa número cien, y después la ciento diez, y después la casa número mil. El costo de poner medidores en cada nueva antena no era rentable. Las empresas pensaron de este modo: «Si en quinientas casas viven quinientas familias pobres, pongamos el medidor en una sola casa pobre. Si en las otras quinientas casas viven quinientas familias ricas, pongamos el medidor en la antena de una sola familia rica; en el fondo, todos tenemos costumbres parecidas». Hicieron esto y el truco funcionó durante años, porque la propia televisión le indicaba a los ricos y a los pobres qué costumbres tener. Cuando llegó al pueblo la tecnología personal, los habitantes de las casas empezaron a grabar sus programas preferidos de televisión para verlos a cualquier hora; pero las empresas siguieron confiando en la proporción del encendido. Cuando llegó al pueblo la tecnología móvil, los habitantes de las casas empezaron a llevar sus pantallas a cualquier parte, incluida la calle; pero las empresas siguieron confiando en los medidores de antena fija. Cuando llegó al pueblo la tecnología de red social, los habitantes de las casas empezaron a interesarse más por sus propias tecnologías personales que por los anuncios de la televisión. Entonces las empresas se reunieron, muy preocupadas, y buscaron un cambio en la estrategia: «Volvamos al sistema antiguo de medir las cloacas, pero esta vez hagamos públicos los resultados; las redes sociales conversarán sobre cuánta gente va al baño», dijeron. Desde ese día, los presentadores de la televisión empezaron a informar, minuto a minuto, cuánta gente no cagaba por estar viéndolos a ellos. Y el pueblo empezó a crear tendencias de conversación en sus redes sobre el minuto a minuto de sus propias aguas residuales. Lo que ocurrió desde ese día fue vertiginoso: se dejó de hablar de deportes o de política y se empezó a hablar de cuánta gente iba a mear mientras se emitían los deportes o la política. Se eliminó el análisis, que ocupa párrafos enteros, y se encumbró a la síntesis, que ocupa ciento cuarenta caracteres. Y se mantuvo en la sombra a la inteligencia, que es digestiva, para alumbrar al cinismo, que mantiene a la gente constipada. En ese pueblo global, infectado por la ansiedad, hacemos una revista *Orsai* cada dos meses, sin anuncios, con relatos largos sobre temas que no están en la agenda de nadie. Ojalá encuentres la serenidad para leernos en el baño.

Hernán Casciari

En esta edición, los lectores explican cómo conocieron Orsai. Recuerdan viejas revistas infantiles. Se quejan de encontrar cerrado el bar. Mandan currículum para poder entrar a la Universidad. Cuentan desayunos lloronnes con la revista. Se quejan de nuestro centralismo porteño. Se mandan mensajes privados como si esto fuera un puterío. Y se dan de baja del papel para abrazar el PDF.

Abducida por Orsai

Señor Director: Hace tres años Diego (en ese momento mi flamante novio) me introdujo al «mundo Orsai». Recuerdo que lo primero que me leyó fue el capítulo de *España, decí alpiste* en el que describís las edades de los países... Fue un viaje de ida: de ahí a pedirle el libro y luego, sin escalas, a llevarme también *El pibe que arruinaba las fotos*. Me sumergí de lleno en toda esa locura: videos en YouTube de «la Nina» incluidos («papá gordo, mamá pelotuda...»). «¡Este gordo es un capo!». Era mi conclusión... Pero, donde terminé de convencerme fue cuando leí «Hace seis años también era domingo». Soy mina, romántica, bastante previsible también. De ahí en más, pasaron muchas cosas... convivencia incluida: por fin todos tus libros estaban en casa, ya no tenía que secuestrarlos ¡ni devolverlos! Nos suscribimos ni bien leímos en tu blog el proyecto de Orsai... y con el primer número en mano, nos fuimos a sacar la foto para enviarla como corresponde (¡qué copado fue buscarnos y encontrarnos después!). Bueno, no caeré en lo trillado, diciendo qué enamorada estoy y todo eso... pero quizá consiga, a modo de obsequio y demostración de afecto, solo una vez cada tres años, que me publiquen en «nuestra Orsai». ¿Será cursi? Dale, Hernán: yo leí «Hace seis años...». ¡Gracias por ser parte de nuestra historia!

Paula Gómez
Cosuscriptora Nº 01386

Un recuerdo para Humi

Señor Director: Hace unos meses me pasaron sus cuentos en versión de audio y, como de costumbre, me los pongo a escuchar en el auto cuando puedo, o cuando espero a mi mujer que haga un mandado. Trabajo en una siderurgia y, cuando pongo los mensajes, la monada que no es muy afín a la palabra despojada del cencerro y el sintetizador, me hincha para que saque a (cito textual) «ese drogadicto que la va de progre y se fue a España y se debe estar cagando de hambre o está muy al pedo». Ese es el rosario que se desencadena cuando pongo sus cuentos en audio. Pero esa no es la historia. Resulta que me es muy contemporáneo lo que escribís, me llega mucho por la época donde pasan los temas y porque hablás sin pelos, así, en crudo y de frente. Dos audios me llamaron mucho la atención, el de la tarántula (se lo pasé a todos los que sufrimos esa pérdida, y alguno me reflotó mi segunda frustración que fue el álbum de las figuritas del cisne y Portugal). Y el otro, y que me pegó más de cerca fue el de la revista *Humi*. ¿Por qué me llegó tanto? Más o menos fue por esto. Cuando éramos púberes, nos juntábamos de canuto a leer en un galpón con los chicos del barrio, a leer *Sex Humor*. Era como algo cuasi prohibido, junto con la revista *Libre* y *Perfil* (una de las dos exhibía por aquel entonces dos enormes gambas de mina semiabiertas y un misil nuclear apuntando directamente a su sexo). Entre esa literatura se cayó una *Humi*, como de contrabando, justo en la pila que me había tocado a mí (en ese entonces nos dividíamos el botín en cuatro pilas de revistas prohibidas más o menos parejas, para que nadie chille; si se repetía, se barajaba y se daba de nuevo). Me puse a leer ese material y me pareció que no era para pibes, que la *Humi* tenía un vuelo mucho más groso, que escapaba de la frivolidad, de la poesía fácil de la primera hoja del *Anteojito* y del fastuoso consumismo del *Billiken* solo reservado para los pudientes. Era como poner a la revista *Péndulo* junto a la *Caras* y a la revista *Gente*. En la *Humi* fue la primera vez que vi escrita en letra de molde la palabra «despelote» en una poesía, y me pareció revelador («qué confusión, qué despelote» rezaba la rima). No recuerdo tu chiste, no te voy a mentir, pero la *Humi* me sirvió para hacer un ensayo en la secundaria en el año ochenta y siete acerca del lenguaje mediático y su influencia en la sociedad. Ahí cito textualmente la nota de la revista *Humor*, donde cuenta la gloria y el ocaso de la revista *Humi*, en cuyo último cuadrito se ve un portón cerrado de la revista *Humi* y un canillita que gritaba «¡compre el lentecitoooo con el novedoso portachicle de regaloooo!!». Hernán, viejo, gracias por abrir este juego llamado Orsai y por mostrar que si uno se propone las cosas, pero si se las propone en serio, y le mete un cuarto de cabeza y tres cuartos de sudor, se puede. Un abrazo,

Raúl Leiva
Suscriptor Nº17343

Parroquiano de bar cerrado

Señor Director: Le escribo desde un punto cuatripartito ubicado entre la decepción, la desilusión, el cansancio (que es problema mío) y un poco de enojo. Hoy es un hermoso día de otoño en mi Mendoza querida. Esta mañana me bajé de un avión que me trajo, tras hacer algunos trámites, desde la Capital Federal. Después de un jueves y un viernes bastante agitados, ayer sábado tuve por fin la posibilidad de dedicarme a recorrer y conocer un poco la capital de mi país. Salimos de Villa Urquiza y tomamos el subte hasta Plaza de Mayo. Caminamos hasta Puerto Madero y de ahí, haciéndome un poco el tonto, fui conduciendo al grupo hacia San Telmo. Una vez en ese pintoresco y bello barrio fue muy fácil llevarlos hasta la mismísima puerta del bar Orsai. Eran las cuatro de la tarde y estaba previsiblemente cerrado. Uno lo entiende: es un bar/pizzería y lo más probable es que esté abierto, como bien se indica en la web, en horas de la noche. No dije nada, pedí que me tomaran una fotografía y propuse inocentemente «vengamos esta noche a tomar algo…». Esa noche (anoche) volví a llevar a la comitiva al bar Orsai, con la promesa de las mejoras pizzas, un ambiente amigable, bebidas y «un cacho de cultura». Tras un poco más de una hora de viaje en el 111 y algunas cuadras caminadas llegamos, por segunda vez, al bar. Mi sorpresa fue grande, muy grande, cuando llegué y me encontré con la puerta y las ventanas cerradas (otra vez). Eran cerca de las once y media de la noche y mi desazón no tuvo comparación. Decidimos entonces, bah, decidieron entonces comer algo en algún otro local y tratar de levantarme el ánimo con algunas cervezas y otros brebajes. Después de la cena pedí, imploré, supliqué me dejaran desquitarme y pudiéramos comprobar que «la tercera es la vencida». Eran las dos de la mañana cuando a mí, después de más de mil kilómetros recorridos, finalmente se me cumplió un refrán. Lamentablemente, no es el que dije recién, sino aquel que dice: «no hay dos sin tres». Necesitaba entrar, completar mi pertenencia a este grupo y tener mil fotos y alguna anécdota rara que me pasara adentro. No sucedió, sin embargo acá está mi anécdota. Saludos desde el oeste de la Argentina, y espero alguna vez poder entrar y quedarme en un completo Orsai.

Martín E. Giménez
Suscriptor Nº 00562

Currículum para el master

Señor Director: Mediante la presente quisiera manifestarle mis ganas desesperadas por ser parte del próximo master de Literatura y Ficción, solicitarle que tengan a bien mantenerme al tanto sobre nuevas vacantes y contarle en breves palabras quién soy y por qué deposito tantas ilusiones en su flamante universidad. Tengo una gran admiración por su obra y por el universo que creó en los últimos años. Me resulta casi imposible describirle mis sensaciones sin caer en las mismas palabras pomposas de tantos otros lectores-seguidores que venimos siguiendo cada una de tus trasnoches con el Chiri como si del otro lado de la Mac hubiera un nuevo mesías fumado y con buzarda, por lo que prefiero resumir mis sensaciones en esas siete palabras: tengo una profunda admiración por su obra. Orsai hoy es uno de los mejores alimentos que puedo darle a mi hambre literario y cultural y un potente combustible para mi arte y creatividad. Por sobre todas las cosas, disfruto enormemente el Mundo Orsai, y esto es uno de los regalos más grandes que recibí en el último tiempo. Difícil de explicárselo a mi novia y a mi madre, para quienes usted no deja de ser un «gordo falopero». Intento sin descanso y de las maneras más ingeniosas explicarles que lo suyo es historia, pero no me entienden. Mi nombre es Manuel Gutiérrez Arana, tengo veintisiete años, y hace casi dos años estoy viajando por el mundo en busca de experiencias que me arranquen de lo cotidiano, me hagan crecer, conocerme fuera de la zona de comodidad y me obliguen a jugar dentro del laboratorio de la vida. Pasé por Hawaii, México, Cuba, Centroamérica, de nuevo Hawaii, Nueva York y ahora Dublin, desde donde escribo. En los últimos dieciocho meses fui instructor de surf, camarero, baby sitter, estacionador de autos, fotógrafo en un all inclusive y jardinero. Mis viejos me preguntan para qué carajo me pagaron una universidad privada durante cuatro años y yo les explico que para darme las herramientas para salir a conocer el mundo y transformar mis vivencias en piezas de comunicación: relatos, crónicas, fotos, videos, ficciones, monólogos, actings y dibujos. Eso hago desde hace algunos años en mi blog, un sitio que se destaca no tanto por su contenido, sino por no haber podido quitar el «blogspot» del dominio en los últimos cuatro años. Encuentro en la literatura y la ficción la más acogedora de mis casas, mi mejor refugio, ahí estoy bien. Cuando leo, cuando escribo, me voy derecho y sin escalas a la cabaña de madera que alguna vez voy a tener, perdida en algún bosque de la Patagonia o de las montañas irlandesas, cerca de un lago, con huerta en el jardín de atrás, un sillón con mesa ratona frente a la chimenea siempre humeante, el mate al alcance de la mano, los panes caseros calentitos, los dulces caseros y la laptop con wifi. Amo la ficción, la disfruto y le da razón a mi vida (más aún cuando parece que no la tiene). Hoy estoy de viaje y con planes de seguir trotamundeando, recorrer Europa en bici, instalarme con mi novia en algún pueblo pesquero de Irlanda, ir a la India, cultivar la tierra en una granja orgánica, dedicarnos a la construcción sustentable en Suiza, rodar un documental dentro de una comunidad espiritual en Escocia. Los planes son miles, todos lejos de Argentina para el pesar de la nona. Y todos podrían desaparecer de un

plumazo si llegara a ser parte del máster de Pedro. «¿Vos me querés decir que todos nuestros sueños se van al tacho porque un gordo falopero y un cuentacuentos decidan convocarte para un cursito de solo dos horas semanales?». Yo le digo que sí, que para mí ser parte de este quilombo creativo, literario y artístico sería jugar en primera, sería una oportunidad de la ostia, una excusa perfecta para dejar de juntar vasos y por fin dedicarme de lleno a mi vocación, a lo que amo, a lo que me mantiene vivo, dar a luz a todos los personajes que habitan en mí y no me hago de parirlos, darles de comer, dejar que me tomen de la mano y me lleven; le explico —mientras le acerco las carilinas— que por fin estaría rodeado por una manada de talentos y colegas del mismo palo, de inspiración y estímulo, le explico que la vida es una y ya no quiero que se me vaya laburando para pagar las cuentas, le digo que sueño con ser escritor y que toda esta gente me ayudaría muchísimo. Y por más que parece empezar a entenderme, ya pasaron más de dos semanas y ella sigue sin enroscarse en mis piernas como hacía todas las noches.

Manuel Gutiérrez Arana
Suscriptor Nº 23877

Desayuno lacrimoso

Señor Director: Siendo las dos y un minuto de la madrugada del día domingo doce de mayo en la ciudad de Buenos Aires, le escribo para contarle lo siguiente: me levanté hace aproximadamente una hora, esquivé a mi novio en la cama que dormía profundamente y me fui hasta la cocina para hacer dos cafés con leche. Ayer a la noche por fin, luego de una larga caminata por el laberinto que es la Feria del Libro, logramos encontrar el puesto Orsai. Felices nos llevamos la N9 que no la teníamos porque mi novio (a quien llamaré de ahora en adelante Ezequiel porque me resulta más fácil), alegremente emocionado dijo «sí, ¡la del cuento de Santana!» y también el libro de *Charlas con mi hemisferio derecho* de su autoría. Como era sábado a la noche, y uno tiene esa «obligación social» de salir por lo menos un rato a tomar algo, no pudimos ojear ni la revista ni el libro hasta hoy al despertar, aunque nos estuvimos atando las manos durante el resto de la noche para no sacarla de la bolsita (esto sucede cuando los bienes son de la pareja, en este caso la Orsai se lee juntos o no se lee). Vuelvo: me levanté y fui a hacer unos cafés con leche. Cuando volví a la cama desperté a Ezequiel, y ya con los ojos abiertos le puse la revista enfrente de su cara como para avisarle que ya era tiempo de ojearla, él me dio el ok. La empecé a ojear de atrás para adelante, y llegué a un texto del señor Casciari, corto, titulado «Timbre a las tres», y como duraba dos carillas comencé a leerlo en voz alta para ir intercalándolo con el desayuno. ¡Gordo hijo de puta!, ¡no pude terminar de leerlo sin llorar! y peor, porque cuando uno tiene lágrimas en los ojos es más difícil leer, así que tardé más, hice una pausa, le comenté a Ezequiel «voy a llorar», Ezequiel me contestó «yo también»... y entre sollozos y moqueo terminé de leer el texto como prólogo al cuento «La historia del Power Ranger rojo» que estaba del otro lado de la hoja. Terminé, como pude, en voz alta el último párrafo, imaginando a Juan leyendo esas mismas líneas, llorando tanto o más que yo, emocionado tanto o más que yo... Gordo, sos de lo que no hay... Y ahora acá en la compu, escribiendo esto, que al igual que Juan, no sé si llegarás a leer... Solo por el impulso y la necesidad de contarle al autor de un llanto matinal de domingo lo gratificante que es leerlo cada vez que se puede. Simplemente: ¡Gracias! Abrazo desde el otro lado del charco.

Anita Akel
Suscriptora Nº 23041

Acuérdense del interior

Señor Director: No voy a publicar ningún elogio a la revista en ninguna parte de este texto, porque además de ser un sentimiento ya sobreentendido en todos los suscriptores, les aumentaría más el ego, por lo que tiendo a balancear la cosa. Me podría calificar como un impulsivo consciente, haciéndole caso siempre a cualquier locura del momento, estirando las posibilidades y los riesgos justo hasta un milímetro antes del caos. Gracias a esto fui a Barcelona dos veces (mi mayor locura hecha de un mes para otro), conocí personas que nunca creí que iba a conocer, fui a lugares que no sabía ni de su existencia y me animé a cosas que ni siquiera sabía que me animaba. Y así fue como emocionado por una de las últimas novedades de Orsai (prometí no elogiar, no lo hagas...) casi me embarco a un viaje a Buenos Aires para establecerme durante un par de meses en algo que ansiaba, algo que pudieron poner no solo en palabras, sino en hechos, que no podía expresarlo. Nunca me convencieron los talleres literarios, tampoco el contactarme con gente que escribe para que me pase consejos, de la misma forma que no he buscado libros que enseñen este hermoso arte, sea de escritores o de académicos. Escribo sin considerarme escritor, quiero una especie de crecimiento, de incorporación de cosas, de guía, pero fuera de lo reglado, de las cosas empaquetadas. Apareció la propuesta de la Universidad Orsai. Me inscribía, me presentaba, me iba. No se vaya a pensar que me sobra el tiempo: trabajo, estudio, tengo varios proyectos en marcha, pero mi «impulsividad consciente», como siempre, superaba todo. Lo planeé, lo calculé, combiné todas las posibilidades, armaba y desarmaba y volvía a armar el rompecabezas de mi vida para poder lograrlo. Podría finiquitar este texto con lamentos, suspiros, victimización, pero no, no me frustré por no haberlo logrado. Ustedes son los cancheritos innovadores que cada año nos sorprenden por su total

falta de previsibilidad, mejor que los mejores giros de los mejores libros. Los del interior somos menos y estamos más dispersos, pero no tenemos nada que envidiarle a los de la capital, así que ahora los quiero ver solucionándonos (y hablo por varios, a los cuales no conozco ni nos hemos contactado jamás) el tema este de que también nos merecemos una especie de Universidad Orsai en algunas ciudades del interior.

Pablo Zavi
Suscriptor Nº 0 9422

Mensaje secreto

Señor Director: A la chica que colecciona libros la conocí hoy, en un bar del centro, cuando fui a entregarle la Orsai que se cruzó en nuestro camino. Tiene ojos color avellana, precioso pelo negro y labios finos que envuelven una sonrisa que bien podría ser una vocación. Piel perfecta y mirada intrigante. Pómulos ligeramente enrojecidos sobre una camisa abotonada hasta el final. Medallón de plata, anacrónico y sencillo, colgando de un precioso cuello en el que se esconde una juguetona peca que me guiñó un ojo —asomada entre su pelo— cuando ella se volteó a saludar. La chica que colecciona libros es una mezcla entre el rostro perfecto y «la mujer de mi vida», pero yo soy incapaz de describirlo mejor. Mi literatura no da para más. La chica que colecciona libros jamás se deshace de lo que lee, dice que al ser leído pasa a formar parte de ella. Nunca tiró, regaló, perdió o devolvió un solo libro. Ayer liberó sus peces de colores en el estanque pero sería incapaz de deshacerse de un ejemplar de Kundera. La chica que colecciona libros recorta revistas y los domingos impares dedica horas y horas a montar un collage que luego olvidará. Porque lo material solo es importante durante un mes, dos como mucho, luego es prescindible. Pero no te equivoques —me dijo— el libro no es algo material, es un trocito de mí olvidado en una estantería. Es esa niña que en su adolescencia se dejó impresionar por *El amor en los tiempos del cólera* y que al releerlo diez años después creyó entender que Fermina y Florentino se equivocaron, que perdieron un tiempo que nunca jamás pudieron recuperar. Desprenderse de un libro —me vuelve a insistir— es como ceder una parte de ti, es regalar un recuerdo a alguien que no lo vivió. Cuando le prestan una novela escribe la fecha en que empezó a leerla en la contraportada y sabe desde la primerísima hoja que nunca la devolverá. Porque si le piden que devuelva un préstamo da largas excusas y solo si insisten compra uno nuevo para hacerles callar. Porque el que ella leyó ya es suyo, sus manos sustentaron ese lomo y sus dedos repasaron uno por uno todos los bordes inferiores de las páginas que ya nunca se podrán leer por primera vez. Como le dije, señor Director, a la chica que colecciona libros la conocí hoy, en un bar del centro, cuando fui a entregarle la Orsai. Me dijo que la leería de atrás hacia adelante porque le gusta ser diferente, aunque intentar se diferente no tenga nada de especial, añadió. Nuestra conversación no duró más de lo que dura una cerveza pero en el metro de vuelta a casa no dejé de pensar en la chica que colecciona libros y en esas conversaciones que hacen que todo valga la pena. Para verla de nuevo tendré que esperar hasta la entrega de la Orsai N14, donde ojalá esté este mensaje anónimo escondido, solo para ella.

(El distribuidor de Orsai
prefirió no firmar este mensaje)

Se baja del papel

Señor Director y asociados: esta carta está dirigida a ustedes para confesarles mi infidelidad. No pude evitarlo muchachos, mil disculpas pero a partir del nuevo número de la revista dejaré de estar suscrito al papel para empezar a consumirlos a través del PDF. Soy lector del blog anterior al inicio del proyecto, tengo atesorados los números del 1 al 13 de la revista en la pequeña biblioteca de mi hogar, me da satisfacción pasar al lado de las mismas, abrirlas, ojearlas, recordar, alegrarme con una frase aislada o un pie de página, pero el maldito capitalismo —sumado a ciertos reveses económicos— ha decidido que los futuros números solo pueda disfrutarlos a través de un monitor y una PC. Sé que no será sencilla la tarea por venir, tendré que pelearme con mi mujer y mi hijo por el poder de la máquina. Con ella tratando de convencerla de que mueva el culo de la silla y deje de boludear en Facebook para ponerse a hacer algo productivo, y con mi pibe de cinco años para que deje de pavear con cuanto juego online fabriquen con respecto a Ben 10 y los Power Rangers. Yo suelo consumirlos en el tren o en el baño, y ambas tareas, para alguien que no está preparado tecnológicamente para ello (como es mi caso que aún conservo mi Nokia 1100 como celular porque tiene una hermosa linternita en la punta) son prácticamente imposibles. Igual tengo que retarlos un poco, si uno llega a este extremo de la relación, al engaño vil y cruel del que voy a ser culpable, se debe en gran medida por culpa de ustedes. Sí señores, ¿quién los manda a publicar un PDF de la revista completa en forma gratuita y de alta calidad, eh? Es como que mi señora contrate una mucama paraguaya con grandes tetas y pretenda que no le esté relojeando el escote a cada rato, la tentación la están poniendo ustedes al alcance de nuestras manos, uno tampoco es de fierro. Siento en lo más profundo de mi ser esta decisión, sé que en un futuro no muy lejano me arrepentiré de la misma, pero la billetera no deja de sangrar hace tiempo y no está en condiciones de sufrir más puntazos caprichosos de su dueño, así que señor Director, lo dejo, pero solo por un ratito, hasta que me habilite el PDF. Atentamente,

Diego Rondina
Suscriptor Nº 01558

CRÓNICA PERIODÍSTICA

ESCUPIR **EL ASADO**

A finales de mayo un grupo de amigos, asadores aficionados, fue invitado a un desconocido mundial de barbacoa en Marruecos. Salieron cuartos y la prensa argentina los lapidó. El director de Orsai estuvo allí por casualidad.

ESCRIBE **HERNÁN CASCIARI**

La fábula es corta y la voy a resumir en el primer párrafo: unos excompañeros de colegio abrieron una página en Facebook en la que filmaban sus parrilladas y ofrecían secretos de cocción de la carne. Como la web tuvo rápidamente muchos seguidores, el grupo fue invitado a un ignoto mundial de barbacoa en el norte de África. La invitación fue fortuita, una gran casualidad que propició internet. Los chicos aceptaron la invitación, fueron a Marruecos, se divirtieron como chanchos, salieron cuartos en la competición y cuando volvieron al país la prensa los linchó con salvajismo. Lo interesante es que, hasta dos meses antes, nadie sabía de la existencia de tal competición. Pero los titulares, de repente, parecían informar sobre el evento gastronómico más esperado del año: «Papelón argentino en el Mundial del Asado», dijo el canal de televisión *Todo Noticias*. «El equipo argentino no subió ni al podio», tituló *Clarín* en letras de molde. «Nos ganó hasta Liechtenstein», se burló el *Canal 26*. Muchos usuarios de Twitter, arrastrados por la prensa, también se envalentonaron: «Ahora van a decir que la achura no dobla», dijo alguien desde un sofá. «Si van al mundial de surf, lo pierden con Bolivia», dijo otro desde una oficina sin ventiluz. Las redes sociales, la radio, la televisión e internet masacraron al grupo hasta el cansancio, o hasta que otro tema les ocupó la agenda.

Los seis componentes del equipo argentino leyeron cada uno de estos comentarios todavía en Marruecos, mientras hacían las valijas para volver a Buenos Aires. Hasta ese momento, ellos estaban convencidos de haber pasado seis días inolvidables en el norte de África, con todo pago, divirtiéndose y cocinando junto a otra gente del resto del mundo. La prensa argentina, que nunca viajó hasta allí, les informaba desde internet que no, que de ninguna manera habían pasado seis días maravillosos, sino seis días horribles y llenos de vergüenza. La prensa les informaba que eran unos perdedores.

Esa es la versión corta, y alcanza para convertir en realidad una metáfora muy transitada. En Argentina la frase «escupir el asado» significa estropear con mala intención los planes de otros. Ese linchamiento mediático fue, exactamente, el regreso de la metáfora a su forma literal. Lo que pasó a finales de mayo de 2013 en Marruecos se puede narrar ahora como una fábula perfecta de la agresividad que se vive, también, en otros ámbitos menos frívolos que un mundial de barbacoa. La contaré porque estuve en Marruecos durante esos días, sin saber que aquello podía convertirse en metáfora social. Fui al mundial de barbacoa porque soy gordo y me gusta comer animales muertos quemados, y conocí a los integrantes del equipo argentino en el lobby del hotel: ellos no sabían armar buenos cigarros de hachís y les tuve que enseñar.

En realidad no sé por qué decidí ir al norte de África. Desde que soy sedentario y viejo mis arrebatos por volar a la aventura son contradictorios. Cuando falta un mes tengo muchísimas ganas de ir a cualquier parte porque mi cerebro sospecha que sigo siendo joven y nómada. Saco el tema en las reuniones, les digo a todos a dónde iré y fantaseo con que la pasaré mejor que nunca. Cuando falta una semana empiezo a dudar: recuerdo que me cuesta conversar con extraños, que no sé defenderme en ningún idioma, que me aburren los aeropuertos y que en los hoteles me deprimo. Cuando falta un día para el vuelo me gustaría que explotaran todos los aeropuertos del mundo para poder quedarme en casa, acurrucado en posición fetal mirando tele, y empiezo a buscar excusas para escapar de mis promesas. Entonces, zácate, un taxi me está llevando al aeropuerto. Tengo un bolso con ropa, tengo indicaciones de mi mujer en un papelito, y sobre todo tengo tanto malhumor dentro del taxi que no puedo entender por qué acepté salir de mi casa. Para peor, esta vez me metí yo solo en la boca del lobo.

Un mes antes de volar estábamos en Buenos Aires organizando la grilla de la Orsai N14. Tirábamos temas posibles, buscábamos historias divertidas y autores que las pudieran contar. Alguien dijo, en la reunión, que existía un evento llamado *World Barbecue Championship*.

—¿Un mundial internacional de barbacoas?

—Sí señor.

Nadie sabía dónde iba a ocurrir, ni cuándo, pero lo habían escuchado por la radio y parecía inminente. Aún había poca información, sin embargo un dato nos sedujo: por primera vez, en los doce años que tenía el mundial, habían invitado a un equipo argentino.

—Tenemos que cubrir eso —dijo Chiri emocionado.

Yo estuve de acuerdo enseguida; siempre estoy de acuerdo cuando se trata de hacer crónicas frívolas. Google nos dio la información que faltaba:

—Acá dice que es en Marruecos, el último fin de semana de mayo. ¿A quién mandamos?

Y entonces dije algo que suelo decir cuando pierdo de vista que estoy viejo y que todo me aburre.

—Voy yo.

En general me condeno siempre con dos o tres palabras.

Chiri me miró con dudas. Sabe que el punto más alto de mi vehemencia ocurre cuando la idea está en pañales, cuando es fácil abrir la boca y fantasear, y que ese ímpetu mengua día tras día hasta que se convierte en el desgano más grande del mundo.

Lo mejor de un viaje a África es decir que se irá y escribir que se ha ido. Lo insoportable es tener que ir yendo. Pero una vez ahí, cuando el aire trae olor a carne asada, a hachís quemándose en el tabaco rubio y uno está tranquilo viendo a unos chicos cocinar animales muertos, todo se vuelve agradable y cercano. Lo pensé con fuerza la noche mágica de los corderos en cruz.

En el Mediterráneo africano eran las nueve de la noche del veinticinco de mayo (fecha patria) y todos esperábamos, en la playa, que apareciera la luna detrás del mar. Desde la mañana se rumoreó, en el hotel, que esa noche habría luna llena, pero fue una sorpresa cuando apareció porque nadie la vio salir por el horizonte. En un momento no había nada y en otro momento ya estaba toda. La vio primero Joaco, el asador argentino encargado del carbón:

—¡Miren la luna, *loco*, parece un queso! —dijo, y más de cien personas miramos la frontera entre el cielo y el mar y dijimos la palabra «luna» cada uno en nuestro idioma, y enseguida el monosílabo «oh» en un idioma general.

Fue la única vez que los irlandeses, los holandeses, los marroquíes, los belgas, los austríacos, el público, los árbitros y los corresponsales de prensa dejamos de mirar el tremendo fuego con leña del equipo argentino.

Era un mundial de barbacoa —esa rareza europea de carne veloz y pragmática—, y los argentinos estaban haciendo un asado de leña con corderos en cruz, a campo abierto. Un despropósito: era como si apareciese un tiburón de mandíbula tremenda en el consultorio de un dentista y se comiera a la secretaria. Ningún extranjero podía creer lo que estaba pasando en esa playa, con semejante viento.

Ellos, los extranjeros, con su termodinámica para cocer dócilmente un churrasco, veían por primera vez el origen de asar de verdad un animal crucificado. Veían la prehistoria de la cocción. Lo que para mí eran seis chicos parecidos a cualquiera de mis amigos de hace veinte años, distribuyendo la brasa y pintando de chimichurri el costillar, para el ojo foráneo era un acontecimiento ancestral subrayado por el paisaje africano.

Pude leer los labios de Felipe:

—¡Mirá dónde estamos, Chino!

Un grupo de turistas españolas los mimaba con caídas de ojos. Un fotógrafo portugués los enceguecía con el flash. Una televisión de Argelia los entrevistaba en inglés. Eran dioses.

Yo me había alejado un poco para armarles cigarros y pensaba que unos años antes, en 2011, estos chicos se pasaban las noches organizando parrilladas en sus casas sin fantasear con el norte de África. Eran y son antiguos compañeros del secundario, hermanos mayores y amigos comunes. Algunos viven en la Patagonia y otros en el norte de Buenos Aires, pero se juntan como un rito desde hace años en la casa del que sea. Unos son de Boca, otros de San Lorenzo o de River, y no todos son oficialistas ni todos opositores, pero las sobremesas de carne y vino los reúnen igual.

Hay miles de grupos así en cualquier parte de Argentina; no se pelearon a muerte como parece asegurar la sensación térmica. Se llaman Joaco, Felipe, Rocco, Laucha, Chino y Rama; pero podrían tranquilamente llamarse Micho, Tito, Negro, Gordo y Cabezón y ninguna locutora de radio notaría la diferencia. Son esa clase de grupo cerrado de varones jóvenes que elige el asado a cualquier otro deporte, y que solo faltan a las citas del vacuno cuando la novia es nueva.

Les gusta el fernet y la conversación. Les gusta el fuego: mirarlo, estirarlo y verlo crepitar. Una noche colgaron en Facebook fotos de sus parrilladas. Chorizos en camisón de panceta, morrón al huevo frito, achuras doradas y costillares interminables. Le pusieron a la página «Locos por el asado» y diseñaron un logo en donde el «por» es una equis formada por un cuchillo y un tenedor. De repente, cien seguidores nuevos en la página.

Ni el logo ni las fotos eran espectaculares, sino más bien amateurs, y justamente por eso otros grupos de amigos (también aficionados a la carne) se sumaron a la página. Un «Me gusta» atrás de otro, y así durante semanas enteras. A los dos meses se despertaron de una borrachera y tenían más de mil seguidores. Encantados de saberse con público, empezaron a subir videos de un minuto con recetas de cómo asar mejor el costillar, el matambre o la bondiola. Cincuenta mil seguidores y tres asados por semana. No eran videos artísticos ni las recetas tenían grandes secretos gastronómicos. Sin embargo, ochenta mil seguidores.

Los que filmaban, a veces, estaban más borrachos que los que improvisaban las recetas, pero eso, en vez de quitarle valor a las imá-

genes, lograba que cada video resultara más divertido que el anterior. Cien mil seguidores. Llegó un momento, a finales de 2012, en el que ya no sabían si organizaban cuatro asados por semana porque querían charlar entre ellos, porque tenían hambre, o para nutrir de contenidos la *fanpage* de Facebook. Una tarde les llegó un mail en inglés. Era una invitación formal desde la *World Barbecue Association*, con sede en Estocolmo, Suecia.

Todo esto me lo contaban ellos mismos en la habitación del hotel donde se concentraban para el *match* contra Marruecos, esa noche de luna llena.

—Imagináte que estás jugando a la pelota con tus amigos en el patio, aparece una limusina, se baja un tipo y es Michel Platini que te invita al Mundial.

Sabían que era imposible ganar ese torneo, porque lo que se evalúa allí es, entre otras cosas, la higiene y la tecnología. Ellos estaban allí como invitados de honor, para que los extranjeros conocieran cómo es cocinar a pelo. Se les inflaba el pecho de orgullo cuando me lo contaban.

Son antiguos compañeros del secundario, hermanos mayores y amigos comunes. Se llaman Joaco, Felipe, Rocco, Laucha, Chino y Rama; pero podrían tranquilamente llamarse Micho, Tito, Negro, Gordo y Cabezón.

El *World Barbecue Championship* se lleva a cabo desde hace doce años en diferentes países de Europa. Los organizadores tienen camiones provistos con parrillas preinstaladas, consiguen sedes paradisíacas, hay árbitros internacionales, stands con marcas de ketchup y un gran despliegue culinario.

En la página oficial, WBQA.com, dicen que son una organización fraterna que promueve los valores de unir a los países alrededor del fuego y otro montón de boludeces en inglés para conseguir mejores auspiciantes, pero la verdadera historia es mucho más divertida. En realidad son unos gordos suecos, holandeses, irlandeses y de otros países a los que les encanta comer, cocinar barbacoas y reunirse en grupos chillones. Todos tienen un montón de plata y se la gastan en ir y venir por el mundo con sus supercombis y sus parrillas móviles, tomar cerveza hasta morir y conocer gente nueva a la que le guste lo mismo: asar carne, emborracharse, charlar y comer. Lo vienen haciendo así desde hace quince años.

En una sobremesa de 1999 a uno de estos gordos de panza ovalada y cogote colorado se le ocurrió hacer un campeonato mundial de barbacoa. Lo dijo en chiste, pero otros gordos se rieron fuerte y empezaron a idear las reglas de una posible competición internacional. ¡Ah, qué hermoso ser europeo y gordo y rico y pasarse una tarde organizando un mundial de comer! Cuando la cerveza se les terminó, uno de los gordos ya tenía diseñado el logo. Siempre las mejores cosas empiezan cuando alguien dibuja un logo en una servilleta. Pusieron plata entre todos y armaron, a los trompicones, el primer mundial en Estocolmo.

La primera edición la ganó Reino Unido, en una final muy trabada contra Holanda. Les gustó tanto la experiencia que no pararon nunca más. Cada año eligen una sede distinta y perfeccionan la organización: hubo mundiales en Austria, Alemania, Suiza, Holanda, Dinamarca e incluso un año saltaron a Sydney. Cada nueva competición tiene reglas más claras y mejores empresas patrocinadoras.

Actualmente, el *match* principal es país contra país y se llama «a canasta cerrada». Cada equipo nacional recibe exactamente los mismos cortes de carne —cordero, vaca, pollo y otros animalitos de Dios— y hay un tiempo límite para asarlos con la técnica de cada región. Después los jueces prueban los manjares y emiten un veredicto. El año pasado el mundial se llevó a cabo en Bélgica y ganó Austria por penales. No sé qué significa por penales, pero me imagino que involucra embocar chorizos en una canasta.

Sin embargo, algo más ocurrió a finales de 2012: uno de los fundadores de la WBQA descubrió una página en Facebook llamada «Locos por el asado». Una página de Argentina, el país de la leyenda del fuego a campo abierto, el sitio donde nacen y mueren las mejores vacas, la tierra del gaucho carnívoro. La página tenía entonces más de cien mil seguidores.

Como quien tira una botella al mar, los gordos europeos mandaron un mail invitando a Argentina —con todo pago— al siguiente *World Barbecue Championship*, que se llevaría a cabo en Marruecos a finales de mayo de 2013. La respuesta desde Buenos Aires tardó cuatro minutos, y no dos, porque los chicos no querían parecer ansiosos. Esto me lo contaban los organizadores en el hotel, entre risas y cervezas, en un castellano torpe:

—Es como si organizamos mundial de rugby amateur europeo, y descubrimos *webpage* de All Blacks en Nueva Zelanda y decimos, bah, invitemos a venir, no perdemos nada. Y ellos dicen *yes*. ¡Es un sueño!

Se cruzaron varios mails. Los de cogote colorado les mandaron pasajes y los chicos argentinos viajaron al mundial. El primer encuentro físico entre los dos contingentes fue muy gracioso. Cuando el equipo argentino llegó a Marruecos y fue recibido por los organizadores del mundial, ambos grupos creían que los profesionales eran los otros.

El equipo argentino viajó en vuelo directo desde Buenos Aires a Roma, de Roma a Tánger en un Airbus, y de allí en un tren tumultuoso hasta Saïdia, donde acaba Marruecos y empieza Argelia. Ninguno de los seis conocía África ni las costumbres islámicas del norte. Descubrieron en el tren, entre otras cosas, lo fácil que es conseguir hachís en esa zona del mundo y llegaron a la sede del campeonato mundial alterados y felices.

El resto de los equipos europeos había llegado en aviones directos, mientras sus trailers cruzaron Gibraltar y llegaron por tierra. Los holandeses tenían una autocaravana gigantesca, equipada con tecnología de punta. Los austríacos, parrillas hidráulicas y termómetros para medir la temperatura de la brasa. Cada uno de

Los holandeses tenían una autocaravana gigantesca, equipada con tecnología de punta. Los austríacos, parrillas hidráulicas y termómetros para medir la temperatura de la brasa.

los países expertos en el mundial había conseguido, con los años, competir sobre todo en velocidad de cocción y en higiene. Los argentinos llegaron con seis bolsos, una guitarra y dos banderas: una albiceleste de Argentina, y otra roja de la ciudad de Trevelin, en Chubut.

El contraste con el resto de seleccionados era notorio no solo en el equipamiento, sino también en las edades y la contextura física. Casi todos los europeos eran cuarentones macizos de pelo chestertoniano y barriga ostentosa; el combinado argentino se componía de jóvenes flacos y altos con un promedio de edad de veinticuatro años. Vestían camisetas blancas con el nombre de su país detrás, en celeste, y en la pechera el auspicio de vinos Don Valentín y Buscapina.

Cuando los organizadores les preguntaron qué tipo de equipamiento y herramientas necesitaban para asar los corderos, la respuesta del equipo argentino rebotó en las paredes del complejo, se hizo rumor en los pasillos y los comentarios en los jardines del hotel duraron todo el día:

—Quieren asar diez corderos en la playa y no les importa el viento —decía alguien en francés.

—Parecen indios, pero qué cachondos que son —escuché decir a una barcelonesa.

—Solo necesitan leña y algo a lo que llaman fernet Branca —decía otro en alemán.

El equipo argentino sabía que, de a poco, sus técnicas empezaban a generar expectativa. Estaban concentrados en una de las habitaciones del complejo hotelero, donde también se realizaba el mundial. Yo me alojé en el mismo sitio, más que nada porque no había otro lugar decente en la ciudad donde poder dormir. Nunca había estado en un complejo así. Ese hotel parecía cualquier cosa menos África: parecía Cancún o algún destino vulgar del Caribe, era un oasis de turismo pavote en el medio del desierto, cercado por la pobreza de los pueblos islámicos de alrededor.

No tengo tiempo ni ganas de describir el derroche de confort innecesario, pero el lector que quiera puede googlear «Oriental Bay Beach» y mirar la majestuosidad espantosa del sitio. Ahí estaban los asadores argentinos, en ese ambiente de lujo islámico. Y ahí también estaba yo, caminando por los pasillos y oyendo a los gordos europeos, de cogote encarnado y bermudas caqui, ansiosos por ver al *exotic team* que había llegado de las pampas.

Para ir de mi habitación a la del equipo argentino debía caminar kilómetros, atravesar jardines paradisíacos, piscinas y campos de golf. Un peligro tremendo que casi me convierte en un chancho burgués. Pero me gustaba ir a la habitación del combinado nacional porque tenían, escondida entre el colchón y la mesa de luz, una pelota de hachís que habían comprado en el tren Tánger-Saïdia.

El hachís de Marruecos es el mejor del mundo y yo no había podido conseguir nada desde el aeropuerto al hotel. Descubrí rápido que el equipo nacional no tenía la menor idea de cómo se arman los cigarros de hash. Pensaban que era porro paraguayo, le ponían demasiada resina al papel y se drogaban muy mal, con grandes lagunas de resaca.

La primera tarde que les hice cigarros buenos con mi papel, con mi tabaco y, sobre todo, con mi fantástica velocidad para el armado, me convertí inmediatamente en la mascota del equipo.

Mientras ellos tejían estrategias gastronómicas, yo les armaba un cigarro atrás del otro, tanto en la habitación donde se concentraban, como en la playa donde hacían los asados. Gracias a esa franquicia que les ofrecí me dejaron deambular con ellos y los pude conocer en la intimidad, escuchar sus conversaciones y la excitación que tenían metida en el cuerpo. Pero también, a causa de la resaca, ahora no me acuerdo bien qué cara le corresponde a qué nombre. No sé cuál es Micho, ni sé cuál es Tito. Lo que sé —y esto lo sé muy bien— es cuánto se divirtieron en ese mundial de barbacoas europeas, sobre todo inventando cantitos de guerra. Me retumban todavía algunos de los versos, con música de tribuna, que prepararon para intimidar a los rivales:

Yo hago asado de chiquito,
carbón y leña y nada más.
Vos tenés parrilla móvil,
se te arrebata el costillar.
¡Gringo, tu asado es moderno,
prendés el fuego con campingás!

Y me queda grabada la risa de los adversarios gordos y colorados al conocer la traducción de esas estrofas.

—*Oh, my god, cámpingas, my god* —decía un irlandés riéndose con la boca abierta, y parecía que le fuera a explotar la panza.

No había competencia, sino camaradería y largas noches de alcohol. Gente reunida alrededor del fuego con ganas de pasarla bien. Así ocurrió durante los días que duró el encuentro. Fiestas nocturnas, almuerzos opíparos y un reguero de cerveza fresca para el calor agobiante que sopla en el ecuador del mundo.

Las noches terminaban muy tarde, cuando el último país cantaba la canción que dice «Dame la G / te doy la G, / dame la E / te doy la E» y que termina con el grito «¡Germany!».

Eran más de treinta países y se cantaban todas las canciones patrias. La enorme mayoría de los cocineros se quedaba hasta el final, deletreando el nombre de cada país, incluida la interminable y ripiosa canción de Liechtenstein, que era complicadísima.

En ningún momento nadie se preocupó por las estadísticas del torneo. La excusa era el mundial, claro, pero el objetivo estaba en las sobremesas y se cumplía cada noche. A todo el mundo le daba igual si ganaba Bélgica o Nueva Zelanda, mientras los camareros marroquíes siguieran trayendo cerveza fría y las turistas europeas llegaran a la discoteca nocturna del hotel vestidas igual que en las piscinas diurnas.

Me fui de Saïdia el domingo por la mañana, con la cabeza como un tambor. Los árbitros darían su veredicto por la tarde, y ni siquiera me importó quedarme a verlo.

Cuando llegué a Barcelona tenía la panza rígida de tanto comer carne y ya se empezaban a conocer los resultados del torneo. Había ganado Dinamarca, con ahumadores portátiles, seguido muy de cerca por el equipo alemán. Los argentinos quedaron cuartos y me pareció muy bien.

Entré a Facebook para revisar la página de los chicos, quería saber si ya habían informado de los resultados a sus seguidores, y fue entonces cuando vi que los estaban masacrando. Me descolocó un comunicado del embajador argentino en Marruecos pidiéndole «calma a los medios». Abrí un diario, y después otro. De repente, en cada sitio de la prensa nacional se hablaba de traición y derrota. Fue una experiencia extraña, porque yo todavía tenía en las zapatillas arena marroquí y las voces felices de los cantos de tribuna en la cabeza.

Me costó al principio entender la agresividad que llegaba desde el otro lado del Atlántico. Era saña y era bronca. Los periódicos online deliraban de patriotismo mancillado. La basura del trendic topic funcionaba a cuatro motores.

Escuché una entrevista telefónica de radio Mitre a uno de los chicos. El pobre quería explicar que había sido una experiencia única, pero la entrevistadora le decía que no, que deberían estar tristes, que había sido una vergüenza.

Sentí una enorme compasión por esos chicos, a los que había dejado bailando y cantando el sábado por la noche. Ahora era lunes, habían pasado nada más que cuarenta y ocho horas, pero el mundo parecía otro. El que hablaba por la radio, creo que era Rocco, tenía la voz quebrada y quería disimularlo. Era una voz diferente a la del veinticinco de mayo, cuando la luna llena en Marruecos los iluminó a los seis para que asaran la carne como lo hacían sus padres y sus abuelos.

Cuando salió esa luna yo me alejé del calor de los diez corderos en cruz para conseguir la perspectiva que conviene tener en las gestas ajenas. Ellos estaban viviendo un momento único y se les notaba en la cara. Les habrá pasado por la cabeza el secundario completo, la amistad y las borracheras. Los seis se miraban a los ojos, se abrazaban y se decían cosas de amor al oído.

Allí fue donde pude leerle los labios a Felipe cuando dijo: «¡Mirá dónde estamos, Chino!». O quizá fue el Chino que se lo decía a Felipe. Pero podíamos haber sido Chiri y yo hace veinte años, por eso me emocioné cuando el otro lo abrazó y se sintieron inmortales.

Bailoteaban y le echaban leña al fuego. Bebían y pintaban los costillares con agua y sal. Se dejaban sacar fotos. Medían la temperatura de la carne con las manos para hacerles ver a los daneses la inutilidad de comprar termómetros hidráulicos. «¡Gringo, tu asado es moderno, / prendés el fuego con campingás!», cantaban a los gritos mientras asaban y bebían.

Si en ese momento me hubiera llevado aparte a cada uno y, por turno, les hubiera preguntado dónde querrían estar en ese momento, haciendo qué, los seis habrían dicho lo mismo. «En África, con mis amigos».

No tenían la menor idea de lo que iría a decir la prensa en Argentina dos días después. Mejor que no lo supieran. Mejor dejarlos así, congelados en el abrazo. ¿Para qué aguarles la fiesta con noticias del futuro? ¿Con qué objeto escupirles el asado de esa noche perfecta?

ASADO
PARTICIPIO DEL VERBO HACER

Estoy a favor del asado nacional —me dice Chiri—. ¿Pero sabés lo que no soporto? La pelotudez de que nadie se puede meter en la parrilla cuando otro está haciendo el asado. Me parece una competencia idiota entre machos alfas.

—Es verdad —le digo—. En Argentina vos nacés sabiendo que si movés una costilla de lugar cuando el asado lo está haciendo otro, el parrillero tiene el derecho de agarrar el cuchillo y cortarte un dedo.

—Igual te felicito —me dice Chiri—, por fin levantaste el culo de la silla y fuiste a alguna parte... ¿Cuánto hace que no salías de tu casa?

—Cuatro años, seis meses y doce días.

—¿Y qué tal, te gustó?

—No mucho. Es todo luminoso y raro. Nadie está pendiente de lo que te pasa. Cuando decís «Nina, poné la mesa», o «Cristina, pasame el cuchillo tramontina», los extraños no hacen caso.

—Oíme, ¿vos comiste asado en África al final?

—Claro. ¿Por qué?

—Porque no contás esa parte…

—La crónica inicial estaba planteada de otra manera —le digo—, era el relato de un gordo que va a contemplar sabores, a desmenuzarlos, ¿te acordás? Pero después pasó todo eso en la prensa y me pareció mejor contar la metáfora social. La pasaron realmente mal esos chicos con todo lo que se dijo de ellos.

—Todo bien con los pibes, eh, todo muy lindo —me dice Chiri—, ningún problema con ellos, pero para competir con los gringos gordos de cogote colorado yo hubiera llevado gente gorda de cogote morocho, bien autóctona.

—¿A quién hubieras llevado? —le pregunto.

—No sé. A los gordos de la CGT, ponele.

—A los gordos de la CGT les dicen así porque son los que tienen la mayor cantidad de afiliados… «Gordos» por «grandes».

—¡Pero son gordos de verdad! —dice Chiri—. Y se la bancan con cualquiera. Vos sabés que cuando se trata de defender la camiseta yo me pongo muy bilardista. No se nos pudo haber escapado esa medalla. Fue un desastre.

—¡No entendiste nada! —le digo—. Estás diciendo las mismas pelotudeces que decían los diarios. ¿Vos leíste lo que escribí?

—Sí, demasiado sensible para mi gusto. Muy reivindicativo. Cómo se nota que los años de vivir afuera te arruinaron la conciencia nacional.

—Ok, no vas a conseguir que me enoje —le digo—. Además es muy gracioso que creamos que el asado es un invento nuestro, cuando toda la vida la humanidad cocinó carne a las brasas.

—Pero no todos los países del mundo adoran el ritual como nosotros —me dice Chiri—. Pensá que en Argentina hay una película que se llama *El asadito* y su único argumento es que se juntan unos amigos en una terraza a comer un asado. No hay más conflicto que ese. El cine francés no tiene esos detalles.

—Es verdad.

—O pensá, sin ir más lejos, en la foto más famosa de Marcos López, «Asado en Mendiolaza», que estuvo expuesta en medio mundo y es una parodia de la Última Cena en formato asado.

—Cierto. Pero me parece exagerado creer que el copyright de la carne con fuego sea nuestro.

—Ustedes los gringos pueden decir lo que quieran, pero en ningún lugar del mundo la carne sabe como en la pampa. Preguntále a los indios.

—¿A qué indios?

—A los indios que se comieron asado a Juan Díaz de Solís. Preguntáles, a ver qué piensan…

—Esos indios no solo se comieron a Díaz de Solís, también se comieron a los soldados españoles que bajaron del barco con él —le digo—. Eso lo cuenta Saer en *El Entenado*.

—Qué linda novelita —me dice—. ¿Ese libro lo perdí yo o lo perdiste vos?

—Creo que yo —le digo—. Saer cuenta muy bien esa comilona. Los indios quedan pipones, medio aturdidos, igual que nosotros después de comer una parrillada contemporánea.

—Yo creo que ese fue el primer asado multitudinario que registra la historia argentina.

—Mmmm —le digo—. Gallegos crocantes con chimichurri... Habría que probar.

—Costilla de madrileño a la mostaza...

—Matambrito de catalanes...

—Decile a tu hija que ponga la mesa, y a tu mujer que te pase un cuchillo. ¡Convertite en indio de las pampas, Jorge! ¡Cométe a tu familia española a la parrilla!

—¿De verdad? —le digo— ¿Puedo?

—¡Gozá, putita!

LA VERDAD SEGÚN:
UN INGENUO
UN LISTO
UN DESCONFIADO
UN CONSPIRANÓICO
UN PERIODISTA
UN HIPPIE
UN FATALISTA
UN SABELOTODO
UN ALCOHÓLICO
UN PESIMISTA
UN MATEMÁTICO
UN RELIGIOSO
SALLES

POLICIALES

CUATRO MUJERES MUERTAS

ESCRIBE

JAVIER SINAY

Fue conocido como el «cuádruple crimen de La Plata». Ocurrió a finales de 2011 y causó conmoción. Un periodista de Orsai investigó el tema con tal profundidad que consiguió que el principal imputado hablara con la prensa por primera vez desde la tragedia.

JAVIER SINAY
Buenos Aires, 1980

Estudió Ciencias de la Comunicación en la Universidad de Buenos Aires. Es escritor y periodista especializado en sucesos policiales. Colabora con las revistas *Rolling Stone* y *Hombre*. Trabajó para el suplemento «Sí» de *Clarín* y ha colaborado con diferentes medios gráficos como *TXT*, *Crítica*, *D-Mode*, *Gatopardo*, *Zona de Obras* y *Alma*. Participó en la producción de los programas de televisión *Forenses*, *Fiscales* y *Ser Urbano*. Ganó tres veces el Premio Perfil a la Excelencia Periodística en las categorías «Mejor investigación», «Mejor exclusiva de policiales» y «Mejor entrevista a personaje». También ganó el Premio TEA Estímulo. Coordinó junto a Diego Galeano el «Coloquio sobre delito, memoria urbana y escritura en Argentina: a 100 años de los crímenes del Petiso Orejudo»

A las siete de la mañana del veintisiete de noviembre de 2011, un muchacho llamado Facundo González abrió la puerta de su casa —iba a trabajar— y quedó de cara a un pasillo lleno de huellas rojizas. El corredor unía los cinco PH que formaban parte del condominio de departamentos, y las pisadas —oscuras, salpicadas, confusas— salían de la puerta contigua, la de sus vecinas del timbre 5.

Era domingo y el silencio en la ciudad de La Plata era total.

—Che, papá… Mirá lo que hay acá… —le dijo Facundo a su viejo.

El hombretón apareció por detrás. Se llamaba Rubén, y lucía ojeroso y despeinado. Había dormido mal. En el medio de la noche se había despertado escuchando gritos y lamentos, y se había desvelado pensando en el origen del ruido. Había dos explicaciones viables. Podían ser las nenas del vecino: dos chiquillas que lloraban por cualquier cosa y que se peleaban entre ellas todo el tiempo. O podían ser las ratas: en los últimos tiempos habían aparecido algunas en el condominio y los vecinos les habían declarado la guerra. El mismo Rubén había cazado dos adentro de su casa. Las había tenido que acorralar detrás de un mueble; no había sido fácil. Eran bichos veloces, incluso astutos, y era probable —había pensado Rubén aquella noche— que los golpes y los sollozos respondieran a una cacería doméstica.

A la mañana siguiente, sin embargo, la hipótesis cambió. O se confirmó.

Lo cierto es que Rubén se asomó por detrás de su hijo, siguió con la mirada las huellas del pasillo y se detuvo en la entrada de sus vecinas, a un metro de su propia nariz. La puerta estaba entreabierta. Y permitía ver un charco de sangre en el descanso del ingreso al departamento. No había nada más. O mejor dicho: Rubén no quiso ver nada más. En cambio entró a su casa y levantó el teléfono. Discó 911.

—Señorita, acá hay algo raro… —le dijo a la operadora de la policía.

Era raro, por cierto. Y atroz: sus vecinas estaban muertas y faltaba poco para que los agentes llegaran y descubrieran los cuerpos.

Susana de Bartole, de sesenta y tres años, yacía en la cocina —el ambiente contiguo al descanso de entrada— sobre un gran charco de sangre. Los peritos advirtieron que había sido golpeada en la cabeza con un elemento voluminoso y pesado, tal vez un palo de amasar o un pisapapeles. También notaron que había recibido algunas trompadas y varias puñaladas en el cuello, en el tórax y en uno de sus brazos —con dos cuchillos diferentes y con un destornillador—. Y que debajo de sus uñas había restos de piel arrancada en un rasguño: «ADN perfil NN1», en el léxico desangelado de los forenses.

En el comedor, siguiendo el recorrido de la casa, apareció el cadáver de Bárbara Santos, de veintinueve años: la única hija de Susana. Podía suponerse que para ella el horror había comenzado en el baño. Allí había sido sorprendida, después de la ducha y justo antes de lavarse los dientes —el cepillo había quedado con la pasta en el lavatorio—. Bárbara había corrido unos metros, pero no había tenido suerte: fue la más castigada de las víctimas. En las manos —con las que había intentado defenderse— y en la cabeza —donde asomaba el hueso del cráneo— había recibido varios golpes con un palo de amasar que fue hallado por los forenses sobre una mesita de la sala, al lado de unas estatuillas de porcelana y de unos retratos familiares. Había más: un relámpago de puño le había desprendido un diente; al caer sobre una mesa de vidrio —o ser golpeada contra ella a propósito— se había cortado la cara; y el filo del puñal había pasado setenta y seis veces por su cara, su cuello, su torso, su abdomen, los brazos y una de sus piernas. El agresor —podía deducirse— había iniciado el ataque de frente y lo había continuado por detrás: el reguero de sangre con el que Bárbara había salpicado la pared —una estampa de microgotas en spray— daba cuenta de que la mujer se había inclinado o se estaba cayendo cuando llegó una cuchillada mortal al cuello. Después el asesino continuó apuñalándola en el piso. Ocho veces más.

La masacre siguió.

Micaela, la hija de Bárbara, de once años, había sido alcanzada en una de las habitaciones: la policía encontró su cuerpo recostado sobre la cama matrimonial, frente al televisor. La nena había sido golpeada y apuñalada dieciséis veces en el tórax y en los brazos. Por debajo de ella quedaba un celular con el que había discado 9111: había querido llamar a la policía, pero había discado un número de más. La llamada, que no se concretó, quedó registrada a las 00:07 del domingo. La niña fue la única víctima que no fue pasada a degüello.

La última en morir, Marisol Pereyra, recibió el mismo tratamiento que el resto de las víctimas adultas: puñaladas y cortes en todo el cuerpo, el cuello incluido. Marisol era una amiga joven de Susana de Bartole y su presencia en

Entrada. Pasillo que conduce al timbre 5.

Prueba. El palo de amasar hallado por los forenses.

la casa a la medianoche era difícil de explicar. Quizás había llegado de visita, por casualidad y mientras ocurrían los asesinatos, y luego de haber sido recibida por el homicida había sido liquidada. Como fuera, Marisol estaba echada en la cocina, con su cabeza sobre el zócalo de la heladera. Uno de sus pómulos había sido fracturado con una trompada y tenía la marca de ocho puñaladas —la salpicadura roció el techo y dos paredes—, y así y todo en el medio del ataque había alcanzado a defenderse y a rasguñar a quien tenía enfrente: debajo de sus uñas también se hallaron restos de piel.

Había, entonces, rastros. Y no solo en las uñas de las víctimas.

En la cocina fue hallado uno de los cuchillos utilizados para la masacre —la punta estaba manchada de sangre y el resto de la hoja había sido lavada— y también había pisadas. En un intento por ordenar la escena del crimen, el asesino había dejado sus propias huellas apresuradas y confusas cerca de los dormitorios y del baño, como si hubiera estado meditando qué hacer. O como si hubiera estado buscando algo —un teléfono quizás: el de Marisol Pereyra nunca fue hallado—. Había también un guante en el comedor, señalado por los forenses con el patrón genético «ADN perfil NN1», y estaban también las últimas pisadas del homicida, esas que iban por el pasillo y que llegaban a la vereda, hasta desaparecer en el cordón. Allí, estimaron los peritos, el homicida se había subido a un auto.

La casa lucía, al final, como una gran ciénaga. Era el feroz escenario del «cuádruple crimen de La Plata»: uno de los casos más escandalosos y enigmáticos de los últimos años en la criminología argentina.

El mismo domingo, poco después del hallazgo de Facundo y Rubén González, un muchacho llamado Osvaldo Martínez amanecía en su casa de Melchor Romero, una localidad ubicada a veinte kilómetros del centro de La Plata. Su noche —diría después— había sido tranquila, casi desangelada: había visto una película (*Agente Salt*, con Angelina Jolie) y con un mensaje de texto le había reprochado a su novia su desapego: «Otro sábado que me dejaste solo, me voy a acostar, ya no me vas a mandar mensaje».

Su novia era Bárbara Santos, una de las mujeres muertas.

Después de tres años, Bárbara se había convertido en la primera chica que Martínez tomaba por novia formal. Sin embargo, la relación tenía ya sus altibajos. Bárbara se quejaba de los celos de Martínez y a él le molestaba que ella no lo tuviera en cuenta. Pero aun así seguían juntos y tenían buenos momentos. Dos días atrás, el viernes veinticinco de noviembre de 2011, él le había regalado un ramo de flores y una caja de bombones para su cumpleaños, y habían pasado toda la tarde jugando con Micaela —la niña de ella— al Reto Mental, un juego de dados y preguntas. Pero el sábado veintiséis todo se había vuelto opaco: de noche, ella no había llamado y Martínez había vivido ese silencio como un abandono.

A pesar de esa distancia, al día siguiente Martínez organizó la jornada pensando en Bárbara. Después diría que había querido hacer un plan con ella. Es por eso que a media mañana del domingo veintisiete se subió a su Fiat Uno para buscar a su novia y llevarla a una fiesta familiar, al cumpleaños de su sobrina. Pero el plan no se concretó: cuando conducía por la calle Treinta y dos, una camioneta repleta de poli-

Marisol Pereyra. La cuarta víctima.

Bárbara Santos. La novia del Karateka.

cías le cerró el paso. Martínez pensó que había un error, hasta que uno de los vigilantes le abrió la puerta del auto y le ordenó bajar.

—¿Vos sos Martínez, Osvaldo? ¡Asesinaron a tu novia! —le dijo, mientras lo hacía subir a la camioneta y le pedía que indicara el camino a su casa, que muy pronto sería allanada.

Pocas horas después el novio salió de su hogar encapuchado y detenido, en el marco de una operación ordenada por el fiscal Álvaro Garganta. El funcionario dijo más tarde que Martínez mentía cuando decía que la noche anterior se había quedado mirando una película y durmiendo. Y que, en cambio, había estado manipulando un cuchillo y abriendo canales de sangre. La hipótesis del fiscal —que apuntó a Martínez como el principal acusado— decía que los celos enfermizos sobre Bárbara se habían desatado cuando Martínez se había enterado de que su novia se iría a bailar con sus amigas, y que ese rapto de furia lo había llevado a matarla —y a acuchillar a todas las demás mujeres para no dejar testigos—.

Esa versión tenía, en un principio, algún sostén: los vecinos de Bárbara se preguntaban por la ausencia de Martínez la noche del sábado —«Qué raro que no estuviera ayer; siempre dormía con ella», decían— y eso llevó al fiscal Garganta a hacer foco en el novio. Después Garganta armó un esquema de femicidio que apuntaló primero con algunos mensajes de texto de Martínez (más reproches hacia Bárbara), con las palabras del chofer de remís Marcelo Tagliaferro (un testigo que juró haber visto al acusado en la escena del crimen), y con un informe que señalaba la personalidad tenaz y prolija de su acusado. A través de una pericia telefónica, y a lo largo del tiempo, el fiscal también intentó demostrar que Martínez había estado en movimiento —y no en su casa— durante la medianoche de los crímenes, y que el nivel de agresión que había sufrido Bárbara —quien tenía el doble de puñaladas que las demás víctimas— convertía a la mujer en el eje de la masacre. Para Garganta, se trataba de una verdadera historia de amor con final trágico.

La hipótesis —que mostraría varias fisuras con el paso del tiempo— sorprendió a todos los que conocían a Martínez. A los veintisiete años, el muchacho no encajaba con el arquetipo de un asesino múltiple. Había sido criado en el seno de una familia de clase media trabajadora del suburbio de Berisso —una localidad cercana a La Plata— y había alternado el estudio —cursaba la carrera de ingeniería electromecánica en la Universidad de La Plata— con el trabajo —tenía un empleo en la petroquímica Repsol YPF— y con el deporte: había practicado karate durante diez años en los que había forjado dos brazos largos y duros, y un temple moldeado por los preceptos del arte marcial. El apodo tampoco calzaba con el perfil de un homicida: lo llamaban «Alito», un sobrenombre que venía de «Ale», un nombre árabe que la madre de Martínez había querido ponerle de acuerdo a sus tradiciones y que no había sido aceptado en el registro civil.

En cualquier caso, el asunto del apodo resultó una transformación simbólica para Martínez en el momento de ser detenido. Y es que apenas se lo acusó de la masacre, «Alito» pasó a ser una contraseña para los íntimos; el resto de la sociedad lo conoció desde entonces como «el Karateca», un alias hoy célebre en La Plata, donde Martínez es visto por algunos como un temible exterminador de mujeres; y

Osvaldo y Bárbara. Una relación con altibajos.

Masacre. El fiscal en la escena del crimen.

por otros como una víctima del Poder Judicial de la provincia de Buenos Aires, que lo detuvo dos veces y dos veces lo liberó por falta de pruebas.

Si el Karateca fue o no el autor de la masacre es una pregunta que quizá nunca encuentre respuesta. Como sea, la guerra de versiones comenzó en la hora cero. El fiscal y el juez apoyan la hipótesis de que fue un crimen pasional. Pero también están todas las otras versiones: muchas de ellas hacen foco en la figura de Susana de Bartole, la madre de Bárbara. De ella se han dicho principalmente dos cosas: que su trabajo como secretaria de un juez la podría haber expuesto a cierta información inconveniente. Y que su afición al juego le podría haber dejado un dineral —ganado en el bingo— atractivo para los asesinos.

—Yo estoy convencido de que todo gira en torno a mi suegra —dice Osvaldo Martínez. Es septiembre de 2012 y está sentado en la mesa de un bar de La Plata, luego de haber recuperado la libertad por segunda vez. Martínez tiene ya veintinueve años, y sin embargo viene a la entrevista acompañado por su madre. La señora se llama Herminia López, es empleada de un hospital y es sobre todo una mujer fuerte. Ella fue la principal opositora al fiscal Garganta y al juez que confirmó los cargos contra su hijo.

—A mí me investigaron por completo y si estoy acá, libre, es porque soy inocente —sigue Martínez—. Este no es un crimen pasional y yo quiero conocer la verdad. Todos nos merecemos conocerla. También las chicas.

«Las chicas», dice Martínez. Su madre —ojos negros, rulos morenos— asiente con la cabeza.

A Susana de Bartole le gustaba mantener el orden. Apenas llegaba del trabajo se quitaba la ropa cara con la que ingresaba a Tribunales, agarraba un plumerito viejo y se ponía a repasar. Recién al terminar se permitía un descanso. Cuando caía la tarde solía cruzarse a uno de los departamentos de adelante, donde vivía Silvia Matsunaga, una vecina más joven a la que conocía desde que había llegado al condominio, dieciséis años atrás, y que se había convertido con el tiempo en una amiga íntima. En esos primeros días, Susana ya estaba separada del padre de Bárbara —un policía que se había marchado a Mar del Plata— y la soledad la había llevado a tender lazos. Pronto nació una costumbre: Susana aparecía cada noche con sus cigarros Le Mans en la casa de la vecina y fumaba con ella en la ventana.

Mientras hablaban, Susana solía contarle a Silvia sobre su agujero económico. El tema era recurrente en los últimos tiempos: una de las hermanas de Susana había quedado a la intemperie con la muerte de su marido y ella la había ayudado, pero después ella misma había caído en desgracia. El dinero no le alcanzaba. No había terminado de pagar su departamento; la herencia recibida de sus padres —y compartida con las dos hermanas— no había sido suficiente y además un amigo la había traicionado pidiendo un crédito a su nombre e incumpliendo las cuotas. Por todas estas razones Susana tenía retenida una parte de su sueldo y estaba embarcada en una vida que se había vuelto angosta. Al final había tenido que renunciar a los paseos de compras, a la ropa nueva y a las tragamonedas del bingo al que tanto le gustaba ir.

Así y todo, seguía encontrando formas de divertirse.

Susana de Bartole**.** La madre de Bárbara.

Bingo. En estas tragamonedas solía jugar Susana.

—Susana era una mujer moderna y sin compromisos, y estaba muy bien para la edad que tenía —dice Silvia Matsunaga, una mujer de rasgos japoneses y sonrisa generosa—. Hemos salido juntas y vi cómo se divertía y cómo conocía gente. Pero le conocí pocos novios formales. La mayoría quedaba fuera de casa porque no quería compromisos: su prioridad era su nieta, Micaela.

Después del crimen, sin embargo, la vida íntima de Susana de Bartole perdió toda reserva: en el expediente judicial del caso, un abultado papelerío que roza los dos metros lineales, hay toda clase de historias y de rumores —difíciles de probar— sobre su vida íntima.

Que practicaba el culto Umbanda y gustaba del ocultismo, se dijo. Que pedía créditos sin parar y que estaba gravemente endeudada con una docena de acreedores.

Que se jugaba lo poco que le quedaba en el bingo.Que era ludópata. Que el sexo casual era uno de sus grandes placeres. Que el sexo pago era uno de sus grandes recursos.

Que el juez Blas Billordo —su jefe— era su amante. Que el suicidio del juez —con un balazo en la sien, apenas un día antes de la masacre— no tenía que ver con el cáncer que lo estaba carcomiendo sino con algún asunto caliente que pasó por sus manos y por las de su secretaria Susana, y que podría haber derivado también en la masacre de las cuatro mujeres.

Que el albañil Javier Quiroga —que había hecho varias tareas de refacción en la casa y que el día del crimen había trabajado allí— también era su amante.

Y que el albañil Javier Quiroga había sido, además y por último, su asesino.

Es un hombre pequeño y moreno, el albañil. Una médica forense anotó un año atrás que medía un metro con sesenta y cinco centímetros y que pesaba setenta y dos kilos, pero hoy Javier Quiroga parece más delgado. Y su rostro ajado —primero por el sol del Norte, después por el trabajo fatigoso del obrero, finalmente por el drama policial— desmiente los treinta y cinco años que lleva en su documento.

—Me causa dolor hablar de esto… Es algo que quiero olvidar hasta el día de hoy… —vacila Javier Quiroga en esta, la primera entrevista que concede a la prensa después de un largo silencio.

Por el parecido que tenía con el boxeador Rodrigo Barrios cuando se rapó el cabello, una vez y hace tiempo, a Quiroga todavía le dicen «Hiena». Sin embargo su aspecto —doblegado— hoy no parece estar a la altura de su apodo. En una sala de la cárcel de Magdalena, a unos cincuenta kilómetros de La Plata, Quiroga fuma y habla de olvidar. Pero después recuerda. Intenta explicar la suma de —dice él— injusticias que lo llevan a ser el único detenido por el cuádruple crimen, y que lo dejaron entre rejas el dos de mayo de 2012.

Quiroga fue capturado a seis meses del asesinato, cuando el resultado de las pericias sobre el «ADN perfil NN1» lo señaló culpable. La piel que había debajo de las uñas de Susana y Marisol era la del albañil, y también eran suyos los dieciocho rastros de sangre que habían sido recolectados dentro de la casa de La Plata. Quiroga, sin embargo, tenía una explicación. Y la dio la misma noche en la que lo capturaron. El albañil se reconoció inocente y acusó a Martínez —el Karateca— de haber orquestado la masacre. Su testimonio, que resultó clave en la investigación, derivó en la segunda detención

Preso. Javier Quiroga, el albañil acusado.

Panorámica. La cárcel de Magdalena.

del Karateca —quien ya había sido liberado una vez por falta de pruebas—, pero no salvó al albañil del encierro: lo acusaron de coautor del múltiple homicidio. Al principio estuvo cautivo en el pabellón psiquiátrico del penal de Melchor Romero —donde comenzó a limpiarse de la adicción al alcohol y a las drogas en la que había caído por la depresión de un divorcio y el horror de la masacre—, después en el de Olmos y finalmente acá.

Su temporada a la sombra no fue fácil: cargar con la muerte de una niña no es la mejor credencial para entrar a una cárcel, dice Quiroga y se limpia las lágrimas. Tiene las manos esposadas. Hace unos minutos dos guardias lo trajeron sin delicadezas a esta oficina —retirándolo de las tareas de carpintería que hace en el penal—, y le dieron un rato para hablar. Esta es su versión de la masacre, contada por primera vez ante un grabador y un periodista.

—Era sábado a la tarde —comienza—. Martínez vino a mi casa a eso de las cuatro y me encontró soldando rejas para un trabajo que estaba haciendo. Llegó caminando y se presentó, porque yo al principio no sabía quién era.

«Soy el novio de Bárbara» dice que le dijo. Quiroga apenas lo recordaba: lo había visto una sola vez, durante un trabajo previo en la casa de Bárbara y de Susana, pero en aquella oportunidad Martínez ni siquiera lo había saludado. Esta segunda vez era distinta: el novio le habló con una confianza amistosa y hasta le encargó una nueva tarea. Martínez —dice Quiroga— le propuso juntarse ese mismo sábado, a las ocho y media de la noche, para convenir un arreglo en los cielorrasos de la casa. Le dijo que había prisa, que quería empezar ese mismo lunes.

Mientras charlaban, Quiroga —formoseño y proveniente de una familia de albañiles— notó que la cerveza que había estado bebiendo durante el trabajo ya se había acabado, y decidió ir a comprar otra. Martínez lo acompañó. En el camino hablaron de sus mujeres: los dos estaban en la cuerda floja. «Yo ando medio peleado, voy a ver si con esto arreglo un poquito mi situación», le dijo el novio de Bárbara. «Sí, te entiendo, yo también ando en la misma: tengo un pie afuera y otro adentro», respondió

El albañil se reconoció inocente y acusó al Karateca de haber orquestado la masacre. Su testimonio derivó en la segunda detención del Karateca, quien ya había sido liberado una vez por falta de pruebas, pero no salvó al albañil del encierro: lo acusaron de coautor.

Primer sospechoso. La policía detiene al Karateka.

Otros tiempos. Bárbara y Martínez.

Quiroga, según su versión. Luego se despidieron frente al kiosco.

—Pero antes de irse me regaló una rodaja de merca —sigue el albañil, y se muestra sorprendido—. No sé si él sabía que yo consumía, pero en un momento me dijo: «¿Vos tomás?». Y yo no sabía para qué lado lo quería llevar, porque hay gente sana que le dice «tomás» a tomar alcohol, y hay otra gente que sabe que «tomar» es tomar cocaína. Él me dijo que él no tomaba y que le habían regalado esa rodaja. ¿Un regalo de esos en la calle? ¡Era raro! Yo creía que me quería sobornar por el trabajo, para que le cobrara menos, y me causaba gracia… Después pasé a saludar a un amigo que cumplía años y le comenté lo que me había pasado. Él se rio y me dijo que tenía suerte.

Un rato más tarde Quiroga llegó en su bicicleta hasta la casa de Bárbara y tocó el timbre, según cuenta. Salió Susana, la madre, y se mostró sorprendida: no sabía nada de los arreglos en el techo.

—Pero la señora confiaba en mí y me hizo pasar; siempre prefería pagar un poquito más y tener alguien de confianza en la casa —sigue el albañil—. Nos quedamos un rato tomando mate y charlando, y después apareció Bárbara. Mientras esperaba que llegara Martínez me puse a arreglar unos cajones por pedido de Susana y… en eso llegó él… y… pasó lo que pasó.

Martínez —dice Quiroga— ni siquiera lo saludó: siguió de largo y se puso a discutir en voz baja con su novia. Cuando terminó con el arreglo, Quiroga se quedó esperando a que el otro le dijera qué hacer con el techo, y aprovechó el rato para llamar a su mujer y avisarle que iba a llegar tarde. Un instante después Bárbara se metió en el baño a tomar una ducha y recién entonces apareció Martínez para preguntarle a Quiroga si ya había comenzado a trabajar. El albañil le dijo que no y fue a buscar una silla para subirse a ver el techo.

—Ahí fue que escuché un golpe; ahí empezó todo.

En la declaración ante el fiscal, Quiroga contó que después de escuchar ese golpe Martínez apareció sorpresivamente con el rostro desencajado, calzando guantes y con un arma en una mano y un cuchillo en la otra.

Martínez se había convertido en «el Karateca».

«¡Corréte para allá, hijo de puta!» le habría ordenado entonces al albañil, para luego meterse en el baño a buscar a Bárbara.

La masacre había comenzado.

Y mientras ocurría a su alrededor, Quiroga se asustó de tal forma que —lo jura— no supo qué hacer. No pudo hablar ni moverse. Durante unos minutos estuvo de pie, pero después se le vencieron las piernas y se quedó arrodillado detrás de una mesa, mirando y a la vez tratando de no mirar. Quiroga sentía un terror primario que —dice—contrastaba con la frialdad del Karateca, que iba de un lado a otro de la casa ejecutando su plan sin abrir la boca.

—Solo vi uno de los homicidios. El de Bárbara —dice Quiroga.

Los demás ocurrieron en otros ambientes, asegura, aunque podía escuchar los ruidos y algunos —pocos— gritos.

Entonces sonó el timbre.

Era Marisol, una enfermera de treinta y cinco años: la última de las víctimas.

Marisol tenía pocas razones para estar allí. Se había acordado de su amiga Susana de Bartole apenas un rato antes, cuando el remís en el que viajaba había pasado por delante del edificio de los Tribunales en el que trabajaba la señora. El chofer, Marcelo Tagliaferro, tiem-

Escena del crimen. El guante de Quiroga.

Testigo. Marcelo Tagliaferro, el remisero.

Parecía que me decía «me estoy muriendo, hacé algo, hacé algo»… y yo en ese momento no podía hacer nada ni siquiera por mí…

po atrás —antes de la entrevista en el penal de Magdalena— recordó la escena de esta manera:

—Pensó en Susana y en Bárbara, y quiso ir a la casa. Intentó por teléfono: llamó dos veces y le cortaron, pero decidió ir igual. ¡Un capricho, el destino de la vida!

Luego de la masacre, Tagliaferro se transformó en un testigo fundamental. Según contó, Marisol se había bajado sin pagar —pensando que tal vez nadie la iba a recibir y que iba a tener que seguir viaje— y él se había quedado estacionado y esperando el dinero. Así fue que, aseguró, vio dos veces al Karateca en la casa: una, cuando el acusado salió a abrirle a Marisol. Y otra, cuando se acercó a su coche y le dijo «Flaco, andate que la chica se queda y después pido otro remís». Este testimonio convirtió a Tagliaferro —manos rudas, ojos claros— en un personaje de alto perfil, halagado por el fiscal, impugnado por los abogados defensores del Karateca, festejado por sus seguidores de Facebook y —dada su locuacidad, a veces excesiva— mimado por el periodista y animador televisivo Mauro Viale.

Sin embargo, la declaración parece tener fallas: Tagliaferro solo vio la cara del tipo de noche y reflejada en el espejo lateral izquierdo, y recién asoció el rostro con el del Karateca cuando vio una foto de Martínez en el diario. Por este tipo de cosas, ahora Tagliaferro está siendo investigado por falso testimonio. Y solo se puede afirmar lo evidente: que Marisol bajó de su auto y que entró en la casa de La Plata.

Adentro de la vivienda, la masacre estaba llegando a su fin cuando el timbre —dice Quiroga— los sorprendió a él y al Karateca, que se miraron extrañados entre los cadáveres.

«¡Correla de los pies, hijo de puta!» dijo uno.

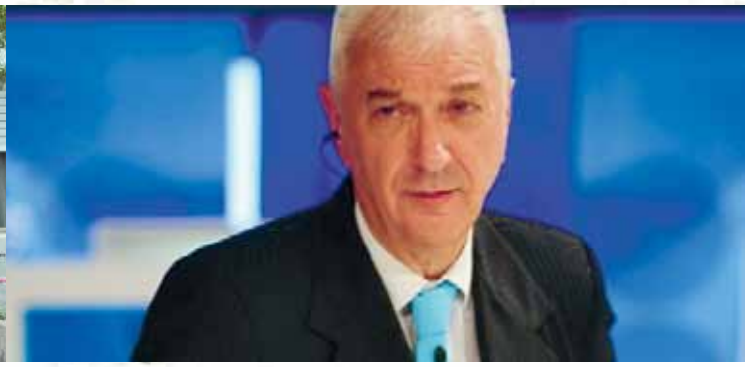
Era el Karateca. Según Quiroga, le ordenaba mover a su novia moribunda para dejar el paso libre.

Después el Karateca abrió la puerta principal.

—Entonces Bárbara me mira como pidiéndome auxilio… —vacila Quiroga en la cárcel—, y yo… trato de tocarla, porque ni siquiera la moví, y en eso escucho que él entra y vuelvo de nuevo a mi lugar, escondido… No la moví… Pero ella se movió para tratar de agarrarme a mí. Parecía que me decía «me estoy muriendo, hacé algo, hacé algo»… y yo en ese momento no podía hacer nada ni siquiera por mí…

Cuando Marisol entró y vio la escena ya

Vecinos. El día después.



Mauro Viale. El periodista que mimó a Tagliaferro.

Quiroga dice que el Karateca lo obligó a punta de pistola a dejar su sangre en el cuchillo, el palo de amasar y buena parte de la casa.

era demasiado tarde: el Karateca la empujó, la golpeó y se la llevó a rastras hasta la cocina. Allí la apuñaló y la dejó echada en el suelo. O al menos eso dice Quiroga, en el marco de una versión que se choca contra los peritajes. Y es que el «ADN perfil NN1» que se encontró debajo de las uñas de las mujeres no es del Karateca Martínez, sino del propio albañil: un dato que de todas formas no excluye al Karateca. El fiscal de la causa sostiene en sus alegatos que Quiroga formó parte en un múltiple homicidio que no podría haber sido cometido por menos de dos autores.

—No sé… no tengo idea. No me acuerdo —dice Quiroga en la cárcel y en voz baja.

Sí recuerda lo otro: sostiene que adentro de la casa, y con la masacre consumada, el Karateca se le acercó con el cuchillo, como si fuera a matarlo, pero en cambio tomó su mano y forcejeó con él hasta que le abrió un tajo profundo en uno de sus nudillos. Quiroga ahora deja ver su cicatriz. Dice que el Karateca lo obligó a punta de pistola a dejar su sangre en el cuchillo, el palo de amasar y buena parte de la casa. Y que regando todo con la sangre de otro, el Karateca estaba haciendo una fabulosa puesta en escena para los peritos.

—Antes de irse me amenazó para que no hable… —sigue Quiroga—. Me dijo que si yo abría la boca me iba a matar a mí y a mi familia. No supe qué hacer... No sabía si irme o quedarme. Y me quedé, no sé, veinte o treinta minutos… No tengo noción del tiempo. Esperaba que viniera la policía y no venía, no venía… Y con lo que él me había dicho y además teniendo en cuenta que hacía pocas horas que había estado en mi casa, esa misma tarde, cuando me vino a buscar para el trabajo del techo… lo consideré. Le creí. Y al final, por miedo, decidí irme y quedarme callado.

Hay, eso sí, otras versiones.

Un preso que compartió una celda en la cárcel de Olmos con Quiroga pidió declarar en la causa. Fue en enero de 2013, en el medio de la modorra judicial. Daniel Oscar Peña Devito —tal era su nombre— dijo que guardaba una verdad incontenible: que la Hiena le había revelado que el cuádruple homicidio era obra propia y exclusiva, y que el Karateca nunca había participado. Pero el fiscal Álvaro Garganta, alegando que la investigación que él había conducido ya estaba cerrada, no lo quiso escuchar y les dejó la tarea a los miembros del tribunal que algún día juzgará a los acusados.

Masacre. El timbre 5 por dentro.

Detalles. Una cartera y otros objetos en el piso.

Por este tipo de cosas, la defensa de Martínez se lleva muy mal con el fiscal Garganta. Lo acusan de perder pericias que beneficiaban al Karateca y de descartar versiones que podrían liberarlo de culpas. La madre de Martínez llego a denunciar al fiscal por hostigar a Quiroga para que involucrara al Karateca y se pregunta, además, si el remisero Marcelo Tagliaferro no es en verdad un testigo falso e incluso un cómplice de la Hiena Quiroga. En otras palabras, si Tagliaferro podría haber llevado en su coche a Quiroga para apuñalar a las mujeres y, una vez cometida la masacre, retirarlo él mismo de la zona.

En este nuevo escenario los celos no existen. Hay, por el contrario, otros móviles muy diferentes: asuntos de drogas, asuntos de prostitución, asuntos de la corporación judicial. Asuntos de la plata grande que Susana de Bartole habría ganado alguna vez en el bingo. Según esta hipótesis, Marisol Pereyra, la cuarta víctima, incluso podría ocupar el lugar de entregadora. ¿Había conocido a Susana de Bartole en el bingo? ¿Fue ella misma —aunque después traicionada y asesinada— parte de la banda? ¿Qué lugar ocuparía Tagliaferro en esta trama? El remisero también iba seguido al bingo. Había llegado a jugar cinco días por semana y había ganado el pozo en dos ocasiones. A la larga, sin embargo, se había endeudado, había perdido, había fracasado. Y quizás necesitara recuperar algo del dinero.

—No sé porque el fiscal me apunta, pero cuando se responda esa pregunta se resolverá este enigma —decía Martínez en septiembre de 2012 en aquel bar, a poco de haber recuperado su libertad por segunda vez—. En la casa no hay rastros míos, ¿cómo puede ser que el fiscal tome en cuenta las palabras de Javier Quiroga, un adicto, y que margine la palabra de la ciencia? No hay dudas de que acá la punta de lanza es Quiroga, pero no sé todavía en dónde encasillar al fiscal. Porque en esta causa yo fui el que estuvo más tiempo preso y el que ha sido más investigado, y lo único que puede decir de mí el fiscal es que soy celoso y que hice karate.

Como si fuera una prueba, Herminia López —la madre del Karateca— abrió su cuaderno de anotaciones y sacó una foto. La colocó al lado del pocillo de café y entre los demás papeles que había desplegado en la mesa del bar.

—Este es el Alito de antes —dijo finalmente, mientras miraba el retrato. En él se veía a Martínez sonriendo y con varios años menos—. Mi hijo tenía una vida casi perfecta. Tenía una casa, un auto, una moto, una novia, una hija de afecto, un trabajo, una carrera universitaria, una mamá, un papá, tres hermanos… Se reía, era cariñoso. Pero ahora mi hijo es un chico triste; está tratando de juntar sus pedazos. Y todo gracias a un fiscal que uno no sabe si es un ingenuo manipulado o si es alguien a quien la verdad lo perjudica.

Aunque la causa está en manos del juez de garantías Guillermo Atencio —cuya función es velar por los derechos de los acusados— y del fiscal Álvaro Garganta, no fueron ellos los más requeridos por la prensa. El más buscado es un abogado penalista que no participó demasiado del proceso, pero que tiene influencia suficiente para asumir el centro mediático.

Ahora que el sol cae sobre el horizonte recortado por los suntuosos rascacielos de Puerto Madero, ese abogado está cansado. En su coqueta oficina se acomoda el cabello, se plancha con las manos la camisa ajustadísima que deja

Julio Beley. El abogado de Martínez.

Herminia López. La madre del Karateka.

«Es cierto que tengo vinculaciones políticas. La forma de llegar al éxito concreto en todo es, precisamente, con este tipo de vinculaciones». (Fernando Burlando, abogado)

adivinar sus pectorales trabajados a fuerza de gimnasio, se echa hacia atrás en el sillón ergonómico y le pide a su secretaria que nadie lo moleste al teléfono.

—Sí, señor Burlando —obedece la mujer.

En los círculos políticos se dice que Fernando Burlando —un comprador compulsivo y un deportista que se jacta de dar todo en el polo, en el fútbol y en el kitesurf— entra a los grandes casos de la mano del ministro de Justicia y Seguridad de la provincia de Buenos Aires, Ricardo Casal. La fábula cuenta que Casal le paga millonadas y le exige a cambio que la policía de la provincia quede siempre bien parada. La misma fábula termina con una moraleja: «Dime de qué lado está Burlando y te diré de qué lado está la verdad».

Él se ríe al escuchar esto. Su sonrisa es radiante.

—Aparezco para resolver, y para comunicar fácil y velozmente los casos intrincados —dice—. De todas maneras, es cierto que tengo vinculaciones políticas. La forma de ir a fondo y de llegar al éxito concreto en todo es, precisamente, con este tipo de vinculaciones.

Burlando entró al juego del cuádruple crimen cuando lo convocaron Daniel Galle —el padre de Micaela— y la familia de Marisol Pereyra. Y siempre sostuvo la versión del crimen pasional a manos del Karateca. También se lo vio cerca del remisero Marcelo Tagliaferro, que en su condición de testigo no necesitaba un abogado, pero así y todo había aceptado la representación de Burlando.

—El Estado lo dejó solo en el medio de la selva y decidí ayudarlo —dice él.

Además de abogado, Burlando es un distinguido malabarista de periodistas. Y lo sabe. Para él, la contienda de intereses políticos que sacude a la industria periodística argentina tomó y trituró el caso del cuádruple crimen: los medios oficialistas y los opositores libraron su batalla cotidiana en torno a la masacre, a las víctimas y a los acusados teniendo en cuenta factores partidarios e intereses económicos.

—Algunos le creyeron al Karateca y otros, en guerra, descreyeron de su palabra —agrega. Burlando se refiere a una puja entre medios nacionales y locales, y que podría ejemplificarse con este caso: en la ciudad de La Plata, el diario *El Día* —cercano al Poder Ju-

Burlando. Un abogado de sonrisa radiante.

Casal. El responsable de la Seguridad bonaerense.

dicial— miró sin demasiada simpatía al Karateca. Y, en la vereda de enfrente, el diario *Hoy* lo trató con algo más de compasión y estuvo abierto a plantear hipótesis alternativas (una de ellas, que las muertes podrían estar relacionadas con información judicial que Susana de Bartole, secretaria de un juez, tenía consigo).

Burlando suspira; de repente se muestra apesadumbrado por el asunto.

—Yo ya tenía un interés por las cuestiones relacionadas con la mujer. Una buena forma de buscar justicia es estando presente en los hechos en los que las víctimas son mujeres y son atacadas indiscriminadamente —Burlando respira hondo y luego suelta el aire: sus pectorales bajan—. Y ni hablar en el caso específico de la nena, Micaela. Fue horrible.

Selena Gómez, la cantante de Disney y novia del popstar Justin Bieber, era la ídola de Micaela: cuando Selena entonaba *Shake it up*, el tema de la serie *A todo ritmo*, Micaela —la hija de Bárbara— cantaba y bailaba frente al televisor. Ese era uno de sus rituales favoritos de criatura de once años.

Otras costumbres, en cambio, se estaban yendo. Así lo recuerda Laura —en esta historia, se llamará «Laura»—, su mejor amiga, a su vez hija de Silvia Matsunaga, la vecina de Bárbara y de Susana. Laura tenía la misma edad de Micaela y —por la proximidad de las casas y la amistad de las familias— se había criado con ella como si fueran hermanas. Pero un día antes de la muerte, una novedad había abierto una pequeña grieta entre ambas. El veinticinco de noviembre Laura fue a buscar a Micaela para jugar al Reto Mental y se encontró con que esa tarde Micaela no tenía ganas. Su mueca decía que algo había cambiado. Que a Micaela le parecía que ya no podía seguir jugando a lo mismo de siempre.

—En realidad, ella ya era señorita —dice Laura y sonríe. Tiene dos grandes paletas y a ambos lados está el hueco dejado por los dientes de leche recién caídos. Laura acaba de llegar de la escuela y todavía tiene puesto el uniforme. Parece liviana. Mientras su madre, Silvia, evoca a Susana y a Bárbara, Laura busca y trae unas fotos con la naturalidad de quien hizo del crimen un asunto ordinario.

En una de las imágenes aparecen ella y Micaela, abrazadas y sonrientes; en otra ambas están mezcladas entre un grupo de chicas o haciendo morisquetas a cámara.

—Estas eran nuestras amigas —dice la niña, con una frescura que no remite a la muerte, sino más bien al apremio por llegar a un olvido. Todos, en realidad, necesitan olvidar. Hace algunos días Rubén González —el vecino del timbre 4— colocó dos plantas altas al lado de la puerta de la casa de Susana, intentando neutralizar la energía mortuoria que mana de ahí al fondo. Pero no es fácil. Los vecinos intuyen que el papel, el cartón, la tela, la ropa y las frazadas —y, acaso, la comida que haya en la heladera cerrada— se consumen y generan la putrefacción que atrae a los roedores, que a su vez entran y salen por los agujeros de la puerta de metal.

Los vecinos ya capturaron, con espanto, varias ratas. Como Rubén González, trataron de arrinconarlas y de matarlas a golpes. ◣

Madre e hija. Micaela tenía once años.

Silencio. La puerta está cerrada desde el día del crimen.

SECRETO DE SUMARIO

Qué cosa más rara la cuestión de los apodos —me dice Chiri—. Después del cuádruple asesinato de La Plata, Martínez dejó de ser «Alito» para empezar a llamarse «el Karateca», porque a los medios no les servía tener a un «Alito» como sospechoso.

—Es que Alito suena a algo suave, inofensivo y hermoso. «Alito, dejá de volar entre las petunias y vení a tomar la leche».

—Claro. En cambio «el Karateca» es mucho más contundente para nombrar al sospechoso de un crimen. Y todavía más, de un femicidio.

—¿No se dice femi-ni-cidio cuando se matan a las mujeres?

—Antes se decía así, pero ahora parece que hay tantos casos que lo acortaron para que la prensa lo escriba más rápido. Como a los Dagobertos, que les dicen Dago.

—Lo que no puedo creer es que en Argentina haya un abogado que se llame Burlando —le digo, azorado—. «El doctor Burlando la ley». ¿Es una joda?

—Es la pura verdad. ¿Nunca lo viste? Entrá a su página personal, burlando.net, y vas a ver qué maravilla. La web está en inglés y en español.

—¡No te lo puedo creer! Acá lo estoy viendo. ¿Pero quién es este muchacho? ¿Por qué se peina como un cantante melódico de los ochenta? ¿Qué carajo está vendiendo, champú?

—¿Y el fiscal Garganta? —pregunta Chiri—. Los apodos y apellidos de este policial son muy extraños, querido amigo gordo.

—Bueno, por lo menos en esta historia Garganta es fiscal —le digo—. En Mercedes hay un doctor que se llama Garganta y que es otorrinolaringólogo.

—Eso es mentira.

—Es verdad. Poné en Google, encomillado, «Dr. Juan Garganta» y lo encontrás. Atiende martes y jueves en la calle 22 entre 33 y 35.

—¿Eso es cerca de tu casa, no?

—A cinco cuadras.

—Yo lo que no puedo entender es que, si te llamás Garganta, quieras ser otorrino. ¿No hay algo raro en eso?

—Nada raro —le digo—. Eso no es vocación, es marketing. Estas personas saben aprovechar las oportunidades que les regala la vida. Potencian un estigma. Hay miles de ejemplos: el famoso chef vasco Aitor Tilla, el temido jefe de la barra brava de Boca Juniors, José Barrita…

—Elsa Pallero, la cantinera del club Comunicaciones de Mercedes…

—Totalmente, salvo que Elsa tendría que haber puesto una verdulería y no una cantina, pero igual le fue muy bien —le digo—. ¡Qué hermosa mujer! ¿Sigue activa?

—Claro —me dice Chiri—. Pero ahora le da de beber a los hijos adolescentes de nuestros amigos cuarentones. Me contaron que no perdió las mañas: sigue corriendo a escobazos a los borrachos que se ponen cargosos y se defiende a chorros de sifón desde atrás de la barra, como toda la vida. Una leyenda.

—Volviendo al tema de los nombres —le digo a Chiri—, hay un libro que se llama *Marcados por el destino* que recopila nombres raros. Es muy divertido. Ahí conocí a las licenciadas Caldo y Pappa, que trabajan en trastornos alimentarios. Y a Norberto Garrote, un experto en violencia familiar. Siempre la quise llevar a la Nina ahí, pero Cristina se niega.

—A propósito de garrotes: ¿te fijaste que en el caso del dentista Barreda y en este hay un cuádruple crimen de mujeres, y que los dos ocurrieron en la misma ciudad?

—Es cierto, ¿qué raro no?

—Y los dos casos pasaron a la historia con apodos imperecederos: Conchita y el Karateka.

—¿Por qué será que en los policiales quedan resonando palabras clave que después sirven para identificarlos, como si fueran apodos de los propios hechos? —le digo—. El Karateka, Conchita, el Jarrón, la Valija, el Kilo Cien, el Pituto…

—Pará ahí: ¿vos sabés si alguien encontró al «pituto», en el caso Belsunce?

—¡Qué buena pregunta, Christian Gustavo! No tengo la menor idea. Pero sería bueno saberlo. ¿Se te ocurre alguien que pueda escribir sobre ese crimen?

—Por supuesto, querido amigo. Y creo que cuando te lo diga te vas a sorprender mucho.

—¿Ya tenés algo pensado para el policial de la Orsai número quince?

—No te puedo dar más información —me dice—, está todo bajo secreto de sumario. ◣

NOTA DEL EDITOR

El destinatario de esta carta de Liniers es Juan José Sáez Domper (Barcelona, 1972), más conocido por **Juanjo Sáez**, un ilustrador de enorme trayectoria. A la vez que historietista, realizó trabajos de diseño y publicitarios y abrió su propio estudio, al que le puso un nombre buenísimo: «Familiares de Juanjo Sáez». El estudio está en el barrio barcelonés del Raval. Recomendamos al lector no ibérico su último libro *El arte. Conversaciones imaginarias con mi madre*. Se puede conseguir por internet.

LA CEREMONIA DEL ADIÓS

Lo que aprendemos entre todos, dice Forn en estas páginas, es lo más valioso que se puede aprender, porque significa que no lo sabemos solos. Él aprende, en estos tiempos, a convivir con la cercanía de la muerte de su madre. Y nos lo cuenta de una forma íntima e inolvidable.

ESCRIBE **JUAN FORN**

ILUSTRA **SEBASTIÁN DUFOUR**

JUAN FORN
Buenos Aires, 1959

Escritor, periodista y traductor. Comenzó a trabajar en el mundo editorial desde muy joven: en Emecé fue primero telefonista, luego corrector y finalmente asesor literario. Desde 1990 hasta 1996 dirigió las colecciones Biblioteca del Sur y Espejo de la Argentina en editorial Planeta. En 1994 fue becado por el Wilson Center de Washington para terminar su novela *Frivolidad*. Entre 1996 y 2002 trabajó en *Página/12* donde creó el suplemento «Radar». En 2002, luego de sufrir una pancreatitis, se instaló en Villa Gesell, localidad de la Costa Atlántica argentina. Desde 2008 escribe una columna semanal en la contratapa de *Página/12*. Publicó las novelas *Corazones cautivos más arriba* (reeditada desde 2002 como *Corazones*), *Puras mentiras*, *Frivolidad y María Domecq;* también el libro de cuentos *Nadar de noche* y las crónicas *La tierra elegida* y *Ningún hombre es una isla.* En 2007, la Fundación Konex le otorgó el premio Konex de Platino en la disciplina Periodismo Literario.

Mi madre, que sospecho que se ofendería un poco si la calificaran de lectora ocasional, mandó durante muchos años a encuadernar en cuero los libros que por algún motivo quería conservar, y los tiene todos juntos en una bibliotequita angosta en su dormitorio. Son de una variedad absoluta, descarada: hay libros que heredó (de ahí, sospecho, el mandato de encuadernarlos); hay libros que están ahí no por su contenido sino por su dedicatoria; hay un compendio de recetas manuscritas en francés de su época del liceo y otro de cálculo diferencial que usó mi padre cuando estudiaba ingeniería (y que, como todo lo relacionado con mi padre, muerto hace veintiséis años, es sagrado para ella). Hay de todo en esa bibliotequita, y casi todo ocupa su lugar allí desde que yo tengo memoria.

Pero, con los años, mi madre ha ido reduciendo el stock de esos estantes. Lo hizo para intercalar entre los libros fotos de las personas queridas que se le van muriendo. En el resto de su dormitorio hay enormes dibujos en colores de sus nietos, reina sin rivales la luminosidad y la alegría, pero en esa bibliotequita del rincón mi madre se semblantea con la muerte a su manera. Lo que quiero decir es que ella ya no puede leer esos libros; su vista no le da para leer ni libros ni ninguna otra cosa, pero igual los considera parte suya, en todo sentido: cuando regala uno es porque tiene que hacer lugar para otra foto, lo que significa otro muerto, lo que hace muy intenso recibir alguno de esos volúmenes cuando ella decide desprenderse de él, con un criterio tan particular como el que tuvo para seleccionarlo.

Hace poco decidió darme una vieja edición de Emecé (1952) de *Crónica de mi familia*, de Vasco Pratolini, un libro que a mí me

partió al medio cuando lo leí por primera vez y sigue dejándome sin aliento cada vez que vuelvo a leerlo. A ella, en cambio, solo le queda un vago recuerdo de que le gustó y de que fue un regalo (aunque no hay dedicatoria en el ejemplar) y no agrega una palabra más sobre el tema porque ese regalo data de los tiempos previos a que se casara con mi padre, y de eso no se habla, ni siquiera ahora. Pero se ve que era insistente el caballero que se lo regaló, y que apostó todas sus fichas a Pratolini, porque hubo otro libro de él en esa bibliotequita: uno titulado *Diario sentimental*, que fue el primero de Pratolini que yo leí (en mi adolescencia, sentado en el piso del dormitorio de mi madre, con la espalda contra la pared y las rodillas en alto, para que funcionaran de atril). Mi madre dice que yo estoy loco, que ella nunca tuvo ni leyó otro libro de Pratolini y que tampoco se acuerda nada de *Crónica de mi familia*, así que ahí mismo procedo a contarle la increíble historia de Vasco y su hermano.

Le digo que la señora Pratolini murió dando a luz al menor de sus dos hijos, que el padre estaba en la guerra, que la abuela no podía alimentar a los dos nietos, que el bebé era hermoso y rubio y se lo quedó el mayordomo del patrón, cuya mujer no podía tener hijos. Vasco vio año tras año cómo crecía su hermanito criado como un niño rico (la abuela y él tenían permiso para ir a visitarlo a la casa grande un domingo al mes) hasta que se escapó a Florencia. Allí vivió en la calle, aprendió a leer solo, hizo la nocturna, enfermó de tuberculosis, lo mandaron a un sanatorio de montaña, se curó, volvió a Florencia, consiguió trabajo de periodista en la difícil Italia de las camisas negras de Mussolini y una noche, en un bar, reconoció a su hermano, que lo estaba buscando. Vasco lo culpaba desde siempre de la muerte de la madre. El hermano, en cambio, había rebuscado cielo y tierra rastreándolo porque: «Tú eres el único que puede ayudarme a imaginarme a mamá, a imaginármela viva».

Para entonces, la guerra había dejado sin trabajo al mayordomo y el hermano de Vasco era tan pobre como Vasco. Por fin eran iguales. Tan iguales, que el hermano enfermó igual que Vasco. Pero no estaba acostumbrado a rebuscárselas solo, y no tuvo la resistencia o la suerte de Vasco: murió jovencito. Era enero de 1945 y toda Italia celebraba el fin de la guerra salvo Vasco Pratolini, que estaba encerrado en un cuarto de pensión, con las persianas bajas, tecleando en una máquina prestada su primer libro, *Crónica de mi familia*, que está escrito en menos de un año, en carne viva, como monólogo al hermano muerto («Al morir mamá, tú tenías veinticinco días») con esta tremenda aclaración preliminar al lector: «Este libro no es una ficción. Es un coloquio del autor con su hermano muerto. El autor trató solo de hallar consuelo. Tiene el remordimiento de haber intuido demasiado tarde la calidad espiritual de su hermano. Estas páginas se ofrecen como una estéril expiación».

Por ese libro extraordinario (y por el resto de su obra, pero por ese libro en particular), Pratolini estuvo dos veces a punto de ganar el Nobel a principio de los años cincuenta. Pero entonces el existencialismo francés destronó al neorrealismo italiano del centro de la escena literaria europea y el rastro de Pratolini empieza a perderse a partir de ese momento. Sus últimos libros ni se tradujeron; para 1970 ya era un autor olvidado. Las necrológicas que en 1991 anunciaron su muerte tenían todas en común el mismo estupor ante el hecho de que Pratolini siguiera vivo hasta entonces, sin publicar nada desde 1967. Ninguna de esas ne-

crológicas sabía explicar qué le había pasado durante todos esos años.

Pero en el *Diario sentimental*, que es un libro que pocos recuerdan de Pratolini y trata sobre sus años de primera juventud en aquel sanatorio para tuberculosos, Vasco contaba que había hecho allí un amigo de su edad, con el cual compartía los permisos para caminar por la montaña, preguntándose si la tuberculosis y la guerra en ciernes les permitirían librarse de la virginidad antes de llevárselos. Un día el director convoca a los dos jóvenes a su oficina y así nos enteramos de que ambos tienen la misma clase de tuberculosis y de que existe un tratamiento que, si funciona, en menos de un año los curará pero, si no funciona, acelerará los síntomas. Cuáles son las probabilidades, preguntan ellos. Cincuenta y cincuenta, dice el médico. A partir de entonces se produce un vuelco terrible en su amistad. Porque los dos jóvenes han malentendido de la misma manera ese cincuenta y cincuenta: creen que, si uno muere, el otro se salvará. Y no pueden evitar desearle la muerte al otro a partir de ese momento.

Desde mis diez años, mi padre me llevó todos los treinta y uno de diciembre al mediodía a un cóctel en casa de unos italianos muy finos que hacían negocios con él. Cuando mi padre murió, la invitación llegó igual, a casa de mi madre, y ella me pidió que fuese en representación de él. Yo obedecí, estuve copa en mano una larga hora en aquel opulento departamento racionalista del barrio de Recoleta, donde todo olía a fresco y a limpio y a vainilla, y terminé hablando con uno de los ancianos anfitriones, que me contó que había estado a punto de morir de tuberculosis en su adolescencia, que se salvó de milagro y llegó sin nada a la Argentina en 1938. «Los años pasaron. Yo fui afortunado. Mire a su alrededor: hemos formado una familia, ¿no le parece?», dijo mi anfitrión. Yo me sentí incluido en ese plural. La luz que entraba por los ventanales parecía suspendida a su alrededor con el expreso propósito de mantenerlo vivo para siempre. Él agregó:

«Pasé todos estos años creyendo que mi mejor amigo en el sanatorio, un muchacho de mi edad, con mi mismo diagnóstico, había muerto. Pero hace un par de meses recibí una carta de Italia. Era de él. Usted quiere ser escritor, quizá conozca su nombre: Vasco Pratolini. La carta era muy breve. Vasco decía en ella: Uno se muere y el otro vuelve a casa, ¿recuerdas? Hemos llegado a ese momento, y el afortunado eres tú. Que tengas una buena vida, amigo. Yo vuelvo a casa».

Mi madre me miró largamente cuando terminé de contarle esto. Sé que pensó en mi padre, y vaya a saberse en cuántas cosas más, pero no dijo una palabra al respecto. Solo se limitó a retirar suavemente de mis manos el ejemplar de *Crónica de mi familia* que acababa de entregarme y, echándose hacia atrás en su sillón con el libro contra el pecho, dijo: «Voy a elegir otro libro para darte. Este creo que me lo voy a quedar».

No sé si dije que mi madre no quiere que le lean desde que perdió la vista. Le ofrecí traerle audiolibros, le ofrecí conseguirle una persona que le fuese a leer, y ocupar yo ese lugar los días que voy a Buenos Aires. Le ofrecí que encarásemos juntos los siete tomos de *En busca del tiempo perdido* (yo leería cada noche en Gesell hasta donde ella hubiera leído ese día en Buenos Aires, y en mis días allá podíamos seguir leyendo los dos juntos o comentar lo leído hasta entonces). Propuse Proust porque ella se ha jactado siempre de su ascendencia francesa y nada le gusta más que conversar sobre gente conocida: «¿Te acordás cuando el francés Dubois sobrevolaba con su avioneta la casa de La Cumbre, para avisar que lo fueran a buscar al aeródromo (ella pronuncia la palabra con el acento grave, en la segunda o) y para que estuvieran listos los *coloraditos* cuando llegara?» (el «coloradito» era el trago de rigor en aquella casa, y todos los chicos pedíamos en vano que nos dejaran sacudir la coctelera donde se vertían dosis generosas de gin, Campari, ralladura de limón, unas gotas de angostura y hielo picado). Pero mi madre interrumpe mi recuerdo diciendo en monosílabos que Proust era un esnob. Por un instante asoma su vieja personalidad, taxativamente pasional; es apenas un chispazo pero tiene una gracia escalofriante ver hasta dónde llega su influencia en mí: ¿por haberle oído decir eso alguna vez yo no he podido leer nunca a Proust?

Le propuse entonces encarar alguno de los libros de su bibliotequita. Traté de tentarla con *Los gozos y las sombras*, porque me acordaba bien de cuánto había disfrutado ella los tres tomazos de la novela y la miniserie después (por eso se me ocurrió: porque me pareció que sería una lectura bastante visual para ella, que creo que es lo que más añora), pero tampoco con-

Mi madre me miró largamente cuando terminé de contarle esto. Sé que pensó en mi padre, y vaya a saberse en cuántas cosas más, pero no dijo una palabra al respecto.

seguí interesarla. En cambio, para mi sorpresa, me pidió que le contara qué estaba leyendo yo, qué libro llevaba ese día en la mochila. Yo le he mentido descaradamente a mi madre a lo largo de la vida, me llevó cincuenta años aprender a decirle lo que ella quiere escuchar. Y además me parecía un despropósito contarle alguna de las impresionantes historias sobre trastornos de la vista que cuenta el neurólogo Oliver Sacks en *El ojo de la mente*. Pero fui incapaz de mentirle, de decir que no estaba leyendo ese libro por ella, por lo que le estaba pasando.

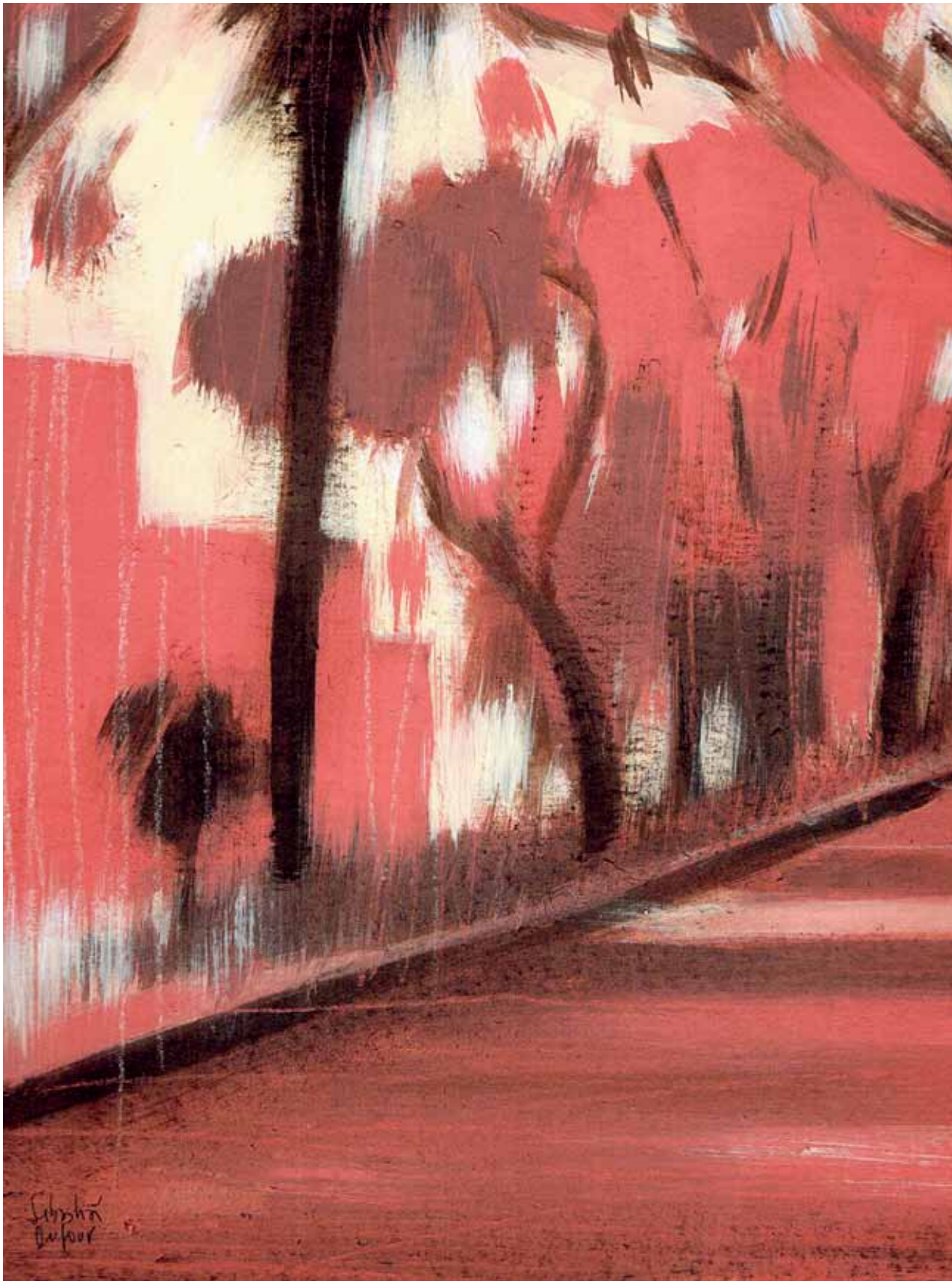
Creo que ella se dio cuenta enseguida pero se interesó igual cuando empecé a contarle con cierta vacilación de un trastorno llamado alexia, que es la incapacidad de leer. Uno se levanta una mañana, abre el diario y es como si estuviera escrito en cirílico (se puede «leer» la hora en el reloj, pero no por los números sino por la ubicación de las agujas; se puede «leer» un durazno pero no por su aspecto sino por el tacto, el olor o el sabor). Un escritor canadiense llamado Engel se despertó un día así. Llegó desesperado al hospital. Una enfermera le preguntó si podía escribir y Engel descubrió, para su estupor, que sí, pero que no podía leer lo que había escrito. Engel miraba el cielo y veía azul, miraba la calle y veía personas, como cualquiera de nosotros, pero como escritor era ciego: debería pasar de leer a escuchar, y de escribir a dictar.

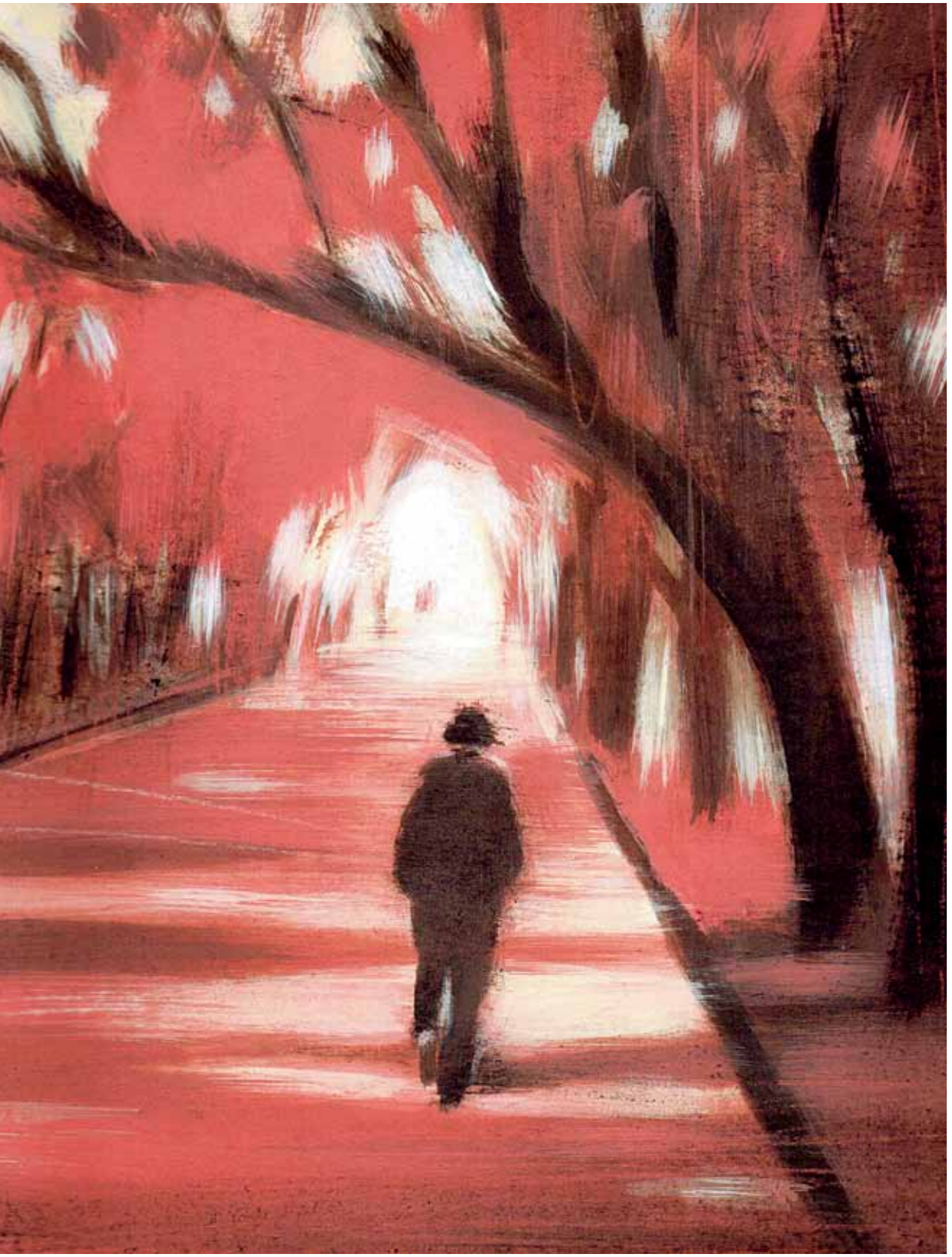
«Esa historia es más para vos que para mí», se limita a decir entonces mi madre y se interesa más por un profesor de religión llamado Hull a quien le pasó algo peor cuando se quedó ciego: su memoria e imaginación visual empezaron a escurrírsele entre los dedos; cada día perdía un rostro, un paisaje, un color. Estaba tan pendiente de esa pérdida que tardó en darse cuenta de cómo se le iban desarrollando los otros sentidos. Hull dice que muy de a poco empezó a «oír» los objetos silenciosos, los faroles de la calle o los autos estacionados: cuando pasaba junto a ellos era como si se espesara la atmósfera, los objetos le devolvían el sonido de sus pisadas.

A una pianista húngara que sufrió una afasia le pasó lo contrario pero a la vez lo mismo. El afásico se despierta una mañana y no puede hablar. Poco a poco descubre que también ha perdido el habla interna; ya no puede hablarse a sí mismo tampoco. De pronto todo queda limitado a lo visual: solo puede expresar sus pensamientos y sentimientos a través de gestos mímicos. Sin embargo, muchas víctimas de afasia son capaces de desarrollar una intensificación compensatoria de sus capacidades no lingüísticas, sobre todo la capacidad para «leer» las intenciones de los demás a partir de sus gestos faciales e inflexiones vocales: tienen un don para detectar cuándo la gente miente, por ejemplo.

El escritor canadiense descubrió un día que podía identificar las letras de a una, si tenía un lápiz en la mano o dibujaba mentalmente el signo (lo entendía con la mano: solo era capaz de «leer» al escribir). El profesor de religión cuenta que cuando perdió la visión central y se quedó solo con visión periférica descubrió cuánto la subvaloramos: lo que vemos con el rabillo del ojo lo vemos más distraídamente, pero es esa visión periférica, «rodeando» nuestra visión central, lo que nos proporciona un contexto. Lo mismo le pasó a la pianista húngara con el oído. Lo que quiere decirnos Oliver Sacks es que la identificación se basa en el conocimiento y la familiaridad se basa en el sentimiento, y a continuación cita una pregunta que se hace el profesor de religión Hull: si su pérdida de imaginación visual no habrá sido un prerrequisito para el desarrollo pleno de los otros sentidos.

Miro a mi madre, que ha sido siempre muy religiosa, mientras repito lo que dice Hull. Ella está con la cara vuelta hacia la ventana, hacia la luz dorada de la tarde. Le digo que el escritor canadiense dice que la ceguera lo acercó a la naturaleza (los sonidos, los olores, el tacto).





Le digo que el profesor de religión Hull tiene la costumbre de hacer preguntas cuando lo sacan a caminar por la calle, y que esas preguntas obligan al interlocutor a fijarse en cosas que había pasado por alto; lo obliga a ver mejor. El lenguaje sirve para ver, el oído sirve para ver, le digo a mi madre que dicen Hull y Oliver Sacks y el escritor canadiense y la pianista húngara. Mi madre está sonriendo tristemente. Entonces gira la cabeza hacia mí y dice: «¿No se está haciendo ya la hora de irte, mi querido? No quiero que pierdas el ómnibus por mí».

Cuando Norman Mailer contestó el Cuestionario Proust, a los ochenta años, describió así cuál era su viaje favorito: «El de vuelta a casa. La visión desde el camino de las luces de mi casa de Provincetown». Yo vuelvo a casa cada vez que salgo de la residencia donde vive mi madre en Belgrano. Camino por esas calles arboladas hasta el subte que me lleva a Retiro, donde subo al ómnibus que me trae de vuelta a Gesell. Esas calles arboladas son en cierto modo como la entrada a Gesell, el momento en que uno sale de la ruta por la rotonda, baja la velocidad, abre la ventanilla y siente que ya está en casa. Son hermosas esas callecitas de Belgrano. Sin embargo, no hay trayecto más crepuscular que ese para mí, desde que salgo de la residencia hasta que el fárrago y el apretujamiento del subte me distraen misericordiosamente, a codazos.

Volver a casa.

Eso quiere mi madre, eso queremos todos.

Pasan unos meses. Como ya he dicho, la vista de mi madre empeora semana a semana. Ya no sale sola a la calle. Y un día hay que avisarle que acaba de morir la única hermana que le quedaba viva. No pienso en Pratolini; no pienso en el libro que mi madre me quiso regalar y después se arrepintió hace unas semanas; solo pienso en cómo va a reaccionar a la noticia. La hermana de mi madre estaba más viejita y aún más escorada que ella. Como le estaba pasando ahora a mi madre, había quedado ciega por glaucoma, un asunto hereditario en la familia, pero seguía lúcida, postrada en cama permanentemente pero lúcida, así que las visitas que se hacían ambas en los últimos tiempos eran puramente telefónicas, de una punta a otra de la ciudad. Eso no redujo el nivel de comunicación entre ellas, que se caracterizó siempre por una beligerancia apenas visible debajo del cariño animal que se tenían.

Mi madre y su hermana no podían ser más diferentes, pero hacían como que eran iguales. Sus diálogos consistieron toda la vida en esperar que la otra parase a tomar aire para poder meter baza en la conversación, y mientras tanto acompañar el monólogo de la otra con una batería de gestos faciales, que parecían reservar solo para esas ocasiones. Pero algo empezó a cambiar cuando se fueron quedando ciegas las dos. Mi madre aprendió a escuchar a su hermana cuando ya no podía verla. Hasta ella misma se daba cuenta, y espero de corazón que la cosa haya sido mutua.

La hermana de mi madre era un par de años mayor que ella, se casó muy joven (como correspondía), con un buen partido (como correspondía) y tuvo una parva de hijos y de personal de servicio a su alrededor (como correspondía). Mi madre, en cambio, prefirió trabajar y rechazar pretendientes mientras tanto, en una época en que estaba mal visto que una chica casadera trabajara, y mucho peor visto que siguiera rechazando pretendientes al llegar soltera a los treinta. Pero mi madre quería casarse por amor. Trabajar, mantenerse sola, fue la manera instintiva a la que apeló para legitimar ese derecho.

Recién a los treinta y cuatro supo que mi padre era el hombre de su vida (y que ella era la mujer de su vida para él: una cosa le resultó tan obvia como la otra, y así se lo hizo saber inequívocamente a él). Pero no por casarse dejó de trabajar: nos tuvo a mi hermana y a mí, trabajando, y siguió trabajando cuando los dos nos fuimos de casa, cuando enviudó e incluso cuando le llegó la edad de jubilarse. Yo la he admirado siempre en secreto por eso. Pero para su hermana, y me temo que también para ella misma, había algo inquietante y profundamente equivocado en esas dos decisiones (y, por extensión, en las demás decisiones que tomaba en su vida). Ese fue el tema subterráneo de cada conversación entre ambas durante sesenta años: que mi madre no supiera ser como su hermana, que no pudiera.

La opinión general (y convenientemente disimulada) de la familia ha sido básicamente esa, siempre. En todas las familias hay una letra chica que todos pueden leer y simular a la vez que no existe. Hay, sin embargo, una faceta por la que mi madre es especialmente valorada en su clan: por ser un auténtico bastión en la desgracia, en los velorios, en las ceremonias del adiós. No es una llorona, no lo ha sido nunca.

Pero por algún extraño designio, intensificado desde la muerte de mi padre, tiene el don de decir o transmitir lo verdaderamente indispensable en esas circunstancias. En cualquier otra circunstancia de la vida es la cautiva de los sentimientos, la víctima de sus emociones, pero en esos trances sale de ella algo que solo asoma en esos momentos, y ese algo es —según me han dicho muchas personas a lo largo de los años— balsámico.

Uno piensa estupideces cuando teme por un ser querido. Yo me pasé todo el viaje desde Gesell diciéndome que mi madre estaría en terreno seguro mientras durara el velorio: lo que me preocupaba era después. Desde que llegué a Buenos Aires paso cada tarde con ella. El primer día me pidió que le leyera las necrológicas que salieron en el diario, asintiendo para sí y murmurando el sobrenombre con que se conoce en la familia a cada pariente que figuraba en las participaciones. El segundo día me dijo: «No quiero que nos emocionemos» (un eufemismo nuevo en su vocabulario, emocionarse como sinónimo de quebrarse, ella que ha vivido emocionada toda su vida y nunca pero nunca se quebró, al menos en mi presencia). El tercer día, dijo, para mi sorpresa, que no quería hablar del velorio (ella que me ha contado por teléfono velorios enteros, interminables, a lo largo de los años). Solo dijo que no vio a nadie, un poco porque ya no ve nada pero esencialmente porque se pasó la noche sentada al lado de la cama donde velaban a su hermana.

Incluso los hijos de la difunta entendieron lo que estaba pasando aquella noche. Por primera vez en años, mi madre no era la que daba consuelo: era el deudo principal. Y no había nadie como ella para acompañarla, para decirle las cosas que solo ella sabe decir en esas circunstancias. Ayer me pidió que cuando pudiese le rescatara de casa de su hermana un álbum de fotos de su infancia que quedó allá. Dice que quiere mostrárselas a sus nietos. El álbum estaba desde tiempo inmemorial en casa de la hermana de mi madre. Y, como dije, mi madre ya no ve nada. Pero uno le describe la foto y ella sabe enseguida quiénes son los que están y qué hacían en ese momento y en dónde estaban. Desde que perdió la vista, mi madre ya no mira a los ojos al que le habla: se pone sin darse cuenta levemente de costado, para escuchar lo que antes veía en uno. Así nos cuenta cada foto que le describimos. El álbum queda en sus manos, ella pasa distraída los dedos por el borde de la foto mientras habla, con la mirada perdida. Se habla a sí misma, aunque siempre hay uno de nosotros a su lado, mi hermana, sus hijos, mi hija, yo.

Así pasan las tardes. Va a ser una larga, y muy íntima ceremonia del adiós, y ella está encontrando por fin las palabras balsámicas que alguien tiene que pronunciar en esas circunstancias para que empiece a ocurrir lo que debe ocurrir. Ella está volviendo a casa.

No queda mucho que agregar. Algunos habrán leído estas tres secuencias sobre mi madre cuando aparecieron, en diferentes momentos, en mis contratapas de los viernes en *Página/12*. Ella no sabía nada y, cuando se enteró, no quiso que yo se las leyera en persona: prefirió que se las mandara por mail a su amiga Chela. Fue ella quien se las leyó. Yo creo que no habría podido hacerlo sin quebrarme, y sospecho que mi madre no querría que pasara eso. Bendita sea, prefiere que lo hagamos así.

En un libro extraordinario que leí hace poco (*De vidas ajenas*), el francés descendiente de rusos Emmanuel Carrère dice que somos mejores personas cuando nos importa más lo que nos asemeja a los demás que lo que nos distingue de ellos. El gran poeta español Jaime Gil de Biedma decía algo parecido en una de sus últimas entrevistas: «De joven te interesa lo que te parece único en ti. Pero, con el tiempo, cada vez te vas interesando más en lo que tienes de genérico con los demás, porque lo que les ha pasado a ellos te ha pasado a ti». Lo que aprendemos entre todos, he descubierto con los años, es lo más valioso que se puede aprender, porque significa que no lo sabemos solos, significa que otro lo sabe también, significa que tenemos con quién hablar. En ese espíritu les ofrezco estas páginas. ◣

Sebastián Dufour

Buenos Aires, 1971

Sebastián Dufour se formó en la Escuela Nacional de Bellas Artes. Colabora permanentemente en el diario *La Nación*. Ilustra para libros, publicidad, revistas y expone habitualmente sus obras. En 2008 publicó *Samurai*, una aproximación plástica al fascinante mundo oriental. Tiene admiración por Picasso y Giacometti.

LAS **VANGUARDIAS**

Me estoy quedando ciego —le digo a Chiri.
—La última vez me dijiste que te costaba ver de lejos, pero eso es normal a tu edad.

—Ahora empeoré. Al principio pensé que eran lagañas, porque me lavo poco la cara. Pero el otro día me lavé porque tenía el aniversario de casados de mis suegros y no veía nada. No son lagañas, es la ceguera que viene galopando.

—¿Fuiste al oculista?

—No, me da fiaca salir.

—A ver, ¿cuántos dedos tengo?

—En la pantalla del Skype veo todo nítido. El problema es cuando me siento a ver un partido de fútbol en la tele. No veo cómo van, ni cuántos minutos faltan. El otro día en el aeropuerto de Marruecos, veía las letras muy raras. No veo nada, me está pasando lo mismo que a la mamá de Forn. ¿Vos me vendrías a leer el suplemento «Espectáculos» de *Clarín* cuando me quede ciego?

—¿Solamente eso?

—Es todo lo que leo últimamente.

—Yo estoy releyendo a Forn —me dice Chiri—. Después que nos mandó la «Ceremonia del adiós» fui corriendo a buscar *Nadar de Noche*, porque me quedé con ganas de leer más cosas de él. Y por suerte estaba en la biblioteca de casa. Medio hecho mierda pero estaba, en la edición de Biblioteca del Sur.

—Claro, en la famosa colección de tapa blanca —le digo—. En la que publicaban todos los «planeta boys».

—Forn era uno de ellos, de hecho creo que esa colección la dirigía él.

—Fresán también estaba ahí —le digo.

—Sí, eran los modernitos de la época. Nosotros estábamos en la secundaria, veníamos de leer a los escritores del boom y de golpe aparecieron estos con otra tradición en la cabeza: Easton Ellis, David Leavitt, el primer Paul Auster.

—¡Los posmodernos, boludo! Los escritores de la Generación X —le digo—. Yo me acuerdo del día exacto que descubrimos a Forn.

—¿Sí?

—Fue en el año ochenta y siete, en un suplemento «Verano» de *Página 12*. Con un cuento que se llamaba «Para Gaby, si quiere».

—¡Claro! Bueno, ese cuento está incluido en *Nadar de noche*, fue uno de los que leí ayer a la tarde —me dice Chiri—. Me causó gracia acordarme de que el personaje del cuento le dice «fumo» al porro. Muy de los ochenta.

—¿Dónde vive Forn ahora?

—Se fue a vivir a la playa, a Gesell.

—Cierto.

—A finales de los noventa le agarró un coma pancreático que casi lo fulminó, y entonces se desconectó de todo —me dice Chiri—. Colgó «Radar», el suplemento de *Página 12* que dirigía (y que también había creado) y se fue a vivir a la playa con su familia. Lo más choto, como un campeón.

—Algo pasa con Gesell y los escritores, ¿no? ¿Saccomano no vive ahí, también?

—Me parece que sí. Y creo que hay un par de escritores más, o de gente del arte. Deben vivir más tranquilos, a otro ritmo, con la cabeza despejada. Los entiendo claramente... Aquella vanguardia fue muy vertiginosa.

—¿Te fijaste que en la época de los «planeta boys» eran casi todos varones? —le digo—. La posmodernidad de los ochenta y los noventa dio pocas narradoras. Ahora escriben muchas más chicas que antes. ¿O me parece a mí?

—Yo creo que hay más, sin duda.

—Y escriben mejor que los varones actuales.

—¿Cómo, mejor?

—Más sueltas —le digo—. Fijáte la crónica que viene ahora, la de Margarita García Robayo. Es imposible soltar ese relato.

—Sí, está muy bien escrito —me dice Chiri—. Pero también es verdad que uno, que es chismoso, está esperando todo el tiempo que hable de Martín Caparrós, su última pareja.

—Ah, no sabía... ¿Y habla de él?

—Claro, yo creo que es T. El personaje del final. No te puedo creer que vos no leíste la crónica buscando ese momento.

—No, ni sabía que Caparrós estaba ahí.

—Pero si justamente eso es lo mejor de la vanguardia actual —me dice Chiri—: se meten en la cama de la vanguardia anterior y después lo cuentan en Orsai.

—Me encanta, voy a leerla de nuevo, ¿dónde pusimos ese relato en la grilla?

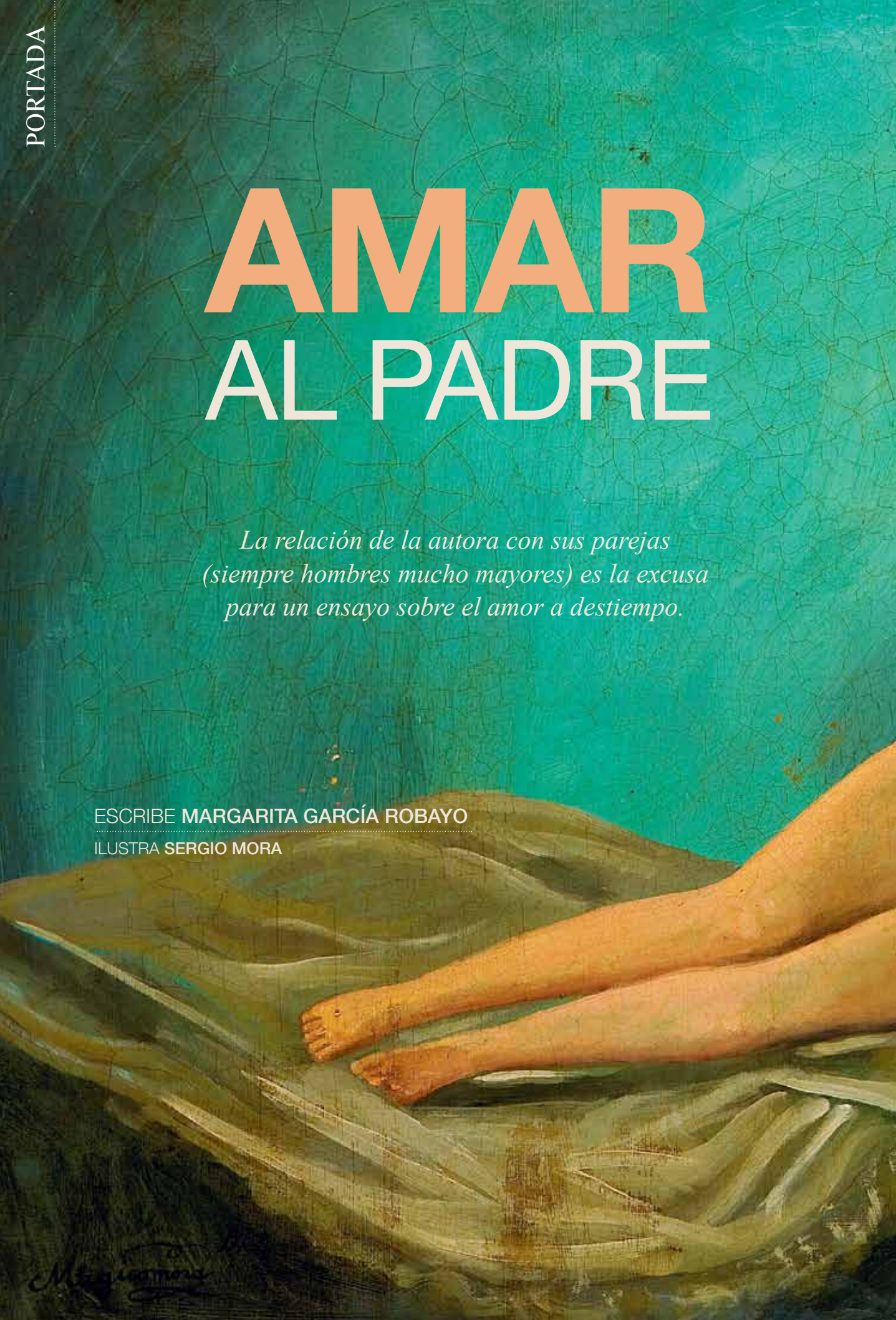
—Justo después del chiste de Boligán. Da vuelta la página. ◣

AMAR AL PADRE

La relación de la autora con sus parejas (siempre hombres mucho mayores) es la excusa para un ensayo sobre el amor a destiempo.

ESCRIBE **MARGARITA GARCÍA ROBAYO**

ILUSTRA **SERGIO MORA**



MOM
DAD

MARGARITA GARCÍA ROBAYO
Cartagena, 1980

Vive en Buenos Aires desde 2005, donde dirige la Fundación Tomás Eloy Martínez. Es autora del libro de cuentos *Hay ciertas cosas que una no puede hacer descalza* (Planeta, 2009), de los libros de relatos *Las personas normales son muy raras* (Arlequín, 2011) y *Orquídeas* (Nudista, 2012), y de la nouvelle *Hasta que pase un huracán* (Tamarisco, 2012). Participó en la antología de las mejores crónicas de la revista *Soho* (Aguilar 2008) y en *Región cuento político latinoamericano* (Interzona, 2012). En Colombia fue columnista de cine y coordinadora de proyectos de la Fundación Gabriel García Márquez. En Argentina trabajó para *Clarín*, donde creó su blog *Sudaquía: historias de América Latina*, y para el diario *Crítica*, donde escribió la columna *La ciudad de la furia*. Acaba de salir por Planeta su primera novela: *Lo que no aprendí*.

UNO

Lo primero fue la piel de mi papá.

Era blanda y era tibia, y era color marrón claro —como de blanco curtido o de negro desteñido—. Recuerdo que me daban ganas de hundir las yemas de los dedos en su cara y después metérmelas en la boca para ver a qué sabía. Mi papá tenía la misma piel que yo tengo ahora: delgada como el papel de arroz, hipersensible al frío y al calor. Y al sol, sobre todo al sol. De chica me gustaba pensar que mi papá y yo teníamos pieles de vampiros. De chica me levantaba de noche y me metía en el cuarto de ellos con el sigilo de un insecto. Me paraba a su lado y lo miraba dormir, estiraba los dedos para tocar su cara pálida, pero no lo hacía porque temía despertarlo. Entonces tocaba mi propia cara pálida y me lamía los dedos pero no sabían a nada.

A la mañana, antes de irnos al colegio, mis hermanos y yo —medios cuerpos echados sobre la mesa de la cocina—, retozábamos mientras mi mamá revolvía huevos en un sartén. Mi papá entraba recién bañado —oloroso a colonia y al primer cigarrillo— y nos besaba en la frente: uno, dos, tres, cuatro, cinco besos en cinco frentes de cinco niños engendrados por él. Mi secreto era un guiño de ojo que me hacía al final del recorrido: tú y yo somos distintos, pero no se lo cuentes a nadie. Mi papá nos besaba a todos, pero nadie besaba a mi papá. Ni siquiera mi mamá. Aunque besarlo a él era obedecer una orden de ella: vayan a saludar a su papá, o va-

yan a despedirse de su papá, o su papá cumple años, ¿ya le dieron un beso? Uno no lo besaba así porque sí, en un arrebato. Él era un señor serio y mayor: a mi mamá le llevaba diecinueve años y a mí me llevaba cincuenta y dos. Mi mamá siempre lo trató con la veneración de una sierva, más que de una esposa —incluso caribeña—.

Una vez, estando muy chica, tuve una alucinación. Durante años dudé si era cierto o no y, por suerte, me decidí por lo segundo. Entré al cuarto de mis padres y encontré a mi mamá arrodillada frente a mi papá, que ocupaba su sillón amplio y mullido de cara al televisor, de espaldas a la puerta. Pensé que le estaba rezando y me asusté: solo se le reza a los muertos. Ella me miró con cara de terror, se levantó del piso, gritando. Me agarró fuerte de un brazo, me sacó del cuarto y cerró la puerta. Quedamos las dos solas en medio del hall oscuro y polvoriento, decenas de libros poblando las paredes, lágrimas que me corrían calientes por la cara. Ella se agachó, me tomó por los hombros: «Nunca más entres sin tocar». Tenía la cara sudada, los ojos muy rojos, la respiración de un toro furioso. Tenía un aliento salado y amoníaco.

Ahí, en la fantasía del olor de mi papá en su boca —o sea mi olor y el de todos mis hermanos y el de ella misma después de haberse llenado tantas veces de él—, debió empezar oficialmente nuestra competencia. Y se encarnizó cuando yo aprendí a leer y mi papá aprendió el vicio de elegirme los libros. Los sacaba de su biblioteca, me los llevaba a la mesita de luz: «Este te va a gustar». A mí me sorprendía que supiera que me iba a gustar un libro en detrimento de otros libros. Aceptaba todos y pedía más: «Ya terminé, dame otro». Él se reía pasito y descansaba su mano pesada y nicotinada, sobre mi cabeza: «Mi niña chiquita sabe leer».

Sabía. Y lo hacía obsesivamente: buscaba en los libros, como en las sopas de letras, mensajes escondidos; subrayaba en vertical, en diagonal, armaba frases a las que atribuía sentidos disparatados: eran cosas que mi papá quería decirme pero no podía.

Mi mamá también sabía leer, pero sobre todo a Corín Tellado. Supe desde muy temprano que las novelas de Corín no te dejaban bien parada delante de mi papá. ¿Qué te dejaba bien parada delante de mi papá? El diccionario. Así fue como aprendí a meter en frases banales la palabra onomatopeya y la palabra tautología y la palabra emancipar. Los grandes se sorprendían, me miraban perplejos. Mi mamá se avergonzaba, escondía la cara entre las manos y sacudía la cabeza. Después me miraba con miedo, como si yo fuera un Gremlin a punto de saltarle al cuello y sacarle un bocado de garganta. Pero a mí no me importaba, porque mi papá, en cambio, se esponjaba como un pavorreal y decía: «Mi niña chiquita sabe hablar».

Me hice una pequeña genio ante sus ojos, una lectora voraz solo de sus libros, me hice una niña vieja para estar más cerca de él. Los demás no me importaban: mi mamá, mis hermanos, la muchacha del servicio, el perro, las paredes, las calles del barrio, el colegio, los carros de la

Una noche abandoné el cielo raso
y me fui a una fiesta de 15...

ciudad, el horizonte después el mar, las murallas y el cielo. Todo era un decorado necesario para que él y yo, y nuestro secreto expresado en guiños matutinos, nos mantuviéramos a salvo.

DOS

Yo soy un dibujo enmarcado que cuelga de la pared de una casa grande, donde unos animales raros caminan por los pasillos: la gallina azul del caldo Maggi y un canguro enano que come plátanos. Un hombre que es mi padre, pero con la cara de otro, me mira desde afuera y yo trato de saludarlo, pero no puedo porque soy un dibujo. El hombre se baja la bragueta, se frota y se viene con un chorro potente que se estrella en el dibujo como en un cuadro de Pollock; el hombre se acerca y restriega la mano empegostada sobre su nueva obra: «Mi semilla es tuya».

Yo soy yo y mi papá es él, tal cual. Y me enseña a flotar en un lago color violeta. Mi espalda descansa relajada sobre la superficie, porque sus manos me sostienen por debajo del agua. Mis ojos se fijan en sus ojos, que en el reflejo son los mismos. Él me dice no te muevas, concéntrate, y que me va a sacar las manos de la espalda. Le pido que no me suelte, pero él me suelta y me hundo, me ahogo, me muero y resucito. Salgo del agua disparada como un cohete, llegó al cielo y encuentro un meteorito: lo lanzo al lago violeta, donde mi papá sostiene por la espalda a una niña igual a mí. Todo vuela en pedazos.

Yo soy mi padre, pero soy mujer. Mi padre es mi hijo: un bebé hermoso al que amamanto por el pene.

Lo segundo fueron los sueños.
A los once, doce años, mis sueños eran el banquete de un psicoanalista. A los trece todo cambió. Empezó una noche que me había acostado con dolor de barriga y mi mamá me preparó un té de miel que me hizo dormir. Soñé que paría un sapo gordo y baboso que, mientras lo expulsaba, iba mordisqueando las paredes internas de mi vientre y el dolor no se parecía a ningún dolor previo. El sapo no quería salir, se aferraba con colmillos filosos a mis entrañas —había leído la palabra entraña, por accidente, en una novelita de Corín— y yo pedía auxilio con gritos desesperados y mudos. Me levanté a la madrugada bañada en un líquido oscuro que era mi sangre. Fui al baño del pasillo, me lavé y me cambié y salí de vuelta para encontrarme de frente con mi papá, sobresaltado: ¿Qué pasó? Nada. Oí ruidos. Fui al baño. ¿Qué te pasa, estás bien? Ya estaba limpia, pero me sentía sucia. Pensé que el bulto de papel que me había puesto para contener la sangre se había mojado tanto que goteaba. No fui capaz de mirar el piso, me imaginé parada sobre un charco rojo que avanzaba por las baldosas del pasillo hasta cubrir todo el piso de la casa, y salía a la vereda por debajo de la puerta, y se desbordaba por las calles del barrio en un arroyo incontenible: se llevaba por delante casas, carros, edificios.

Me pareció ver en la cara de mi papá una mueca de asco que me hizo agachar la cabeza, primero de vergüenza, después de rabia. Entonces apareció mi mamá, traía un vaso de leche y una pastilla: me tomó del brazo, me acompañó a la cama. Ya había puesto sábanas nuevas, olorosas a Woolite. Me arropó y no dijo una palabra.

TRES

Lo tercero fueron los besos de otros hombres: besos húmedos, espesos y nada dulces —como mienten las canciones—. Fue una época marcada por la saliva ajena. Un momento de tránsito que debía soportar en pos de un futuro que prometía saciarme de placeres. No sé de dónde había sacado eso, pero estaba convencida.

Mi mundo previo a los besos era algo así: chicas que odiaba, porque lloraban por chicos que eructaban en público y recibían ovaciones; chicos que odiaba porque sufrían en silencio por chicas que los miraban como plastas y se reían de ellos en su cara. Un espejo redondo que me hacía redonda. Y un cielo raso agrietado, mi único amigo: gastaba buena parte del día echada en la cama, boca arriba, mascando chicle, largando gruñidos.

Una noche abandoné el cielo raso y me fui a una fiesta de quince. Ahí, entre esculturas de hielo seco, comenzó mi colección de novios grandes: se llamaba R, tenía veintidós y fumaba. Le pedí que me diera una pitada y se negó. Le pedí que me besara y dijo ¿estás segura? R fue el primero que me preguntó eso que después me preguntarían C, F, D, F de vuelta, J,

G, M, H y L. No todos fueron novios, algunos no pasaron de un beso y, después de los dieciocho, algunos no pasaron de una noche. De cualquier forma, todos me preguntaban lo mismo, como un modo de curarse en salud: entre tú y yo hay siete, diez, trece, dieciséis, veintitrés años de diferencia, ¿estás segura de que quieres? Y yo siempre quería. Cuando la luz es verde, los hombres mayores son la mata de lo asertivo. Me gusta lo asertivo. Detesto el balbuceo, la duda, el nervio visible, el «esto nunca me pasó», el «ahora qué hacemos»: son los gérmenes del engaño.

Entonces: me gustaban los novios grandes por asertivos, sí, pero también —¿sobre todo?—, porque a ellos les maravillaba levantarse a una jovencita como yo. ¿Y cómo era yo? Como todas, pero me creía mejor. Todavía sabía decir tautología y, además, había aprendido a decir: segurísima. Mis amigas no entendían: ¿pero cómo son los novios grandes?, preguntaban, entre asqueadas y curiosas. Y yo decía: son como cualquier novio, solo que más afortunados.

Me gustaban los novios grandes porque, tras la sorpresa inicial, cerraban la boca, llamaban al mozo y seguían: ¿qué tomas? A los dieciséis era delicioso besarse con R y con C —y sobre todo con F— pero la vida no se detenía después de cada beso: ellos seguían siendo funcionales, gente que pide cafés, y la cuenta, y que se portan como si eso mismo —besarse por primera vez— les hubiera pasado mil veces, porque les pasó mil veces.

Mis amigas insistían en no entender: yo despreciaba las primeras veces. ¿Qué son las primeras veces? Un trámite necesario. Años después la mayoría coincidiríamos en que el verdadero mito de la primera vez es más que un trámite necesario: un castigo doloroso, un karma irrenunciable, un momento de mierda. Mi verdadera primera vez, a pesar de mis novios mayores, llegó bastante después que la de mis amigas, acostumbradas a revolcarse con muchachitos granulientos. Me acosté con J a los dieciocho: nos separaban ocho años y dos cuadras. Y yo no lo quería de novio, sino de sicario: quería que hiciera el trabajo sucio, que rompiera el himen y allanara el camino para los que vendrían después. Pero J lo hizo mal, fue piadoso, se asustó con mis quejas de dolor y una noche, cuando ya casi lo conseguía, se encogió como un feto y lloró: perdón, yo no puedo, que lo haga otro.

A los pocos días conocí a otro. Se llamaba G, tenía una guitarra y doce años más que yo. Sus besos eran a veces picantes y a veces amargos, porque fumaba cigarrillos sin filtro. Su saliva era pastosa; se dejaba la barba crecida, lo que le daba un aspecto rudo. A G prácticamente lo obligué a violarme en un cuarto de motel que olía a desinfectante. A pesar de las lágrimas que me encharcaron los ojos, vi todo el episodio en el espejo del techo: su cuerpo entre mis piernas retorciéndose como un gusano, la cama enclenque y temblorosa, las sábanas gastadas, salidas en las puntas del colchón. Duró poco, dolió mucho. La sangre que salió no se parecía a la sangre que solía salir de mí. Era otra sangre más oscura, casi negra. Estuve un rato mirándome en el techo: al principio con más repulsión que curiosidad, al final, verdaderamente fascinada por mi nuevo cuerpo roto. Mientras yo me miraba, G agarró su guitarra y cantó *Angel*, y de los otros cuartos nos gritaron porquerías. En adelante, casi no me tocó: se sentía culposo y se portaba tan considerado que me recordaba a J. Lo dejé por M.

CUATRO

Lo cuarto fueron los cuartos. Y en los cuartos los amantes. Y en los amantes el sexo. El verdadero sexo, no esa tortura de la iniciación. Cuando se descubre el sexo es mejor no describirlo porque se corre el riesgo de caer en las detestables metáforas bélicas. Es así, qué remedio: un orgasmo es lo más parecido a una explosión. Si la máquina de mirar los pensamientos fuese posible, el momento en que ocurre un orgasmo extraordinario estaría, indefectiblemente, asociado al hongo de Hiroshima. El buen sexo adquiriría un matiz de incorrección insoportable.

En una playa casi vacía, al lado de un desierto en el Caribe, un padre y una niña juegan a nada: a corretearse, a tirarse agua, a reírse juntos. El padre la alza por los tobillos, la pone de cabeza, ella se desternilla de la risa. Después la baja y la toma por las manos y da vueltas rápidas, la hace volar como un cometa alrededor de una órbita cuyo eje es él.

Mi amante y yo reposamos los cócteles de media tarde. Él lee, yo miro al padre y a la niña, imagino lo que pasaría si en una de esas vueltas frenéticas, la soltara.

A mi amante le llamo mi amante pero no es tal cosa: ni él ni yo tenemos compromisos; es decir, él tiene hijos, dos, pero casi no los ve porque viven en Berlín. En el día de hoy hicimos esto: nadar, comer, reposar. Después entramos a la choza que es nuestra habitación, y nos desnudamos. Mi amante me dijo que yo era una criatura hermosa y que el sol me sentaba muy bien. Era mentira, el sol me sentaba pésimo, pero él no lo sabía. Después de la siesta fuimos por más cócteles y llegamos acá, a este momento en que el sol se zambulle en el agua como un Redoxón. ¿Te gustan las vulvas lampiñas?, le pregunto. Él se ríe, pero no contesta.

Nunca me había ido sola a ninguna parte con ningún hombre. Este me llevaba once años y me duraría tres días.

Tengo otro amante. Lo conozco en el bar de un hotel, estoy en un viaje de trabajo en un país donde hace frío. Tomo whisky, ya van dos veces que un mesero me pide la identificación. Creo que eso le gusta al que será mi amante. Me mira y se sonríe, alza la copa, hace cosas predecibles y sobre todo innecesarias. Esa noche terminamos en su habitación, pero no tenemos sexo porque no se le para. Dice que nunca le pasa, pero que está nervioso por su hija Jacqueline, que tiene dieciséis recién cumplidos, problemas de drogas y un novio punk. Dice que cuando Jacqueline está angustiada se arranca cachos de pelo. Después dice que lo punk es retro.

Acá un rasgo lamentable de los hombres mayores: en general tienen hijos, en general hablan de ellos con un grado de intensidad que obliga a la atención y, a veces, a la intervención. Te preguntan ¿a ti te parece que una chica de su edad debería comportarse así? Y esperan que contestes.

Yo le pregunto a mi amante fallido si alguna vez se calentó con Jacqueline a los ocho, nueve años. Me mira fijo, inexpresivo y dice Nunca Jamás. Como el país de Peter Pan. Me pregunta si yo me calenté con mi padre a esa edad y le digo no sé, quizá. Él me toma de las manos y me dice, con expresión agravada, que es normal que las niñas se calienten con sus padres, pero que no es normal que los padres se calienten con las niñas. Ya sé eso.

El siguiente hombre no quiso ser mi amante, no le gustaba ese título. A mí me encantaba, era un homenaje a la que entonces era mi escritora preferida. Le dije eso, pero no entendió. Este se llamaba H, me llevaba diecisiete años y, en vez de un amantazgo, me propuso lo siguiente: que le regalara una década, como máximo, de mi radiante juventud y, después, cuando mis prioridades cambiaran y se me diera por querer hijos o mascotas o un pene más nuevo, lo dejara. ¿Y yo que gano?, le dije. Nada, me dijo, tú ya lo tienes todo. Me pareció encantador.

Mi mamá se quejaba de mis relaciones. Era raro porque ella no sabía nada de mis relaciones. Me había ido de la casa hacía un par de años, la veía los domingos con el resto de la familia, o a veces sola, entre semana, para un café. A mi papá solo lo veía los domingos, rodeado de hijos y nietos. No recuerdo una sola conversación con él después de los trece. Recuerdo en cambio que para ese momento me caía mal: en alguna cavidad de mi cerebro le resentía algo, no sé qué. Una cavidad llena de moho.

Un día se me dio por contarle a mi mamá que estaba saliendo con un tipo grande. ¿Qué tan grande?, preguntó. Muy. La verdad era que no estaba saliendo con ningún tipo grande, ni con uno chico, ni con nadie, pero daba igual: quería ver su reacción. Se escandalizó, dijo tres cosas: 1) que los hombres grandes se gastaban rápido, que podían enfermarse… Cáncer, por ejemplo, podía darles cáncer y una jovencita no quería ni podía lidiar con un cáncer; 2) que las mujeres bellas como yo, con el colágeno intacto y el culo en su lugar, tenían que salir con príncipes o salir con nadie, que los viejos no me sentaban, que si me juntaba con viejos me iba a envejecer; y 3) que ni se me ocurriera usarla a ella y a mi papá de excusa.

¿Por qué?

Porque nosotros somos otra cosa. Tenemos otra historia. Todas las historias son únicas.

Esa tarde, cuando nos despedimos, bajó la guardia. Dijo: sal con quien quieras, los hombres no importan tanto. No hablaba por ella, claro, ni de sus hombres —mi papá y mi hermano—, que eran todo en su vida. Hablaba por mí, porque me conocía. Y la verdad es que, vistos desde ahora, hasta mi último hombre —llamado T— ningún otro me había importado demasiado. El sexo tampoco. El sexo era una

instancia de la conversación que degeneraba en la conversación misma y entonces empezaba la mejor parte. Con los hombres grandes era así: primero iba el sexo y después lo demás. El sexo era importante para romper el hielo, para establecer un punto de contacto, pero, después de comprobar que todo estaba bien —sus partes y las mías, sus manos en mis partes— el sexo nunca me pareció algo muy trascendental. Es decir: he tenido polvos memorables; en la sarta de mitos sobre los hombres mayores hay uno que es innegable, el de la experiencia. La experiencia es un privilegio. Encontrar unas manos decididas equivale a encontrar la lámpara del genio de los deseos infinitos. Pero mentiría si digo que el sexo es lo que me atrae de los hombres mayores: no es. Ni de los mayores, ni de los menores, ni de la vida en general.

CINCO

Las relaciones. Eso es lo siguiente.

H volvió con más ímpetu y reiteró su propuesta. Se dio cuenta de que una década, a los veinte, es lo mismo que una vida, así que la reformuló: que el amor dure hasta que se acabe. El amor duró tres años.

H no tenía hijos, ni quería tener. Viajaba mucho y en el último año se mudó de país. Eso estaba bien porque evitaba la temible convivencia. Una amiga de esa época —niña de su casa, casada prematuramente— me había dicho: ¿te gusta el caviar? Me encanta el caviar. Piensa que el amor es comer caviar, y cagarlo es la convivencia: pero cagarlo en simultáneo con el otro, en una espiral de mierda que sale de su culo y entra en el tuyo, que sale de tu culo y entra en el de él. Y así, todos los días de la vida.

H y yo reemplazamos la convivencia por los viajes y también era una mierda. Era horrible ir y venir, despedirse cada vez. También era horrible viajar juntos. Él tenía la necesidad irrefrenable de controlar el camino, de decidir itinerarios y de elegir aquello que mis ojos debían mirar. Él había viajado tanto y yo nada. Él podía enseñarme el mundo, su mundo, y su mundo me aburría demasiado.

Eso me generó un tic: llevarle la contraria. Y una consecuencia: parecer más niña de lo que era.

Una vez alquilamos un departamento en una ciudad europea. Y reservamos un auto, y compramos unos pasajes en tren. El plural es un sofisma: todo lo hizo H por internet. Cuando llegamos el dueño del departamento nos miró perplejo y pidió disculpas: el departamento no está preparado. ¿Por qué?

Estábamos en un monoambiente impecable y hermoso, con una gran cama y un ventanal que miraba a una calle empedrada. El hombre balbuceaba: …no sabía que eran padre e hija, perdón, me esperaba a una pareja, pero no se preocupen, ya mismo les consigo una camita adicional.

No era la primera vez que nos pasaba, pero fue la primera que a H lo afectó. Anduvo todo el día de pésimo humor, yo intentaba animarlo con chistes nabokovnianos que empeoraron la situación. Yo intentaba animarlo con chistes del pasado: ¿te gustan las vulvas lampiñas? Se paró y se fue.

De tirar ni hablar.

Recuerdo un momento de la tarde, bellísimo y fugaz: H y yo sentados en una banca frente a un castillo medieval; yo recostaba mi cabeza en su hombro y le contaba una historia que ya olvidé. Recuerdo que, en medio de mi historia, H me apartó por los hombros, se levantó de súbito y me quedó mirando: ¿por qué te vistes así?

Llevaba unas calzas de colores, un vestido negro corte princesa y una cola de caballo.

¿Así cómo?

La estupidez del casero pasó a ser mi culpa. Yo la había provocado: yo y mi disfraz de falsa nymphet, a quien le han robado su chupete. De vuelta en el departamento me saqué el vestido y lo despedacé. Me acosté boca abajo y pensé en todas las cosas que podría decirle a H si me atreviera. Viejo frustrado, viejo de mierda, viejo marica, viejo impotente, viejo fofo, viejo bobo, viejo maniático, viejo, viejo, viejo. Me dolía mucho la cabeza.

Antes de caer dormida pensé en mi cabeza y en la cabeza de H y en las cabezas de todas las personas conocidas y desconocidas: pensé en cabezas como recipientes de palabras no dichas, de actos fallidos, de intenciones sepultadas, de verdaderas intenciones, de rencores inconfesos, de fantasías vergonzantes, de imágenes que no existen más que allí. Me despedí de H en un aeropuerto enorme —cada quien frente a un destino distinto— con las lágrimas más dolorosas de las que tengo recuerdo.

Yo había provocado al casero
con mi disfraz de falsa nymphet...

Todos los hombres mayores con los que tuve una relación saltaron de furia o se desplomaron de tristeza cada vez que alguien confundió el parentesco con la muchachita a su lado. ¿Pero qué pretendían? A mí me gustaban los viejos, no quería ser vieja. Sobre todo no podía.

¿Por qué estaba conmigo? Porque yo sí era capaz de ponerme a su nivel: de hablar de libros, de política, de la poca autoestima de su hijo. ¿Por qué estaba yo con él? Porque me gustaba demostrarle que podía.

Después de H estuve con L, que tenía un hijo mayor que yo, cuestión que le hacía ruido, pero esa no era la peor parte. La peor parte con L era su tendencia a confundir el llamado aplomo con la falta de alegría. Con L las noches duraban menos, las fiestas no existían, las madrugadas eran un recuerdo difuso de la ya lejana adolescencia. L no bailaba, le parecía una cosa de bárbaros. ¿Pero alguna vez bailaste?, le preguntaba yo, vestida de noche, maquillada de brillos, indignada. No recuerdo. L no oía música porque tenía que pensar. ¿Pensar en qué? En ti. Bah. L no se reía, salvo de Cantinflas. Yo odiaba a Cantinflas. L no sentía ninguna necesidad de hacer esas cosas que despreciaba, solo por complacerme. ¿Por qué estaba conmigo? Porque yo sí era capaz de ponerme a su nivel: de hablar de libros, de política, de la poca autoestima de su hijo. ¿Por qué estaba yo con él? Porque me gustaba demostrarle que podía.

Nuestra relación duró poco, pero gracias a él me convencí de algo que con H había pasado por alto: la juventud prescribe. La juventud como estado de ánimo, eso que el mito asigna arbitrariamente a todo tipo de personas con cierto talante y actitud, se acaba cuando empieza a ser un esfuerzo. Era ridículo pedirle a L que fuéramos a bailar, a emborracharnos y drogarnos hasta el amanecer, porque ante los ojos del mundo —pero sobre todo ante sus ojos y los míos— él no iba a ser el novio mayor, pero cool, que le hace el aguante a la novia chica y fiestera, que se pone a su nivel para complacerla; él iba a ser el viejo ridículo que hace un esfuerzo desmedido por no parecerlo.

Ahora, que hasta yo he envejecido, recuerdo a L con su pelo canoso, su sonrisa tranquila, su aspecto casi lúgubre pero satisfecho y vuelvo a quererlo, a respetarlo e incluso a admirarlo como no supe hacerlo entonces. Poca gente domina el arte de saber envejecer, L hacía parte de esa respetable minoría.

SEIS

Si mi primera relación importante fue con mi papá, mi segunda relación importante fue con T: un hombre que me llevaba más de veinte.

Veinte años es todo lo que el bolero permite, después de ahí es corrupción —corrupción: vicio o abuso introducido en las cosas no materiales. Corrupción de las costumbres, corrupción de la moral—.

Dicen que el gusto por los viejos es un vicio adquirido, que en estos terrenos no se improvisa. Una vez consulté a un psicólogo sobre el tema y me dijo que, en general, las niñas edípicas lo han sido siempre y, si mantienen su fijación en edad adulta, es bastante probable que hayan sido abusadas o expuestas en el curso de la infancia a una relación semicarnal con alguien próximo al núcleo familiar.

Puede que sea mi caso. O puede que no, pero no importa.

Puede que T sea el final. O puede que no, pero tampoco importa.

No conozco el final.

En casa tengo una foto brumosa que nos tomaron a T y a mí el día que nos conocimos. Estamos en un estrechísimo zaguán cartagenero, protegiéndonos de la lluvia. Íbamos camino a una charla que él daría en una Fundación donde yo trabajaba. En la foto se ve que la humedad había dejado una pátina brillosa sobre nuestras caras. En la foto él tenía cuarenta y seis y yo veintitrés; era flaca y altanera: melena hasta la cintura, ceja alzada como quien domina el mundo. T me mira y se sonríe. No hace una hora que me conoce y ya sabe que me tiene. No me tuvo enseguida, pasaron meses, largos meses, pero en esa foto él ya lo sabe.

Esa tarde la lluvia caía pesada y levantaba un olor fangoso que salía de la alcantarilla. La calle estaba inundada y no podíamos avanzar. No había mucho más que hacer que esperar. Yo dije odio la lluvia y T contestó: es solo agua. Aunque después él lo recordaría al revés. Quizá fue al revés.

Total, que llovía como llueve en mi ciudad: en un persistente chaparrón que levanta los vapores del piso. Al cabo de un rato de estar en el zaguán, envueltos en ese calor sofocante, T prendió un tabaquito marca Meharis y me preguntó cosas: libros, películas, vicios, edad. El humo deformando su cara me hacía pensar en un espía soviético a quien le han encomendado una misión de medio pelo en un país tropical. Al final terminamos hablando del que entonces era mi tema favorito: los padres. Así supe que su padre y el mío habían nacido el mismo año y que tuvieron vidas tan distintas: mientras que el mío era un abogado conservador y de provincia, casado por única vez, el de él era un médico español, anarquista y exiliado que tuvo siete esposas. Supe que él también lo odiaba por algo indescifrable y que lo amaba por todo lo demás. Y que se llamaba como él: T.

Con T, mi referencia se estrechó —lo que ahora hace difícil extrapolar preferencias—: ya no me gustaban los hombres mayores, en general, sino T, con particular intensidad. Aun así, a la distancia, podría decir que gracias a T deduje por fin que de los hombres mayores me atraían principalmente dos cosas, y que la una dependía de la otra.

La primera es la comodidad.

Es así: me siento cómoda entre hombres mayores que yo, me siento incómoda entre contemporáneos. ¿Por qué? No estoy segura. Podría sacarme del bolsillo esa dudosa estadística de que algunas mujeres maduramos más rápido que los hombres, podría decir que yo entro ahí: si fui vieja desde niña, si mi madurez le llevaba ventaja a mi propia edad, debí buscarme hombres acordes a las circunstancias. Pero es mentira. Yo no era nada madura, yo era agalluda. Soy. Me importa la edad porque me importa el tiempo: cuántas cosas caben en el tiempo de la gente. Ya sé que nadie lo llena igual, pero suele pasar que entre más tiempo uno vive, más cosas ve, aprende, come, lee, descubre, pierde, y todo eso te hace una persona más compleja.

Acá la segunda razón: a mí lo complejo me atrae. A mí la simpleza me parece estupidísima.

Lo atractivo de lo joven es: la belleza fresca —que no se reparte indiscriminadamente y que, de todas formas, se acaba con el uso— y la inocencia. Supongo que yo fui inocente. Es decir, que a esos hombres grandes que llamaba amantes les gustaba lo mismo que yo despreciaba en otros: para mí la inocencia es casi tan estúpida como la simpleza. La inocencia es un lastre del que los jovencitos y jovencitas deberían despojarse antes que de su acné. Diría entonces que me gustan los hombres grandes, incluso si yo les gusto. Diría que me gustan, también, porque ya perdieron la inocencia y el acné —y la melena en algunos casos, qué le vamos a hacer— y ganaron otras cosas: densidad, cohesión, solidez, espesor. Lo mismo que los caldos cuando hierven.

La charla de T se canceló por lluvia y estuvimos hablando bajo el zaguán hasta que escampó. El piso se había encharcado y estábamos replegados en una esquina, hombro contra hombro, para no mojarnos los zapatos: T tenía alpargatas de tela y yo sandalias. T olía al tabaco que se había fumado y a un perfume desconocido; miraba dentro de su bolso, buscaba algo: sonaban objetos de consistencia metálica. Canicas, pensé. Imaginé que estiraba mis dedos, los hundía en su cara y luego me los chupaba. Imaginé que él me preguntaba ¿a qué saben? Y yo le decía a sal y agua, y él decía ¿a mar? Y yo decía a mar. T sacó una cámara de su bolso y me miró con esa expresión, entre maliciosa y maravillada, que ya yo había visto en otros ojos. Para él, en cambio, era todo nuevo: él nunca había estado, ni imaginado estar, con una mujer tan joven como yo. En ese terreno T era un novato y yo tenía toda la experiencia.

Empezaba a escampar: pasaba por la ve-

Llegaré a los cincuenta con uno de veintipocos
y le diré: «Tranquilo, ya se te va a pasar»...

reda una señora que se había hecho un sombrero con una bolsa negra. Detrás, una carreta de verduras cubierta por un plástico. Y un perro esquelético. Y detrás una pareja de turistas a quienes T les pidió que nos tomaran una foto.

A ese día todavía le faltaban horas para producir un beso y un par de años para producir algo bastante parecido a un matrimonio. Le faltaban encuentros fortuitos y felices, visitas sorpresivas, hoteles de paso, sexo grandioso, sexo pésimo, mudanzas en conjunto, casas chicas, casas gigantes, hijos proyectados, hijos descartados, hijos reemplazados por un gato. Le faltaban más mudanzas, un jardín con parrilla, amigos en común, peleas horrendas, sexo de reconciliación, sexo sin ganas, temporadas sin sexo, sexo con otros, sexo con nadie más. Le faltaban enemigos, cumpleaños en familia, cumpleaños íntimos, regalos perfectos, regalos malísimos, aniversarios tristes por la ausencia del otro, aniversarios felices por la ausencia del otro, aniversarios olvidados. Le faltaban seis, siete, ocho aniversarios. Y un auto chocado, dos, tres veces. Le faltaban decenas de viajes, mudanzas en singular, encuentros fortuitos y tristes, recuerdos felices para olvidar y el vacío que resulta de sumar todo eso.

Pero, al mismo tiempo, a ese día no le faltaba nada. Tal como lo confirma la evidencia, en ese pequeño rincón brumoso, T y yo vivimos felices para siempre.

Suelo decirme que ni los buenos ni los malos ratos que pasé con T se relacionan con la diferencia de edad, pero sé que es mentira. A ver: si tuviera que atribuir una razón al éxito —es decir continuidad— de mi relación con T y al fracaso —es decir ruptura— de otras, diría que tiene que ver con la conciencia extrema de la diferencia y la poca necesidad de disimularla. Y si tuviera que atribuir una razón al fracaso —es decir ruptura— de mi relación con T y al éxito —es decir continuidad— de otras, diría que tiene que ver exactamente con lo mismo. Lo de la diferencia funciona en los dos sentidos: la excitación del exotismo —una pareja dispar, diga lo que diga, siempre estará cargada de exotismo— puede ser agotadora. La «normalización», en cambio, es paliativa. Hubo momentos en que, para mí, fue demoledor saberme distinta, y saber, sobre todo, que ser distinta era irremediable; lo que durante mucho tiempo me pareció un ejercicio de poder que demostraba una excentricidad caprichosa —miren: salgo con viejos—, ahora lo reconozco como una diferencia genuina frente a una buena porción de contemporáneas. Quiero decir, no soy tan fea, ni tan tonta, ni siquiera tan gorda. O sea, me creería capaz de conseguir un novio joven y apuesto que me situara en el equilibrio de mi hábitat generacional: las fotos de Facebook donde mis amigas se muestran radiantes con sus vestidos de novia, sus maridos mozuelos y, luego, indefectiblemente, sus bebés rosados y carnosos. Las veces que lo intenté —las veces que me dije ok, quiero ser como el resto—, seguí fracasando empeñosamente: hay algo frágil y volátil en la consistencia de la relación que establezco con los hombres menores, que mi torpeza —inexpertis— no permite que cuaje.

A veces pienso que llegaré a los cincuenta con uno de veintipocos y un día en el que me sienta inusualmente generosa, lo miraré condescendiente: tranquilo, ya se te va a pasar. Y le entregaré en ese gesto todo mi amor. O sea, a veces pienso que a mí también se me va a pasar. A mi madre no se le pasó, mi padre ya no está con ella y no solo lo sigue queriendo sino que lo quiere más. Pero nadie dijo que el amor por los hombres mayores se chupara del líquido amniótico: no soy mi madre, ni busco a mi padre, aunque este texto insinúe lo contrario. Probablemente, de una manera muy distinta a la suya, todo lo que quiera es llegar al final con la fantasía de que mi historia es única y que, aunque el mundo esté lleno de muchachitas insolentes que enamoran viejos, ninguna será como yo, ni sus hombres como el mío, quien seguramente ya no vivirá para oír ese relato, salvo en mi recuerdo magnificado. ◣

Sergio Mora

Barcelona, 1975

Trabaja como ilustrador y colabora con revistas de España, Holanda y Francia. Fue seleccionado en la Feria de Bolonia y en el certamen Figures Futur. Como pintor expuso en galerías y ferias de arte en varios países. En la actualidad se dedica a realizar cuadros mágicos por encargo. @MagicoMora

AAAAAA
A
GUSTAVO SALA
AAAAAA
AAAAAA
AAAA
A

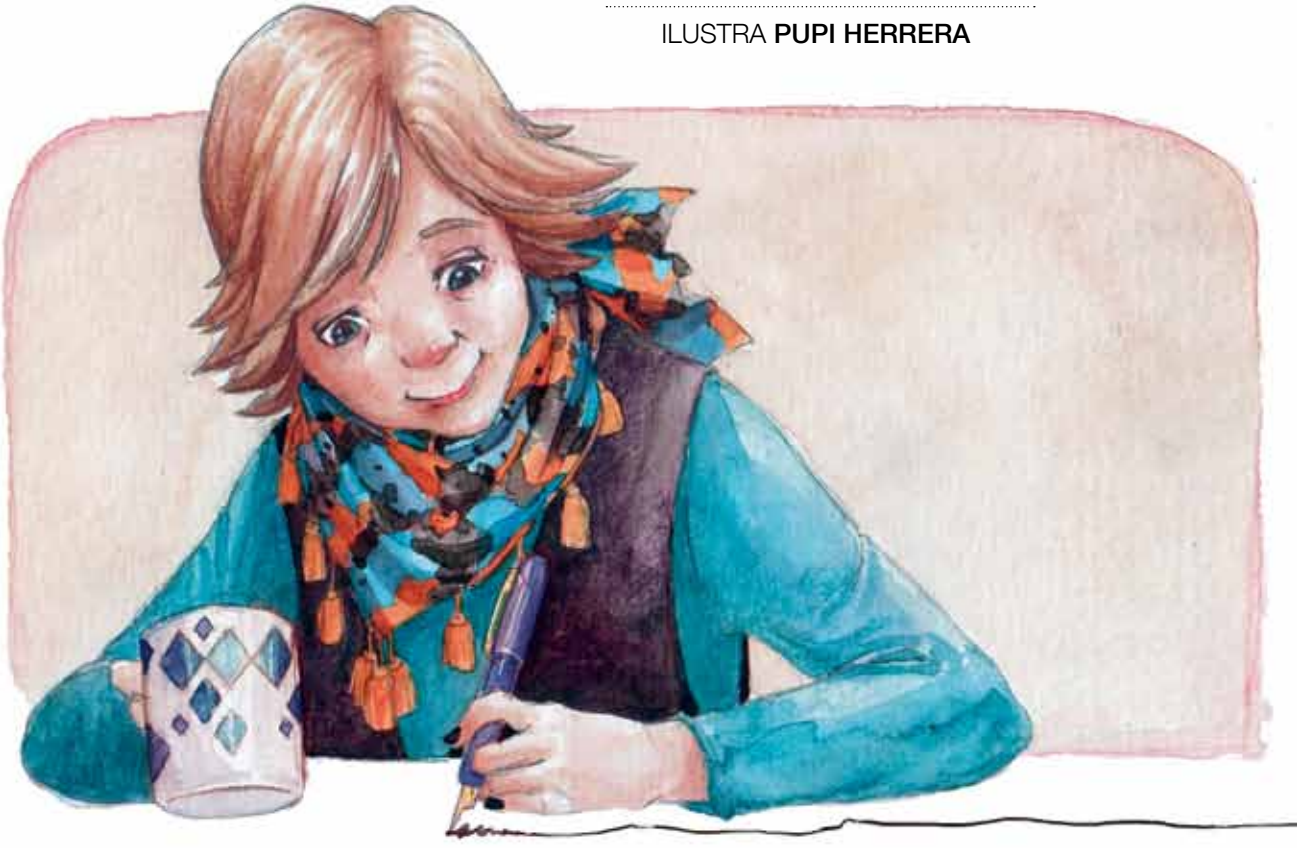
AAAAAA

¿ESCRIBEN LAS MUJERES SOLO PARA MUJERES?

El año pasado Melania Stucchi escribió para Orsai la sección «Comedias románticas» y a sus amigos les pareció literatura femenina. Con bronca masculina la autora reivindica el derecho de escribir para todos los sexos posibles.

ESCRIBE **MELANIA STUCCHI**

ILUSTRA **PUPI HERRERA**



MELANIA STUCCHI
Buenos Aires, 1976

Escritora, guionista, y profesora universitaria de cine, literatura y guion. Comenzó a escribir cuando aún no conocía el alfabeto. Escribía garabatos en donde, según ella, había historias que luego le leía a su familia, quienes la aplaudían y le aseguraban que era genial. Luego, el colegio le puso los puntos. Se licenció en Letras en la UBA. Un día vio *Los simuladores* y decidió que también quería ser guionista. Por eso, empezó a estudiar guion con el que por aquel entonces era jefe de guionistas de dicha serie, Patricio Vega, y con quien trabaja en la actualidad. Hace colaboraciones autorales con distintos guionistas. La última fue con Juan José Campanella. Desde el 2010 vive entre Buenos Aires y Barcelona. En Barcelona hizo un Máster en Creación Literaria. Tiene un blog, melaniadospuntocero.blogspot.com, y una cuenta de Twitter, @melaniastucchi. Es socia fundadora de Casa de escritura, escuela on-line de escritura creativa.

El problema empezó cuando mi gran amigo Diego me dijo: a ver, vos, que escribís esas historias para chicas… Nunca llegó a decirme cuál era la pregunta que le seguía a esa afirmación. ¡Momento!, ¿yo escribo para chicas? Sí, ¿no?, me dijo como si fuera algo obvio. Mmm…no sé, yo escribo de lo que me gusta, bueno, sí, soy mujer, supongo que algo de eso me saldrá cuando escribo. Me empecé a empantanar en la respuesta. Mi inestabilidad dio pie a que avanzara con su hipótesis: yo creo que a tus textos los puede disfrutar y entender mucho más una mujer que un hombre, no lo digo como algo malo, pero veo mucho más claro a una mujer leyéndolos. Algo me perturbaba de su enunciado, pero no podía detectar qué era, así que opté por preguntas básicas y concisas: ¿por qué creés eso? La respuesta tuvo gusto a knock out: Tenés una onda Carrie Bradshaw, un estilo *Sex and the city*.

LA ULTRACORRECCIÓN

Existe un fenómeno lingüístico llamado ultracorrección que consiste en decir mal una palabra o construcción correcta por creer equivocadamente que es incorrecta. Para que se entienda: el típico caso del dequeísmo. Mucha gente sabe que decir «creo de que Juan no está» es incorrecto. Se dice «creo que». Tanto nos enseñaron que el «*de que*» está mal, que muchas veces caemos en otro error: el queísmo. Entonces, alguien dice «estoy seguro que Juan está» cuando la forma correcta es «estoy seguro de que». Eso es la ultracorrección.

Algo parecido me pasó a mí cuando Diego me trató de Carrie Bradshaw. No es que tenga

nada en contra de «escribir para mujeres», al contrario. Solo que yo quiero ser universal, si es que tal cosa existe. Entonces empecé a pensar historias que pudieran ser protagonizadas por Arnold Schwarzenegger o Sylvester Stallone. No, mejor que eso todavía: que pudieran ser protagonizadas por Chuck Norris. Vale, ya sé, eso tampoco es ser universal. Pero algo me estaba molestando de todo esto y tenía que descubrir qué era.

EXPERIENCIAS PERSONALES

Hace ya un par de años, estaba en casa con mi amigo Pablo, un judío súper progre, kirchnerista y sensiblón. Hablábamos sobre los espacios que ocupa la mujer hoy en día y las posibilidades que tiene. Yo le dije:

—Lo que pasa es que a mí me molesta que incluyan a una mujer por ser mujer. Me parece absurdo. Dame trabajo porque soy buena en lo que hago, no por ser mujer. Como esos lugares que tienen que tener un cuarenta por ciento de mujeres en los puestos de trabajo o en las listas electorales. Dejame de joder. Eso es discriminación positiva. Como los que tienen un porcentaje de mogólicos trabajando para insertarlos socialmente. No quiero que me incluyan por «ser mujer», porque, de algún modo, eso sigue siendo discriminación.

Pablo me miraba. La tarde caía en la ciudad y mi departamento empezaba a oscurecer. Yo estaba en una punta, sentada en el sillón de la computadora. Él estaba en la otra punta, sentado a la mesa con los pies sobre otra silla y a medida que me escuchaba se indignaba con mis palabras.

—Nena, no entendés nada. Ese es el problema de este país, que las mujeres son más machistas que los hombres. Está perfecto que obliguen a una empresa o a una lista a incluir un porcentaje de mujeres. Pensá que si no es por obligación, no están. De algún modo se empieza. Ya llegará el día en que sea por elección. Pero si ahora no es por elección que sea por obligación, pero que sea de algún modo.

Peronista tenías que ser, Pablo...

La verdad es que, cuando recuerdo esa conversación, por momentos siento que algo de razón tenía mi amigo. Yo tiendo, sin querer, a caer en idealismos y es cierto que muchas veces la realidad necesita de medidas prácticas sin tanta vuelta. Quedamos empatados: un punto para cada uno.

La siguiente situación fue un año después. Yo ya estaba haciendo el máster en Barcelona y sentí que, en algunos aspectos, los españoles eran más machistas que los argentinos. Tenía todos profesores hombres y leíamos solo a autores hombres. No caía el nombre de una mujer en ningún programa ni por casualidad. En una clase, un profesor preguntó sobre críticas que tuviéramos sobre su curso o los otros. Todos se quedaron callados porque los estudiantes universitarios son así, defenestran a los profesores a sus espaldas pero nunca les dicen nada a la cara, ni siquiera cuando tienen la oportunidad. Yo levanté mi mano y, a riesgo de sentir que todos me tomarían de feminista, expresé mis dudas con respecto a la falta general de inclusión femenina tanto en el profesorado como en las lecturas. Lo primero que hizo el profesor fue reírse. Dijo que no lo hacía a propósito y que, en su caso, daba los textos en los que él se había especializado sin pensar en el género de quienes lo escribían. Una respuesta sensata.

Quiso el destino que el mismo profesor

tuviera que dar otro curso en el máster. Algo de mi crítica había quedado en su memoria porque en las dos clases en que habló de escritoras hizo referencias burlonas a aquella intervención. «Nombremos a mujeres para que las chicas no se enojen». Al año siguiente de mi egreso incorporaron a una mujer entre los profesores. Por ahí Pablo tenía razón y a veces hay que decirlo, hacerlo notar, para que las cosas sucedan.

La tercera historia sucedió en un chat de Gmail con mi amiga Cecilia. Compartimos con Ceci una historia en común que yo siento que me une a ella de una manera especial. En marzo-abril de 2009 ambas tuvimos con nuestras respectivas parejas una crisis matrimonial muy fuerte y por causas muy parecidas. Estoy en condiciones de afirmar que, a partir de ese momento, tanto para Cecilia como para mí el concepto de «pareja» cambió, mutó, se transformó en otra cosa. Sin embargo las resoluciones de las historias fueron completamente opuestas. Yo me separé, revolucioné muchos aspectos de mi existencia y me vine a vivir una temporada a Barcelona. Ceci volvió con su marido, reafirmó su vínculo y juntos decidieron tener una hija hermosa que se llama Sofía. Otra cosa que siento es que las dos estamos felices tanto por la decisión propia como por la decisión de la otra. Tenemos una especie de admiración mutua y las dos sabemos que hoy podríamos ser la otra. Este sentimiento me lo confirmó el último chat que tuvimos hace poco.

Ella: Boluda, estoy cada día más feminista.

Yo: Sí, yo también. No sé por qué, ¿será la edad?

Ella: No te creas, mis amigas están cada día más entregadas a sus maridos, sus hijos y su vida familiar. Como que dejaron de tener vida propia.

Yo: Insisto, puede que sea la edad. Es decir, a esta edad te terminás de definir al respecto: o te entregás completamente o te volvés revolucionaria a full.

Después me contó de un negocio que quiere fundar en su plan mujer emprendedora.

A MIRAR PELÍCULAS, O SERIES

Las revistas femeninas te enseñan que la mujer actual es delgada, tiene el culo parado a base de dieta sana, ejercicio físico y agua, viste a la moda, es exitosa laboralmente, sexualmente activa, tiene muchos orgasmos y vuelve loco a su hombre en la cama, es buena madre, no debe sentir culpa por dejar a sus hijos por irse a trabajar, si es soltera nunca debe sentirse mal por estar sola, tiene un grupo de amigas con las que sale los jueves, no tiene complejos, ni miedos y es segura de sí misma. La contradicción salta a la vista: ¿cómo puede ser seguro de sí mismo alguien que no tiene espacio para equivocarse, alguien que tiene que ser un diez en todos los aspectos de su vida? Me encantaría encontrar una revista que dijera: sentite mal y bancátela por sentirte mal. Sentirse mal es parte de la vida, a todos nos pasa, en lugar de evitarlo tratá de fijarte qué te pasa y ver si podés aprender algo con eso. No digo que haya que hacer una apología del sufrimiento o la imperfección. Al contrario, me gusta que la gente se sienta bien. Pero si hay algo que sé es que para estar bien es necesario aprender a estar mal.

Hubo una época en que esas mismas revistas enseñaban a coser, a planchar, a cocinar. Las mujeres estábamos destinadas a ser amas de casa, dependientes económicamente y sin sexualidad. Los hombres eran los que trabajaban, se iban de putas e, incluso, los únicos que se masturbaban.

Pasaron los huracanes de los sesenta, los setenta, los ochenta y, en los noventa, llegó la chic lit con *El diario de Bridget Jones* y *Sex and the city* a la cabeza.

¿Qué es la chic lit? Historias para chicas modernas, donde la protagonista es una treintañera exitosa en su profesión pero con serios problemas para encontrar el amor. También puede pensarse como una especie de comedia romántica aggiornada a un nuevo modelo de mujer que ya no espera a su príncipe azul bordando manteles en su casa, sino que lo espera mientras trabaja y se compra zapatos.

Nunca me gustó *Sex and the city*. Lo siento, pero nunca me gustó. Estoy rodeada de amigos y amigas que la defienden, que me dicen que está bien hecha, que es inteligente, que hace juegos de palabras en inglés que son brillantes. Intenté verla. Y sí, no está mal, pero no. Solo una vez escuché un argumento que me convenció: «sí, es frívola en muchos aspectos, medio pelotuda con el tema de la ropa, los peinados y los Cosmopolitan (o un comercial sofisticado) pero tiene un mérito: es la primera que muestra mujeres que no dependen económicamente de nadie. No será genial, pero no es poco». Y es cierto, la independencia económica genera un cambio de paradigma que hace tambalear mu-

chos de los roles, tanto femeninos como masculinos, que teníamos —y un poco tenemos— reproducidos en nuestras cabezas. Démosle el mérito de representarlo a la endemoniada serie.

MEJOR MIRAR LAS QUE ME GUSTAN

El caso que más me gusta es el de Tina Fey, creadora de la gran serie *30 Rock*. Allí interpreta a Liz Lemon, guionista neurótica encargada de un show de humor, que trabaja bajo las órdenes del genial Jack Donaghy (Alec Baldwin). Liz es demócrata, defiende los derechos humanos, quiere un mundo más justo y, por lo tanto, es feminista. En contraste, Jack considera que todas las decisiones importantes en el mundo son tomadas, y está muy bien que así sea, por hombres, blancos, conservadores, mayores de cincuenta años, heterosexuales y millonarios. En todas las temporadas hay algún capítulo en el cual se ironiza sobre «ser mujer» o «el mundo femenino». En la última temporada, por ejemplo, el capítulo 3, «Stride of pride» (con guion firmado por Tina Fey) se basa en una discusión que tiene Liz con Tracy (otro de los protagonistas de la serie). Tracy afirma que las mujeres no pueden ser graciosas, lo que, por supuesto, irrita a Liz. Sin embargo, lo más interesante del capítulo (además de graciosísimo) es el dilema de Liz ante este desafío. Por un lado, ella sabe perfectamente que las mujeres pueden ser graciosas, tiene miles de ejemplos para dar. Pero, por otro lado, se resiste a demostrarlo. ¿Por qué las mujeres deberíamos demostrar que somos «capaces de»? Que cada uno piense lo que quiera y pueda, «yo» no tengo que ir a demostrarle nada a nadie. La resolución por la que opta es genial, pero no la cuento porque prefiero que vayan a ver el capítulo.

Otra serie que impresionó a nuestro pequeño mundo de adictos teleseriales fue *Girls*, de Lena Dunham con producción de Judd Apatow para HBO. Chicas post-postmodernas de veintipocos, residentes de New York, con problemitas sentimentales, sexuales y monetarios. Lo primero que me llama la atención y que destaco es lo siguiente: estamos acostumbrados a ver hombres feos y miserables en la tele. Sin ir más lejos, mi amado Larry David. ¿Pero cuántas mujeres feas y miserables vimos? Lena no solo es gorda, también tiene un cuerpo de mierda: casi no tiene tetas, es culona en el peor de los sentidos. Y la chica aprovecha todas las oportunidades que tiene para desnudarse ante la

cámara. Pero como si eso fuera poco, también muestra todas sus «imperfecciones» interiores. Es caprichosa, egoísta, quiere lo que no tiene, se subestima. Al principio de la temporada persigue a un looser que se da el gusto de ningunearla. Y ella insiste y lo persigue, incluso cuando él le manda mensajes de texto eróticos y un minuto después le aclara que se equivocó y que no eran para ella. Luego, avanzados los capítulos, logra que el pibe se decida a ser su novio. Entonces prefiere abandonarlo porque siente que tiene que poner en orden su vida. De sus amigas, aunque alguna más linda, no se salva ninguna en su manera de actuar. Una virgen que no para de hablar; otra, aburrida y obsesionada con la perfección; otra, irresponsable, impulsiva, drogona. Y todo esto con una dosis de cinismo y humor del crudo que la transforma en un caso, como mínimo, para dejarnos pensando.

UN CASO LITERARIO

Siri Hustvedt es una escritora estadounidense que en el 2012 escribió una bella novela llamada *El verano sin hombres*. Cuenta la historia de Mia, una mujer que enloquece luego de que su marido le dijera que quería poner una pausa a su matrimonio de treinta años. Claro que la «pausa» es una francesa, joven y con buenas tetas. Luego de su brote psicótico, Mia regresa al pueblo de su infancia para pasar el verano. Es un pueblo de mujeres o, por lo menos, ella tiene contacto solo con mujeres: sus alumnas adolescentes que toman con ella un curso de poesía; las amigas de su madre, un grupo de octogenarias que viven en un barrio para ancianos independientes; una vecina joven con dos hijos pequeños. La novela es una especie de comedia con muchas reflexiones y muy lindas.

Para el que no lo sabe, Siri Hustvedt es la esposa de Paul Auster. Y parece que, en la vida real, fue Paul el que puso una pausa francesa. Sin embargo, más allá del chusmerío, cuando a Siri le preguntaban sobre lo autobiográfico de la novela, ella respondía con una defensa de género.

Dice Siri en una entrevista hecha por Xavi Ayén que publicaron en la revista *Ñ* hace un par de años: «¿Le preguntaría eso a un hombre? Si lo hubiera escrito Paul Auster, ¿le preguntaría si le ha sucedido a él? Tengo la sensación de que si lo escribe una mujer la gente imagina que es algo que le ha sucedido, y si lo cuenta un hombre forma parte de su talento imaginativo

«Tengo la sensación de que si lo escribe una mujer la gente imagina que es algo que le ha sucedido, y si lo cuenta un hombre forma parte de su talento imaginativo como escritor. Yo también tengo mucha imaginación». (Siri Hustvedt)

como escritor. Yo también tengo mucha imaginación. Todos los escritores trabajamos con material autobiográfico, y la magia de la ficción es que eso se presenta de un modo en que ya no importa qué es lo que proviene de la vida real y lo que no. Le respondería que la pregunta muestra que la imaginación se ha vuelto algo problemático, el tema de las historias reales es un gran debate que tenemos en Estados Unidos. Parece que los libros valen según si es cierto lo que cuentan. Conozco a un editor que, en una novela sobre una mujer violada, hacía notar que la autora realmente había sido violada y que estaba dispuesta a hablar de la violación real con los medios de comunicación, como si eso hiciera el libro más auténtico».

Yo solo puedo agregar: Siri, te queremos.

UNA PARA NIÑAS

Brave es la película de Pixar que ganó el Oscar este año. La historia va de una niña, Mérida, hija de reyes, que no desea cumplir con los mandatos que le son impuestos. Es decir, no quiere dedicarse a coser y bordar, ni tener buenos modales, ni, mucho menos, casarse con el muchachito que le quieren enchufar. Mérida es una experta de tiro con arco y una verdadera aventurera. Por supuesto, a lo largo de la película arma un lío terrible que, finalmente, logra solucionar.

Tengo que ser sincera. Cuando la vi esperaba mucho más. Desilusiona un poco, le falta bastante gracia. Sin embargo, es otra cosa la que me interesa contar.

Resulta que ahora, los amigos de Disney hicieron una versión de Mérida un poco más crecidita en donde se la ve como una más de las típicas princesas de Disney. Es decir, con cuerpito de Barbie y vestido ceñido al cuerpo (algo de lo que la pequeña Mérida se quejaba, ya que no le permitía moverse como quería para desplegar su arco y flecha). A su creadora, Brenda Chapman, ya la han echado. Parece que sus quejas y objeciones no fueron muy bien recibidas. Pero Chapman, tal vez ingenua, tiene razón. Mérida fue creada para romper con el modelo de Princesa Disney. Sin embargo, los nuevos dibujantes le hicieron un par de cirugías estéticas y un cambio en maquillaje y cabello. De la gran máquina generadora de estereotipos parece que incluso, hoy en día, es difícil que nos salvemos.

Pensé tanto que terminé soñando.

Dicen que en nuestros sueños el inconsciente empieza a solucionar problemas no resueltos. Anoche soñé. El sueño parecía una película. Primero se veía a mi amigo Diego que leía, apasionado, mis notas de Orsai. Luego el plano se abría. Yo estaba sentada a su lado, vestida con una falda de tul rosa y zapatos de Jimmy Choo. Yo le contaba parte de este texto y él me miraba y me decía: otra vez escribiste para mujeres. Entonces, me desperté. ◣

Pupi Herrera

Córdoba, 1985

Ilustradora autodidacta. Trabajó como directora de arte, escritora, animadora y escultora de cortos de animación. Publica ilustraciones e historietas en la revista de antología *La Murciélaga*, donde además trabaja como consultora creativa. Es diseñadora de conceptos y animadora en numerosos proyectos.

POSTALES

REP

LA BOMBACHITA EN LA DUCHA, PRIMER INDICIO
¡a ver si bajan esa música!
¡a ver si bajan esos orgasmos!
¿UN PAPA ARGENTINO? ES QUE SALGO TAN POCO...
Así que militaste en el PRT, abuela

MI TÍA CHUS

Esta es la crónica de llorar de esta edición, así que cuidado. Un relato íntimo del periodista español Nacho Carretero sobre su tía. Solamente eso, nada demasiado especial.

ESCRIBE **NACHO CARRETERO**

ILUSTRA **MARÍA WERNICKE**

NACHO CARRETERO
A Coruña, 1981

Periodista, escritor y fotógrafo. Comenzó a escribir desde niño por consejo de su abuela, que le decía que lo hacía muy bien. Inició su carrera en Radio Coruña Cadena SER, luego en Radio Nacional de España y más tarde en el diario deportivo *Marca*. A los veinticuatro años se mudó a Madrid y realizó dos posgrados en periodismo y literatura que, según él mismo cuenta, combinó con «la noble profesión de camarero». Comenzó a trabajar para el Grupo Vocento y a publicar en todos los medios gráficos que, al igual que Orsai, vieron en él un inmenso talento: *Jot Down Magazine*, *KI Semana*l, *Yo Dona*, *Frontera D* y *Destinos*. Es miembro del colectivo de periodistas GEA Photowords. Tiene un blog en donde almacena su labor nachocarretero.net y una cuenta de Twitter @NachoCarretero. Actualmente vive en Nueva York y trabaja como free-lance. Su objetivo en la vida —nos dice— es tan sencillo como complicado: vivir de escribir.

No es fácil para Chus subir las escaleras del autobús por la mañana. Su rollizo cuerpo pelea por encaramarse a cada escalón: primero una pierna, después la otra. Ella a su ritmo, el mundo a otro. Que se espere. Chus es pequeña, redondeada y se balancea al caminar sobre unos diminutos pies en los que, curiosamente, posee una asombrosa fuerza. También sus manos son pequeñas. Se aferran a los laterales para completar el ascenso. Sabe qué movimiento debe hacer casi de memoria porque apenas ve nada. Chus nació ciega de un ojo y en el otro está perdiendo la visión. Al llegar a su asiento se deja caer a plomo. Una trabajadora social le coloca la horquilla que sujeta su pelo mientras le da los buenos días. El autobús arranca y Chus —que en realidad se llama María Jesús pero todo el mundo la llama Chus— frota con lentitud sus manos enrojecidas por el frío. Echa un vistazo alrededor, en la cara lleva una sonrisa —suele portarla donde va— y después vuelve a su mundo interno, indescifrable, profundo, mientras el autobús sale de la ciudad. Afuera la lluvia helada de la mañana moja las ventanillas.

«El pediatra nos llamó por teléfono y nos pidió que fuéramos a verle al día siguiente», cuenta mi abuelo, serio, sentado en una butaca de su salón. Era el año 1958. Habían pasado tres meses desde el nacimiento de Chus. Cuando mis abuelos llegaron a la consulta, el médico no dio demasiados rodeos.

—Creo que esta niña es mongólica.

—¿Qué es eso? —preguntaron.

—¿No sabéis lo que es mongólica?

—No.

—¿No la veis diferente?

—No.

—Estos son niños que no van a estar bien y tienen retraso. Hubo un silencio.

—¿Es tonta? —preguntó mi abuelo.

—Médicamente es idiota. Tiene idiocia.

Mis abuelos se echaron a llorar. Y eso que mi tía Chus, de idiota, no tiene un pelo. El problema —uno de ellos— es que todavía faltaba un año para que Jérôme Lejeune diagnosticara el síndrome de Down tras detectar una alteración en el cromosoma veintiuno, que se duplica parcialmente. En ese momento ni mis abuelos, ni el médico ni en realidad nadie sobre la faz de la Tierra conocía tal hallazgo. Por eso se atrevían a llamarle idiota.

Cuando salieron de la consulta, Martín Pou y Lucrecia Romay (así se llaman mis abuelos, lo que pasa es que a mi abuela todo el mundo la conoce como Chicha, excepto, por cierto, mi abuelo, que la llama Chola, a saber por qué), cuando salieron de la consulta, decía, fueron a casa de mis bisabuelos. Chus iba en una pequeña cuna de mimbre, ajena, claro, a todo lo que la rodeaba. «Nos acaban de decir que Chus es tonta». A Coruña, ciudad de provincias de por entonces ciento cincuenta mil habitantes, año 1958. Lo que mis abuelos acababan de lanzar no era una noticia, era una maldición. Mis bisabuelos preguntaron: «¿Puede afectar al resto de hermanos?». Entonces Chus tenía cuatro hermanos mayores (uno de ellos, mi madre). Era una duda —si acaso razonable— que se instaló en la casa. Lo que ya no les pareció tan razonable a mis abuelos fue el consejo que recibieron a continuación y que les instaba a no dejarse ver en público con Chus, por el bien de toda la familia. «Hay que entender que era otra época, otra mentalidad», justifica mi abuelo.

El autobús llega a su destino: el centro ocupacional Aspronaga Lamastelle. Detrás, cuatro autobuses más de los que salen decenas de chicos y chicas con distintos grados de discapacidad. Se saludan, gritan, ríen, alguno va casi dormido, otro parece enfadado. Encogen los hombros para protegerse de la lluvia. La unidad de Chus es la de tercera edad y hacia allí camina despacio, muy despacio. En realidad todo lo hace despacio, Chus vive atrapada en la cámara lenta y sus movimientos están empapados de parsimonia. Y cada vez más: va a cumplir cincuenta y cinco años, no está para carreras. El cumpleaños, por cierto, lo celebrará como todos y cada uno de sus cumpleaños: con chocolate con churros. No hay forma de que lo festeje de otro modo. «¿Qué quieres hacer este año en tu cumple, Chus?». «Chocolate con churros». No insistan. Como decía, cincuenta y cinco años es una gran marca para una persona con síndrome de Down, de modo que ya no trabaja como hacía hasta no hace mucho y como sí hacen la mayoría de sus compañeros, más jóvenes. Son trabajos de manufactura, sencillos, pero que cumplen con una efectividad asombrosa. En eso consiste Aspronaga Lamastelle: dar ocupación a personas con discapacidad para ayudar a su integración. A cambio reciben un sueldo simbólico, pero obviamente ese no es el objetivo. En el caso de la unidad de Chus se trata de ocupar el tiempo de los mayores y dotarlo de la máxima calidad de vida posible, que no es poco. Ni fácil. Envuelta en su abrigo, sin abandonar la sonrisa pese a la lluvia, entra en el taller y da los buenos días a sus compañeros. Otra trabajadora social la saluda desde la puerta: «¿Qué tal el fin de semana, Chus?». Responde automáticamente mientras se quita la bufanda: «Muy bien». Para Chus todo

está muy bien siempre. Si se queja, si algún día alguien la escucha quejarse, entonces es que algo realmente grave está ocurriendo. Chus cuelga el abrigo, se estira con su apenas metro y medio para alcanzar la percha. Tiene todas las características que distinguen a una persona con síndrome de Down: extremidades pequeñas, rasgos mongólicos, problemas psicológicos, tendencia a la obesidad y reducida esperanza de vida. También, y debido a su edad, la mente de Chus ya está maltrecha: gira sobre sí misma encerrándola cada día más en su mundo interior. En cuanto a lo importante —ya les iré contando— tiene todas las características que distinguen a una persona maravillosa. Por fin logró colgar el abrigo. Se dirige a su sitio y, de nuevo, se deja caer sobre la silla a mitad de trayecto. Lo que le faltaba, tener que guardar las apariencias cuando por fin ha logrado encontrar un asiento.

«Lo que ahora a los jóvenes os cuesta entender —explica mi abuelo— es que entonces no sabíamos nada, no había nada de información. Era como un túnel negro en el que entrábamos y no sabíamos cómo avanzar, ni a dónde íbamos, ni nada…». Un túnel negro. Mis abuelos, sentados en un sillón, en desolado silencio, contemplaban a Chus en su cesta de mimbre. En ese momento en Europa no existía un solo país que legislara o dedicara especial atención a personas con discapacidad intelectual. Sencillamente eran niños o adultos enfermos para los que no había cura. Inútiles sociales que caían como un hechizo sobre las familias. No solo porque eran una carga, también suponían un estigma. Mis abuelos estaban perdidos. «Yo recuerdo que no podía parar de llorar», añade mi abuela con un hilo de voz, sentada en su butaca, menuda, frágil, como si el sillón fuera a tragársela. «Creo que entré en depresión». No sería hasta un año después —coincidiendo con el diagnóstico del síndrome de Down— cuando los países nórdicos, con Dinamarca a la cabeza, comenzarían a regular el trato hacia estas personas. Diez años después, en 1968, se constituiría en Jerusalén la Liga Internacional de Asociaciones en Pro de la Deficiencia Mental, un hecho que contribuiría de manera definitiva a impulsar los derechos de las personas con discapacidad intelectual. Hasta entonces, palos de ciego. Para mis abuelos comenzó el rosario de consultas a médicos, amigos y conocidos en busca de respuestas.

Alguien les dijo que encerraran a Chus. Y cuando digo alguien no digo un tipo despistado que pasaba por la calle y se giró para comentarlo. Alguien fue un amigo, un familiar, un médico… El consejo era que viviera en una habitación y que no tuviera contacto con nadie. De este modo evitarían problemas. La realidad es que en ese momento, en la ciudad, había cientos de niños considerados idiotas encerrados en habitaciones, aislados en las profundidades de las casas. Las familias no querían ver mancillado su honor o, simplemente, no querían que el resto de hermanos se contagiara de idiocia. Esa era la espesa y oscura realidad de no pocos niños en ese momento. Mis abuelos se negaron.

Otro alguien les advirtió que no tuvieran más hijos, ya que podrían nacer igual que Chus. Mis abuelos llegarían a atener cuatro niños más, haciendo un total de nueve. Ninguno de ellos, por cierto, con síndrome de Down o cualquier otro tipo de discapacidad.

Un tercer alguien, miembro del Opus Dei, les dio consejos tan abyectos que mis abuelos se levantaron y salieron de allí con un cabreo histórico. «Yo después no podía parar de llorar, escuchamos cosas terribles», dice otra vez mi abuela con voz tambaleante. «¿Pero estabas llorando todo el tiempo, abuela?». Mi abuelo irrumpe: «Todo el tiempo. Se pasó toda aquella época llorando». Y mi abuela le mira, minúscula, desde su butaca.

Un cuarto, médico, recomendó internar a Chus en un centro especializado. Allí le darían todos los cuidados que necesitaban las personas como ella. Mi abuelo fue a visitar uno de estos centros, sopesando la posibilidad. La descartó nada más poner un pie en el primero de ellos. «Era como un manicomio, las camas tenían correas, había barrotes, las paredes acolchadas… horroroso». Mi abuelo, tal vez imaginando a Chus en un sitio como ese, lo rememora escandalizado.

Un quinto y último consejo llegó a través de otro médico que se desmarcó con un experimental tratamiento de vacunas recién llegadas de Alemania. «Tengo que decirte que mi padre me dejó el dinero para pagarlas», añade mi abuelo para desquitarse de su anterior crítica. No solo por caras aquellas vacunas eran especiales. El tratamiento que mi abuelo encargó prometía la curación de Chus. Se trataba de unas inyecciones de, atención, células vivas de cabra. La primera dosis llegó al pequeño aeropuerto coruñés proveniente de Berlín. Mi abuelo fue con Chus, todavía con meses, a que una enfermera le pusiera la primera de las inyecciones. «Sacó una jeringuilla enorme, recuerdo

una aguja muy larga», relata mi abuelo. «Y se la inyectó directamente en la cabeza». De los ojos de mi abuela brotan lágrimas al escucharlo. «Yo no vi aquello, no quise ir», susurra. Mi abuelo abandonó el tratamiento tras la segunda inyección. Chus no recibió más vacunas.

En la unidad de la tercera edad están sentados en círculo, haciendo ejercicios de memoria. Chus espera su turno acomodada en una silla, con sus rechonchas piernas estiradas, sus manos en los bolsillos huyendo del frío y sus pensamientos, sus profundos pensamientos, apartándola de la realidad. El ejercicio consiste en ir diciendo un objeto cada uno, de modo que cuando les llega el turno, además del que se les ocurra, deben repetir todos los que se hayan dicho antes. Hoy se trata de prendas. Cuando le toca a Chus ya se han dicho cuatro prendas, no está nada fácil. En un sublime gesto de concentración, Chus apoya su pequeña mano en la frente y se pone a pensar con tanta intensidad que se puede palpar el esfuerzo: «Jersey, pantalón, bata… y camisa». Lo consigue. Sonríe. Chus, ya lo dije, siempre sonríe.

Desde hace diez años, aproximadamente, la demencia senil devora insaciable su memoria. De un tiempo a esta parte Chus ha perdido sus facultades para recordar, hasta tal punto que ni siquiera recuerda lo que hizo ayer. En muchos casos olvida lo que acaba de suceder, por lo que suele entrar en bucles, preguntando o diciendo lo mismo una y otra vez. Cierto día, comiendo en mi casa, Chus repetía incansable una misma idea (no recuerdo qué decía exactamente) hasta que mi madre intentó cortar la retahíla: «Chus, las cosas se dicen una vez. No repitas más ¿vale?». A lo que Chus respondió: «Vale, ya no repito más». Y medio minuto después dijo: «Ya no repito más». Y otro medio después, «ya no repito más», y así entró en un bucle, repitiendo que no repetiría, digno de la mejor paradoja. Otros días Chus revive hechos pretéritos —se remonta años y años— y los comenta (de nuevo en bucle) como si acabaran de ocurrir. Sucedió un día, en su unidad, que no dejaba de repetir que le habían subido el sueldo (no era verdad, muy al contrario, y debido a la crisis, a la mayoría se lo habían rebajado). A su lado, un compañero también con demencia senil estallaba en enfado cada vez que la escuchaba: «¿Cómo que te lo han subido?», gritaba. Ella rectificaba, pero al cabo lo volvía a decir y su compañero —que también lo había olvidado— estallaba de nuevo. Así una mañana entera, en un tragicómico remolino. Esta incapacidad para retener la realidad a corto plazo impide a Chus desarrollar una vida normal, no puede mantener conversaciones como hacía antes y hay que guiarla a través de las palabras, dándole la mano, ofreciéndole cuestiones sencillas y evitando cualquier giro en la charla. Por ello la mayoría de respuestas que da están automatizadas y por eso, cuando se le exige, cuando se le obliga a recordar, sus esfuerzos son encomiables. Lo curioso es que las escasas veces que está enfadada (enfadada es una palabra sin duda muy grande para describir sus enojos, pero valga para entendernos) es cuando más lúcida está, cuando más y mejor responde. Yo de vez en cuando la enfado —amagando con que voy a beberme su refresco, por ejemplo, esto la saca de quicio— porque quiero traerla a este mundo unos minutos y poder disfrutarla, pero sin que se entere mi abuela, claro. Sé que he logrado molestarla si me llama «tremendo». Si Chus dice que alguien «es tremendo», es que está realmente mosqueada.

Tras el rosario de asesores desubicados y sus disparatados consejos, mis abuelos seguían tan o más perdidos que antes de las consultas. Como siempre puede ser peor, apareció un nuevo problema: se le detectó un glaucoma en su ojo sano, en el único que le ofrecía visión. Había que operar. Y, aquí sí, toca hablar y muy bien de los médicos. El que operó a Chus lo hizo sin cobrar una peseta de las de la época. Quería ayudar a Chus y a mis abuelos, y también llevar a cabo una operación de extrema ambición para un cirujano. Hasta les pidió permiso para grabar en vídeo la intervención. Era delicada al máximo: un error de apenas milímetros al intervenir en el globo ocular y quedaría ciega para toda la vida. Salió bien y la familia del médico acogió a Chus y a mi abuela durante el posoperatorio en su casa de Santiago de Compostela, ciudad en la que tuvo lugar la exitosa intervención. «Recuerdo a Chus con los ojos vendados y atada con los brazos en cruz a la cama. Qué imagen más horrorosa», rememora mi abuela. Pero salió bien. Chus, aunque con gafas y solo de un ojo, pudo contemplar el mundo a lo largo de toda su vida. Y se empeñó en hacerlo. Cuando era joven y quería leer acercaba con parsimonia su cabeza al libro, señalaba con el dedo la línea a leer y arrancaba avanzando sobre las letras a trompicones. Al terminar levantaba la cabeza

El pequeño anuncio del pequeño periódico de la pequeña ciudad que mi abuelo decidió lanzar al vacío fue la ventana en las habitaciones oscuras donde estaban encerrados los niños.

buscando la aprobación de su oyente. Escribía del mismo modo. Sí, Chus leía, escribía, pintaba y escuchaba música. Porque, a pesar del negro túnel en el que seguían inmersos mis abuelos, no se rindieron. Avanzaron contracorriente bebiendo cada gota de información que se derramaba. «Recuerdo haber leído horas y días, buscar todo tipo de información», dice mi abuelo. Con los meses las cosas fueron tomando forma y, poco a poco, empezaron a entender a qué se enfrentaban, qué ocurría. Cuando Chus cumplió cuatro años comprendieron —y asumieron— que la cuestión no era curar a Chus. Por el simple hecho de que Chus no estaba enferma. Fue un paso crucial. De modo que viraron su rumbo en pos de la luz al final del túnel: si Chus tenía que convivir con su cromosoma parcialmente duplicado entonces lo prioritario era que conviviese con plenitud y felicidad. Comenzó la lucha.

El nueve de marzo de 1962 mi abuelo decidió publicar un anuncio en *El Ideal Gallego*, entonces el periódico local más importante. Estaba seguro de que en A Coruña había muchos más padres, muchas más familias, con niños como Chus, escondidos, aislados, atemorizados. Quería conocerlos, quería asociarse con ellos y discutir cómo avanzar. El anuncio decía lo siguiente: «Aviso importante: a todos los padres y familiares que lo sean de un niño o niña anormal (mongólico) se les invita a una reunión para tratar asuntos de mucha importancia para este colectivo. Esta reunión tendrá lugar, D. m., el próximo día 12 martes a las 19 horas en el local social de Cáritas Territorial, sito en la calle Teresa Herrera número 12 de esta capital. La Coruña, 9 de marzo de 1962. Martín Pou Díaz».

El anunció gritó con estrépito en medio del inmenso silencio social: en el local aparecieron en la fecha señalada cien personas. «Me quedé asombrado», dice mi abuelo. Aquel anuncio fue como un salvavidas arrojado a familias que se ahogaban en soledad. Llegaron de todos los rincones de la ciudad ansiosas de respuestas y de comprensión. Querían hablar de lo que ocurría en sus casas, querían preguntar, reventar el yugo del tabú. El pequeño anuncio del pequeño periódico de la pequeña ciudad que mi abuelo decidió lanzar al vacío fue la ventana en las habitaciones oscuras donde estaban encerrados los niños. Fue una vida nueva para toda una generación.

La mejor parte en el día de trabajo de Chus es la comida. Chus es glotona por naturaleza, no le dice que no a ningún bocado excepto —misterio— a los pimientos rojos. No le gustan. «¿No te gustan los pimientos rojos, Chus?». «Nada». Por lo demás no hay remilgos. Rechoncha en su silla del comedor acerca con lentitud el tenedor a su boca y degusta. Cierto día, hace años, desayunaba Chus una taza de cacao con bizcochos en la cocina cuando la olla a presión que cocinaba un guiso a pocos metros de ella comenzó a pitar. Nadie en casa le hizo caso, y menos Chus, centrada exclusivamente en los bizcochos. Unos tras otros iban siendo engullidos al mismo ritmo que el pitido de la olla crecía en volumen. Hasta que ocurrió, claro. La tapa de la olla saltó y con ella parte del contenido del guiso, que llegó hasta el techo y —cuenta la leyenda— alguna habichuela hasta quedó flotando en la taza de cacao de Chus. Ella siguió desayunando, sin inmutarse. A quién le importan las explosiones cuando hay bizcocho.

En el comedor rebota el estruendo de las conversaciones, las risas y los cubiertos contra los platos. Hay caldo gallego y filete. De postre, mandarinas. Chus comparte mesa con varios compañeros. Lorena es fanática del cantante David Bustamante. Es monotemática desde la primera cucharada hasta el último gajo de la mandarina. «Pues según vi el otro día, en una revista, le dijo a su novia que quería otro hijo,

porque él, que es muy tranquilo, pero yo sé que quiere muchos hijos, había dicho…» y así. Su grado de discapacidad es el más leve de la mesa, por lo que impone su ley. Fernando es más callado, pero no hay más que azuzarle con el fútbol para que se haga hueco. Fanático del Deportivo, se le ve preocupado por el devenir de su club. «¿Y viste ayer el Barça?», pregunta. «¿El Barça? ¿Pero tú no eres del Dépor?». «¡Es del Barça!», acusa algún desalmado desde la distancia, voz en grito. Y Fernando se agarra un cabreo que le dura todo el almuerzo. Chus se centra en comer. Igual que Toñito, el chico de su lado, también con síndrome de Down. A propósito de esto, el término persona con discapacidad intelectual es relativamente nuevo. A lo largo de la vida de Chus las personas con discapacidad han recibido una enorme cantidad de denominaciones, digamos, médicas. De hecho, el nombre ha cambiado cada cinco años desde su nacimiento. Cuando ella nació era denominada idiota. Después, tarada. Oligofrénica, mongólica, subnormal, minusválida, deficiente, incapaz, discapacitada, dependiente psíquica, persona con discapacidad psíquica y —la actual en España— persona con discapacidad intelectual y del desarrollo. Insisto en que a ella todo el mundo le llama Chus.

Tras la reunión convocada a través del periódico comenzó a tomar forma una idea que hacía tiempo rondaba la cabeza (ya sin pelo entonces) de mi abuelo. Esta idea surgió tras un viaje a Valencia en el que mi abuelo se entrevistó con el presidente de la Asociación de Personas Anormales (hasta grabó la entrevista con un viejo magnetófono que se acabaría estregando en un incendio años después). De ahí, y tras compartir sus experiencias con los demás padres en la reunión, nació el proyecto: fundar una asociación igual en Galicia. Un proyecto que desde ese instante se tornaría en el sentido mismo de la vida de mis abuelos y cambiaría la de cientos de niños con discapacidad. Pero no iba a ser fácil. Nada fácil. Algunos padres dejaron la carrera nada más darse la salida. «Yo no te voy a decir nombres —dice mi abuela, prudente— pero conozco familias que los tuvieron encerrados en una habitación toda la vida. Hasta hace no mucho». Sin justificarlo cabe ponerlo en contexto. Lo que estaban a punto de emprender aquellos padres era un desafío a una sociedad cerrada, conservadora y, en gran medida, ignorante. Desconocían cuáles iban a ser las consecuencias y en cualquier caso les auguraban perjuicios graves. Aquellos niños y niñas contaban con el desprecio de mucha gente y mis abuelos, y el resto de luchadores que comenzaban en aquel camino, lo iban a vivir. Aún y con eso, la idea de mi abuelo fue acogida con entusiasmo por la mayoría de los padres. En sucesivas reuniones se fundó la asociación, se redactaron unos estatutos y se nombraron dirigentes y vocales. A continuación se decidió que el objetivo primordial, que la necesidad más apremiante, era fundar un colegio para que estos niños tuvieran posibilidad de integración social. El primer paso para que tomara forma fue acudir al gobernador civil de la ciudad, entonces perteneciente, como el resto de ciudades de España, al régimen del general Franco. «Tenía muchos locales vacíos en la ciudad así que fuimos a visitarle para ver si nos dejaba uno y comenzar con la asociación». Sentados en su despacho, mi abuelo y otros dos padres le explicaron su iniciativa. La contestación del gobernador fue inmediata: «¿Sabes lo que te digo? Que a tu hija y a los demás como ella a donde tenéis que llevarlos es al Castillo de San Antón». Cabe explicar que el Castillo de San Antón es una antigua cárcel coruñesa. Mi abuelo se quedó congelado en la silla, después se levantó y se fue casi corriendo mientras le gritó a la secretaria del gobernador: «¡Tienes un jefe loco!». Solo lloró al llegar a casa. Toda la noche. «Sinceramente creo que era una buena persona, pero víctima de una sociedad equivocada», dice mi abuelo.

Tras varios fracasos de similar talla en los que no vale la pena recrearse (otro político —esto es verídico— le dijo a mi abuelo que antes de invertir mil pesetas en un proyecto para niños anormales se encendía un puro con un billete de ese valor. Y procedió a hacerlo). Tras varios fracasos, decía, llegó el milagro. «Es que fue un milagro», dice mi abuela. «Estaba yo trabajando —continúa mi abuelo— cuando vino a visitarme Julio Casares Rivera (mi abuelo siempre dice nombre y dos apellidos cuando habla de coruñeses). Me pidió que si podía ayudarle con la venta del chalé familiar de su padre, que acababa de morir, ya que por entonces yo trabajaba en Hacienda y conocía a gente interesada en invertir». En ese momento mi abuelo lo vio claro: situado muy cerca del centro de la ciudad, ese chalé podría ser la sede perfecta para el colegio. Negociaron y acordaron la venta por dos millones y medio de pesetas (quince mil euros). Mi abuelo agarró su abrigo y se dirigió a la oficina de la Caja de Ahorros de La Coruña para pe-

dir el crédito que necesitaban. «Su director era Antonio Lorenzo Pérez (otra vez dos apellidos), a quien conocía personalmente». Y he aquí el milagro. Lo que a priori iba a ser un crédito más que difícil, o lo que podía haber sido otro desaire para con Chus y los niños como ella de la talla del encendedor de puros, mutó en lo contrario. Don Antonio Lorenzo Pérez tenía un hijo con discapacidad intelectual y desconocía el movimiento que estaban llevando a cabo mis abuelos y otros padres. El crédito fue concedido con entusiasmo, además de otro personal de trescientas mil pesetas y el compromiso de que los intereses serían donados por la propia Caja de Ahorros. Milagro completado. Había colegio.

El once de mayo de 1963 se firmaron las escrituras del chalé ante notario y comenzaron las obras para adecuarlo. «Recuerdo aquellos meses como de los más atareados y ocupados de mi vida. Necesitábamos veintiséis horas al día en lugar de veinticuatro», explica mi abuelo. Pintaron toda la estancia, ampliaron y adecuaron la cocina y compraron muebles de todo tipo. Entre los muebles había unos sillones tapizados. «Hubo personas que me dijeron que no tenía mucho sentido tener sillones tapizados porque se acabarían estropeando con las babas de los niños», dice mi abuelo. «Pero de eso se trataba, de que esos niños estuvieran en un lugar normal y aprendieran a vivir en él». Si nos basamos en que los sillones solo se cambiaron cuando pasaron de moda, muchos años después, puede decirse que el trabajo en el colegio fue un éxito. Más de un año después llegó el ansiado día: el catorce de septiembre de 1964 se inauguró Aspronaga. Tras una testaruda insistencia de mi abuelo —sabedor del beneficio mediático que supondría— al acto asistió nada menos que Carmen Polo, mujer del general Franco. En un principio había dicho que la experiencia de ver aquellos niños podría resultarle demasiado dura, pero mi abuelo volvió a la carga repetidas veces e incluso le llegó a decir a un general que si a la Señora (como le llamaban) le impresionaban unos niños anormales, qué se podía esperar de la sociedad española. El general le miró desafiante, pero se ve que tomó nota. La Señora estuvo allí el día de la inauguración y donó sesenta mil pesetas. Aspronaga era una realidad. Lo habían conseguido.

La jornada laboral de Chus termina a las cinco de la tarde. Es a esa hora —después de una imperdonable y generosa siesta— cuando Chus se enfunda otra vez su abrigo y regresa a casa de nuevo en el autobús. En la parada le espera Eli, una trabajadora social contratada por mis abuelos encargada de cuidarla desde que a ellos les falta la fuerza. Con Eli —a quien Chus considera una amiga— da un paseo, dibuja, escucha música o juega al parchís. Esta tarde van a ir a dar una vuelta y a Chus le apetece un helado. «¿Un helado?», le dice mi abuela mientras le coloca la bufanda. «No Chus, hace mucho frío, un helado hoy no». Y ella me mira, y después mira a mi abuela. «¿No?». «No. Otro día, ¿vale?». «Vale». Yo me sumo: «Qué frío, no me tomaría un helado hoy ni loco». Ella me mira de nuevo, arquea una ceja: «Yo tampoco», me dice. Nunca se queja, nunca protesta, nunca se encapricha, nunca se enfada. Chus es la bondad en estado puro, sin artificios, sin pretensiones, la bondad inconsciente de sí misma. Antes de irse se sienta un rato a mi lado mientras mi abuela termina de contarme una historia que vivió pocos días después de la inauguración del colegio. Aunque la meta había sido alcanzada, todavía quedaba mucho por derribar, mucho por avanzar. La mayoría de prejuicios seguían intactos. «Era por la tarde y cogí un autobús con Chus para regresar a casa. Nos subimos y nos sentamos junto a una señora —relata—. Esta miró a Chus, se levantó y se fue a sentar a otro sitio. Después le oí que decía "mongólica"». Mi abuela exhala tristeza mientras Chus y yo escuchamos. Yo comprendo las palabras, Chus parece comprender el fondo porque su mirada, aun sin saber de lo que estamos hablando, es triste, como si pudiera sentir lo que sucede. Yo la miro y le digo: «Es tremenda la gente, ¿eh Chus?». Y ella me responde, «tremenda».

Esta capacidad para intuir qué está ocurriendo sin comprender qué sucede es una estrategia definitoria del carácter de Chus. Ante sus limitaciones, Chus siempre ha dispuesto un arsenal defensivo para superarlas. Es raro (al menos lo era) verla bloqueada, siempre burlaba el obstáculo, siempre conseguía no caerse de un mundo que gira mucho más rápido que ella. A veces con una inteligencia y socarronería (gallega) asombrosas. Si le preguntabas qué ponía en algún sitio y no podía leerlo se limitaba a responder: «¿Estás ciego?». Si no se acordaba qué había para cenar, simplemente decía «¿De cenar? Secreto». Y si directamente no entendía lo que le estabas diciendo, zanjaba: «No me torees».

El del autobús fue uno de los cientos de malos momentos que tuvieron que pasar mis

Yo la miro y le digo: «Es tremenda la gente, ¿eh Chus?». Y ella me responde, «tremenda».

abuelos y, probablemente, todos y cada uno de los padres de la época. «Recuerdo en el fútbol —dice mi abuelo, otro fanático del Deportivo cuyos gritos cuando los centrocampistas pierden la pelota son ya legendarios— que una señora que estaba sentada detrás de mí en Riazor le gritó al árbitro: "¡Subnormal! ¡Vete a Aspronaga!"». Mi abuelo se giró y le dijo que él tenía una hija en Aspronaga y que no entendía qué tenía que ver el árbitro con eso. La señora, seguramente ajena a este tipo de prejuicios y simplemente arrastrada por la ferviente excitación futbolera, le pidió perdón y le dio un abrazo. Todavía tuvieron que pasar muchos años hasta que la presencia de Chus en la calle fuera algo normal y a ello iba contribuyendo, sin duda, el crecimiento imparable de Aspronaga. Los padres implicados no dejaban de trabajar para que el desarrollo fuera veloz. Durante el primer año realizaron una serie de folletos para dar a conocer el colegio, era la manera de hacer publicidad en aquella época. Uno de aquellos folletos está hoy en casa de mis abuelos. «¿Puedo verlo?». El papel, que se repartía por la ciudad, contiene el siguiente mensaje: «La Coruña por Aspronaga. ¡Niño subnormal! ¡No estarás por más tiempo solo!». Sobra decir que hoy en día el eslogan no funcionaría del todo bien. Mis abuelos también comenzaron a dar charlas y participar en reuniones para dar a conocer el centro. Hablaron con padres, enfermeras y hasta médicos. Volcaron sus vidas en dar a conocer un problema hasta entonces sumergido en la vergüenza. Pronto las solicitudes superaron a la capacidad. A las mejoras en el colegio se le unió, con el paso de los años, la inauguración de un centro laboral para adultos (llamado Lamastelle, donde trabaja Chus) y una residencia de día para personas con grados de discapacidad muy profundos, que fue bautizada como Ricardo Baró en honor a uno de los padres que, junto a mis abuelos y el resto, luchó por hacer realidad la idea de Aspronaga. El éxito fue rotundo y se extiende hasta nuestros días: hoy Aspronaga —todas sus instituciones— funciona sin descanso. Cientos de niños y de adultos suben y bajan cada día de los autobuses, entre ellos Chus, agarrándose con sus pequeñas manos a los laterales para poder alcanzar el asiento sobre el que se desplomará. Hoy cabe recordar que, detrás de lo que a ojos de las nuevas generaciones es simplemente un centro para personas con discapacidad, está la pelea colosal de un puñado de padres.

«Yo la verdad es que no he podido hacer más», dice mi abuelo. «Hemos dado nuestras vidas». Mi abuela me mira. «Los hermanos», me dice. «Lo de sus hermanos ha sido increíble, cómo la han cuidado, cómo la han protegido. Ninguno de ellos me preguntó jamás qué le pasaba a Chus, ni de pequeñitos. Simplemente la cuidaron, notaron desde niños que tenían que hacerlo y la cuidaron», termina. «¿Y a cambio? ¿Qué os ha dado Chus?», les pregunto. Se quedan callados, pero no porque estén pensando, sino porque lo tienen claro: «Somos mejores. Nos hizo mejores». La charla termina, cierro la libreta, llena de tachones que son recuerdos, heridas, vivencias y hasta un milagro. Antes de alcanzar la puerta mi abuelo me llama, con prudencia, como temeroso de que lo que va a decirme pueda molestarme. «Si escribes algo de esto —me dice susurrando— que no parezca que queremos dar pena o que exageramos ni nada de eso. Simplemente lo que hemos querido siempre para Chus es lo mismo que cualquier padre quiere para sus hijos. Y punto».

En la calle Chus y Eli regresan del paseo. Mañana toca trabajar, madrugar de nuevo y esperar el autobús. «Chus, voy a escribir una historia sobre tu lucha y la de los abuelos, ¿vale?», le digo sin la menor intención de que me comprenda. Ella me mira, sonríe y me dice orgullosa: «No tomé helado». ◣

María Wernicke

Olivos, 1958

Ilustró numerosos libros para editoriales de Argentina, Brasil, España y México. En 2006, editó su primer trabajo como autora integral: *Uno y Otro*; en 2010, *Un señor en su lugar* y en 2012, *Hay días*, los tres reconocidos como mejor libro-álbum por la Asociación de Literatura Infantil y Juvenil Argentina. @MariaWerni

POLÍTICAMENTE **INCORRECTO**

¿Te acordás de la anécdota que siempre contaba tu viejo y nos hacía cagar de risa a todo el mundo menos a vos?

—¿Cuál?

—La del cheque —me dice Chiri.

—No.

—La del cajero del Banco Provincia que te confundió con un chico mogólico.

—¡Es verdad! Me acuerdo. Pero si tu idea es humillarme no lo vas a lograr, querido amigo, porque conté esa anécdota entera en un post de Orsai que se llamó «El gran secreto de mi vida».

—No era la idea humillarte, para nada —me dice Chiri—. Y ya sabía que la contaste en el blog, y la publicaste en un libro también. Incluso algunos lectores pensaron que no era cierta.

—Es *muy* cierta —le digo—. Un cajero del banco me dio plata de más, como quinientos pesos, y no me la reclamó porque pensó que yo era un nene mogólico de CAIDIM.

—El Centro de Apoyo Integral del Insuficiente Mental de Mercedes.

—Exacto. ¿Y sabés por qué algunos lectores pensaron que la anécdota era falsa?

—¿Por?

—Porque cuesta creer que uno mismo se ponga en el lugar del mogólico. Pero si lo pensás bien, en la escuela el Chino Silvestre tenía cara de chino, por eso le decíamos Chino. El Ruso Kosicki tenía cara de soviético y un apellido con muchas «k», por eso le decíamos Ruso. El Colorado Ulmer era colorado... Y yo tenía cara de mongui, todavía la tengo. Soy gordo y con los ojos juntos... El cajero del banco tenía razón.

—Además en esa época además estaba de moda *Life Goes On*, que en Argentina se llamó *Corky, la fuerza del cariño*.

—Claro, con la canción insoportable de Whitney Houston que Telefé usaba como cortina. Para mí ahora es imposible no asociar ese tema con la cara del pibe que hacía de Corky.

—¿Conocés a alguien en la vida real que haya visto esa serie?

—La verdad que no. Lo que me acuerdo es que mucha gente decía que el mensaje no era bueno, que estereotipaba a los pibes con síndrome de Down y esas cosas.

—Puede ser. Una vez, mientras relataba un partido de Boca, Marcelo Araujo le dijo «Corky» al colorado Mac Allister, y el Colorado se calentó como un chico.

—Mi viejo decía, muy en serio, que yo no era mogólico de casualidad, que había tomado líquido amniótico en el útero de Chichita pero no lo suficiente. Que mi cerebro había zafado pero mi cara y mi manera de patear penales no.

—Esos chistes ahora serían incorrectos.

—Yo creo que incluso entonces eran un poco incorrectos, pero en casa entraban y salían mogólicos todo el día. Roberto era el tesorero de CAIDIM y mi mamá estaba en la Cooperadora. Me parece que no se puede hacer chistes sobre algo cuando ese algo te da impresión, o miedo, o te escandaliza. Pero cuando los monguis entran y salen de tu casa todo el día, no pasa nada. Ni siquiera hay que caretear palabras como «insuficiente mental» o esas cosas.

—Esa misma sensación causa la crónica de Nacho Carretero, ¿no?

—Claro —le digo—. Es buenísima por eso.

—Qué lindo homenaje que le hace a su tía Chus, y sobre todo a la lucha de sus abuelos.

—Y lo mejor de todo es que lo haya escrito así, sin eufemismos ni boludeces. Y nosotros poder reírnos con las reacciones de Chus sin problemas, sin que nadie ponga el grito en el cielo ni nos tilde de insensibles.

—Genial el abuelo de Nacho, cuando le dice a la secretaria del tipo que lo maltrató «¡Tienes un jefe loco!». Y después la grandeza de esta reflexión: «Sinceramente creo que era una buena persona, pero víctima de una sociedad equivocada».

—Me emocionó muchísimo este relato —le digo—. Los padres de esa chica luchando a brazo partido en una época de ignorancia absoluta...

—Me imagino —me dice Chiri—, a vos te debe pegar más fuerte ese tipo de gesta, siendo que tomaste líquido amniótico en la panza de tu mamá cuando naciste.

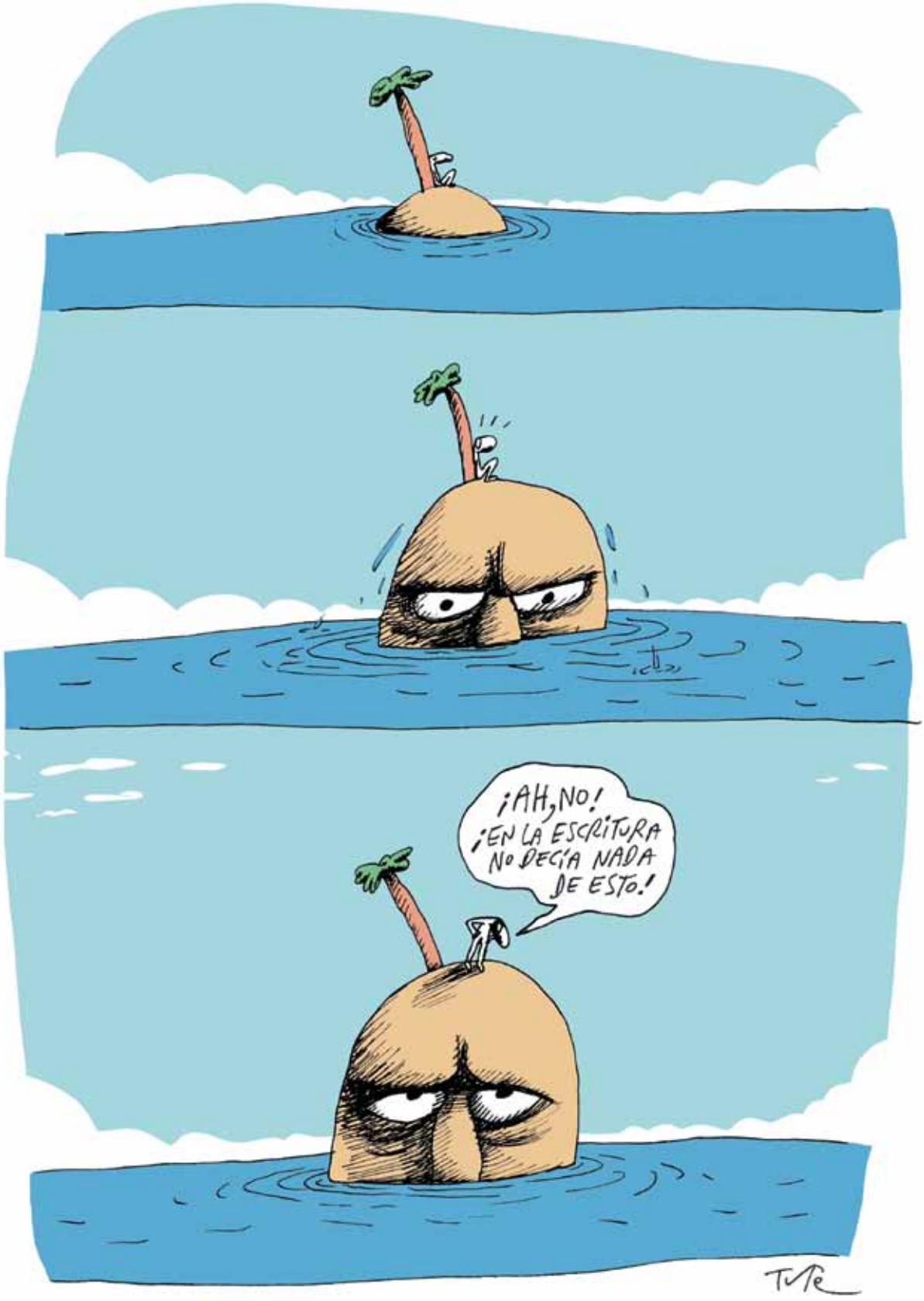
—No sos gracioso.

—En un porcentaje alto, los padres de Chus estaban peleando también por tus derechos.

—A mí papá le quedaban bien esos chistes, a vos no te quedan bien.

—*And I... will always love you, oohh...*

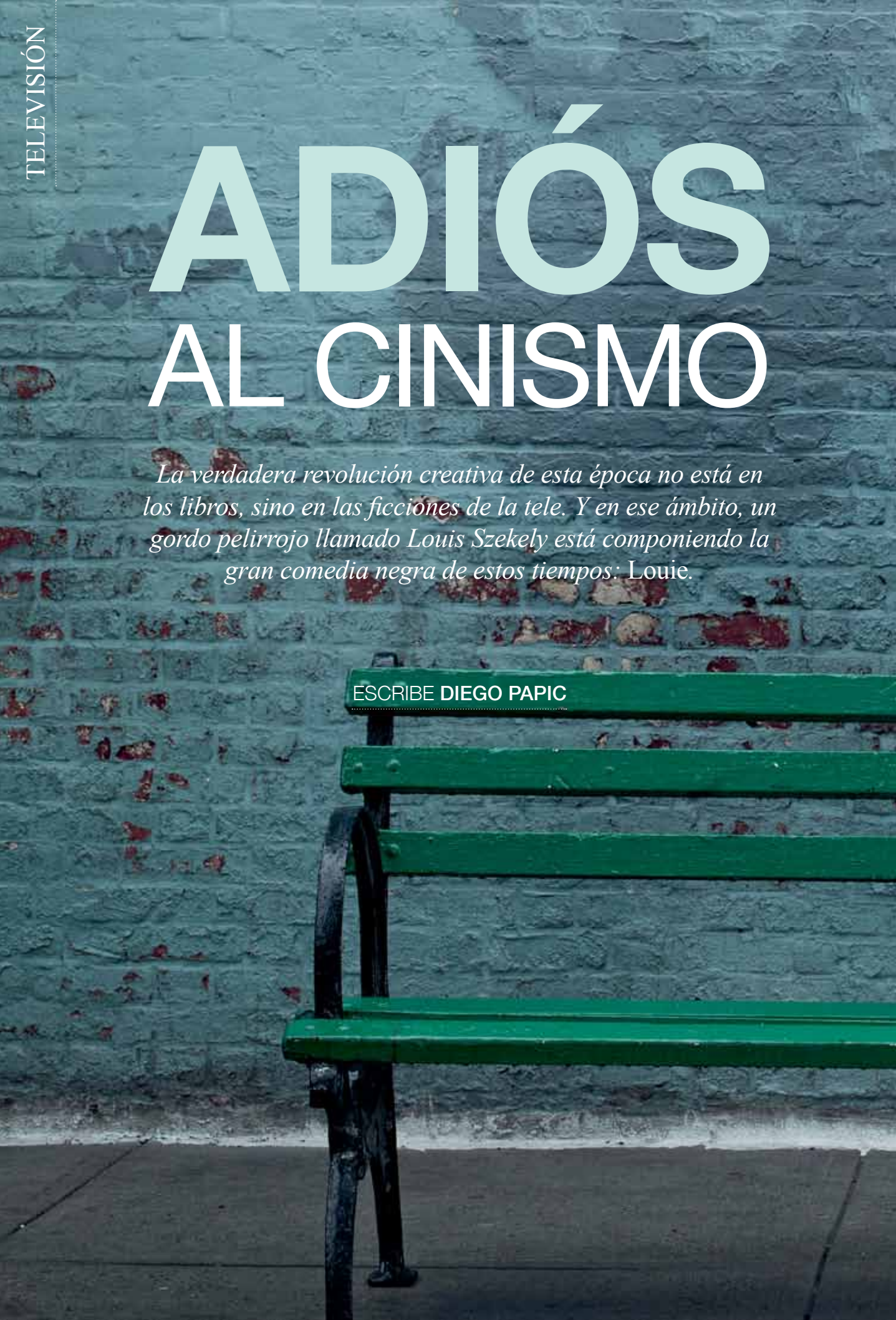
—Basta. Cantás horrible. ◣


¡AH, NO!
¡EN LA ESCRITURA
NO DECÍA NADA
DE ESTO!
TUTE

ADIÓS AL CINISMO

La verdadera revolución creativa de esta época no está en los libros, sino en las ficciones de la tele. Y en ese ámbito, un gordo pelirrojo llamado Louis Szekely está componiendo la gran comedia negra de estos tiempos: Louie.

ESCRIBE **DIEGO PAPIC**



DIEGO PAPIC
Buenos Aires, 1977

Estudió Letras en la Universidad de Buenos Aires, periodismo en TEA y cursó el Máster en Periodismo de la Universidad de San Andrés. Es uno de los directores de cinenacional.com —el sitio de internet más importante y completo sobre cine argentino—, colabora habitualmente en el suplemento «Espectáculos» del diario *Clarín* y fue cronista de cine y televisión en el programa *Quizás mañana*, de la primera mañana de Nacional Rock 93.7. Desde 2003 escribe en su blog (blogdedieguez.com.ar) sobre cultura pop y política, siempre con una veta humorística, y desde 2009 participa activamente en Twitter con el usuario @dieguez_, en donde ha aprendido a pelearse cada vez menos con la gente. Vive en el barrio porteño de Palermo con su gato Rocco y cree que los mejores inventos de la humanidad hasta ahora son el aire acondicionado, el whisky, el salamín picado grueso y las tetas.

Lo primero que vemos es a un tipo pelado, pelirrojo, barba candado, remera negra y un jean medio caído debajo de la panza, saliendo de una estación de subte mugrienta en Greenwich Village, un barrio bohemio de Nueva York. Suena una versión de *Brother Louie*, un rhythm & blues inglés de los setenta. El tipo, de unos cuarenta y pico, camina por la calle con una expresión que fluctúa entre una incomodidad cansada y una curiosidad entusiasta. Es de noche.

Entra en una pizzería y se come una porción de pizza parado en la puerta, mirando hacia afuera, con la actitud de estar cumpliendo una rutina, con porte humilde y la mirada despierta. Detrás de él, un tipo en bermudas y ojotas habla por celular. Da un último mordisco generoso a la pizza y mientras mastica tira el resto en un tacho de basura, se limpia la boca con el dorso de la mano y sigue camino.

Unas cuadras más y llega al Comedy Cellar, uno de los clubes de comedia más conocidos de Nueva York. Saluda a un tipo en la puerta con un apretón de manos y entra al club. La canción *Brother Louie* sigue sonando con la letra cambiada: en lugar de *«Louie, you're gonna cry»* («Louie, vas a llorar») dice *«Louie, you're gonna die»* («Louie, vas a morir»).

La secuencia, con una edición ágil y elíptica, dura menos de un minuto y es la presentación de *Louie*, la serie de TV escrita, protagonizada, dirigida —y sí, también editada— por Louie C.K., un comediante de stand up bastante atípico que, después de una experiencia fallida en HBO con la sitcom *Lucky Louie*, se consagró con esta serie —que de sitcom solo tiene su duración: estrictos veintidós minutos— tan am-

Louie *puede virar de un realismo desbocado a una extrañeza surrealista en apenas un segundo, sin perder la coherencia; que va de la ternura al humor negro sin caer jamás en el cinismo.*

bigua y extraña como su mirada mientras come esa porción de pizza.

Como en la «intriga de predestinación» que definió Roland Barthes, según la cual en el comienzo del relato clásico se encuentran sus claves principales, en estos cincuenta segundos se puede percibir en gran parte el tono de *Louie*. Porque en esto es en lo que se destaca: en su tono ambiguo, que puede virar de un realismo desbocado a una extrañeza surrealista en apenas un segundo, sin perder la coherencia; que va de la ternura al humor negro sin caer jamás en el cinismo.

Al relatar la premisa de la serie confirmamos en la práctica una de las más grandes verdades de las ficciones: no importa tanto el qué sino el cómo o, para decirlo más claro, en la forma está el fondo. Porque la premisa de *Louie*, contada en forma despojada y desnuda, es la siguiente: un comediante de stand up de Nueva York hace de sí mismo y alterna fragmentos de monólogos de sus shows con escenas de ficción que aluden a lo que cuenta en esos monólogos.

¿Suena un poco a *Seinfeld*? Quizá no haya dos series más diferentes entre sí que *Louie* y *Seinfeld* —en su tipo de humor, en su visión del mundo— pero a la vez más subterráneamente conectadas. Esa es otra de las ambigüedades y contradicciones que le dan a *Louie* esa profundidad que no tiene hoy —y quizá no tuvo nunca— ninguna serie de veintidós minutos.

MATAR A *SEINFELD*

Louie lleva tres temporadas en el aire —en mayo de 2014 empieza la cuarta— y uno de los últimos arcos narrativos evocó en cierta forma aquel capítulo autorreferencial de *Seinfeld* en el que le proponen hacer un piloto para la NBC.

En el capítulo triple «Late Show», Louie C.K. tiene una reunión con Lars Tardigan, el director de la CBS, interpretado por el legendario productor y director Garry Marshall, responsable de *Mork y Mindy* y *Extraña pareja*, entre otras series. Tardigan le ofrece lo que podría ser un giro definitivo en su carrera: reemplazar a David Letterman. Le dice que tienen en vista a Jerry Seinfeld pero que es muy caro y que si él puede hacerlo, mucho mejor, porque les saldría «un millón, quizás menos».

Entonces Tardigan lanza una feroz definición de Louie: «Vos sos un comediante de clase trabajadora de Boston. Hacés stand up. Ganás

Si cada capítulo de Seinfeld *podía ser visto como una canción pop perfecta, un mecanismo de relojería impecable,* Louie *es un solo de jazz que empieza de una manera y nunca sabemos cómo puede terminar.*

unos ochenta mil dólares al año con las fechas en los clubes pero ya estás en la segunda mitad de tu carrera y salvo por algún que otro especial en el cable creo que... hace cinco años quizá fue tu mejor momento y ahora estás esperando, preguntándote si algo va a pasar antes de que se ponga embarazoso».

Esta *verdad* que dispara Tardigan nos recuerda un poco a aquellos dictámenes implacables que le arrojaba Jerry Seinfeld a George Costanza («sos mucho peor que Ted Danson») pero la función en el relato es completamente diferente: mientras que en *Seinfeld* el diálogo se decía con una sonrisa burlona y su objetivo final era la comicidad directa, en *Louie* nadie ríe, el destinatario de la diatriba la recibe con un rictus de amargura y la banda sonora no teme darle play a un pianito melancólico.

Hacia el final de la historia de «Late Night» aparece el propio Jerry Seinfeld, competidor en el puesto para reemplazar a Letterman. Louie está nervioso, preparándose para hacer la prueba de cámara, y Jerry entra al camarín para decirle que ya firmó el contrato a la mañana, que le hacen hacer la prueba para no decirle la verdad y que lo lamenta mucho. Lo dice, otra vez, con esa sonrisa suya tan característica, como burlándose, condescendiente, como salido de su propia sitcom de los noventa. Luego veremos que Jerry miente y todo es una trampa para que Louie fracase.

Ver a Jerry Seinfeld actuando de acuerdo a la sensibilidad de *Seinfeld* —la serie— pero inserto en el contexto de *Louie* no hace otra cosa que mostrarnos más intensa su maldad, como a través de una lupa que apunta a su carácter, y quitarle toda la gracia que podía tener en *Seinfeld*. *Louie* discute con *Seinfeld* y pareciera decirle: el fracaso no es gracioso, la muerte no es graciosa; yo tampoco voy a esquivar esos temas, lo que sí voy a esquivar es el cinismo.

Louie sabe que Jerry es, o fue, el mejor —«él sale doce millones, a vos te puedo conseguir por uno o menos», le dice Tardigan— pero en «Late Show» parece querer despegarse adrede, matar a la influencia reconociendo hasta dónde lo influyó y desde dónde va a partir para entrar en un terreno novedoso, desconocido y que será, al fin, mucho más complejo.

LA ERA DEL JAZZ

Si cada capítulo de *Seinfeld* podía ser visto como una canción pop perfecta, un mecanismo de relojería impecable, *Louie* es un solo de jazz que empieza de una manera y nunca sabemos cómo puede terminar; cuyo ejecutante recorre todas las teclas del piano desde la nota más grave hasta la más aguda, paseando sus dedos en apariencia arbitrariamente pero dejando la estela de una música perfecta, por momentos triste, por momentos alegre, siempre conmovedora.

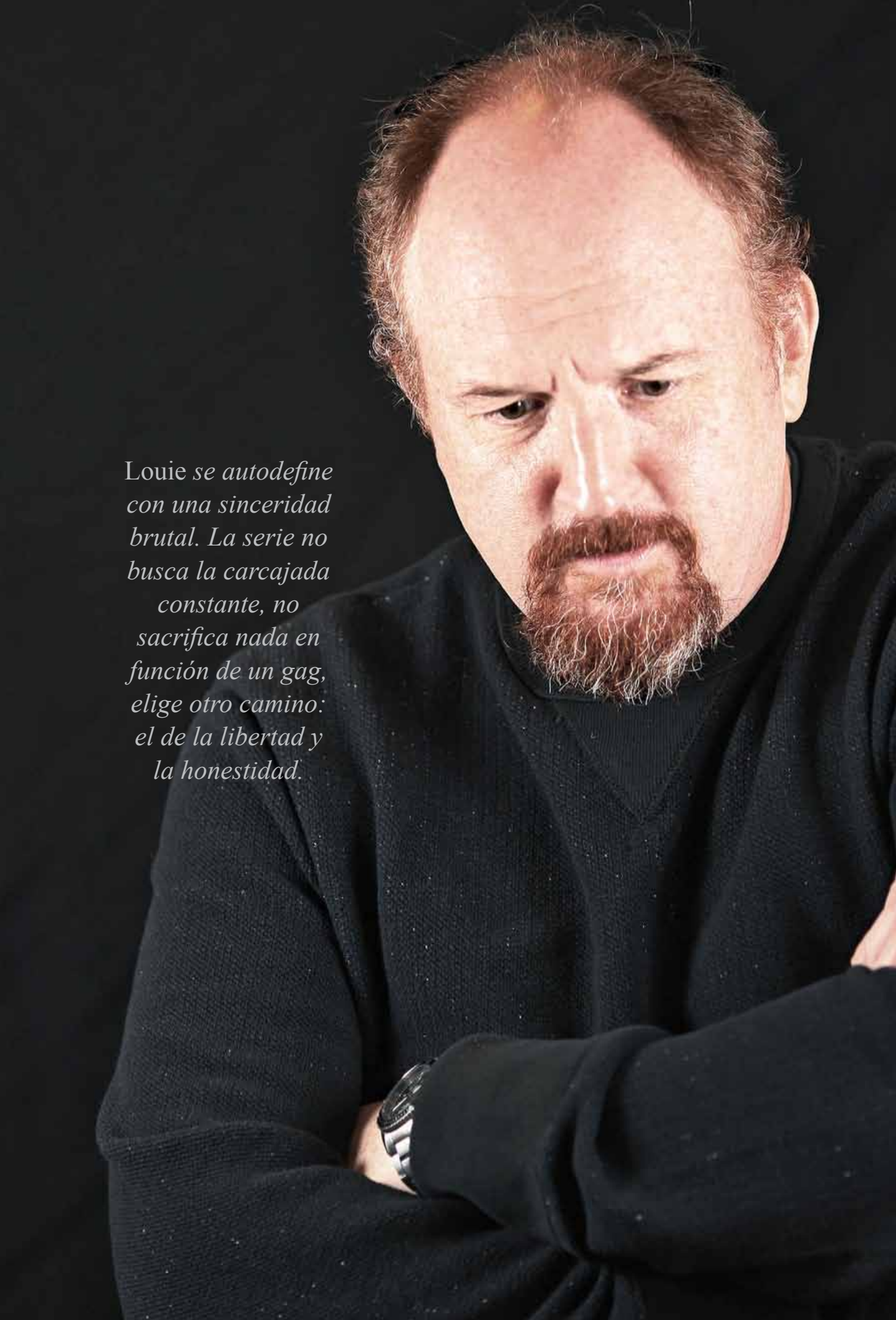
Louie juega con los extremos. El episodio «Telling Jokes/Set Up» abre con una escena de Louie comiendo con sus hijas —dos hermosas nenas rubias— y unos diálogos repletos de ternura. Sigue con la historia de una cita a ciegas que termina con Louie recibiendo una fellatio en su auto y negándose a corresponder con un cunnilingus. Esto provoca la ira de su pareja circunstancial.

LOUIE. —Es algo muy íntimo.

LAURIE. —Y que yo te chupe la pija ¿no es íntimo?

LOUIE. —Bueno, aparentemente no. Tenemos distintos valores.

LAURIE. —Esto no tiene que ver con los valores. Te acabo de chupar la pija, vos me tener que chupar la concha.



Louie *se autodefine con una sinceridad brutal. La serie no busca la carcajada constante, no sacrifica nada en función de un gag, elige otro camino: el de la libertad y la honestidad.*

La belleza y la fealdad conviven a veces en un mismo fotograma, igual que la vida y la muerte, que el sexo y la soledad. El resultado por momentos alcanza una extrañeza que hace de Louie *una de las experiencias más singulares de la televisión actual.*

El diálogo va escalando hasta que Laurie (que no es otra que la gran Melissa Leo) le pega una trompada y lo obliga a practicarle un cunnilingus a la fuerza. La escena final vuelve a Louie comiendo con sus hijas en un tono exageradamente edulcorado.

El cambio abrupto de tono a veces se da incluso dentro de una misma escena. En el episodio doble «Daddy's Girlfriend», Louie tiene una cita con Liz (Parker Posey). Caminan de noche por la ciudad en una escena amable que bien podría pertenecer a una comedia romántica indie. Pronto Liz cuenta que tuvo cáncer a los catorce y la cosa amaga con virar al humor negro. Pero el relato de Liz se va poniendo cada vez más detallado y cruento («se me cayeron los dientes, vomitaba por la quimioterapia y mi mamá enloqueció»), y la sonrisa se le congela a Louie y también al espectador.

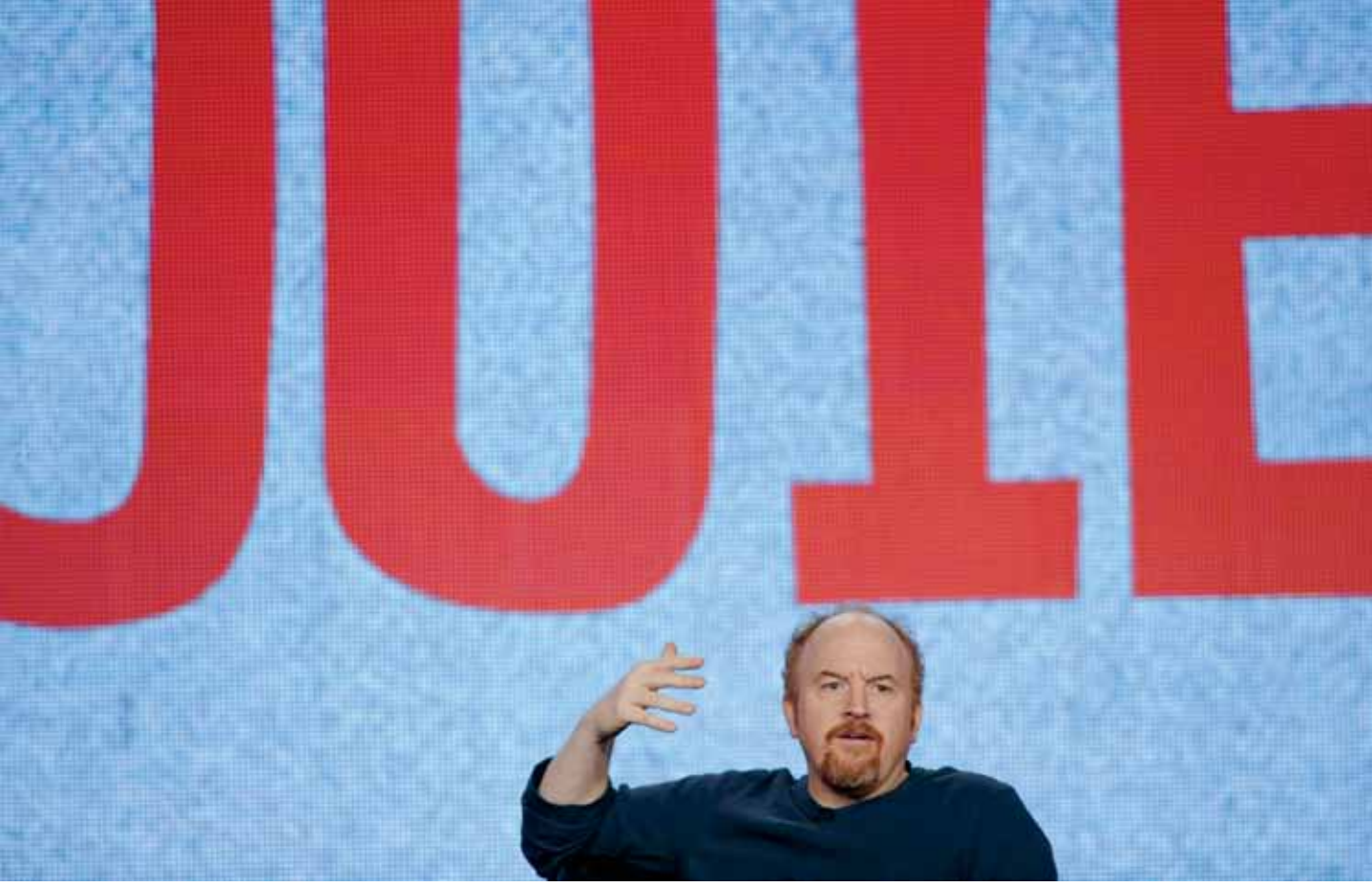
El relato transmite una sensación de anarquía y de libertad. Medio capítulo puede transcurrir dentro de un auto con sus hijas yendo al campo a visitar a una tía y de pronto tomarse tres minutos para cantar *Who Are You*, de The Who. O puede terminar con un largo diálogo de siete minutos con Joan Rivers hablando sobre la comedia y las desventuras del comediante. O se puede dar el gusto de un prólogo extrañísimo en el subte en el que un mendigo se asea con una botella de agua mineral mientras un violinista de traje musicaliza la escena con las *Czardas* de Monti y después soñar con ser el héroe de todo el vagón por limpiar un charco de Coca Cola de uno de los asientos.

La belleza y la fealdad conviven a veces en un mismo fotograma, igual que la vida y la muerte, que el sexo y la soledad. El resultado por momentos alcanza una extrañeza que hace de *Louie* una de las experiencias más singulares de la televisión actual.

PERO, ¿ES UNA COMEDIA?

«Sos el comediante menos gracioso del mundo», le dice Pamela, interpretada por la actriz Pamela Adlon, productora también de la serie. «Sé gracioso, vamos, haceme reír. Tres, dos, uno, ¡ya!», le exige Jack Dall (encarnado por David Lynch, nada menos), el encargado de entrenarlo para la prueba de cámara en la CBS, y Louie se queda petrificado. «No soy así de gracioso, no puedo hacerte reír a la cuenta de tres», se excusa.

Louie se autodefine con una sinceridad



brutal. La serie no busca la carcajada constante, no sacrifica nada en función de un gag, elige otro camino: el de la libertad y la honestidad. El final de la tercera temporada es el mejor ejemplo. A diferencia de *Seinfeld* —otra vez, la comparación es inevitable, aunque sea para resaltar el enorme contraste— la muerte no es graciosa y la perplejidad que provoca solo puede ser transmitida mediante ese epílogo en China, melancólico y extraño. Y la honestidad es eso: la muerte de Susan en *Seinfeld,* inevitablemente, estaba fuera de campo pero la de Liz no, la vemos en la plenitud de su drama.

Pero *Louie* es una comedia, aunque no sea *solo* una comedia. Porque el humor es un prisma a través del cual vemos la realidad, un prisma que a veces la deforma o enfoca con mayor nitidez y que sirve para ver las cosas desde una óptica original y diferente. Y de eso se trata esta serie. Muchas veces su humor genera carcajadas —la pelea entre los taxistas, el balbuceo de Louie cuando trata de decirle al bañero que no es gay— que provienen de la sorpresa, pero muchas otras veces esa sorpresa troca en perplejidad y nos deja solo con una sonrisa amarga: los ojos muertos de la tía Ellen, los ojos tristes de Delores comiendo los arándanos.

La serie también tiene mucho de surrealista y ahí hay otro eje sobre el cual pivota en su ambigüedad: lo real y lo irreal. Porque hay un hiperrealismo en las locaciones —las calles sucias y las estaciones de subte reconocibles para cualquier neoyorquino— y en el registro casi documental, pero en el momento menos pensado algún elemento onírico o extraño entra para desbaratar el paisaje: desde su vecino con la cabeza de conejo hasta Doug, su representante, que parece un adolescente.

EL FIN DE LA SITCOM CLÁSICA

Este tono particular que hace de *Louie* algo tan original le pertenece por completo a Louis C.K., un comediante de stand up que no es ni judío ni neoyorquino, que vivió en México hasta los siete años y que aceptó una propuesta económica muy modesta de la señal FX a cambio de tener el control absoluto sobre su serie y poder hacer lo que quisiera. Louie recibe el dinero y entrega el capítulo terminado, que edita él mismo en su laptop. Ningún ejecutivo lee el guion, no hay un equipo de guionistas. La soledad que muchas veces pin-

ta la serie en la ficción es también la soledad del creador.

Seguramente la experiencia fallida de *Lucky Louie* le enseñó que era mejor morir con la suya antes que intentar encajar en el clásico formato de sitcom. Aunque él no reniega de *Lucky Louie*, aunque también fue su creador y el motivo por el cual duró una sola temporada no haya sido la falta de rating —cosa que nunca le importó tampoco a HBO, la cadena que la emitía—, lo cierto es que vista hoy parece la sitcom de un pasado remoto.

Y la paradoja es que el nuevo terreno explorado por *Louie* es el que arrojó a su predecesora al pantano de lo viejo conocido. No era mala *Lucky Louie* y sin dudas era muy graciosa, pero el formato de grabación con escenografía y público en vivo, junto a la historia remanida de padre de clase trabajadora con una mujer más linda que él —la misma Pamela Adlon que luego en *Louie* no le corresponderá con su amor— y una hijita adorable ha quedado, forzosamente, en el pasado. Su estilo y su tono son para sitcoms menores como *The Big Bang Theory* o *How I Met Your Mother*, que permanecen porque tienen público pero que no harán historia.

Y si bien Louie C.K. ha dicho en entrevistas que no reniega de *Lucky Louie*, algo de su opinión real se puede ver en el episodio «Oh, Louie/Tickets», de la segunda temporada de *Louie*, cuando vemos un flashback en el que protagoniza una sitcom al estilo *Lucky Louie.* Su personaje hace un comentario estúpido y quien interpreta a su mujer dice «Oh, Louie, te amo» y el público emite un alarido de ternura. Entonces Louie corta el clima y pregunta «¿Por qué dijiste eso? Acabo de decir algo muy estúpido». El director corta la grabación y Louie se queja: «Pensé que íbamos a hacer una serie honesta, verdadera».

Por si hiciera falta, Louie sienta las bases éticas de su show y se despega no solo de *Lucky Louie* sino también de gran parte de las sitcoms clásicas. Louie le grita al público: «¿Ustedes verían una sitcom como esta?» y todos gritan: «¡Siiiii!». Es la forma —honestísima— de reconocer que no importa qué es lo que quiera el público, no importa que a *The Big Bang Theory* la vean quince millones de norteamericanos todos los jueves en un canal de aire y *Louie* solo a veces llegue al millón en un canal de cable.

El director le pregunta «¿qué querrías que dijera ella?» y Louie dice «me voy, te dejo». Entonces el director le dice «pero eso no es gracioso» y Louie dice «¿cómo que no? ¡Es graciosísimo!», dejando perfectamente claro que su humor no pasará por «decir cosas lindas» sino por la honestidad de pintar una realidad agridulce, por no escamotear verdades en favor de la risa fácil y superficial.

UN MUNDO AGRIDULCE

Louie está divorciado y vive la mitad de la semana con sus dos hijas de seis y diez años. La otra mitad sale con mujeres de mediana edad con las que —si hay suerte— tiene sexo. La soledad es una constante y su relación con personajes tan solitarios como él la multiplica exponencialmente. Suele tener sexo con mujeres frágiles, psicológicamente inestables, divorciadas o solteras. La cancha en la que se juega el partido de la seducción es una jungla.

Los personajes solitarios y torturados con los que se cruza Louie no solo son sus amantes ocasionales. En el capítulo «Eddie», Louie se reencuentra con un viejo colega con el que empezó a patear los clubes de comedia cuando eran jóvenes y que ahora, ya con cuarenta años, tiene que aceptar el fracaso de su carrera. Mientras Louie es conocido en el ambiente del stand up, Eddie apenas logra mostrar su material en clubes amateurs «a micrófono abierto», de esos en los que cualquier persona del público puede subir.

Deambulan por la noche tomando un gin del pico y finalmente Eddie revela sus intenciones: se va a suicidar y lo buscó a Louie porque era la única persona que tenía para despedirse. Otra vez lo que era hasta ese momento un amable reencuentro, nostálgico pero simpático, se transforma en un drama existencial. «Louie, miráme a los ojos y decime que tengo una buena razón para vivir», le dice Eddie, y Louie le dice que no, que no va a jugar a ese juego. *Louie* vuelve a entrar en ese terreno frágil que podría caer en el cinismo o en la autoayuda edulcorada y lo resuelve con sencillez porque la honestidad no es algo a lo que se propone llegar con esfuerzo, sino la cualidad desde la cual parte para encarar la historia.

Las preguntas existenciales que se hace Louie —y que nos hace a nosotros— finalmente quizá sean el punto central de la cuestión. Invitado a un talk show para debatir sobre la masturbación con una militante católica, en el medio de la discusión ella le suelta: «Te mas-

turbás y estás solo. ¿Alguna vez fuiste feliz? ¿Sos feliz ahora?». Louie se queda perplejo y nosotros también: otra vez lo que parecía ir para un lado —la burla a la militante antimasturbación— termina yendo para otro. Louie está solo, todos estamos solos. ¿Alguna vez fuimos felices? ¿Somos felices ahora?

LA ÉTICA DEL DINERO

La honestidad de *Louie* está muy presente en su tratamiento del dinero, tanto en la serie como en la vida real. En el capítulo «Moving», Louie quiere comprar una casa para que sus hijas estén más cómodas los días que pasan con él. Una visita a su contador le dará un baño de realidad: tiene siete mil dólares en la cuenta. «¿Y qué puedo hacer con eso?», pregunta Louie, con verdadera curiosidad. «Podés comprarte una casa de siete mil dólares», contesta su contador con sinceridad brutal. Y aunque esa escena es muy graciosa, subyace una amargura en la expresión de Louie. Hacia el final, sin embargo, hay una nota optimista: sus hijas y él pintan, juntos, el departamento en el que ya viven.

Para Louis C.K. la ética del dinero es todo un tema. «Aprendí que el dinero puede ser muchas cosas —dijo una vez—. Puede ser algo para acumular, por lo cual pelear, algo que proteger o robar o retener. O puede ser como una energía alimentada por el deseo, la voluntad, el interés creativo y la necesidad de reír de un gran grupo de personas».

Lo dijo después de uno de sus últimos experimentos: la producción y venta totalmente independiente de su penúltimo show de stand up, *Live at the Beacon Theatre*. En aquella ocasión decidió producirlo él mismo y ponerlo a la venta en su sitio web personal a cinco dólares, evitando todo intermediario, no solo cadenas como HBO o FX, sino también sitios de streaming online como Netflix o Hulu.

La prueba dio resultado y apenas cuatro días después de la publicación del video, Louis C.K. había recaudado más de medio millón de dólares y emitido el comunicado en el que, entre otras cosas, define al dinero como «una energía». Unos días después fue invitado al programa *Late Night with Jimmy Fallon*, en el que reveló que ya había recaudado más de un millón, de los cuales donó casi trescientos mil a la caridad y bromeó que, con el resto, se compraría un nuevo pene.

En todas estas explicaciones excesivas, en la definición del dinero como «energía» y en el chiste del nuevo pene se percibe cierta culpa por el hecho de ganar dinero. Su decisión de aceptar la propuesta de la señal FX por poca plata, el personaje Louie que tiene solo siete mil dólares en la cuenta y el contraste de eso con un Louis C.K. cada vez más exitoso y millonario parecen incomodarlo.

A diferencia de *Seinfeld*, que se jactaba de su éxito y de su dinero, *Louie* parece estar atado a esa ética y honestidad que pregona en su show. Como queda explícito hacia el final de «Late Night», Seinfeld es malo y Louie es bueno. Mientras Seinfeld podía besarse con su novia viendo *La lista de Schindler*, Louie es incapaz de masturbarse mientras la radio anuncia una matanza en África. Y he aquí otra de las tantas novedades de *Louie*: su humor no proviene de la ya gastada incorrección política, ni de la burla, ni de la parodia, pero a la vez tampoco es ingenuo ni inocente. Su humor es otra cosa, algo nuevo, algo que *Louie* acaba de inventar.

ADIÓS AL CINISMO

Los hombres que promediamos los treinta años y que abandonamos la adolescencia de la mano de *Seinfeld*, despojándonos gracias a él del idealismo de la juventud, vemos en *Louie* la compañía perfecta para ir entrando en los cuarenta. *Louie* es nuestro futuro, un futuro en el que el comienzo de la decrepitud física y los fracasos amorosos nos obligarán a abandonar el cinismo despreocupado del que disfrutábamos a los veinte.

Pero *Louie* es más que una serie generacional. Es un paso adelante en las comedias de veintidós minutos que será imposible desandar. De la misma forma que ya no se pueden hacer sitcoms clásicas después de *Seinfeld*, después de *Louie* los límites se extendieron considerablemente y todos tienen tierras nuevas para explorar y trabajar. Empezó Lena Dunham con *Girls* —también deudora de otro ícono de los noventa como *Sex and the City*— y seguramente vendrán muchos más.

Y aunque el pasado reciente permanezca ahí para ser todavía disfrutado, la luz que irradia *Louie* con su talento y originalidad nos hace verlo en sepia, tallado en mármol, tan respetable y tan muerto como el busto de un prócer. ◣

De repente, con agilidad de SUPERHÉROES, tres gitanos saltan la valla de CIUTAT MERIDIANA y se cuelan en el tren...
?
"...Y SE PASAN EL RESTO DEL TRAYECTO ENTRE PALMAS Y PERCUSIONES
CONFIESO QUE ME DIÓ UN POCO DE RABIA
¿Porque...?
PERO... PERO... ¡YO SÍ HE PAGADO!
BURRO
¿Porque...?
¡SILENCIO! ¡ESTOY INTENTANDO LEER! ¡YO LEO LIBROS, IGNORANTES!
AGATHA CHRISTIE
No: más bien porque SÉ PERFECTAMENTE que sí...
CERCO L'ESTATE TUTTO L'ANNO E ALL'IMPROVVISO ECCOLA QUA...
CLAP CLAP CLAP
PERDÓN, SEÑOR, ¿PODRÍA DEJAR DE CANTAR? ¡ESTÁ USTED HACIENDO EL RIDÍCULO!
SABEN ALGO QUE NOSOTROS NO SABEMOS, ESO ESTÁ CLARO.
AMIGOS DE ETNIA GITANA: ESTO NO ESTÁ BIEN. DEBÉIS ABONAR VUESTRO BILLETE Y CONTRIBUIR A LLENAR LAS ARCAS DEL ESTADO PARA ASÍ PODER PAGAR, ENTRE TODOS, LOS INTERESES DE LA DEUDA SOBERANA; DE HECHO, OS ACONSEJO LA LECTURA DE LOS PERIÓDICOS PARA ASUMIR ESTA ÉPOCA CAPRICHOSA, ASÍ COMO QUE OS LEVANTÉIS CADA DÍA A LAS CINCO PARA IR A ENTREGAR VUESTROS MEJORES AÑOS A UNA MULTINACIONAL HASTA QUE SE CANCE DE VOSOTROS, SE LARGUE A SINGAPUR Y OS DEJE A MERCED DE LA GESTIÓN GUBERNAMENTAL... ¡ESTO VUESTRO NO ES VIDA!
?
?
?
Se apean en MONTCADA igual que cuando llegaron.
POR LO MENOS TIENEN LA DELICADEZA DE NO DESPEDIRSE CON UN "¡ADIOS, PERDEDORES!"
FIN
BONUS TRACK
LA CANCIÓN DE LOS GITANOS DEL TREN
"¡LOS GITANOS SOMOS MUY FEOS", PERO TENEMOS GRACIA PA' GANARNOS LOS FÍDEOS!
ATENCIÓN, CAZATALENTOS... ¡OÍA A HIT!
MANEL F.

BLACK AND WHITE

¿Por qué estamos charlando en la página derecha? —me dice Chiri—. Es más incómodo. No se me acostumbra el ojo para nada.

—Porque acabamos de entrar en un pliego blanco y negro, y no tiene sentido que el dibujo de Manel vaya a un color y nosotros vayamos a cuatro colores.

—¿Y María ya lo sabe?

—Lo debe estar descubriendo ahora —le digo—. Y no me gusta eso de «¿Y María sabe?». Ella es la diseñadora, el director soy yo.

—Pero yo soy el esposo, y generalmente hace lo que quiero. Y yo estoy incómodo a la derecha.

—Sería de malos anfitriones no darle los cuatro colores a Manel... Además, nuestras sobremesas siempre son en blanco y negro.

—Como *Louie*.

—Louis C.K. es colorado.

—La serie *Louie*.

—Es a color —le digo.

—Es a color cuando la ves, pero cuando te acordás de un capítulo es en blanco y negro.

—¿En serio? —me sorprendo.

—Hacé la prueba, pensá en una escena.

—¿A ver? —hago fuerza y pienso en la escena de Halloween, cuando un ladrón asalta a Louie y a sus hijas—. ¡Es verdad! Blanco y negro total.

—Yo creo, aunque no estoy seguro, que en la segunda temporada, o en la tercera, hay algún episodio emitido *realmente* en blanco y negro, y nadie se dio cuenta.

—¿Sabías que antes de dedicarse a la comedia Louis C.K. era mecánico en Boston?

—No sabía, pero tampoco me extraña —me dice—, me lo imagino muy bien arreglando autos. Es más, ahora que me decís esto me acuerdo que en *Lucky Louie* (su serie anterior en HBO) su personaje trabajaba justamente de mecánico.

—Yo creo que lo que hizo Louis C.K. en *Lucky Louie* fue contar cómo habría sido su vida de no haber triunfado en la comedia. Y en parte lo mismo sigue haciendo en *Louie*: es una especie de ucronía con entorno doméstico.

—Puede ser —dice Chiri—. Y ahora que lo pienso, no hay mucha diferencia entre el personaje Louie y Stan Larsen, ¿no?

—¿El escritor sueco?

—No, boludo. El que yo te digo es el gordo de *The Killing*, el papá de la chica asesinada.

—Es verdad, son muy parecidos.

—¡Son iguales! —me dice—. Y tampoco hay ninguna diferencia entre ser mecánico en Boston o trabajar en una empresa de mudanzas en Seattle, como el gordo Stan… ¿*The Killing* no será también una ucronía de la vida de *Louie*?

—Creo que es un gran descubrimiento el que acabás de hacer —le digo—. Patentálo.

—¿Cuánto creés que le debe Louis C.K. a George Carlin? —me pregunta Chiri.

—Me parece que los chistes del colorado habrían sido distintos sin su influencia. ¿Viste alguna vez el monólogo de Carlin sobre el medioambiente? —le pregunto.

—«Saving the planet». Es muy bueno.

—¿Y el que hizo sobre el aborto?

—No, ese no lo vi.

—Empieza así: «¿Por qué la gente que está en contra del aborto es gente que de todos modos nunca te querrías coger?». ¿No es genial? A Carlin le chupaba todo un huevo. No tenía el menor reparo en meterse con cualquier tema.

—Igual que Louis, que se caga de risa de los putos, de los antiputos, de los católicos, de los judíos, los mogólicos, los enanos...

—A propósito. Lo que no entiendo es cómo nadie se dio cuenta de que Pamela Adlon, la actriz petisa que trabajaba en *Lucky Louie*, y que también produce *Louie*, es una de las minas más lindas del mundo. ¿Vos también estás enamorado de ella?

—La verdad que no —dice Chiri.

—¿Sabés de cuál te hablo? La que hace de esposa del pelado calentón en *Californication*.

—Sé perfectamente de quién me hablás, pero no estoy enamorado de ella en absoluto.

—Mentira. Decís que no estás, pero estás —le digo—. La voz que tiene es terriblemente perversa. No podés no estar enamorado.

—Yo no me enamoro de las voces —me niega—. Y además solamente estoy enamorado de mi señora esposa.

—¿Estás diciendo esto porque ella diseña la página de las sobremesas y querés que ponga esto a la izquierda, no?

—Odio que me conozcas desde la infancia. ◣

LA GRAN ESTAFA

ESCRIBE **RAFA FERNÁNDEZ**
ILUSTRA **MATÍAS TOLSÀ**

RAFA FERNÁNDEZ
Canarias, 1974

Ganó el premio al mejor blog en español con Micabeza.net, otorgado por el periódico *20 Minutos*. En 2011 publicó dos novelas pornográficas *20 Polvos* y *Diarios secretos de sexo y libertad* y, en 2012, la novela de terror con cómic *Un bebé*. Actualmente prepara dos títulos para el 2013: *El comedor de coños* y *Prostituto de extraterrestres* de ciencia ficción. Ha trabajado en cine como asesor de guion en *Torrente 4*. Luego de colaborar en Orsai N1 con su relato «Monstruos igual que yo», decidió también patear tablero y fundar su propia editorial. En Orsai 14 apostamos otra vez por Rafa Fernández y su cuento «La gran estafa».

1955

—No. No vamos a grabar ninguna. Todas las canciones que nos has traído son una soberana mierda —dijo el ejecutivo de la compañía de discos al joven Elvis Presley que, sonrojado, había ido a verlo a su despacho—. Para convertirte en el mejor artista de todos los tiempos, en el que más discos venda, necesitas componer temas propios. No podemos basar tu carrera simplemente en que interpretes los éxitos populares de los putos negros, esos animales. La gente ha de admirarte. El público ha de verte como un portento de la música. Tienes que convertirte en el orgullo del pueblo americano. Lo tienes todo para triunfar: físico, voz y personalidad... Solo te falta lo que marcará la diferencia con el resto de intérpretes: la genialidad del compositor puro. Que de tu garganta salgan canciones nunca antes escuchadas, vomitadas directamente por tu corazón. Así es como te convertiré en una leyenda de la música a los ojos del planeta.

Elvis Presley tenía un temperamento fuerte. Mientras escuchaba hablar a ese ejecutivo racista deseó saltar de la silla y machacarle la cabeza por decirle la verdad sin tapujos: porque él también sabía que sus composiciones eran una soberana mierda; solo servía como altavoz

del ritmo inventado por la gente de color, tan de moda en el país: el rock and roll. No obstante, se limitaba a seguir con la cabeza gacha y darle la razón: porque aquel ejecutivo racista le había dado a la discográfica diez hits rotundos y seguidos. Crítica y público habían adorado esas canciones: se habían convertido en clásicos instantáneos desde que la radio las había emitido por primera vez. Un éxito sin precedentes. Ese ejecutivo tenía un olfato colosal para la música. Conocía el secreto del éxito. Y se había acercado a Elvis asegurándole que le convertiría en el artista más famoso de todos los tiempos.

—No puedo hacerlo mejor —repuso Elvis, dolido en el orgullo—. En estas composiciones he dado lo mejor de mí. Se lo dije cuando me ordenó que le trajera canciones propias. No soy un compositor. Solo soy un buen intérprete de rock and roll.

—Irás a ver al Señor Tarareador inmediatamente —ordenó el ejecutivo racista de la compañía de discos—. Te reunirás con él y volverás aquí con grandes éxitos debajo del brazo. El Señor Tarareador es milagroso: te convertirá en el artista que más venda en el mundo.

—¿El Tarareador? ¿Quién es ese? —preguntó Elvis Presley—. ¿Por qué si es tan grande jamás he oído hablar de él?

—Nunca firma las canciones. No desea que nadie repare en él. Tiene un pasado... complicado: no desea que se le conozca en el mundo del show business. Sin embargo, todo el mérito de lo que compongáis juntos será exclusivamente tuyo ante la ley. Aquí tienes la dirección de su casa. Te espera mañana, a las nueve de la noche. No vayas antes porque su piel no soporta la luz del sol. Lleva tu guitarra. No le digas a nadie a dónde vas. Es muy importante lo que te estoy diciendo: si quieres no solo que esto funcione, sino seguir con vida, no le digas a nadie a dónde diablos vas y con quién te vas a reunir. Esto no es una advertencia. Te estoy amenazando de muerte.

Elvis advirtió que aquel ejecutivo no bromeaba, que era un asesino, que había asesinado con anterioridad y que eso no le quitaba el sueño: matar era parte de su vida, así resolvía las complicaciones que se le presentaban.

—¿A qué artistas ha ayudado el Señor Tarareador hasta ahora? —preguntó Elvis.

—A los últimos diez número uno seguidos que le he conseguido a esta compañía —contestó el ejecutivo racista—. El Señor Tarareador es el secreto de mi éxito. Para conservarlo a mi lado soy capaz de cualquier cosa.

Era la segunda vez que el ejecutivo le ame-

nazaba de muerte. Si mantener la boca cerrada sobre aquellas reuniones —pensó Elvis— era el único precio que debía pagar para convertirse en la mayor estrella de todos los tiempos, no veía dónde cojones estaba el problema: él no era ningún bocazas. Estaría encantado de componer canciones junto a un genio en el que no recaería nada del mérito ni de la gloria que merecía.

Para demostrar que estaba de acuerdo con el trato y que no se sentía intimidado por sus amenazas, Elvis bromeó:

—Antes dijo que ese Señor Tarareador no soporta la luz del sol. ¿No estaremos hablando de un vampiro, verdad? Ja, ja, ja.

—¿Un vampiro? No digas gilipolleces, Elvis Presley. Esto es la vida real. Y la vida real siempre supera a los personajes que imaginan los escritores chiflados.

El Señor Tarareador vivía en una casa modesta, en el sur del centro de San Francisco. Elvis Presley tocó, puntual, en la puerta de la casa: eran las nueve de la noche. El sol ya estaba muerto... «hasta el día siguiente, en caso de que haya día siguiente», pensó.

Elvis estaba ansioso por convertirse en el cantante más famoso del mundo. América necesitaba un héroe blanco que destronara a los negros de ese maravilloso ritmo que habían creado y él sabía que el primer blanco en conseguirlo sería coronado como el «rey del rock». Cuando la puerta se abrió, Elvis pudo ver por primera vez a la persona que lo convertiría en eterno: el Señor Tarareador. Le causó espanto. Su aspecto era como el de los supervivientes de un terrorífico incendio, pero sin rastro de las cicatrices rojizas u oscuras en la piel. Parecía como si ese hombre hubiera ardido en un gran fuego... blanco. El Señor Tarareador era un hombre muy alto. El tono rojizo de sus labios había desaparecido. Toda su cara estaba decolorada; su piel —arrugadísima— era de un color blanco antinatural. Tenía dos agujeros en lugar de ojos. Elvis pensó que de meter sus dedos por aquellos agujeros podría tocarle los globos oculares, porque a simple vista no se veían, pero el Señor Tarareador no era ciego. Su cara producía repugnancia. Era un deformado, un monstruo. «Haría muy bien en llevar una máscara que le oculte el rostro. Me va a costar mirarle a la cara sin que advierta asco en mis ojos», pensó Elvis.

—Así que tú eres Elvis —saludó el Señor Tarareador.

—Así es.

—Gracias por traer la guitarra. Si me lo permites te tarearé una canción. Es una canción que no necesita casi acompañamiento. Con una guitarra y unos pocos coros bastará para convertirse en un súper éxito. Si de verdad te gusta y te atreves a hacer lo que te voy a decir, la canción será tuya. Solo tuya.

—¿A qué se refiere?

El Señor Tarareador lo invitó a pasar al interior del salón de su casa. Tenía una salud delicada, se movía como un viejo de noventa años. Cerró todas las ventanas y se sentó en el mismo sillón en el que estaba Elvis. Aclaró su garganta carraspeando y, sin más preámbulos, comenzó a cantar una mágica canción. Algunas partes parecían no tener letra aún (o el Señor Tarareador no las recordaba) así que en esos momentos canturreaba un «ta, ta, ta». Era bellísima. Un canto de amor estremecedor. Una canción que, sin duda, se convertiría en la banda sonora de millones de historias de amor.

—Se llama *Love me tender* —dijo el Señor Tarareador.

Elvis Presley gritó emocionado:

—¡Qué gran canción! ¡Sí! ¡Será mi primer gran éxito mundial! ¡Es fabulosa! ¡Es la puta hostia! ¡Cántala otra vez! ¡Es justo lo que necesito! ¡La quiero aprender! ¡La quiero estrenar!

—¿Te gusta *Love me tender*? ¿De verdad?

—¡Claro!

—¿Tanto como para matar por ella? —preguntó el Señor Tarareador.

—¿Qué... estás queriendo decir?

—Yo no soy el autor de esta canción. El autor es un muchachito de diecisiete años llamado Reynoldo Doforno. Ayer le hizo por primera vez el amor a la chica de su vida y en este mismo momento está componiendo *Love me tender* con las palabras que ella le dijo antes de tener sexo. Si le matas hoy, esta canción se convertirá en un éxito tuyo. Si no, mañana Reynoldo Doforno la cantará en una fiesta donde, por casualidad, habrá un amigo de un amigo de un cazatalentos de Tamla Records. Firmará un contrato con esa compañía en las próximas semanas. Reynoldo Doforno será un artista de un solo éxito, jamás conseguirá componer otra canción de tanta calidad, pero obtendrá la inmortalidad en la historia de la música gracias a esta única canción.

—¿Me estás tomando el pelo? Esto es un disparate sin pies ni cabeza. Mira: si eso fuera verdad podría registrarla ahora mismo y esta canción ya sería mía. Da igual que ese chaval firme un contrato con Tamla Records mañana por la noche o cuando sea. La canción será mía y solo mía si la registro ahora mismo.

—Por supuesto... No asesines a nadie si no quieres. Pero en la organización a la que pertenecí nos enseñaron a no dejar testigos ni cabos sueltos cuando cometemos un delito. Dejar cabos sueltos trae problemas siempre. Esto es un robo que podría traer consecuencias. Piensa en esto: imagina que tú eres un escritor. Imagina que escribes un libro durante años, con mucho trabajo. Lo terminas y comienzas a enviar copias del original a editoriales, esperando que alguna te descubra y lo publique. Pero a las semanas lees en una revista una reseña de un libro que está batiendo éxitos en ventas. Es un libro que se titula igual que el tuyo. Incluso tiene la misma trama. Vas a una librería, lo compras. Compruebas que es tu libro. Que lo han plagiado palabra por palabra. Da igual que lo hayas registrado. Hay un registro de la propiedad intelectual anterior al que tú hiciste, en beneficio de otra persona. Te han robado tu libro. Solo tú lo sabes. Si lo dices en voz alta, para el resto del mundo serás un mentiroso. Seguirás viviendo en la miseria mientras otro tipo, el que te robó, vive en un castillo riéndose de ti. ¿Cómo te quedarías? ¿Qué harías?

—Supongo que me volvería loco.

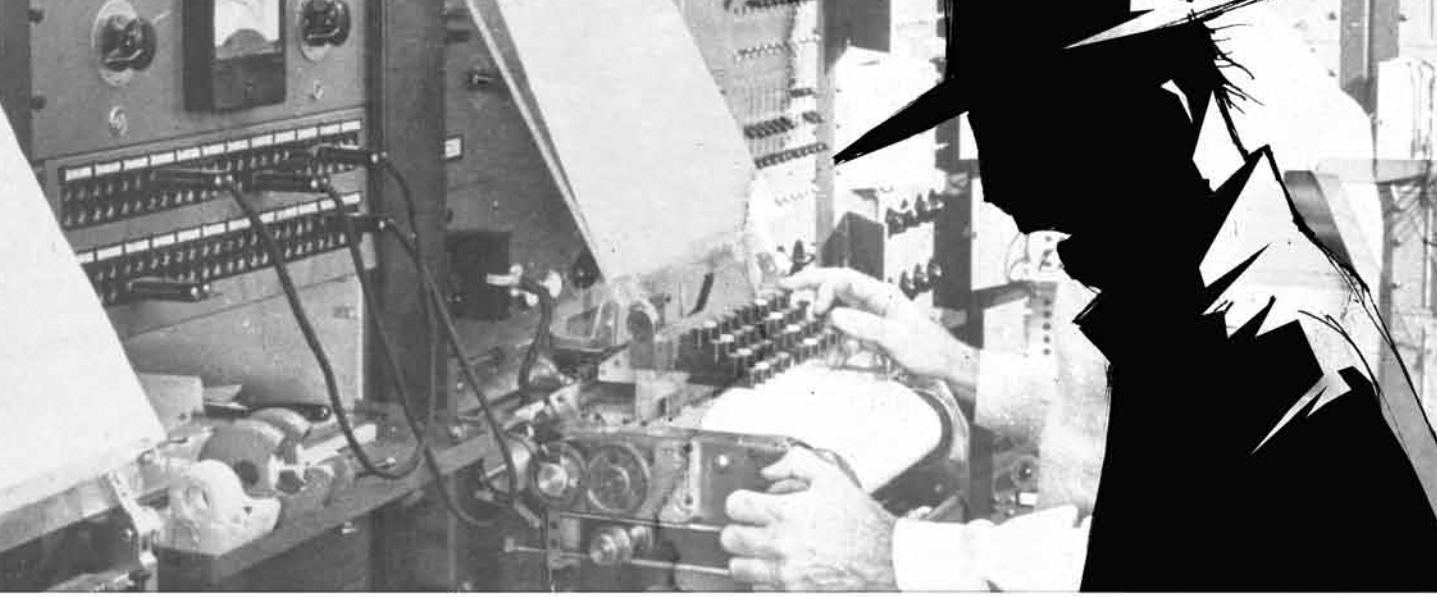
—¿Y cómo reaccionan los locos?

—No sé. Los locos son impredecibles.

—Son un cabo suelto. Lo mejor es eliminar a ese niño ahora. Es negro y pobre. La policía no se preocupará ni investigará demasiado. Toma —dijo el Señor Tarareador extendiéndole un trozo de papel—, esta es su dirección. Ahora mismo está solo: no tiene hermanos, su madre murió y su padre es un músico de blues que trabaja en un bar toda la noche. Tienes vía libre. Para un hombre fuerte como tú ese chico no será oponente. Más aún si vas armado.

Elvis tomó el papel con la dirección de Reynoldo Doforno y salió de la casa sin hacer ninguna pregunta más. Aquel tipo estaba loco. Muy loco. Elvis Presley no sabía qué hacer y decidió llamar por teléfono al ejecutivo, director de su carrera artística:

—Le llamo para advertirle que el Señor Tarareador está loco. ¿O me va a decir que debo ir a la casa de Reynoldo Doforno y matarlo por ser el autor de la canción que me acaba de tararear?



—Es tu elección aceptar su consejo o no. Tienes dos caminos. Ir a la oficina del registro de la propiedad a hacer esa canción tuya y olvidarte del verdadero creador o ir a asesinarle para que en el futuro no te traiga problemas. Yo no me voy a meter en tu decisión. A mí me da igual. Si el Señor Tarareador te ha dado los datos de ese niño, es una cortesía de su parte. Lo ha hecho por ti: para que los cabos sueltos no te den problemas en el futuro. El Señor Tarareador es un profesional, sabe de lo que habla. Si no quieres esa canción se la daremos a otro.

—No, por favor. Me la quedo. Todo está bien.

Elvis pasó toda la noche practicando *Love me tender*, completó las partes de la letra que faltaban y las transcribió en una partitura. Por la mañana, nada más levantarse, fue a registrarla a la oficina de la propiedad intelectual. La primera vez que Elvis tocó esa canción en el piano, sus músicos no podían creer el súper éxito que estaban escuchando.

No fue la primera vez que Elvis elegía el camino de la oficina del registro de la propiedad intelectual, ni la única vez que salía de la casa del Señor Tarareador con grandes éxitos como *Heartbreak Hotel* o *Don't Be Cruel* (y también con el nombre y la dirección de los supuestos compositores). Estaba claro que Elvis jamás mataría a ninguno, al contrario de lo que el Señor Tarareador le aconsejaba. Ni siquiera investigó si realmente existían esas personas.

«Posiblemente sí que existan», se decía Elvis. «Seguramente son negros que le caen mal o hijos de alguien con el que ha tenido problemas: él o el ejecutivo racista de la compañía. Querrán que les asesine yo para incriminarme y tenerme agarrado por los huevos: para que siempre les pertenezca y nunca pueda irme de la compañía. No voy a caer en esa trampa. No soy tan imbécil como para cometer asesinatos por sus canciones. Por muy buenas que sean».

UN AÑO ANTES

El ejecutivo racista sabía que el Señor Tarareador no era un loco. Era una persona muy inteligente, estaba en su sano juicio. Era evidente que, por su mala salud, ansiaba dinero para poder llevar una vida agradable. Hacía cuatro meses que se habían reunido en su despacho por primera vez: unas semanas después de que el Señor Tarareador le hubiera tarareado el primer gran éxito a uno de sus artistas. Ese día fue cuando conoció su historia:

—Trabajé para la CIA durante años. Agente secreto. Del nivel más alto que existe. Me refiero a alto secreto de verdad. Bombas atómicas, creación de virus mortales, tecnología extraterrestre.

—¿Tecnología extraterrestre? ¿Me estás tomando el pelo? —sonrió el ejecutivo racista.

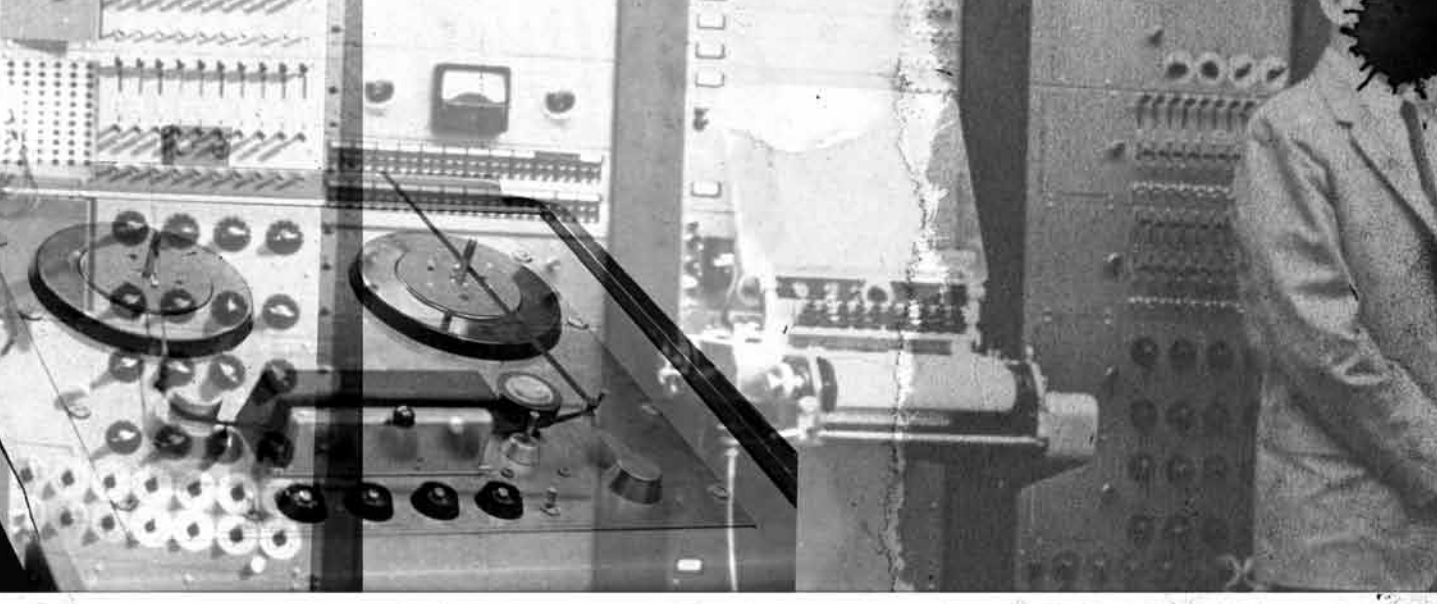
—Tal como lo oyes. De vez en cuando nuestras fuerzas aéreas consiguen localizar y derribar naves extraterrestres. Y dentro de una de ellas encontramos una máquina del tiempo.

—Estás chalado.

—Piensa lo que quieras. Los hechos hablarán por sí solos y terminarás descubriendo que no miento.

—Si no fueras el cocreador del súper éxito musical que ha salvado mi culo dentro de esta compañía te sacaría de aquí a patadas. Prosigue.

—La CIA me propuso el honor de ser el primer ser humano que viajara por el tiempo: al



pasado y al futuro. Por supuesto, acepté. ¿Quién no ha soñado con hacer algo así? Ya habían probado la máquina varias veces con diferentes animales y estos habían regresado en perfecto estado físico y psíquico. O eso creían. Lo cierto es que se creó un nuevo departamento. «Agente de campo de viajes en el tiempo». Hice decenas de esos viajes. Las misiones que me ordenaron fueron una decepción. Nada de traer a Jesucristo al presente o matar a Hitler cuando era un niño. Me encomendaron misiones de espionaje que tenían como único objetivo convertir a los Estados Unidos de América en la primera potencia económica mundial. Y vamos camino de conseguirlo, ya ves cómo están las cosas actualmente.

—¿Y qué tiene que ver la música con todo esto?

—A los pocos meses de usar la máquina vimos que los animales que habían utilizado en las pruebas comenzaban a sufrir daños en la pigmentación de la piel. Sus caras se deformaban: se derretían como si estuvieran hechos de cera. También empezó a ocurrirme a mí. Cuando empecé a sufrir esos efectos de deformación en la piel y me debilité físicamente me despidieron. Continuaron haciendo viajes en el tiempo, pero solo uno por agente. Comprobaron que así no enfermaban. Me «jubilaron», me dieron una cantidad de dinero humilde pero suficiente como para que no tuviera que trabajar por el resto de mi vida. Sin embargo, todo ese dinero no compensa la enfermedad que sufro y que me ha convertido, físicamente, en una abominación humana. La «enfermedad del viajero del tiempo» es dolorosa, no tiene cura. Me han jodido la vida.

—Es una historia cautivante, sin duda, pero sigo sin entender qué...

—... ¿tiene que ver esto con la música? Decenas de esas misiones tenían rumbo al futuro. Cuando regresaba de los viajes por el tiempo, me registraban minuciosamente. Temían que trajera al presente una prueba de que los viajes estaban sucediendo: por ejemplo un almanaque de resultados deportivos, un periódico, fotografías, etcétera. Cuando me jubilaron, debido a mi enfermedad, les hubiera encantado borrarme de la memoria todos mis recuerdos pero no hay nada aún inventado para borrar la memoria. Salvo un tiro en la cabeza, claro. Me advirtieron que si utilizaba mis recuerdos del pasado o del futuro para revelar a la prensa lo que estaban haciendo, enriquecerme o dar información al extranjero, me localizarían y me pegarían ese tiro en la cabeza.

—Sigo sin entender qué tiene que ver toda esa fantasía con la música y conmigo.

—¿Sabes? Me encanta la música. Soy de los que tienen las emisoras musicales puestas todo el rato. En aquellas misiones yo no paraba de escuchar la radio. Si hubiera sabido que me iban a jubilar tan pronto, habría memorizado los resultados deportivos de los siguientes años. Pero nunca me ha gustado el deporte. En cambio, soy un fanático de la música. De toda la vida. Memoricé, sin propósito alguno, solo por placer, un montón de canciones. Y recuerdo el nombre de sus cantantes. Soy un agente secreto de la CIA: tengo una memoria asombrosa. Recuerdo un montón de canciones que aún no han sido compuestas y que van a convertirse en clásicos. Puedo cantar esas melodías para tus músicos. Ellos pillan la canción con sus guitarras y la cantan antes de que el artista original ni siquiera la haya compuesto. No quiero publicidad ni salir en los créditos de las canciones. Para eso te necesito a ti. Sé que eres un tipo peligroso. Trabajaré

para ti, con tus músicos y me pagarás por debajo de la mesa. Si alguno de tus músicos habla de mí tendrás que asesinarlo. Tengo memorizadas más de treinta canciones. Recordar esos número uno puede darnos tanto dinero como si recordara quién va a ganar la liga de béisbol cada año. ¿Quién se dará cuenta de lo que estamos haciendo? Ningún compañero de la CIA repite viaje al futuro. Ninguno sabrá que el creador de la canción ha cambiado. No van al futuro para escuchar música sino para realizar misiones de espionaje económico. Y si un día reparan en ello estoy seguro de que ya habré muerto de esta enfermedad o de viejo. Espero ser el más rico del cementerio.

—Bueno. Si esa es tu locura... no voy a ser yo quien te la cure. Adelante. Mañana te mandaré a unos cuantos músicos para que les tararees nuevas canciones.

—Pero has de prometerme que si alguno va hablando por ahí de mí le asesinarás. Yo ya no tengo fuerzas para encargarme de eso personalmente.

—Ok. Lo prometo.

—Si no lo haces, desapareceré para siempre y dejaré de darte hits.

—Sin problemas.

—Hay un movimiento musical, que han inventado los negros, que va a tener mucha repercusión. Me refiero al rock and roll. Me sé unas decenas de canciones de esas. Si puedes mandarme negros...

—¿Negros? Ninguno de mis grupos son de negros, me dan asco los putos negros. No trabajo con ellos. Huelen mal.

—¿Qué tienes contra los negros?

—Un bate de béisbol.

—Bueno. Como quieras. Solo era una sugerencia. También me sé otras canciones, más melódicas. Muy mal lo tienen que hacer tus cantantes para estropear las canciones que les voy a tararear, para evitar que se conviertan en clásicos con sus voces.

El ejecutivo racista llegó a creer al Señor Tarareador cuando este le consiguió su séptimo hit consecutivo.

—Ningún ser humano puede tener tanto talento —se dijo—. Maldita sea... ¡Me ha tocado la lotería! Esto hay que explotarlo bien. Si le doy todos esos hits a muchos grupos diferentes, desaprovecharé esta oportunidad. Si le diera todos a un solo cantante, este se convertiría en un fenómeno de masas, en una máquina de hacer dinero: ventas de discos millonarias, películas, conciertos por todo el mundo, colonias en su honor, camisetas con su cara, exclusivas en revistas... El mundo entero le admiraría. ¡Millones y millones de dólares!

Y el elegido, ya que tenía voz de negro y le gustaba el rock and roll, fue Elvis Presley. El Señor Tarareador le surtió de canciones y Elvis se convirtió en un mito viviente. En el «Rey del rock».

Sin embargo, en 1962, el ejecutivo racista firmó un contrato en exclusiva con Parlophone para surtir de canciones a un grupo con mucho potencial: The Beatles.

—Dos muchachos del grupo, Paul y John, volarán desde Manchester para verte regularmente, Señor Tarareador. Olvídate de Elvis Presley. Ya no le verás nunca más.

—¿Por qué?

—Se ha convertido en tal estrella que los mejores compositores de la industria le ofrecen sus mejores canciones. El desagradecido ya no nos quiere pagar lo que le pedimos por nuestros grandes éxitos. Dice que no nos necesita. Con esta discográfica inglesa hemos firmado un contrato por el doble de dinero a cambio de cada número uno que les consigamos.

—Perfecto. Voy a hacer a esos chavales más famosos que a Jesucristo —dijo el Señor Tarareador.

Y en los meses siguientes el Señor Tarareador tarareó para Paul McCartney y John Lennon: *She loves you*, *I want to hold your hand*, *Something* (Paul y John le regalaron la autoría a otro de los integrantes del grupo: George Harrison), *A hard day´s night*, *Help*, *Strawberry fields forever*, *All you need is love*, *Hey Jude*, *Get back*, *Come together*, *Here comes the sun* y *Let it be*. También les dio el nombre de los verdaderos compositores de todos esos grandes éxitos para que los asesinaran.

—Hay dos tipos de criminales —les instruyó el Señor Tarareador—: los que dejan cabos sueltos y los que no. A los que no dejan cabos sueltos les suele ir bien. Los otros siempre terminan con problemas.

Al igual que Elvis, ni Paul ni John decidieron que era necesario ocuparse de esos cabos sueltos. Se limitaron a estrenar aquellas canciones como propias y vender millones y millones de discos. La Beatlemanía golpeó al mundo como antes había golpeado la Elvismanía.

1964

Por no pagar el precio que el ejecutivo racista pedía, el Rey del rock se quedó sin cantar todos los grandes éxitos que encumbraron a The Beatles. Grabó nuevas canciones, pero mediocres si se comparaban con los sencillos de The Beatles. Su declive comenzó a agudizarse aún más cuando decidió abandonar la música rock y entregarse por completo a la canción melódica. The Beatles se convirtió en un fenómeno interplanetario; Elvis, en un espectáculo más de Las Vegas. Naturalmente se enteró de que el ejecutivo racista y, por lo tanto, el Señor Tarareador trabajaban en exclusiva para The Beatles. Presley, en un ataque de envidia, declaró a un medio de comunicación que The Beatles ejemplificaban lo que él concebía como una tendencia «antiestadounidense» y que realizaban una apología del uso de las drogas, asunto que podría perjudicar a toda una generación de compatriotas.

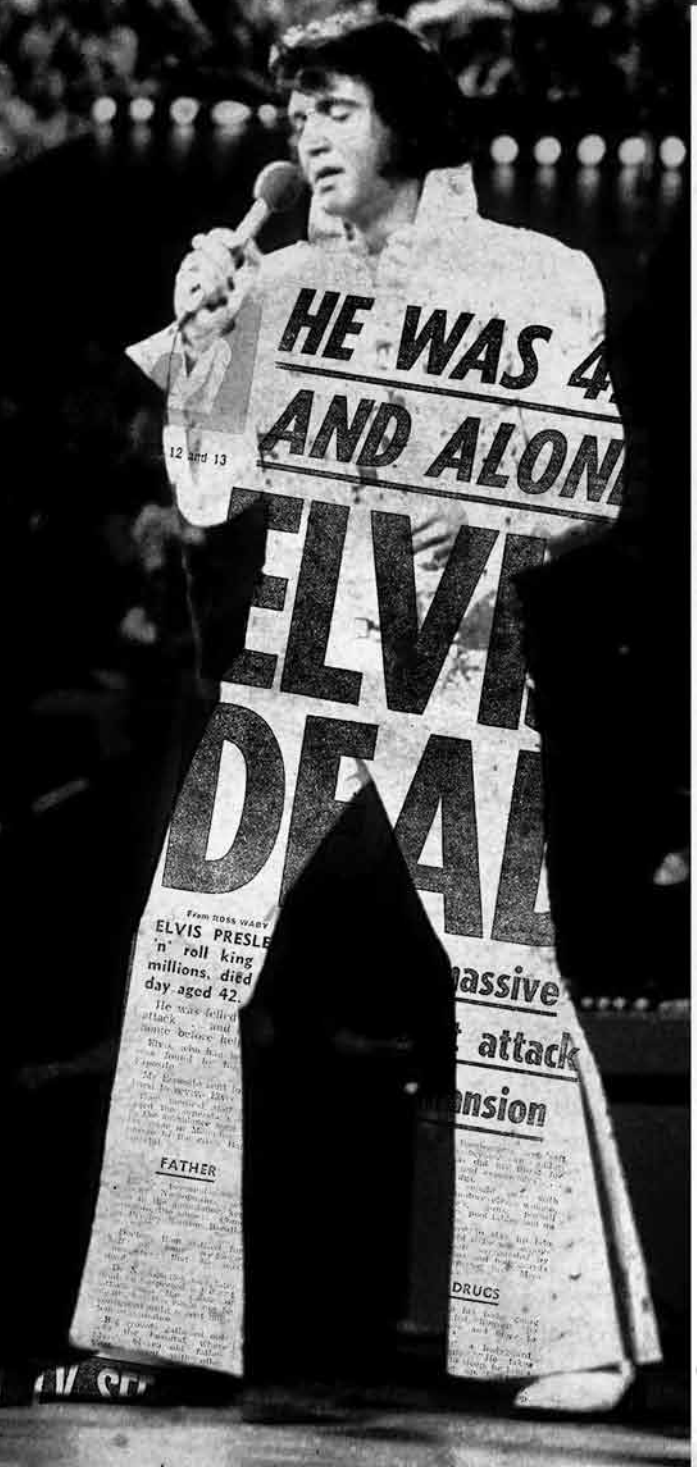
—Deberían prohibir sus discos en Estados Unidos —declaró.

Los odiaba a muerte. Todos esos grandes éxitos deberían haber sido suyos. Se había equivocado al no pagar lo que le había exigido el ejecutivo racista para que aquel chiflado con ansias asesinas le siguiera tarareando grandes éxitos. Ahora, debido a ese contrato en exclusiva con Parlophone, nada podía hacerse. Su mala decisión le había condenado, sin remedio, a comenzar el declive de su carrera.

—Hijos de puta...

En un concierto, celebrado en 1970, Elvis Presley dejó de pensar que el Señor Tarareador era un chiflado. Interpretaba *Love me tender* cuando cuatro hombres irrumpieron en el escenario donde celebraba uno de sus conciertos. El equipo de seguridad privado reaccionó de forma inmediata, logrando detener a tres de ellos. No al cuarto. El cuarto, de raza negra, llevaba un cuchillo. Derribó a Elvis, lo tiró al suelo y se puso encima de él para hundírselo en la garganta. Elvis necesitó de todas sus fuerzas para frenar el movimiento del cuchillo que trataba de acabar con su vida.

—¡Yo compuse esa canción! —le gritó el negro a la cara— ¡*Love me tender* es mía!



¡Todos los que me rodeaban creyeron que yo era un fraude! ¡El amor de mi vida me abandonó! ¡Arruinaste mi vida! ¡Tú me mataste, tú me mataste!

Dos forzudos músicos se lanzaron sobre el hombre que no paraba de gritar. Consiguieron, con mucha dificultad, apartarlo del Rey del rock. Más tarde la policía lo identificó como Reynoldo Doforno, un pobre enfermo que vivía en la calle junto a otros mendigos.

—¿Lo conoce de algo, señor? —le preguntó la policía, divertida—. Este pobre alcohólico asegura ser el autor de *Love me tender*. ¿Le robó usted esa canción?

—No. Por supuesto que no le conozco de nada —mintió Elvis—. Jamás he escuchado ese nombre en mi vida.

No obstante, recordaba ese nombre como si se lo hubieran dicho el día anterior.

A partir de ese momento Elvis Presley se volvió inestable, desconfiado, paranoico. No tenía a quién contarle lo que le atormentaba una y otra vez: temía que, en cualquier momento, los verdaderos compositores de sus grandes éxitos se le tiraran encima con cuchillos para asesinarlo por haberles robado la vida de fama y riquezas que les correspondía. Cualquiera podía ser uno de esos compositores: quizá su chofer, quizás el jardinero, quizás el camarero que le servía una hamburguesa en un bar. Elvis se sintió un farsante, un timo, un cantante más sin talento. Como todos. Comenzó a necesitar Demerol y otros fuertes tranquilizantes para poder conciliar el sueño. En 1973 Elvis Presley mezcló una sobredosis de estos tranquilizantes con alcohol y murió. En-

contraron su cuerpo tirado sobre un vómito, en el suelo de uno de los camerinos donde iba a realizar un concierto.

1965. MÁS CABOS SUELTOS

John Lennon sentía mucha envidia de Paul McCartney. De cara al público, ambos eran los grandes compositores del grupo musical con más éxito de la historia. Cuando el ejecutivo racista lo indicaba —tras recibir el correspondiente pago desde Parlophone—, ellos volaban en secreto desde Manchester hasta la casa del Señor Tarareador; entonces él les canturreaba uno o dos clásicos del futuro y más tarde, en la habitación del hotel donde se hospedaban, la recomponían con sus guitarras. La tarde en que el Señor Tarareador tarareó *Yesterday*, John Lennon estaba fumado, borracho y disfrutando de sexo con dos jovencitas californianas en la habitación del hotel. Paul decidió no faltar a la cita que les habían fijado. Acudió a ver al Señor Tarareador solo, traicionando así el acuerdo pactado con John de que ninguno de los dos acudiría, nunca, por separado a aquella casa.

—Esta canción pertenece a un pobre hombre de Pensilvania —indicó el Señor Tarareador—, a quien su mujer abandonará dentro de un año. Si la estrenas ahora, no tendrás que preocuparte por los cabos sueltos pues, como te digo, ni siquiera ha sido compuesta aún. Esta canción se hará tan popular que es imposible que ese hombre no la escuche en algún momento antes de que el dolor le haga sentarse a componerla. Escuchará ese súper éxito por la radio sin saber que él es el compositor original de esta obra inmortal.

La canción era demasiado buena y a las oportunidades las pintan calvas. Paul —repleto de codicia— registró esa canción solo a su nombre. No importó que, tras el monumental cabreo que sufrió John Lennon, se publicase en el disco «Help!» firmada por los dos. Se había corrido la voz: todo el mundo sabía que el verdadero autor de *Yesterday*, la canción más popular de The Beatles, había sido compuesta por Paul McCartney en solitario. Este golpe bajo originó la primera de las muchas discusiones que provocarían que The Beatles se disolviera en 1970.

Fue tras la disolución de la banda cuando John Lennon se presentó en la casa del Señor Tarareador y le ofreció diez millones de dólares a cambio de una canción que lograra sobrepasar el súper éxito de *Yesterday*.

—Quiero una canción que demuestre al mundo que soy mejor compositor que Paul McCartney —le pidió Lennon.

El Señor Tarareador aceptó el reto sin pestañear:

—De acuerdo. Será la última canción que tararee y luego desapareceré para siempre. La he guardado para el final porque es la mejor de todas. Es una canción que se convertirá en un himno mundial, solo sobrepasado por el cuarto movimiento de la novena sinfonía de Beethoven. Se titula *Imagine* y está compuesta por un tal Mark David Chapman, que vive en la calle Leelistraat número nueve, en Texas. Harías bien en matarlo. Nunca se sabe lo que puede pasar con estos cabos que quedan sueltos.

El Señor Tarareador comenzó a tararear

Imagine y Lennon comenzó a llorar de emoción. Cuando terminó pagó los diez millones al Señor Tarareador y se despidieron para siempre. Sin embargo, Lennon tenía unas fuertes convicciones antirreligiosas, antinacionalistas y anticapitalistas y decidió modificar la letra original de la canción para ponerla al servicio de su ideología.

Imagine apareció por primera vez en el álbum del mismo nombre en 1971, producido por Phil Spector. Sin embargo, quizá por los cambios en la letra, no se convirtió en un súper éxito ni en un himno para la humanidad hasta que el verdadero autor de la composición ajustó cuentas con John Lennon.

El ocho de diciembre de 1980 Mark David Chapman esperó a John Lennon fuera de un edificio de apartamentos donde el artista se hospedaba. Cuando el cantante apareció, Mark le disparó cinco veces, alcanzándole cuatro veces en la espalda. Lennon cayó fulminado. Mark David Chapman no huyó. Permaneció al lado del cuerpo agonizante de Lennon hasta que fue arrestado por la policía. Mark David Chapman se declaró culpable del delito.

—¿Por qué lo hiciste? —le interrogó la policía.

—Porque John Lennon me robó la melodía de mi canción *Imagine* y no me dio ni las gracias.

En 1999, el músico George Harrison (a quien Paul y John le habían regalado la autoría del tema *Something*) salvó su vida milagrosamente tras ser atacado dentro de su mansión situada en las afueras de Londres. Un hombre trató de apuñarlo. El agresor, Michael Abram de treinta y tres años, fue reducido por el propio Harrison y su esposa, la mexicana Olivia Arias, que también resultó herida. Michael Abram tenía sus facultades mentales gravemente alteradas. Su madre confesó que estaba obsesionado con The Beatles y que aseguraba que George Harrison le había robado el súper éxito titulado *Something*.

—Demasiadas coincidencias —pensó alguien desde la CIA. El ejecutivo racista y Paul McCartney no tuvieron otro remedio que confesar; al fin y al cabo ellos no eran culpables de nada, el delito que habían cometido no existía. Un año después el Señor Tarareador apareció muerto de un tiro en la cabeza en un hotel turístico de las Islas Canarias. Aunque se abrió una investigación policial por parte de las autoridades de la isla, jamás, por supuesto, se encontró a su asesino.

VENGANZA

En 1978, Berry Gordy (presidente de la Motown Records) citó en su casa a un joven Michael Jackson para narrarle la historia de un crimen en el cual había participado:

—Aquel ejecutivo de Parlophone era el mayor cerdo racista de la historia —comenzó a explicar Berry Gordy—. Dios sabe que merecía la brutal tortura a la que le estábamos sometiendo en el garaje. Había violado y asesinado a la mujer de un amigo «por puta, por haberse casado con un negro». Le secuestramos entre cuatro y decidimos hacer justicia. Yo no sabía que mi amigo planeaba matarlo tras torturarlo. O quizá sí. Sea lo que sea ese ejecutivo hijo de puta de Parlophone merecía morir. No juzgo a mi amigo. Cualquiera con sangre en las venas y con tanta cocaína en la nariz hubiera actuado del mismo modo.

—¿Por qué me cuentas esto, Berry? —preguntó Michael Jackson, horrorizado—. Sabes que odio la violencia. No quiero escuchar historias de esas.

—Porque te conozco desde que eras un niño. ¿Recuerdas, Michael? Los ojeadores de la Motown te descubrieron, a ti y a tus hermanos: los Jackson Five. Quincy Jones dijo que ibas a ser el mayor descubrimiento de la humanidad desde la invención de las patatas fritas. A los seis años ya podías rivalizar en baile con el mismísimo James Brown. Interpretabas las canciones como si fueras un adulto al que le hubieran roto el corazón mil veces. Sabes que yo te trataba como si fueras mi hijo. Incluso te viniste a vivir a mi mansión un tiempo, con algunos de tus hermanos. Por aquel entonces ya pedías el mismo deseo, una y otra vez. Cada vez que te tirabas en la piscina lo pedías en voz alta, como si creyeras que Dios o el mundo de la magia te escucharían solo en ese momento. ¿Qué pedías? ¿Lo puedes repetir para mí, ahora? ¡Era algo que me encantaba oírte decir!

—Lo mismo que continúo pidiendo cada día antes de lanzarme en mi piscina. Ser el autor del disco más vendido de todos los tiempos.

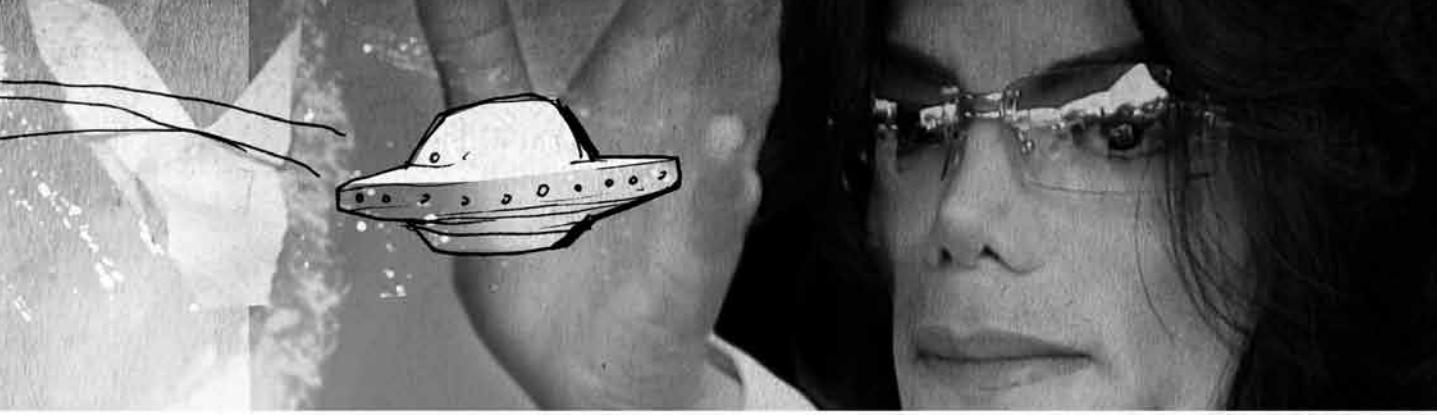
—Ese racista, para que no le matáramos nos contó una historia con la cual podíamos convertirnos en las personas más ricas del universo. Aseguró que tras mucho trabajo de investigación había conseguido localizar a un ingeniero retirado de la CIA. Un ingeniero que había sido el encargado de reparar... prepárate Michael: una máquina del tiempo extraterrestre.

—¿Bromeas? —preguntó Michael maravillado. Amaba las historias de fantasía y ciencia ficción. Entendió por fin por qué Berry Gordy le estaba contando todo aquello: para entretenerlo como más le gustaba.

—Déjame terminar, Michael, y te maravillarás más aún. Según él, ese ingeniero, tras tanto arreglar y estudiar la máquina del tiempo extraterrestre, sabía cómo crear una nueva partiendo de cero. El ejecutivo racista tuvo que pagar cientos de millones de dólares para que el ingeniero tuviera todo lo que necesitaba para su fabricación. Y, tras un año de trabajo, ya estaba terminada y funcionando. Nos dio su localización. Ninguno de los otros negros que estaban allí creyó a ese tipejo. Pero algo me decía que un hombre en inminente peligro de muerte no podía idear una mentira tan imaginativa sobre la marcha. Nos contó que, con esa máquina, había surtido de hits a Elvis y The Beatles. Mi amigo —a quien el ejecutivo racista le había violado y asesinado a su esposa— disfrutó muchísimo matando a ese cabrón: le cortó la lengua, el pene se lo metió en la boca. Se lo hizo comer cuando aún estaba con vida. A la mañana siguiente, tras deshacernos del cuerpo, fui solo hasta el lugar donde el ejecutivo racista aseguró, entre gritos de dolor, que guardaba la máquina del tiempo. ¿Qué tenía que perder? Durante los años sesenta mi discográfica estuvo casi en la cúspide. Tenía a los mejores compositores trabajando para mí. Y solo conseguíamos que un artista o un grupo, como mucho, tuviera cinco grandes éxitos. Y de esos cinco grandes éxitos, realmente canciones excelentes nunca eran más de dos. Yo miraba de reojo todos los número uno que conseguían Elvis y The Beatles y pensaba «¿De dónde sacan tantas canciones maravillosas?». Llegué a la dirección que nos había proporcionado: un hangar en las afueras de Alburquerque. Forcé la entrada y allí estaba, lo que he traído hasta aquí y te regalo ahora, Michael Jackson. ¡Una máquina del tiempo extraterrestre!

Por supuesto, Michael no creyó que aquello fuera una máquina del tiempo hasta que la utilizó por primera vez. Berry Gordy le hizo viajar al futuro con un billete de diez dólares.

—Viaja por el tiempo y entra en unos



grandes almacenes de 1988; compra un casete de grandes éxitos. Luego haces tu propia maqueta con las canciones que elijas y se la das a Quincy Jones para que te la termine de producir. Michael, lo tienes todo para triunfar: voz, cuerpo, baile, personalidad, una arrolladora presencia sobre el escenario... y hoy por hoy, tu carrera se está yendo a pique. No has conseguido un gran éxito desde hace diez años. No sabes lo que me duele verte fracasando... Con un repertorio de grandes canciones llegarías a ser una leyenda mayor que Elvis y The Beatles juntos.

Michael Jackson regresó del año 1988 con un casete de grandes éxitos. De ese casete sacó las canciones y las ideas con las que compondría «Thriller». Normalmente un disco que se convierte en un súper éxito vende dos o tres millones de copias. «Thriller», en cambio, fue el disco más vendido de la historia de la música: sus ventas alcanzaron los cien millones de discos. Los entendidos de la música aseguran que nadie podrá sobrepasar ese récord jamás, que es un récord imbatible.

—¿Qué quieres a cambio, Berry? —preguntó Michael Jackson.

—Michael. Soy un hombre inmensamente rico. No me hace falta más dinero. Lo único que quiero es ver cómo cumples tu sueño... y terminar de vengarme de ese ejecutivo racista. Ese tipejo robó un montón de canciones a un montón de negros para que Elvis Presley consiguiera coronarse rey de la música. Eran canciones que habían creado nuestros hermanos. Ahora conviértete tú en el rey de la música que los blancos han hecho popular: el pop.

Michael Jackson se coronó Rey del pop en 1991 con el lanzamiento de «Dangerous», su octavo álbum en solitario. Aun así su ambición no encontró límites. Siguió realizando viajes en el tiempo, en busca de grandes éxitos para sus siguientes trabajos, aun cuando notó que su piel enfermaba. El sano color rojizo de sus labios desapareció: para que se le advirtieran los labios debía pintárselos con carmín. Su piel negra se decoloró del mismo modo que la del Señor Tarareador. La luz del sol le provocaba un daño inmenso. Su rostro comenzó a deformarse. No tuvo otro remedio que recurrir a la cirugía estética para ocultar la deformidad que le causaba la «enfermedad de los viajes en el tiempo». Era tanto el dolor que sufría que precisaba de una gran dosis diaria de tranquilizantes para conseguir tener una vida medianamente normal. Dicen las malas lenguas que se volvió majara y que comenzó a beber sangre de niños para intentar sanar. Esto nunca se confirmó. Michael Jackson murió el veinticinco de junio de 2009, a la edad de cincuenta años, debido a una sobredosis de Demerol: el mismo tranquilizante que le trajo la muerte a Elvis Presley. La máquina del tiempo se encontró en el sótano de su rancho, *Neverland*. Nadie supo que era una máquina del tiempo. Berry Gordy decidió callar: no estaba interesado en que se descubriera el secreto del éxito de Michael Jackson, a quien quería como a un hijo.

Hasta que algún ambicioso músico o ejecutivo de una discográfica no descubra esa máquina del tiempo, el mundo no volverá a conocer a un portento de la música capaz de generar tantos grandes éxitos como lo consiguieron los extraordinarios —o quizá no tanto— Elvis Presley, The Beatles o Michael Jackson.

Ahora tú conoces la verdad. ◣

Matías Tolsà
Villa Constitución, 1983

Ilustrador y caricaturista. Como su padre Ermengol, es miembro fundacional de la revista e ilustra los cuentos de Orsai desde la N1. Vive en Cataluña desde chico. Ilustrador-caricaturista freelance, publica en varios medios y coordina una nueva escuela de dibujo en Cataluña.

PLAGIA QUE ALGO QUEDA

Es una vergüenza... ¿Te parece que lo hagamos también en la revista? —me pregunta Chiri—. Si la cagada te la mandaste en el blog.

—No es un tema de «me parece» —le digo—. Me están obligando por vía legal, por eso se llama «Solicitada»... Me lo están solicitando. Además no fue solo en el blog. Acordate que en el primer año de la revista también publicamos a «Lucas & Alex» en formato historieta. En papel.

—Jorge querido, puedo creer tranquilamente que hayas plagiado la obra de otra persona, porque sos un mercenario. Pero no me cierra que nunca me lo hayas contado a mí.

—Estuve a punto de contártelo muchas veces, pero me daba vergüenza.

—¡Y ni siquiera fue un pacto, como en el cuento de Rafa! Ni siquiera hiciste plata como Elvis. Podrías haber muerto gordo y lleno de anfetaminas, pero no... El tuyo fue un robo triste.

—¿Me vas a ayudar con la solicitada o no?

—No quiero quedar pegado en esto.

—Me estoy haciendo cargo solo —le digo—, solamente te pido ayuda en la redacción. No sé qué decir, con qué cara mirar a los lectores.

—Lo hubieras pensado antes de publicar un guion de otra persona haciéndolo pasar por algo tuyo. Y no de cualquier persona, además, sino de un héroe de la televisión.

—Yo era muy chico cuando tuve en la mano esos guiones por primera vez, ni siquiera sabía quién era Abel Santa Cruz.

—Pero cuando empezaste a publicar «Lucas & Alex» en tu blog ya eras grande...

—No me castigues más —le digo—. Ayudáme. Mi escarnio será público y con eso tendré bastante.

—¿Te hacen pagar, además?

—Sí —le digo—. El sobrino nieto de Santa Cruz quiere sesenta mil australes. En efectivo. Dice que no le interesa la moneda actual, que prefiere la plata de antes. No sé de dónde voy a sacar toda esa guita en australes.

—¿Sabías que te cagaste la carrera de escritor, no? Teníamos una revista honesta, Jorge. No nos levantamos más...

—¿Te dicto?

—Dale.

—«A raíz de un bochornoso suceso que me involucra, y que vio la luz a principios de año...»

—No puedo creer que estemos pasando por esto. Mi vieja a veces nos lee. Tenemos hijos...

—Shh —le digo—. Calláte y escribí. ◣

SOLICITADA **URGENTE**

A raíz de un bochornoso suceso que me involucra, y que vio la luz a principios de año, el Juzgado en lo contencioso Nº3 de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires indica que: «La obra dramática conocida como "Lucas & Alex", que el escritor Hernán Casciari publicó como propia en varios soportes digitales y/o físicos, pertenece en realidad al Sr. Abel Santa Cruz, autor de otras obras similares con personajes infantiles como "Jacinta Pichimahuida" o "Señorita maestra". Santa Cruz escribió las primeras versiones de este drama infantil a finales de los setenta y, al ser rechazado el proyecto televisivo por Goar Mestre (entonces director general del antiguo Canal 13) olvidó la única copia en un taxi que conducía el por entonces muy joven Tío Macho, de quien Casciari es sobrino. Esos guiones fueron leídos por Casciari en su juventud y los mantuvo en su poder hasta que, en 2004, los empezó a publicar como propios en su blog, cambiando algunos parlamentos para despistar. Tras la denuncia efectuada por un sobrino nieto de Abel Santa Cruz, y tras ser verificado el plagio, se conmina al Sr. Hernán Casciari a pagar las costas del juicio y a publicar en sus medios de comunicación, tanto digitales como físicos, la disculpa oportuna a los descendientes de Abel Santa Cruz y los facsímiles originales de dicha obra, en tantas partes como crea oportuna». Con la vergüenza y las disculpas del caso, comienzo a purgar mi condena en las siguientes páginas de Orsai N14. Perdón a todos.

LUCAS Y ALEX

*

"EL ALBA CELESTE"

Guión original de
Abel Santa Cruz

// LUCAS Y ALEX

LA ESCENA SE DESARROLLA EN EL ARENERO DE UN JARDÍN DE INFANTES DE LA ÉPOCA ACTUAL Y PARTICIPAN

LUCAS.....MARCELO MARCOTE, 5 AÑOS
ALEX ..... PABLO CODEVILLA, 5 AÑOS

AL FINAL DE LA ESCENA
TAMBIÉN APARECE

LUISITO ..... LUIS VON AHN, 3 AÑOS

PERO ESTE ÚLTIMO CASI
NO TIENE PARLAMENTO.

--- x ---

(LOS PEQUEÑOS ACTORES DEBEN ESTAR SEDADOS Y HABER APRENDIDO SUS PARLAMENTOS MEDIANTE FONÉTICA O HIPNOPEDIA.)

ALEX
No te puedo creer que todavía no hayas probado el Alba celeste, Lucas.

LUCAS
¿Vos te pensás que no quiero? La huelo todo el día, la aplasto con el dedo gordo, careteo que hago ceniceros para regalar, pero la señorita tiene muy vigilado el tema plastilina.

ALEX
Tenemos cinco años, chabón, estamos en la edad del todo a la boca. ¿Vos te pensás que vas a tener Alba celeste a mano toda la vida?

LUCAS
No. Ya sé...

ALEX
¿Cuándo vas a comer plastilina? ¿Cuando tengas nueve y sea desarreglo psicológico? Hasta los seis, comer plastilina o barro prescribe al toque. Desde los siete es reflejo de succión retrasado y cagaste la fruta.

LUCAS
¿Te empastillan?

ALEX
A full te empastillan. Pero lo peor no es eso. Te mandan dos veces por semana a hablar con un señor que tiene juguetes arriba del escritorio y tu mamá se tiene que quedar afuera. Enfocá el escenario y soñámelo esta noche.

// LUCAS Y ALEX

LUCAS
¿Vos estás seguro de que el futuro es así?

ALEX
En primaria, tolerancia cero. Tengo data de un primo que la está pasando muy jodido... ¡Van a querer que escribamos, boludo! Vos no sos consciente de lo que se nos viene. ¿Viste lo que hacen los grandes cuando quieren dibujar?

LUCAS
Unas hormigas en fila.

ALEX
Eso. En la primaria te hacen dibujar hormigas en fila medio año, y el otro medio año te obligan a que entiendas lo que dicen las hormigas.

LUCAS
Me da miedo crecer. Alex.

ALEX
¡Por eso te lo digo! (LO AGARRA DE LOS HOMBROS, LO ZARANDEA.) Estamos en tercero de jardín, chabón. ¿Sabés lo que nos envidia mi primo? Podemos cagarnos encima y no decir nada hasta que nos hagan upa, podemos olerle la concha a la maestra fingiendo que la queremos abrazar, podemos comer plastilina porque nos cabe el olor. "¿Que por qué como Alba celeste, señorita? ¡Porque me cabe el olor!".

LUCAS
Dicen que el Alba celeste es mejor que morder goma de pan recién comprada...

ALEX
Olvidáte de todo lo conocido, Lucas. El Alba celeste no pertenece al mundo de lo recreativo... ¿Vos te acordás el año pasado, en este

mismo arenero, que discutíamos si era más rico el pebete de jamón crudo o eso que se junta en el ombligo después de correr?

LUCAS
Nunca nos pusimos de acuerdo... Dos sabores nobles.

ALEX
Bueno, olvidáte. Con la llegada del Alba celeste esa discusión perdió sentido. Y ojo, porque hay otras ventajas además del gusto.

LUCAS
Alex, estás poniendo voz de propaganda.

ALEX
Probá Alba celeste y al otro día cagá. Vas a ver colores que nunca viste salir de vos mismo.

LUCAS
¡Qué ganas me diste! ¿Vos cómo hacés para comer Alba celeste sin que te vean?

ALEX
Le pido a mi señorita de ir a hacer pis.

LUCAS
A nosotros no nos dejan ir al baño en clase.

ALEX
Lo sé. Es un estatuto nuevo que bajó de regencia en marzo, pero hay una grieta legal. Tenés que pedir pis mientras bailás y te agarrás fuerte el pito. Las señoritas te dejan ir a cualquier lado si hay riesgo de limpiar el enchastre ellas.

LUCAS
¿Cómo entendés tanto de señoritas?

ALEX

Concentráte, Lucas, no te distraigas. Ya pediste de hacer pis y te dijeron que sí. Salís del salón bailando y agarrándote el pito, no pierdas al personaje. Cuando estás por llegar, hacés cuerpo a tierra y te arrastrás quince metros a la derecha.

LUCAS

¿Al gimnasio?

ALEX

¡A la derecha, Lucas! ¿Cómo podés entender la idea "quince metros" y no saber cuál es la derecha?

LUCAS

¿Al depósito de los útiles?

ALEX

Claro, boludín. La derecha es siempre donde tenemos el dedo quebrado.

LUCAS

Yo no tengo dedo quebrado.

ALEX

¿A ver? (LO MIRA LARGAMENTE.) Es verdad. No tenés... ¿Y otra cosa? ¿Un lunar o algo?

LUCAS

Tampoco.

ALEX

¿No tenés ningún truco del cuerpo para saber cuál es la derecha y cuál la izquierda? (LUCAS NIEGA.) Qué simétrico que sos, te aburguesaste...

LUCAS

No importa, seguime indicando que te estoy entendiendo perfecto.

ALEX
No... Es al pedo. No vas a poder comer Alba celeste si no tenés sentido de la orientación.

LUCAS
Entonces quebrame un dedo, Alex.

ALEX
¿Vos sos loco, sabés la fuerza que hay que hacer para quebrar un dedo?

(ENTRA LUISITO Y SE PONE A JUGAR EN EL ARENERO.)

ALEX
Mirá qué atrevida esta criatura de Sala Rosa... Entrando sin pedir permiso
(A LUISITO.)
¿Vos quién sos?

LUISITO
(CON ACENTO CENTROAMERICANO.)
Me llamo Luis.

LUCAS
Uy, extranjero... Parece más inteligente que nosotros y usa anteojos culo de botella.

ALEX
Y tiene cara de Rana René... ¿No te dan ganas de hacerle bullying hasta que caiga el sol?

ALEX
Sí, Lucas. Vamos a arruinarle la infancia. Aprovechemos ahora porque en el futuro estos son los que se van a comer el mundo.

LUCAS
Vos agarrálo de las orejas que yo le aprieto los huevitos.

CORTE A:
VARIOS AÑOS DESPUÉS

RING
BOO

LUIS
EL GUATEMALTECO QUE
VON
EQUILIBRA EL MUNDO
AHN

Si se pudiera apostar por las personas como se apuesta por los resultados del fútbol, en Orsai apostamos cinco a uno a que este chico, dentro de cien años, estará en los libros de Historia.

ESCRIBE **KARINA SALGUERO-MOYA**

FOTOS DE **ESTEBAN CHINCHILLA**

KARINA SALGUERO-MOYA
Costa Rica, 1970

Estudió literatura y comunicación en la Universidad de Costa Rica. Ha trabajado como corresponsal para diferentes medios internacionales. Trabajó como editora para Latinoamérica de libros de tecnología de la serie *For Dummies*. También trabajó como editora ejecutiva de las revistas *Azul*, *Nature Landings*, *Soho* y *Su Casa*. Desde 2012 pertenece al comité de selección de los proyectos locales para la Bienal Iberoamericana de Diseño (BID) que se realiza en Madrid. En 2013 fue contratada como Directora de Comunicación en la Universidad Veritas. Es editora de la revistas *Orsai* y *Rara*. Da clases de Literatura en la Escuela de Animación Digital de la Universidad Veritas y forma parte de la Junta Administrativa y de la Fundación del Museo de Arte y Diseño Contemporáneo. Es directora creativa de la Feria Internacional del Libro de Costa Rica.

La primera vez que supe del matemático Luis von Ahn fue en un video que circulaba por internet. Hay varias versiones de sus charlas TED, en diferentes partes del mundo, en donde el prodigio guatemalteco aparece con sus gafas enormes, hablando en español o en inglés. Su biografía en la Wikipedia en español tiene brevísimas doscientas palabras. En la versión inglesa, más de mil quinientas. El tipo es delgado, demasiado caucásico para ser chapín, y viste con ropa semiejecutiva. En sus charlas se dirige a la audiencia con la actitud inicial de un nerd pálido que desea que los matones del recreo no le den una paliza porque sí.

—Quiero empezar haciéndoles una pregunta —dice Luis von Ahn en esos videos—: ¿cuántos de ustedes han tenido que llenar un formulario en el que deben ingresar unas letras distorsionadas?

Se refiere a esos caracteres engorrosos que debemos teclear cuando queremos descargar una película en Cuevana, o acceder a sitios de internet con una información interesante. Se refiere al Captcha. En la platea, la gente levanta la mano con rabia: muchos pierden cada día diez o veinte segundos con esa barrera de acceso.

—¿Y cuántos de ustedes odian hacerlo? —dice Von Ahn.

La audiencia levanta la mano todavía más alto. Luis von Ahn también levanta la suya, y esto causa gracia a los oyentes. Después hay un silencio teatral, y Luis von Ahn dice:

—Pues bien, eso lo inventé yo.

Y en el público hay más risas, pero también sorpresa.

¿Quién es ese hombre? En rigor, yo no sabía nada de Luis von Ahn. El tipo había disertado en el TEDx Río de la Plata de 2011, justo antes de que Hernán Casciari diera su charla sobre los intermediarios. Su exposición había sido tan deslumbrante que el director de esta revista, unos días después, me lo comentó. «¿Conocés a este guatemalteco?», me preguntó por mail. Como soy costarricense, y Casciari cree que Centroamérica es un barrio, sospechaba que yo *tenía* que conocerlo. Pero yo no había escuchado nunca sobre él. Entonces me metí en la web y di con esos videos. El hombre —tranquilo, hábil en el manejo de audiencias— era nada menos que el primer científico del mundo en hablar de «computación humana» y el inventor de varias herramientas digitales revolucionarias, empezando por el Captcha: el dispositivo con el que los portales de internet se aseguran de que somos humanos, y no máquinas.

Ese pequeño invento es, hasta hoy, el mejor escudo que existe contra el fraude cibernético. Y con ese artilugio —que después evolucionaría hasta convertirse en algo increíble— Luis von Ahn ganó en 2006 el premio MacArthur, también conocido como el «premio del genio».

Tenía veintisiete años.

La invención del Captcha le dio a Luis von Ahn cierta fama en los círculos de la inteligencia moderna y también bastante presupuesto para seguir investigando. Con el dinero que ganó gracias al premio MacArthur se dedicó a mitigar la culpa que le producía que medio mundo tuviera que perder tiempo tecleando letras para ver una película en Cuevana o descargar un PDF.

Von Ahn descubrió que —desde que su invento se hizo popular— las personas de todo el planeta tecleaban doscientos millones de Captchas por minuto. También supo que cada usuario perdía diez segundos en cada tecleo. Entonces hizo una multiplicación sencilla (diez segundos por doscientos millones) y el pobre Luis entendió que el mundo desperdiciaba quinientas mil horas humanas ¡por día! por culpa de su invento.

La tarde que Von Ahn descubrió esto quedó estupefacto: eran demasiadas horas como para desperdiciarlas de esa manera. Ese tiempo de trabajo debía tener alguna utilidad. ¿Pero cuál?

—Si miramos los proyectos más grandes de la historia de la humanidad —dice Luis en sus charlas—, como el de las pirámides de Egipto, el viaje del hombre a la Luna o la construcción del Canal de Panamá, veremos que todos se lograron con un número similar de personas: unas cien mil. ¿Por qué siempre esa cifra?

Y él mismo lo responde:

—Porque antes de internet, coordinar a más de cien mil personas era improbable. Pero ahora, con internet, vemos que podemos coordinar, si queremos, a un millón de personas. O más. Entonces la pregunta es: si podemos poner a un hombre en la Luna con el trabajo de cien mil hombres, ¿qué podríamos hacer con un millón de personas trabajando en lo mismo?

En busca de la respuesta, Von Ahn pensó en los libros. Puntualmente, pensó en los programas que escanean y digitalizan libros antiguos. En estos procesos automáticos, las computadoras descifran las páginas escaneadas y las transforman en palabras. Pero el sistema tiene un problema grave: cuando el libro está deteriorado —con páginas amarillas, rayones o tinta borrosa—, las computadoras no logran descifrar la información. En los libros que tienen más de cincuenta años de antigüedad, por ejemplo, el treinta por ciento de las palabras no puede ser descifrado por las máquinas.

«Ey», pensó Luis von Ahn, «yo inventé justo lo contrario: el Captcha *necesita* palabras que las máquinas no entiendan para demostrar que el que las teclea es humano».

Y así descubrió algo tan apasionante que dan ganas de levantarse de la silla y aplaudir:

Cada letra, cada número y cada signo de puntuación que se tipea en el mundo está ayudando a digitalizar todos los libros de la historia de la humanidad.

Von Ahn construyó una utilidad colectiva para el Captcha.

Este nuevo giro en el invento resultó ser un ejemplo perfecto del llamado *crowdsourcing*, un término que se usa para definir la solución de problemas entre usuarios múltiples. Un área en la que este matemático también se registra, oficialmente, como pionero. Y además fue un negocio fructífero para él. Apenas Google se enteró de su existencia, desembolsó varios millones, le compró la idea, y la puso en marcha. Esto significa que, actualmente, hay muchísima gente digitalizando a toda hora alrededor de cien millones de palabras diarias, lo que equivale a dos millones de libros al año.

Desde hace un par de años, cada vez que alguien quiere ver una película en Cuevana (o donde sea) teclea un código de acceso, pero ya no cualquier código al azar, sino dos palabras específicas de un libro antiguo que las máquinas no han podido comprender. Cada letra, cada número y cada signo de puntuación que se tipea en el mundo —en esas quinientas mil horas diarias que desvelaban tanto a Luis— está ayudando a digitalizar todos los libros de la historia de la humanidad. Y casi nadie lo sabe. Millones de personas, día tras día, desconocen que están mejorando el mundo.

A esta nueva versión de su invento Von Ahn la llamó ReCaptcha, y de este modo mitigó su culpa.

Todavía no había cumplido los treinta años.

La mayoría de los genios de la historia después de dejar semejante legado se van a dormir, se cortan una oreja, se emborrachan o se mueren. Luis von Ahn, tras vender su idea revolucionaria, ya tenía en mente otro proyecto mayor: traducir todas las páginas de internet a todos los idiomas posibles, sin la intermediación del dinero. Si se podía digitalizar toda la literatura de la humanidad en dos o tres años, sin gastar un centavo, ¿por qué no traducir internet a todas las lenguas y para siempre?

Esto va a ocurrir. O, digámoslo mejor, está ocurriendo. De aquí a no mucho tiempo podremos leer en español cualquier blog o periódico italiano, inglés o árabe, con solo hacer un clic. Pero cuidado: no serán esas traducciones automáticas con las que nos defendemos ahora. Serán traducciones humanas llenas de sentido. ¿Y quién pagará a los traductores? Nadie, lo harán por placer o por necesidad. El nuevo proyecto de Luis von Ahn se llama Duolingo: recuérdenlo, porque la revolución cultural será completa.

La primera vez que vi en persona a Luis von Ahn fue en mayo de 2013. El matemático viajaba de Brasil a Pensilvania, pero había aceptado hacer una escala para dar un par de conferencias en Costa Rica —mi país— y decidí contactarlo. Lo busqué en el hotel donde se hospedaba y lo llevé hasta el lugar donde daría la charla.

Se le veía cansado: había dormido poco en el avión. Pero incluso así su rostro me resultó joven, casi infantil, y guardaba cierta actitud de maestro universitario: lentes de líneas simples —aunque de diseño—, aspecto austero, pocas palabras.

—Rechazo la mayoría de conferencias —me dijo, agotado por el viaje—. Me pongo como meta un máximo de una por mes.

En esos días, Luis von Ahn viajaba de un lugar a otro hablando ya no solo del Captcha y del ReCaptcha, sino de su nuevo invento, Duolingo. Y su nueva charla empezaba otra vez con una pregunta:

—¿Cómo podemos hacer para que cien millones de personas traduzcan sin fallos, y gratis, la internet completa a los diez mayores idiomas del mundo?

Primero se le presentaron dos obstáculos: no hay cien millones de personas bilingües en el mundo; y aunque las hubiera, no tendrían la motivación económica suficiente para traducir internet a un segundo idioma.

Y entonces apareció la idea del ReCaptcha, pero de otro modo. Luis von Ahn sabía algo: que hay mil doscientas millones de personas *queriendo* aprender otro idioma. Solo en Estados Unidos, por ejemplo, más de cinco millones de personas pagan quinientos dólares en software para aprender otro idioma. Otros van a profesores particulares, otros intentan viajar. La idea de Duolingo es unir la necesidad y la emergencia. Se pregunta Luis en su charla: ¿Por qué no hacemos que esos miles de millones que quieren aprender un idioma, lo hagan gratis mientras traducen toda la internet?

La web de Duolingo está online desde hace más de un año, y cada vez tiene más usuarios. Mejor que explicarlo sería que cada lector entre un segundo allí y vea su simplicidad.

El que quiere aprender inglés de cero busca el nivel más bajo, como en un videojuego. Aparecen palabras en inglés: *dog*, *table*, *teatcher*. El usuario las va escribiendo en español. Y así va pasando pantallas, subiendo el nivel. Hasta llegar a frases compuestas, verbos, jergas o frases hechas.

Todo lo que el usuario escribe se computa, las respuestas fallidas y las correctas. Las fallidas se eliminan de Duolingo, pero las correctas traducen la web. Segundo a segundo.

Me dice Luis que tiene docenas de proyectos parecidos, pero que el de Duolingo es hoy el que más lo apasiona.

Es verdad que Centroamérica no es un barrio, pero también es extraño que poca gente conozca a Luis von Ahn en el mundo de habla hispana, y que en cambio tanta gente conozca, digamos, a Luis Miguel. Luis von Ahn nació en Guatemala, fue estudiante de honor en la American School y, una vez terminada la secundaria, decidió completar sus estudios fuera del país. Muchos compatriotas lo hacían —algunos podían pagarlo y otros, como Von Ahn, pedían becas— para formarse en carreras exactas. Von Ahn solo podía especializarse en Matemáticas en algunas escuelas de Estados Unidos. No pudo estudiar en nuestro idioma. Así que fue a Yale. Allí, mientras se cansaba de explicar a los gringos que «Guatemala no es Guantánamo», se graduó con honores para luego hacer un doctorado en la Universidad Carnegie Mellon de Pittsburgh. Lo acabó en 2005: un año antes de inventar el Captcha y de empezar una carrera productiva que hasta ahora no encuentra techo.

Hablamos durante un trayecto que duró veinte minutos y muy pocos kilómetros. A lo largo de ese lapso —en el que millones de usuarios estarían digitalizando libros antiguos o traduciendo la web sin saberlo— Von Ahn no se mostró igual que en sus charlas públicas. Tiene un sentido del humor absolutamente natural en el escenario, pero es austero en persona. Conversa bajo presión. Es generoso en compartir lo que sabe y sensato cuando toca decir que no tiene la menor idea de algo.

Me interesó, sobre todo, hacerle una pregunta:

—¿Cómo se aprende una segunda lengua sin ninguna experiencia?

—Hay más de mil millones de personas en el mundo aprendiendo otros idiomas y, de ellas, alrededor de ochocientos cincuenta millones están aprendiendo inglés. Todos los demás idiomas combinados son trecientos cincuenta millones. Es el inglés el de mayor demanda. Aunque nuestras oficinas están en Estados Unidos, el estadounidense no representa un porcentaje importante en el aprendizaje de otra lengua. El segundo idioma es el español. Al menos entre los angloparlantes, la mitad prefiere saber cómo hablar español antes que cualquier otra lengua.

—Hablas siempre de millones de personas para esto, y para aquello, pero, ¿cómo se llega a ese volumen de audiencias?

—Hay que invertir en estudiar los comportamientos humanos frente a las computadoras. Hace una semana subimos la aplicación para Android. Desde ese lanzamiento, medio millón de usuarios han bajado la aplicación. Tiene un *rating* perfecto. Lo que más me gusta es que se está modificando la variedad de usuarios del sitio, al tener más acceso en países en desarrollo. Me conmueve saber que con Android llegamos a gente que realmente necesita una mano con la educación. Por diferentes razones Android está más extendido que iPhone en naciones en desarrollo. Especialmente en Latinoamérica.

—¿Cómo aprenden los estudiantes en Duolingo? ¿Con teléfonos, tablets, computadoras?

—Hoy en día, el treinta y ocho por ciento accede desde un iPhone. El treinta y cinco por ciento viene desde un dispositivo con Android. Y el resto, que es como un veintisiete por ciento, son personas que eligen aprender sentados frente a sus computadoras. Todo lo demás son tablets.

—¿Ya está todo hecho en Duolingo? ¿Ahora solo hay que esperar que la web se traduzca sola?

—No... Siempre nos hacemos preguntas nuevas en la oficina. ¿Qué tan pronto hay que aprender el plural en inglés?, por ejemplo. Y entonces surgen eventos inesperados. Les preguntamos a los expertos de enseñanza de segundas lenguas cuándo se debía enseñar el plural en gramática y todos teorizaban, daban giros técnicos... Sin embargo ninguno nos contestó. Nadie sabe de manera cuantitativa cuándo es más eficiente proponer a los estudiantes el uso del plural al singular. Entonces decidimos hacer un currículum inicial con las personas que estaban usando Duolingo. En realidad hicimos un experimento. Dividimos un grupo de usuarios y a la mitad no le agregamos el plural; con la otra, lo incorporamos muy pronto. En la marcha nos dimos cuenta en qué fase se aprende más rápi-

Es verdad que Centroamérica no es un barrio, pero también es extraño que poca gente conozca a Luis von Ahn en el mundo de habla hispana, y que en cambio tanta gente conozca, digamos, a Luis Miguel.

do. La respuesta correcta es que no es necesario enseñarlo tan pronto como lo hacen todos los métodos tradicionales.

Luis von Ahn se lo pregunta todo, recopila todos los datos. Luego contrasta. Sus hallazgos son igual de sensibles que de excéntricos, como el último gran descubrimiento que me confiesa con acento monótono:

—Las mujeres italianas aprenden inglés más rápido que los hombres italianos —me le quedo mirando con gesto asombrado, y dice—: no sabemos por qué... Pero lo descubrimos.

Von Ahn siempre toma el camino largo, es un rasgo centroamericano. Aprendió a no esperar que sea el mundo el que resuelva las brechas sociales que le quitan el sueño, sabe que para eso está la ciencia. Para acelerar el tiempo, inventó una herramienta que lo logra. Va más allá de querer que la educación sea gratuita, eso no basta y Luis lo sabe: «la educación, además de gratuita, tiene que ser excelente», me dice.

—¿Con cuánta gente trabajas?

—Somos treinta personas entre diseñadores y expertos en enseñanza de lenguas. El ambiente es muy internacional. En Duolingo trabajan amigos de China, Suiza, Alemania, Italia, Estados Unidos y Guatemala. Algunas de las personas que trabajan allí son viejos conocidos guatemaltecos a quienes desde siempre he respetado mucho. Eso me hace feliz. La competencia más importante que conocemos es una transnacional enorme. Ellos tienen una planilla de personal gigante, en la que cerca del setenta por ciento de los empleados trabaja en mercadeo y ventas; en desarrollo e investigación tienen menos gente que la nómina completa de Duolingo. Un ochenta y cinco por ciento de nuestro equipo de trabajo se dedica al contenido e investigación.

«No sé si alguna vez voy a estar contento —dice Von Ahn—. Estaría satisfecho el día que cualquier persona pueda aprender sin tener que pagar. Nadie debe pagar por aprender».

Si se piensa la educación actual como un modelo de negocio —explica Luis von Ahn en una de sus charlas—, lo claro es que los incentivos están enfocados en el pago. Primero se paga y luego se educa. Primero se paga y después se aprende. Es como la matrícula en un gimnasio. Lo más conveniente para los propietarios es que tú pagues y no vayas nunca a quemar calorías. En el caso de Duolingo necesitamos que los estudiantes se queden. Una manera de pensar más moderna es cómo refrescar, recuperar y restaurar el modelo del aprendiz. El chico que quería ser panadero iba a buscar al panadero del pueblo y se internaba allí a aprender. La Revolución Industrial masificó ese proceso e hizo que desapareciera el modelo.

Ahora, dice Von Ahn, se puede volver.

En la oficina del sitio Duolingo se emplean muchas horas de laboratorio para controlar la deserción de estudiantes. Ese es un tema prioritario. A diferencia de los gimnasios prepagos, el sitio no puede permitirse bajar el ritmo de traducciones por segundo. Se debe traducir toda la web y hay que entregar avances a quienes compran los servicios de traducción.

—¿Cómo se motiva a un estudiante para que no abandone?

—Emulando los videojuegos —dice—. Cuando alguien está alejándose de su rutina tenemos una mascota, un búho verde, que llora. Su llanto se incrementa de manera proporcional al abandono. Apelar a las emociones es el mejor camino. Sabemos fehacientemente que cuando el búho llora hay una reacción inmediata.

—Es decir, se apela a la culpa.

—Claro. La culpa sigue siendo el mayor recurso de persuasión. Esto lo aprendimos de las madres judías a lo largo de la historia. Los estudiantes vuelven para que el búho deje de llorar.

—¿Ya hay empresas utilizando Duolingo?

—Está el caso de CNN en inglés. Ellos

nos pagan por la traducción y nosotros usamos sus recursos en las prácticas de Duolingo. No le cobramos al estudiante por la enseñanza y el aprendizaje funciona, porque indirectamente están leyendo las noticias del día. En este modelo de negocios, las empresas o instituciones grandes que pagan por un buen servicio, como CNN, nos ayudan a financiar el sitio.

—En el camino de lo colectivo, ¿cuáles son los riesgos? —quiero saber—. Porque hasta ahora has logrado encontrar un buen fin a tus proyectos. Pero alguien podría hacer lo mismo hacia una dirección más oscura.

—Realmente podría organizarse a mucha gente para actuar en proyectos grandes y colectivos y sin saberlo, actuar en contra. Yo todavía no he visto un solo caso. Creo que en general las personas que actúan en cooperaciones masivas en línea saben hacerlo muy bien.

—ReCaptcha para digitalizar todos los libros que existen, Duolingo para traducir la web a cualquier idioma. ¿Ya estás satisfecho?

—No sé si alguna vez voy a estar contento. Estaría satisfecho el día que cualquier persona pueda aprender sin tener que pagar. Nadie debe pagar por aprender. Me gusta que cualquier persona que quiera aprender otra lengua lo pueda hacer rápido en Duolingo. Que todos lo estén haciendo porque es gratis. No sé si esto llegará a suceder con la educación, pero es lo que quisiera que pasara.

—En tu modelo de negocio paga quien puede pagar y se beneficia el que no tiene acceso fácil a la información. ¿Crees que este sea un nuevo modo para que las economías comiencen a moverse? ¿O es un caso aislado?

—No creo que sea un caso aislado, pienso que hay otros casos en los que se puede aplicar esto. Por ejemplo, hay otros tipos de educación. Para mí esto se puede aplicar a la educación de programación, siempre alrededor de los sistemas y las computadoras. Se puede enseñar a las personas a programar gratis y que las que paguen sean empresas de software. Los estudiantes estarían, mientras tanto, aprendiendo coordinados, encontrando errores en sus programas. Pero no sé si es aplicable a *todo*.

—En Orsai *hablamos mucho de la desaparición de los intermediarios. Desde tu trinchera, ¿hacia dónde vamos con eso?*

—Una cosa que vamos a ver es que, mientras nos civilizamos cada vez más, empezaremos a tener acceso a mayores ventajas, como la educación, o la comida. Todavía no ha ocurrido, y no sé cuántos años nos tomará, pero eso va a pasar.

—Trabajás en un proyecto permanentemente complejo. ¿Hay algo más que el desarrollo de Duolingo?

—No. Estoy totalmente obsesionado con mi trabajo. Para mí trabajar no es trabajar. Me gusta mucho lo que hago. Son raros los días en que descanso. Mi esposa me reclama, dice que me casé con mi trabajo y no con ella.

—Pobre, tu esposa...

—Ella es la que me fuerza a salir de la oficina. Es fundamental. Sin embargo a ella también le gustan mucho mis proyectos, entonces siempre hablamos de ellos en casa.

—¿Con qué vas a continuar una vez que Duolingo camine libre?

—No sé. Hay dos cosas que me llaman mucho la atención: una es la educación. No solo educación de idiomas. Sino otros tipos de educación. El otro tema es el estado de la baja seguridad en varios países de Latinoamérica. Pero no estoy seguro. Es algo que me preocupa mucho, pero aún no tengo ninguna buena idea.

—¿Cómo medís tu trabajo?

—Lo que me da mayor satisfacción en la vida es saber que estoy ayudando a personas. Me gusta recibir cientos de correos dándome las gracias. Saber que hice un cambio positivo para el mundo me hace feliz. Una vez oí algo que me pareció bueno, no sé quién lo dijo: «Preferiría haber fundado la Wikipedia, que no dio mucho dinero pero mejoró el mundo, que haber sido el CEO de un gran banco que ganó mucho dinero pero que no ayudó a nadie». ◣

Esteban Chinchilla

San José, 1978

Fotógrafo, escritor y productor audiovisual. Estudió Ciencias Políticas en la Universidad de Costa Rica; escribió un libro de poesía, *Carpintería*, publicado por la Cooperación Cultural Española en Costa Rica en 2013, y uno de cuentos, *Grandes distancias*. Dirige la editorial Ambigú.

MODERN SCHOOL

El periodista Daniel Riera estudió catorce años en un colegio privado. «Asistí —dice— a un plan sistemático para convertirme en un fascista hijo de puta». ¿Habrá fracasado el plan?

ESCRIBE **DANIEL RIERA**

ILUSTRA **MATÍAS TOLSÀ**

DANIEL RIERA
Buenos Aires, 1970

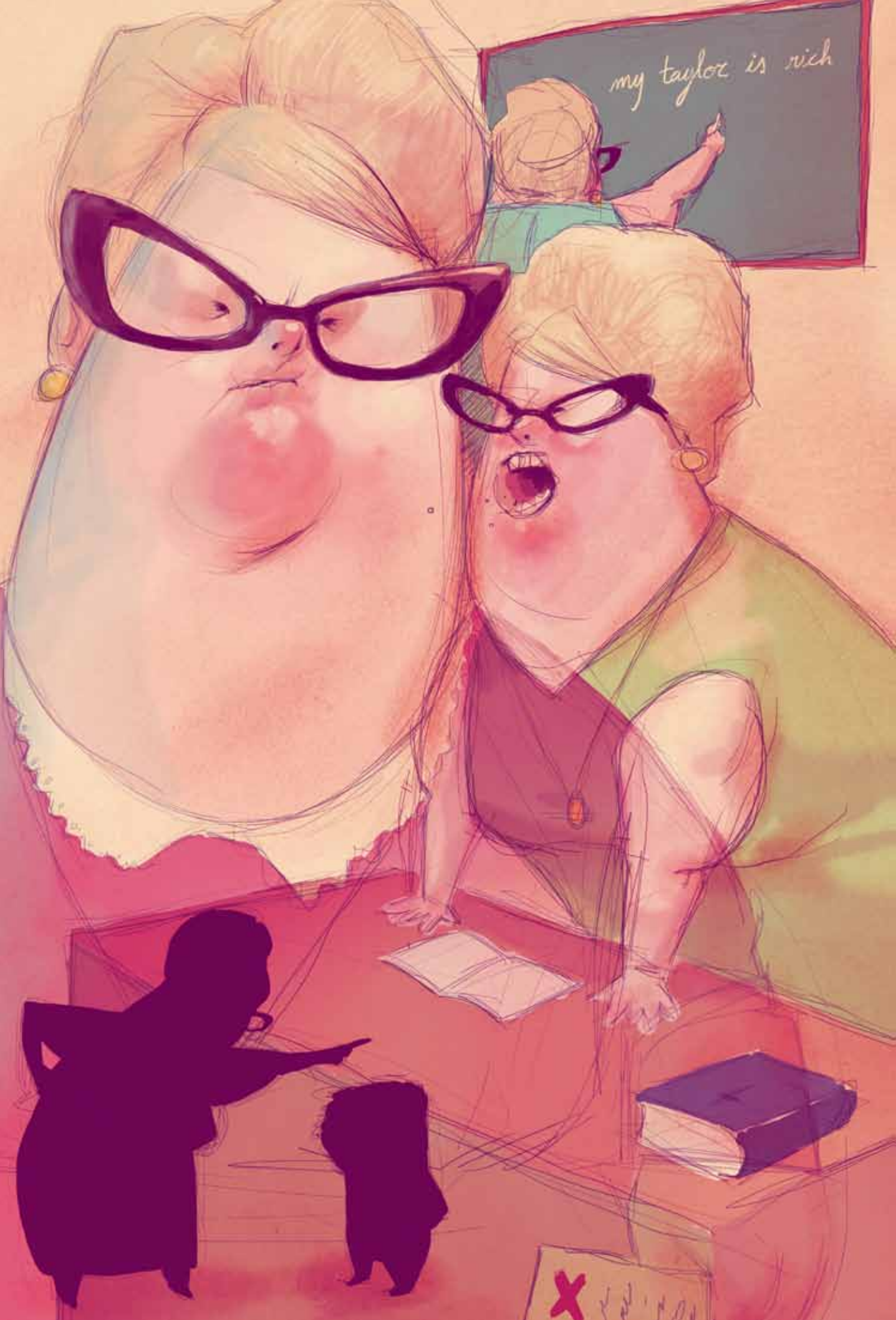
Ventrílocuo, escritor y periodista, en el orden que ustedes quieran. Es autor de los libros *Vas a extrañarlo, porque es justo*, 2002 (reeditado en 2011); *Sexo telefónico*, 2005; *El carácter Sea Monkey*, 2007; *Buenos Aires Bizarro*, 2008; *Familia y propiedad/ La vergüenza nacional*, 2009; *Evangelios y Apócrifos*, 2010; *Nuestro Vietnam y otras crónicas*, 2010, *Ventrílocuos. Gente grande que juega con muñecos*, 2012. Acaba de terminar un libro sobre Sandro. Es coautor de otros tantos libros y dirige una colección de crónica periodística para la editorial argentina Libros del náufrago. Trabajó en varias revistas a lo largo de su vida. Desde 2009 es ventrílocuo: formó el dúo Paco y Oliverio con su muñeco Oliverio. A Paco y Oliverio los acompañan ahora una banda de rock llamada Los Oliverios y la directora de teatro Milagros Ferreyra. Se autodenominan La Vanguardia de la Ventriloquia.

No sé qué delirio de grandeza tenían mis padres cuando me anotaron en el Modern School de Lanús, provincia de Buenos Aires, Argentina. Era un colegio privado, carísimo, de doble escolaridad, donde aprendí inglés a cambio de que me limaran el cerebro. No sé por qué extraña y estúpida inercia cursé allí en jardín de infantes, preescolar, toda la escuela primaria y toda la secundaria hasta la primera semana de quinto año, cuando me echaron. Mis padres me preguntaron más de una vez —a lo largo de esos catorce años— si quería cambiarme de escuela. El miedo a lo desconocido, el apego a tres o cuatro compañeros y a una chica que me gustaba —aunque jamás me diera bola— me llevaron a quedarme. Hace poco, mirando una vieja foto, conté a los que hicieron todo el recorrido en el mismo lugar. Somos nueve. Tengo cuarenta y tres años: eso quiere decir que cursé toda la primaria y el primer año de la secundaria en dictadura. Cuando llegó la democracia, en el Modern no se notó, al menos mientras yo estuve.

Hace poquito, Jimena, una excompañera de colegio, escribió lo siguiente en su muro de Facebook:

«Desenmascarando la hipocresía: un recuerdo desagradable de mi colegio, cuando una de las autoridades de mayor jerarquía nos pidió que el uniforme que ya no usáramos lo cortáramos con el objetivo de que los chicos pobres que pudieran abrigarse con el mismo no le hicieran mala propaganda al colegio... qué feo!!! (Tengo testigos)».

No conocía la historia que contó Jimena, pero no me sorprendió en absoluto. En los


my taylor is rich

comentarios a su post, otros excompañeros dijeron exactamente lo mismo que digo ahora: que no conocían la historia, pero que no los sorprendía en absoluto. Otra excompañera dijo con humor que los pobres no se habían perdido nada, porque si algo no hacía aquel uniforme de mierda era abrigar. Me consta: en las mañanas más frías de invierno, mi madre solía «reforzar» la delgadísima bufanda escocesa del uniforme con una de lana que me protegía un poco más. Quiso la casualidad que un día mi madre entrara al colegio a pagar la cuota en el momento exacto en que la dueña del colegio me estaba gritando por usar esa segunda bufanda, que desacreditaba a la oficial. Le dijo, simplemente, «¿Por qué le grita a mi hijo?» y la dueña se puso pálida. La dueña y la directora del colegio eran sujetos intercambiables, autoridades a las cuales debíamos respetar y obedecer.

1978. Tercer grado. Dibujo libre. La señorita Susana acostumbraba a pedirnos, a principio de cada mes, que dibujáramos lo que ella llamaba «la carátula». A partir del mes de julio, comienzo a dibujar siempre lo mismo, la escena más feliz que un chico de ocho años al que le gusta el fútbol podía vivir en 1978: un jugador con la camiseta de la Selección argentina define un Mundial. Mes tras mes dibujo el tercer gol de Daniel Bertoni a Holanda, los jugadores holandeses con las manos en la cintura, el arquero en el suelo, vencido, una línea de puntos que marca la trayectoria de la pelota hasta que entra en el arco. En el mes de octubre, mi madre es citada a una reunión donde la señorita Susana, fastidiada porque en el mes de octubre no había dibujado a la Santa María, la Niña y la Pinta descubriendo América, le anuncia que yo no soy un chico normal, que tengo una fijación y que no soy capaz de dibujar carabelas en octubre.

1978. Tercer grado. Fuiste vos. La señorita Susana me acusa, porque sí, de haberme tirado un pedo feo y oloriento en medio de la clase. Unos treinta chicos se ríen de mí. La crueldad es una tentación muy grande para cualquier chico, y ni hablar si está avalada por la maestra. La señorita Susana también se ríe, hasta que una compañera junta coraje y le dice que fue ella, que la disculpe, que no fue su intención, que se siente mal. La señorita Susana autoriza a mi compañera a pasar al baño y continúa la clase como si nada, satisfecha por haber hallado a la nena que se había tirado un pedo.

1978. No fuiste vos. La señorita Susana encarga una «redacción» para escribir en casa, ya no recuerdo sobre qué, pero sí que el tema me entusiasma y que nada me gusta más que escribir «redacciones». El día señalado, entrego la mía. La señorita Susana me la devuelve con un cartelón en rojo. El cartelón dice «Rehacer, se pedía un texto original, no uno copiado de un libro». Yo no lo había copiado de un libro. Se lo digo, pero no me cree. Resignado, escribo la redacción más estúpida que puedo, justo lo que la señorita Susana espera de mí. Esta vez la calificación es «Excelente».

1980. Quinto grado. La señorita Aída me grita: «¡Parecés un subversivo!». Con el tiempo, pierdo la causa de su enojo. La frase, en cambio, me queda grabada para siempre. Un subversivo de diez años, eso soy para ella.

1980. Quinto grado. La señorita Norma pide una redacción. En el menú de temas está «El patio de mi escuela». Escribo que el patio de mi escuela es hermoso, lástima que esté dividido en dos áreas separadas, una para nenes y otra para nenas. Escribo que el patio de mi escuela es hermoso, lástima que no nos permitan jugar a la pelota. Escribo que el patio de mi escuela es hermoso, lástima que no me permitan correr. Escribo que el patio de mi escuela es hermoso, lástima que no nos permitan jugar a las cartas. Escribo que el patio de mi escuela es hermoso, lástima que no nos permitan jugar a las figuritas. Al día siguiente devuelven todas las redacciones corregidas, cada cual con su correspondiente nota, excepto la mía. La señorita Norma dice que no la encuentra, que le dé un par de días porque no sabe dónde la puso. Mientras tanto, la señora Celeste de Tapia, directora de la primaria del Modern School, cita a mi madre. Le pregunta si soy feliz. Mi madre, sorprendida por la pregunta, dice que sí, que a veces seré más feliz, a veces menos, como todos los chicos, como todo el mundo. La señora Celeste puntualiza: le pregunta si soy feliz en el colegio, porque si no lo soy, tal vez lo mejor sería que me fuera. Le notifica a mi madre que mi redacción ha sido retenida por mi seguridad personal, porque si la leyera una inspectora de las que frecuentemente visitan el colegio, me harían desaparecer.

1981. Se me ocurre llevar al colegio un libro satírico llamado *¿Todo empezó con Marx?* (ahora, mientras escribo esto, lo googleo y descubro que su autor es un norteamericano llamado Richard Armour). Con el tiempo descubriré que el libro, dentro de su tono livianito, es muy

EXIT

anticomunista. A los once años no entiendo nada de esas cosas. Lo único que entiendo a los once años es que tiene dibujitos muy divertidos. Lo único que entiende Miss Miriam, la maestra de inglés, es que el libro tiene la palabra «Marx» en mayúscula imprenta en la tapa, y un dibujito de un señor con barba. Miss Miriam me secuestra el libro, al grito de «¡Nene, nene, no traigas esto al colegio!».

Mayo de 1982. Séptimo grado. La Argentina está en guerra con Inglaterra. El Modern School ha dejado de llamarse así. Ahora es el Instituto Moderno de Educación Integral. La señorita María Emilia (o algo así, su nombre se me escapa) pide un «artículo periodístico» futurista, tema libre, para aplicar las técnicas del oficio aprendidas en clase. Escribo entonces uno fechado en agosto de 1982, en el cual el general Galtieri exhorta a la población a defender Buenos Aires, el último bastión de la resistencia contra los ingleses. La señorita María Emilia invita a la directora al aula a leer mi artículo. La señora Celeste de Tapia me dice, delante de mis compañeros —quiere que todo el grado escuche— que es «de malos argentinos» suponer siquiera que podemos perder la guerra. Me ordena romper mi trabajo frente a mis compañeros y escribir otro más optimista. Un mes después, como todos sabemos, la Argentina pierde la guerra de Malvinas y Charly García escribe una canción inmortal llamada *No bombardeen Buenos Aires*.

1986. La señora Cristina se acerca al aula de cuarto año a notificar que está permitida y que es bienvenida la formación de un Centro de Estudiantes en el colegio, pero que en dicho centro estará terminantemente prohibida la realización de actividades políticas y gremiales. Le pregunto: «¿Y entonces para qué sirve?». Mis compañeros se ríen a carcajadas. La señora Cristina me dedica una de esas miradas de odio que todo aquel que las recibió no se olvida jamás.

Algún momento de 1986. La profesora de Filosofía, señora María Marta, alude a «esas mujeres que tienen a sus hijos en Europa y andan con el pañuelo blanco en la cabeza». La primera vez que lo dice, permanezco en silencio. La segunda vez, le digo, tímidamente, «No es así». Ella dice «No te quepa ninguna duda de que es así».

Septiembre de 1986. El dieciséis de septiembre, antes de un acto escolar por el Día del Profesor, mi amigo Gustavo y yo pedimos a las autoridades de la escuela que hagan un minuto de silencio en homenaje a los estudiantes secundarios desaparecidos durante la llamada *Noche de los lápices*, de la cual justamente ese día se cumplen diez años. La respuesta, lacónica, burocrática, es «No está en el Calendario Escolar». Un compañero, profético, me dice: «Estás loco. Quedaste marcado».

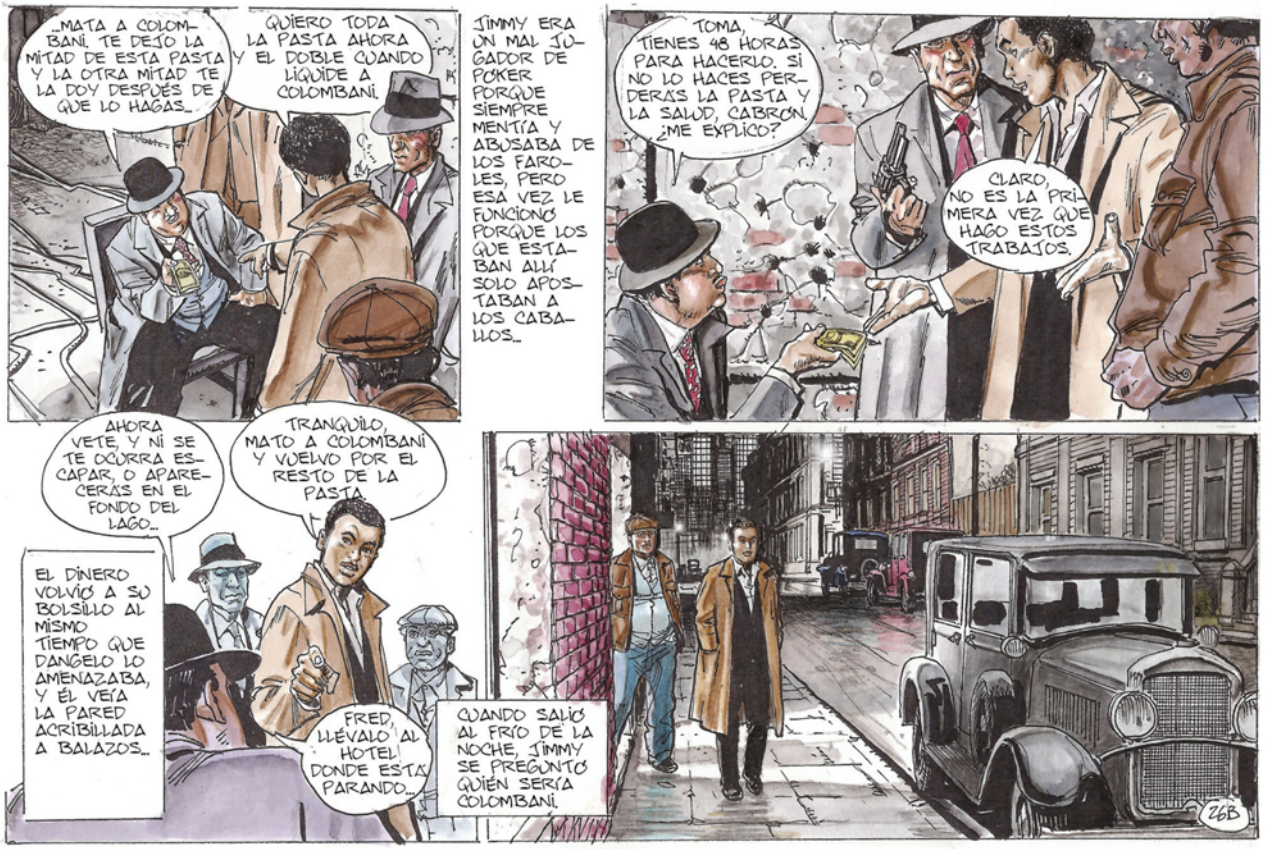
Marzo de 1987. Me presento al primer día de clase del último año de la escuela secundaria con el cabello largo. El rector del colegio me impide la entrada. Al día siguiente, me presento con el cabello un poco más corto. Un preceptor me saca de la clase. María Marta —aquella profesora de Filosofía que dijo que las Madres de Plaza de Mayo tenían a sus hijos en Europa— me tira de la lengua, me trata como si fuera su hermano menor para que entre en confianza, me pregunta cómo estoy, qué me anda pasando. Le digo que me apena que en este sitio la disciplina sea más importante que la educación. Al día siguiente, mi madre es convocada a una reunión en la cual le comunican que han decidido darme el pase libre, y que esperaban que aceptara la oferta porque de lo contrario no iban a tener más remedio que expulsarme.

No sé qué delirio de grandeza tenían mis padres cuando me anotaron en el Modern School de Lanús, provincia de Buenos Aires, Argentina. Era un colegio privado, carísimo, de doble escolaridad, donde aprendí inglés a cambio de que me limaran el cerebro. Entré a los cuatro años, en 1974. Salí poco antes de cumplir los diecisiete, en 1987. Terminé mis estudios en el Instituto San Juan, un colegio privado de Banfield, mucho más barato que el Modern, donde iban a parar todos los repetidores y expulsados del conurbano bonaerense. Una vez, ya adulto, me crucé por la calle con la señorita Susana, la de tercer grado. Me saludó muy efusivamente, permanecí en silencio y se fue, ofendida. Supe con el tiempo que habían echado del Modern a la señora Aída por gritona, que la señorita Norma había muerto muy joven y que todas las humillaciones recibidas por aquellos años cada tanto salen a flote. Supe que la profesora María Marta se convirtió en la directora del colegio. Ahora *La noche de los lápices* sí está en el Calendario Escolar, pero ignoro si alguien se encarga de evocarla en el Modern. Asistí a un plan sistemático para convertirme en un fascista hijo de puta. Supongo que fracasaron, pero a veces me asusta pensar en los pequeños éxitos que puedan haber tenido conmigo, en lo difícil que es desaprender, en las camperas que algún adolescente de clase media estará tijereteando hoy, en su casa, para que no las use ningún pobre. ◣

BUSTER
JIMMY CHANCE ERA UN NEGRO IRREFLEXIVO, ALGO LOCO Y BASTANTE CARADURA, EN ESAS DOSIS. PERO NO ERA IDIOTA. SI DE NOCHE CINCO BLANCOS DESCONOCIDOS CON LAS MANOS EN LOS BOLSILLOS LO RODEABAN, ERA COMO PARA DESCONFIAR.
¡A LA CALLE CLARCK, JOE!
¿EH?
VEN, NEGRITO. TENEMOS QUE HABLAR...
¡RAPIDO, SUBE AL COCHE!
EL COCHE OLÍA A ALCOHOL Y A SUDOR. EL SUDOR ERA SUYO.
¿COMO TE LLAMAS, NEGRITO?
JAMES WILLIAM CHANCE.
...Y YO, JOHN SMITH AND WESSON, JE... UN GUSTO...
COMO HABÍAMOS DICHO, NO ERA IDIOTA. ENTENDIÓ EL CHISTE, PERO NO LE HIZO GRACIA.
BAJA, NEGRITO...
25A

¡IMPOSIBLE. ¿ESTE PUTO NEGRO SE HA CARGADO A FRANK Y PETE?
POR LO QUE JIMMY CHANCE SABÍA, EL TIPO HABLABA CON ACENTO ITALIANO, Y TODO INDICABA QUE ERA EL JEFE...
POR UN INSTANTE SE LE CRUZÓ UNA PREGUNTA INÚTIL Y FUERA DE LUGAR: ¿DONDE MIERDA QUEDABA ITALIA?
...NO ME PAGASTE LO QUE ME DEBES, MACHACASTE A DOS DE MIS HOMBRES Y TE FOLLAS A LA MUJER DE COLOMBANI... ERES MUY VALIENTE O ERES UN IMBÉCIL, NEGRO
DEBO SER IMBÉCIL, PORQUE NO SÉ DE QUÉ ME HABLA.
LE HABLABAN DE LA PASTA QUE BUTCH BAKER BUSCABA SIN ENCONTRAR EN EL CAMARÍN DE LOS MÚSICOS DEL APEX CLUB, DONDE ÉL LA HABÍA ESCONDIDO...
¡MIERDA, NO ESTÁ! ALGUIEN LA ENCONTRÓ Y SE LA LLEVÓ!
AL CAMARÍN, QUE YO SEPA, EL ÚNICO QUE ENTRÓ FUE TU SUPLENTE. EL CHICO. CREO QUE ESTÁ EN EL MISMO HOTEL QUE BUSTER GREEN...
LO QUE CABREABA A BUTCH NO ERA HABER PERDIDO ESA PASTA, SINO NO HABERLA PODIDO GASTAR EN CABALLOS, ALCOHOL O MUJERES...
25B

¡LA PASTA, CABRÓN!
JIMMY CHANCE NI SIQUIERA HABÍA HECHO PLANES PARA GASTARLA Y YA SE LA QUERÍAN QUITAR.
¡OUCH!
SE REBELABA ANTE LA INJUSTICIA DE TENER QUE SOLTAR LA PASTA QUE HABÍA GANADO. PERO LA LUCHA ENTRE SU ORGULLO Y EL MIEDO A RECIBIR OTRA TROMPADA, TERMINÓ ENSEGUIDA.
ACÁ ESTÁ LA PASTA, JEFE
AAH...
...ESPEREN... SE ME ESTÁ OCURRIENDO ALGO, JE...
YA TIENE EL DINERO, AHORA DÉJEME IR...
...SI ERES CAPAZ DE BURLAR A MIS HOMBRES, Y FOLLARTE A LA MUJER DE COLOMBANI, ¿DE QUÉ MÁS ERES CAPAZ, NEGRO?
DEME IDEAS, PROPÓNGAME ALGO. ¿QUÉ QUIERE QUE HAGA?
MUY BIEN...
26A


...MATA A COLOMBANI. TE DEJO LA MITAD DE ESTA PASTA Y LA OTRA MITAD TE LA DOY DESPUÉS DE QUE LO HAGAS...
QUIERO TODA LA PASTA AHORA Y EL DOBLE CUANDO LIQUIDE A COLOMBANI.
JIMMY ERA UN MAL JUGADOR DE POKER PORQUE SIEMPRE MENTÍA Y ABUSABA DE LOS FAROLES, PERO ESA VEZ LE FUNCIONÓ PORQUE LOS QUE ESTABAN ALLÍ SOLO APOSTABAN A LOS CABALLOS...
TOMA, TIENES 48 HORAS PARA HACERLO. SI NO LO HACES PERDERÁS LA PASTA Y LA SALUD, CABRÓN. ¿ME EXPLICO?
CLARO, NO ES LA PRIMERA VEZ QUE HAGO ESTOS TRABAJOS.
AHORA VETE, Y NI SE TE OCURRA ESCAPAR, O APARECERÁS EN EL FONDO DEL LAGO...
TRANQUILO, MATO A COLOMBANI Y VUELVO POR EL RESTO DE LA PASTA.
EL DINERO VOLVIÓ A SU BOLSILLO AL MISMO TIEMPO QUE DANGELO LO AMENAZABA, Y ÉL VEÍA LA PARED ACRIBILLADA A BALAZOS...
FRED, LLÉVALO AL HOTEL DONDE ESTÁ PARANDO...
CUANDO SALIÓ AL FRÍO DE LA NOCHE, JIMMY SE PREGUNTÓ QUIÉN SERÍA COLOMBANI.
26B

SI NO FUERA POR EL DIÁLOGO ENTRE EL CRIMEN ORGANIZADO Y LAS FUERZAS DEL ORDEN, SE PERDERÍAN MUCHOS BUENOS NEGOCIOS...
PERO DANGELO, ¿CÓMO QUE HAS DEJADO IR AL NEGRO?
NO LO DEJÉ IR, PECK. HICE UN ACUERDO CON ÉL. A CAMBIO DE PASTA MATARÁ A COLOMBANI, UNO DE MIS HOMBRES LO SIGUE...
...Y CUANDO LO MATE, SERÁ FÁCIL ACUSARLO. NADIE SOSPECHARÁ DE MÍ...
ESTÁ BIEN
...Y NO HAY QUE PERDERLO DE VISTA SOLO ESO. ESTÁ EN EL HOTEL EDÉN. MÁNDALE UN POLI..
EN COCHE Y CON PASTA EN EL BOLSILLO, JIMMY COMENZÓ A PENSAR EN QUE TENÍA, POR FIN, EL MUNDO EN SUS MANOS.
DÉJAME AQUÍ, FRED. GRACIAS..
..NO TE TRAJE POR GUSTO, CABRÓN...
...PERO LO HAS HECHO, MUÑECO, ME HAS TRAÍDO. JÓDETE, IDIOTA...
¡LA PUTA QUE TE PARIÓ, NEGRO DE MIERDA!
OTEL
..AHÍ BAJA EL CABRÓN, PERO.. ¡VIENE EN UN COCHE DE DANGELO! ¿QUÉ..?
ZAA

LA EXPERIENCIA DE TENER DINERO ERA NUEVA PARA JIMMY. AHORA PODÍA PEDIR COSAS Y PAGARLAS, NO COMO ANTES. ADEMÁS, PODÍA PEDIR UN RESPETO..
QUIERO UNA HABITACIÓN..
SE PAGA POR ADELANTADO..
A ESA HORA, BUSTER GREEN YA DORMÍA SU SUEÑO ETÍLICO Y DARLENE VIVÍA SU VIGILIA ERÓTICA. JIMMY LA FUE A BUSCAR
¿CÓMO QUE TIENES UN CUARTO? ¿CÓMO LO HAS PAGADO SI..?
..TENGO DINERO, NENA. VEN CONMIGO..
HAS ROBADO A ALGUIEN Y...
YO NO SOY LADRÓN, ME OFENDES..
LA ZONA MÁS ERÓGENA DE DARLENE ESTABA EN LOS BOLSILLOS DE SUS AMIGOS, ASÍ QUE CON PASTA EN LOS DE JIMMY, LA NOCHE FUE APASIONADA..
276

LA VEJIGA DE FRED LE DIO LA OPORTUNIDAD A BUTCH PARA PODER ENTRAR AL HOTEL SIN TESTIGOS. LOS HOMBRES DE DANGELO, ADEMÁS, NO ERAN SUS AMIGOS...

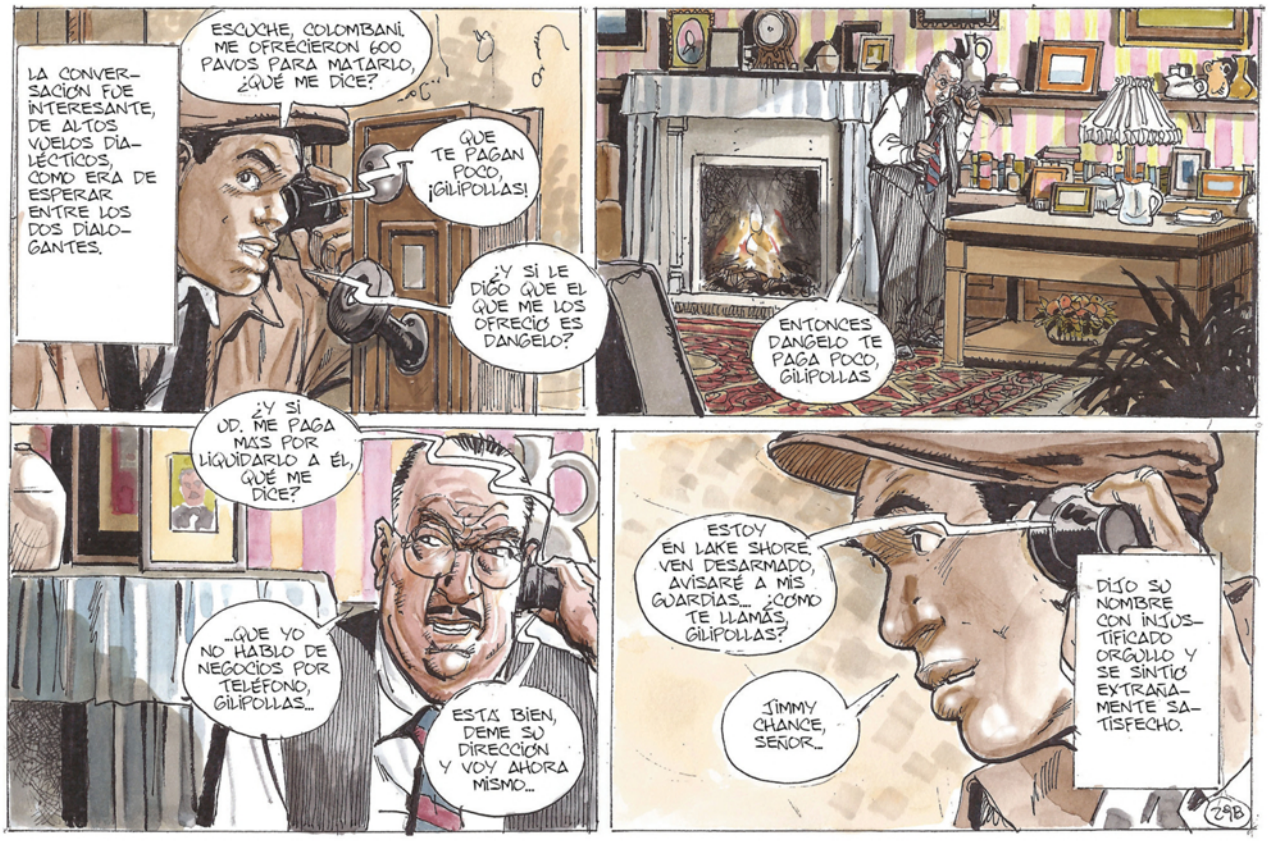
EL GOLPE DEL BATE SONÓ COMO SI LE HUBIERA DADO A UN LADRILLO. DESPUÉS, LA LLOVIZNA, LA SANGRE Y EL ORÍN SE MEZCLARON, COSA QUE SOLÍA SUCEDER EN LOS CALLEJONES DE CHICAGO.

LA POLICÍA EXISTE PARA LUCHAR CONTRA LOS QUE ESTÁN FUERA DE LA LEY, MIENTRAS PREVIAMENTE NO HAYAN NEGOCIADO SUS ACTIVIDADES CON ELLA.

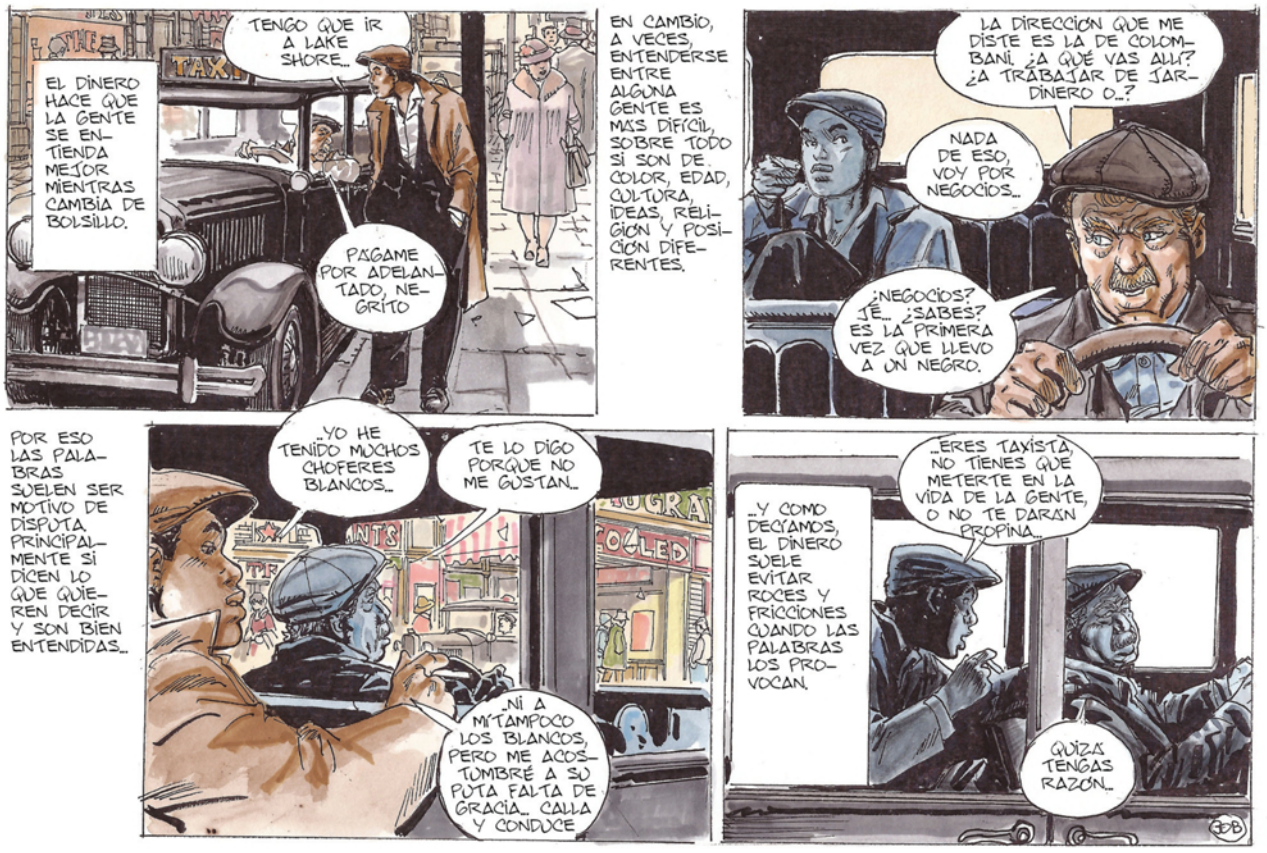
EN LA VIDA, LOS SUCESOS NO ESTÁN SIEMPRE EN EL MISMO NIVEL. MIENTRAS LA VIOLENCIA MEZCLABA SANGRE Y ORINES EN LA CALLE, EN LA PRIMERA PLANTA DEL HOTEL LA MEZCLA ERA DE OTROS FLUIDOS.

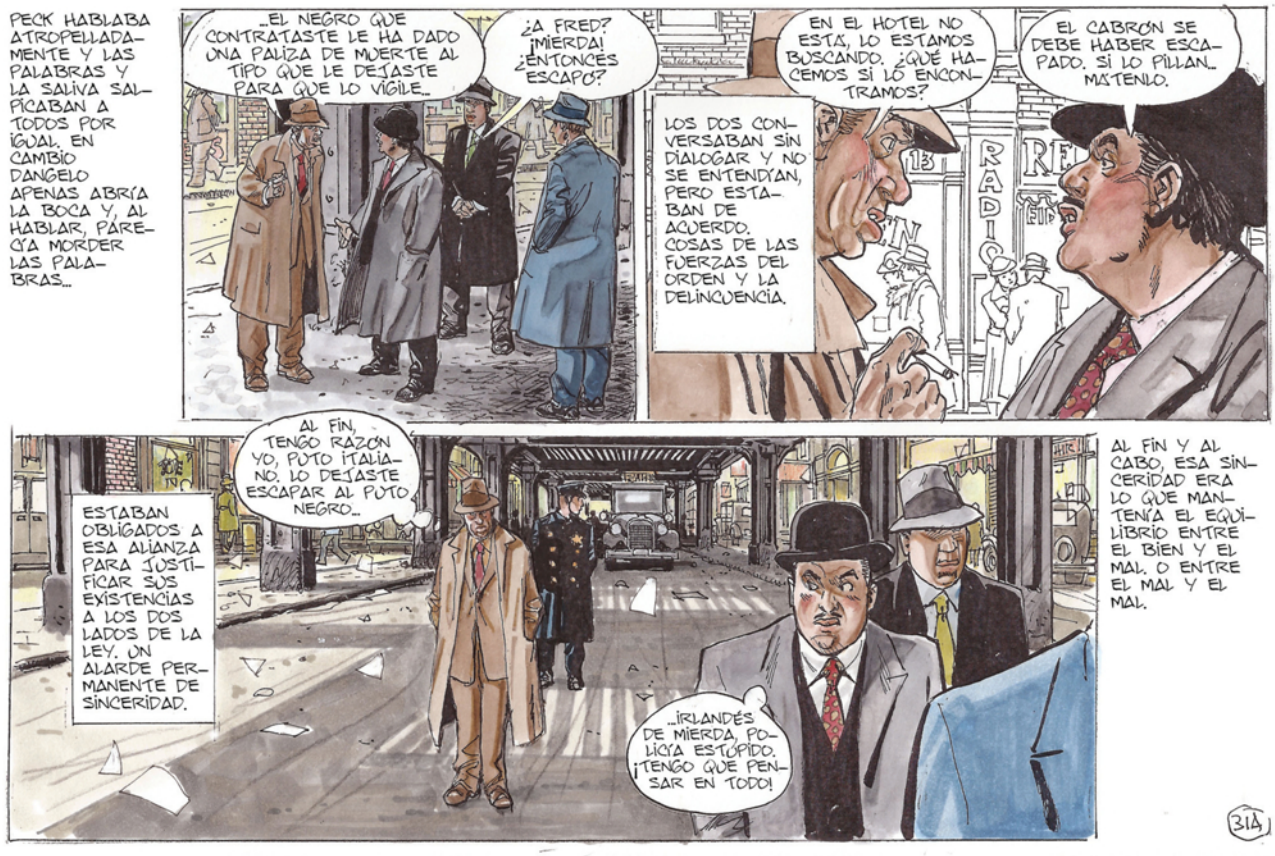
ESO QUE VEÍA LE RECORDÓ, POR ASOCIACIÓN DE IDEAS, QUE ESTABA EN ESE HOTEL, Y CON DINERO, PORQUE HABÍA ACORDADO CON DANGELO QUE TENÍA QUE MATAR A COLOMBANI. Y LE ENTRÓ OTRA VEZ LA DUDA...

¿QUIÉN ES COLOMBANI, NENA?
¿COLOMBANI?...
...ES UN MAFIOSO, UNO DE LOS MÁS IMPORTANTES, PEOR QUE DANGELO. UN ASESINO...
JIMMY QUEDÓ PENSATIVO. O MATABA A COLOMBANI O DANGELO LO MATABA A ÉL. ESE ERA EL TRATO. ESO LE OCUPÓ UN RATO. EL RESTO DE SU INSOMNIO FUE CULPA DE DARLENE Y SUS EXIGENCIAS...
CUANDO AMANECIÓ, AL MEDIODÍA PARA ÉL, COMENZÓ A PENSAR EN UN PLAN PARA VER QUÉ HACÍA, Y CUANDO JIMMY PENSABA NO SE PODÍA DECIR QUE LO HICIERA BIEN.
AQUÍ TIENES EL LISTÍN DE TELÉFONOS DE CHICAGO
ESTÁ BIEN, GRACIAS
HOLA, QUIERO HABLAR CON EL SEÑOR COLOMBANI
¿QUIÉN LE HABLA Y PARA QUÉ?
JIMMY CHANCE, POR NEGOCIOS
29A

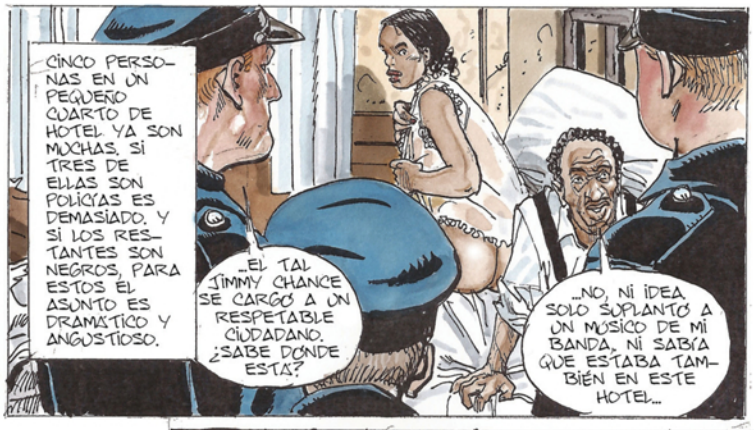

LA CONVERSACIÓN FUE INTERESANTE, DE ALTOS VUELOS DIALÉCTICOS, COMO ERA DE ESPERAR ENTRE LOS DOS DIALOGANTES.
ESCUCHE, COLOMBANI. ME OFRECIERON 600 PAVOS PARA MATARLO, ¿QUÉ ME DICE?
QUE TE PAGAN POCO, ¡GILIPOLLAS!
¿Y SI LE DIGO QUE EL QUE ME LOS OFRECIÓ ES DANGELO?
ENTONCES DANGELO TE PAGA POCO, GILIPOLLAS
¿Y SI UD. ME PAGA MÁS POR LIQUIDARLO A ÉL, QUÉ ME DICE?
...QUE YO NO HABLO DE NEGOCIOS POR TELÉFONO, GILIPOLLAS...
ESTÁ BIEN, DEME SU DIRECCIÓN Y VOY AHORA MISMO...
ESTOY EN LAKE SHORE, VEN DESARMADO, AVISARÉ A MIS GUARDIAS... ¿CÓMO TE LLAMÁS, GILIPOLLAS?
JIMMY CHANCE, SEÑOR...
DIJO SU NOMBRE CON INJUSTIFICADO ORGULLO Y SE SINTIÓ EXTRAÑAMENTE SATISFECHO.
29B

CERCA DEL HOTEL OCURRÍA OTRA HISTORIA. EN GENERAL, LOS MENDIGOS NO LLAMAN A LA POLICÍA, Y CUANDO LO HACEN, NADIE LES HACE CASO.
¡EH! ¡EH! ¡MIREN LO QUE HAY AQUÍ! ¡VENGAN!
ES LOU, DEJA QUE ESTA VEZ LO ZURRO YO...
POR ESO, CUANDO LOS POLIS RESPONDIERON AL LLAMADO, PODRÍA DECIRSE QUE EN ESTE CASO INTERVENÍA EL DESTINO, O LA CASUALIDAD...
¡VEN QUE TE...!
¡OY!
¡NO ME PEGUEN! ¡MIREN ESTO!
...PERO NO ERA ASÍ, PORQUE A LOU ACOSTUMBRABAN A ZURRARLE SIEMPRE: ERA UN MENDIGO MOLESTO.
BUSCABA BASURA...
¡MIERDA!
¿ESTÁ VIVO, O...?
BUSCARÉ UN TAXI PARA IR A VER AL COLOMBANI ESE...
¡TODAVÍA ESTÁ VIVO!
304


EL DINERO HACE QUE LA GENTE SE ENTIENDA MEJOR MIENTRAS CAMBIA DE BOLSILLO.
TAXI
TENGO QUE IR A LAKE SHORE...
PÁGAME POR ADELANTADO, NEGRITO
EN CAMBIO, A VECES, ENTENDERSE ENTRE ALGUNA GENTE ES MÁS DIFÍCIL, SOBRE TODO SI SON DE COLOR, EDAD, CULTURA, IDEAS, RELIGIÓN Y POSICIÓN DIFERENTES.
LA DIRECCIÓN QUE ME DISTE ES LA DE COLOMBANI. ¿A QUÉ VAS ALLÍ? ¿A TRABAJAR DE JARDINERO O...?
NADA DE ESO, VOY POR NEGOCIOS...
¿NEGOCIOS? JÉ... ¿SABES? ES LA PRIMERA VEZ QUE LLEVO A UN NEGRO.
POR ESO LAS PALABRAS SUELEN SER MOTIVO DE DISPUTA PRINCIPALMENTE SI DICEN LO QUE QUIEREN DECIR Y SON BIEN ENTENDIDAS...
...YO HE TENIDO MUCHOS CHOFERES BLANCOS...
TE LO DIGO PORQUE NO ME GUSTAN...
...NI A MÍ TAMPOCO LOS BLANCOS, PERO ME ACOSTUMBRÉ A SU PUTA FALTA DE GRACIA... CALLA Y CONDUCE
...Y COMO DECÍAMOS, EL DINERO SUELE EVITAR ROCES Y FRICCIONES CUANDO LAS PALABRAS LOS PROVOCAN.
...ERES TAXISTA, NO TIENES QUE METERTE EN LA VIDA DE LA GENTE, O NO TE DARÁN PROPINA...
QUIZÁ TENGAS RAZÓN...
308


PECK HABLABA ATROPELLADAMENTE Y LAS PALABRAS Y LA SALIVA SALPICABAN A TODOS POR IGUAL. EN CAMBIO DANGELO APENAS ABRÍA LA BOCA Y, AL HABLAR, PARECÍA MORDER LAS PALABRAS...
...EL NEGRO QUE CONTRATASTE LE HA DADO UNA PALIZA DE MUERTE AL TÍPO QUE LE DEJASTE PARA QUE LO VIGILE...
¿A FRED? ¡MIERDA! ¿ENTONCES ESCAPÓ?
LOS DOS CONVERSABAN SIN DIALOGAR Y NO SE ENTENDÍAN, PERO ESTABAN DE ACUERDO. COSAS DE LAS FUERZAS DEL ORDEN Y LA DELINCUENCIA.
EN EL HOTEL NO ESTÁ, LO ESTAMOS BUSCANDO. ¿QUÉ HACEMOS SI LO ENCONTRAMOS?
EL CABRÓN SE DEBE HABER ESCAPADO. SI LO PILLAN... MÁTENLO.
RADIO
ESTABAN OBLIGADOS A ESA ALIANZA PARA JUSTIFICAR SUS EXISTENCIAS A LOS DOS LADOS DE LA LEY. UN ALARDE PERMANENTE DE SINCERIDAD.
AL FIN, TENGO RAZÓN YO, PUTO ITALIANO. LO DEJASTE ESCAPAR AL PUTO NEGRO...
...¡IRLANDÉS DE MIERDA, POLICÍA ESTÚPIDO. ¡TENGO QUE PENSAR EN TODO!
AL FIN Y AL CABO, ESA SINCERIDAD ERA LO QUE MANTENÍA EL EQUILIBRIO ENTRE EL BIEN Y EL MAL. O ENTRE EL MAL Y EL MAL.
31A

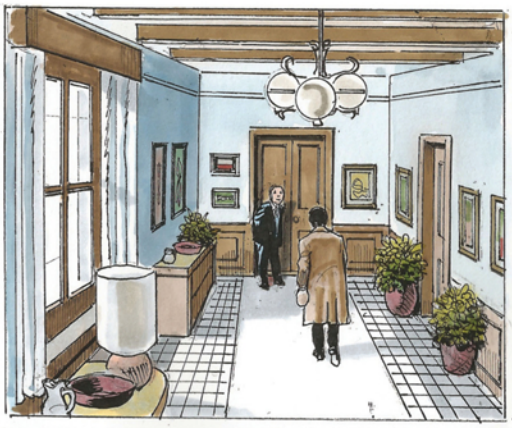
LOS DÓLARES QUE TENÍA EN EL BOLSILLO HACÍAN QUE JIMMY SE MANEJASE CON APLOMO Y SEGURIDAD. ESO QUE ERAN POCOS.
ESPÉRAME Y TENDRÁS EL DOBLE DE PROPINA. ¿ENTENDIDO?
SOY JIMMY CHANCE, COLOMBANI ME ESPERA. ¡HAS OÍDO?
¿QUÉ SE SIENTE AL SER APUNTADO POR DOS O TRES ARMAS? JIMMY NI LO PENSABA, POR ESO ESTABA TRANQUILO.
CON NATURALIDAD ENTRÓ EN LA MANSIÓN, COMO SI ESTUVIERA ACOSTUMBRADO A ESOS TRANSITOS...
PASE...
...PERO LA VERDAD ERA QUE SOLO EN ALGUNA ESTACIÓN DE FERROCARRIL HABÍA VISTO TECHOS TAN ALTOS.
31B

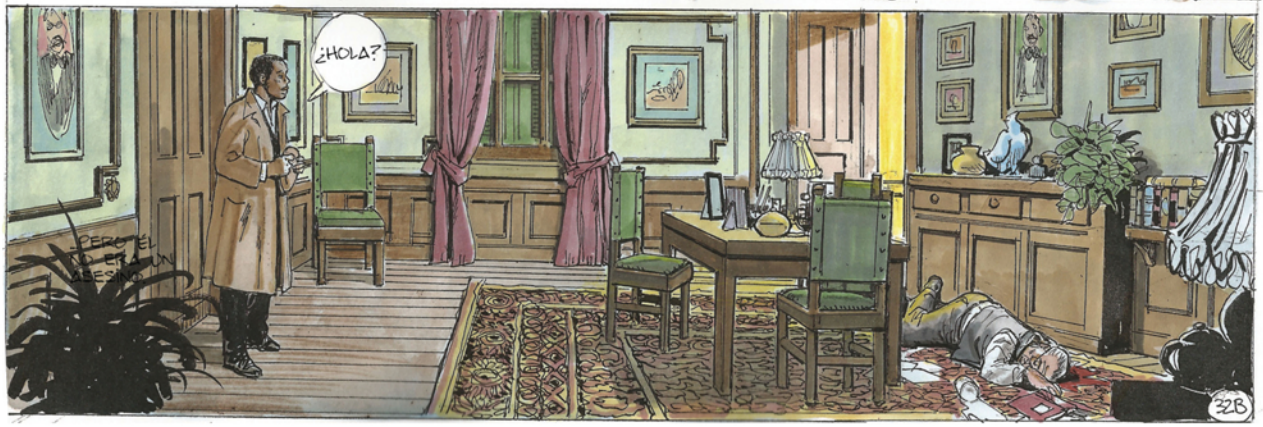


EN ESOS MOMENTOS, POLICÍAS OBSERVADORES HUBIERAN DETECTADO LA INQUIETUD EN LOS OJOS DE DARLENE, PERO ERAN SOLO MIRONES, Y ESO ELLA SÍ LO PERCIBÍO.

...Y COMO ESTABA ACOSTUMBRADA A ESAS MIRADAS, SABÍA PERFECTAMENTE CÓMO DISTRAERLAS. LA SANGRE DEL CEREBRO DE AQUELLOS POLIS SE FUE A OTRO LADO, Y OLVIDARON QUÉ ESTABAN BUSCANDO EXACTAMENTE.

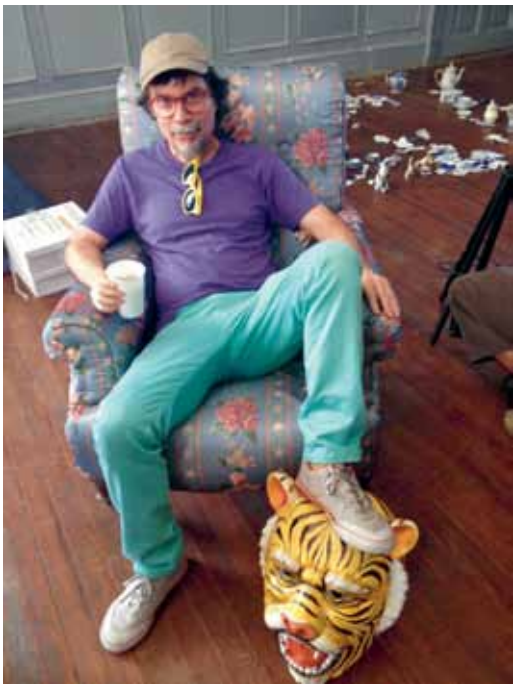
CAMINANDO SIN HACER RUIDO POR AQUELLAS MULLIDAS ALFOMBRAS, JIMMY SE SINTIÓ EN OTRO MUNDO. Y LO ESTABA DE HECHO, HABÍA VENIDO A SACARLE PASTA A UN MAFIOSO...





YA SOMOS **SEÑORITA**

Hace un tiempo, en la edición doce o trece, notamos cambios hormonales, pero nos costó mucho separarnos del dibujo de tapa. Y a la vez nos parecía que teníamos que probar. Para una revista de nuestra edad (tenemos catorce), pasar de dibujo a foto de portada es un momento clave de la adolescencia. Las otras revistas más grandes, que ya usan foto en la tapa, te miran raro, te señalan con el dedo. Te dicen: «¿Nunca probaste?», y después se ríen entre ellas. Ya no soportábamos la presión social, y nos arriesgamos. Preguntamos quién era el mejor que podía hacerlo, nos dijeron que un tal Marcos López. «Está un poco loco, pero te cuida, y si llorás te da Nesquik», nos dijeron. Y allí fuimos. Al principio fue horrible, porque en vez de pinceles había trípodes, y la luz nos enceguecía. Pero Marcos López nos tranquilizó con formol. Cuando nos despertamos ya estaba el trabajo hecho. El resultado nos gustó muchísimo. Al irnos, Marcos López nos dijo: «Ojo, que no se les haga vicio, todavía tienen mucha adolescencia por delante».



Marcos López
Santa Fe, 1958

Es uno de los grandes fotógrafos latinoamericanos. Ha conseguido crear un mundo de imágenes poderosas con sus fotografías que mezclan lo popular con la sofisticación del pop-art. Integra el primer grupo de becarios en la Escuela de San Antonio de los Baños, dirigida por García Márquez.

Aviso legal. Esta edición de Orsai en papel posee un microchip de localización por GPS escondido en el lomo. Si esta revista le fuese sustraída por un delincuente, el dueño deberá dirigirse a la sección Sustracciones de la página editorialorsai.com e ingresar el número clave de cinco cifras de su carné de suscriptor. Una vez conectado, el dueño podrá ubicar la revista en un radio de ocho kilómetros o hacer que la revista emita un pitido intermitente. Los suscriptores premium (que han comprado la suscripción completa 2013) extienden su radio de búsqueda a los treinta kilómetros y pueden hacer que la revista le explote en la cara al delincuente. Como estas mejoras están en fase beta, Editorial Orsai SRL no se responsabiliza si la revista le explota en la cara a su propio dueño o si el delincuente es quien emite un pitido. Instrucciones para el delincuente: esta revista tiene integrado un sistema de localización por GPS, si usted ha sustraído la presente edición, puede desactivar el rastreo leyendo en voz alta los parlamentos de la historieta de la página sesenta y dos. Instrucciones para el distribuidor: esta edición tiene activado un sistema de localización peligroso, antes de entregar la revista a un cliente diga en voz alta y clara, con los labios cerca del lomo, las palabras «paso y quiero». De este modo el sistema reconocerá que la revista pasa a manos de un lector, y no de un delincuente. Nota técnica: el sistema de rastreo no funciona bajo el agua, ni en condiciones térmicas adversas (con la excepción de tornados). Los microchips y los ejemplares de la Orsai número catorce, correspondientes a los meses de julio y agosto de 2013, se ensamblaron en imprenta Mundial, de calle Cortejarena 1862 de Buenos Aires, en el mes de junio de 2013. El depósito legal es el L-1382-2010. El ISSN, el 9772014015004-14. La marca «Orsai, Nadie en el Medio» está registrada a fuego en el anca izquierda de la burocracia.

STAFF

Editor responsable
Hernán Casciari

Jefe de redacción
Christian Basilis

Dirección de arte
María Monjardín

Edición
Josefina Licitra

Entrevista
Karina Salguero-Moya

Novela Gráfica
Horacio Altuna

Arte y diseño
Ermengol Tolsà
Matías Tolsà

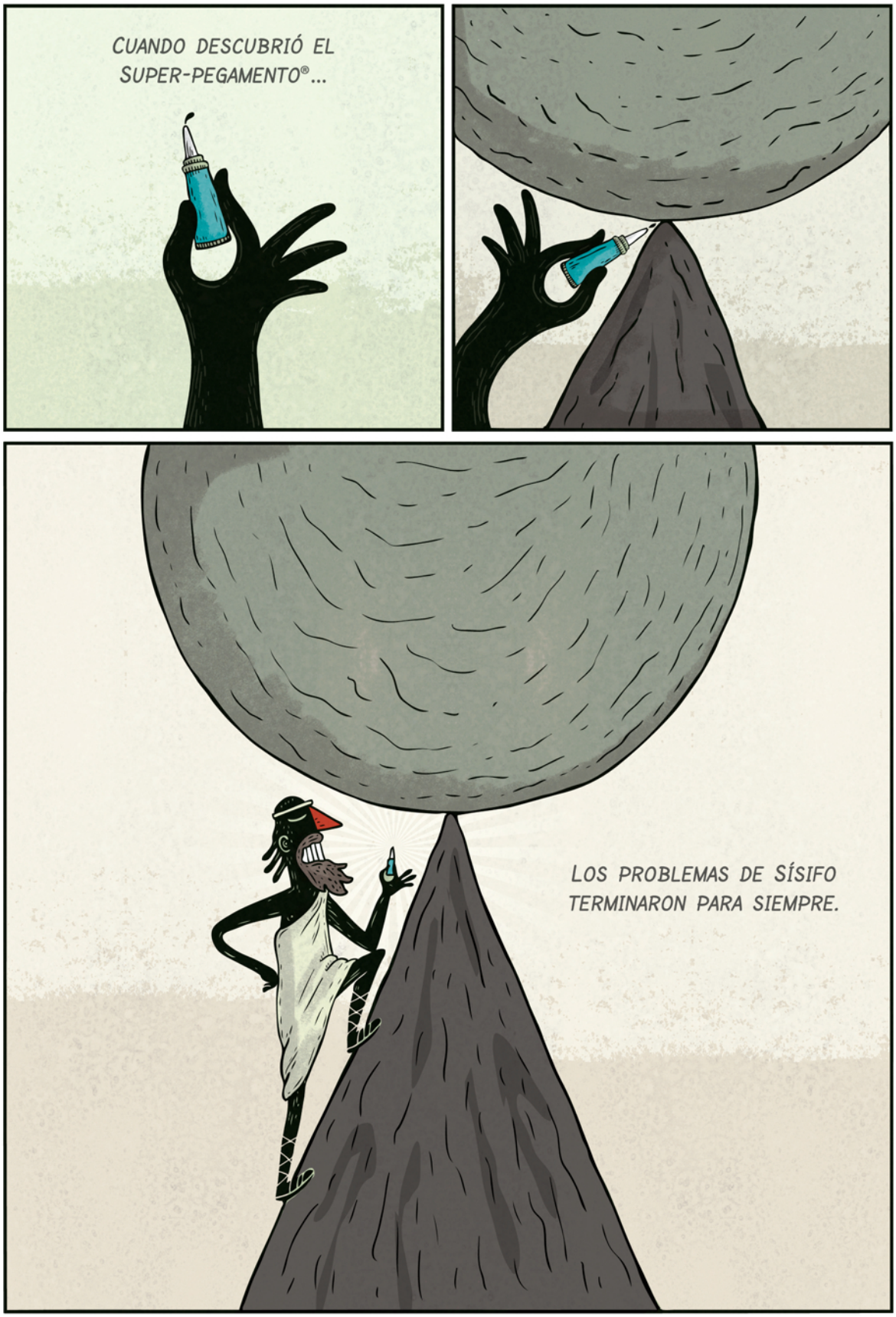
Humor gráfico
Alberto Montt
Ángel Boligán
Bernardo Erlich
Eduardo Salles
Gustavo Sala
Juan Sáenz Valiente
Liniers
Manel Fontdevila
Miguel Rep
Tute

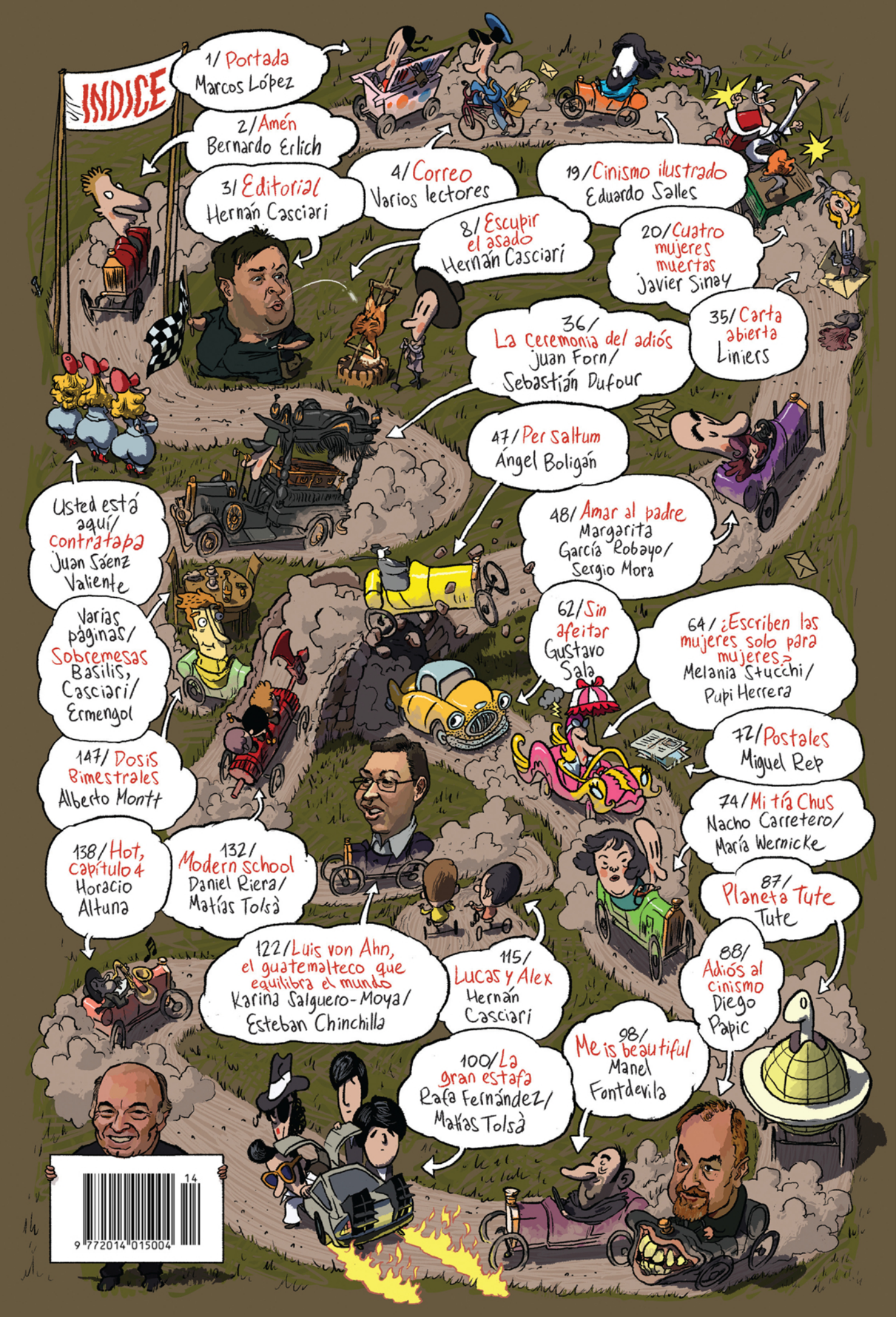
Corrección
Florencia Iglesias

En este número
Marcos López
Javier Sinay
Juan Forn
Santiago Dufour
Margarita García Robayo
Sergio Mora
Melania Stucchi
Pupi Herrera
Nacho Carretero
María Wernicke
Diego Papic
Rafa Fernández
Esteban Chinchilla
Daniel Riera

Desarrollo web
Guillermo Harosteguy

Administración
Cristina Badia
Silvia Peralta


CUANDO DESCUBRIÓ EL SUPER-PEGAMENTO®...
LOS PROBLEMAS DE SÍSIFO TERMINARON PARA SIEMPRE.



14
9 772014 015004